

**La construcción imaginaria
del *Sur* de Quito**

Alfredo Santillán Cornejo

**La construcción imaginaria
del *Sur* de Quito**

© 2019 FLACSO Ecuador
Impreso en Ecuador, mayo de 2019

Cuidado de la edición: Editorial FLACSO Ecuador
ISBN: 978-9978-67-509-0

Flacso Ecuador
La Pradera E7-174 y Diego de Almagro, Quito-Ecuador
Telf.: (593-2) 294 6800 Fax: (593-2) 294 6803
www.flacso.edu.ec

Santillán Cornejo, Alfredo

La construcción imaginaria del Sur de Quito /
Alfredo Santillán Cornejo. Quito : FLACSO Ecuador, 2019

xv, 248 páginas : cuadros, fotografías, figuras, gráficos, tablas. -
(Serie Académica Atrio)

Bibliografía: p. 239-248

ISBN: 9789978675090

SOCIOLOGÍA URBANA ; ANTROPOLOGÍA URBANA ;
HISTORIA ; CLASES SOCIALES ; ETNOLOGÍA ; CULTURA
; ASPECTOS SOCIALES ; URBANISMO ; FRONTERAS ;
ECONOMÍA ; ESPACIOS PÚBLICOS ; SUR (SECTOR) ;
QUITO ; ECUADOR

307.76 - CDD

A Sergio Felipe, Bernarda y Sara,
sus risas hacen que todo valga la pena.

Índice de contenidos

Presentación	XI
Abreviaturas	XIII
Agradecimientos	XV
Introducción	1
Tensiones subjetivas de la segregación socioespacial	1
Capítulo 1	
Imaginarios y fronteras urbanas: habitar espacios estigmatizados	11
Pensamiento dicotómico y teoría urbana	11
Habitar: subjetividad y cualificación del espacio	14
Un cruce de miradas sobre la representación de la ciudad	16
Un estudio de caso cualitativo	28
Capítulo 2	
Materialidad y ficción de una ciudad segregada.	35
Un balance de la bibliografía disponible.	35
Concordancia entre la segregación física y simbólica (1940-1970) . . .	38
Disociación entre la segregación física y simbólica (1970-2017).	47
Visualización del territorio.	68
Hacia una lectura del imaginario	77

Índice de contenidos

Capítulo 3	
Quito: un caso de segregación imaginaria	83
<i>Norte-Sur</i> : la diferencia como oposición jerarquizada	86
Palabras y percepciones sensoriales	91
Marcas urbanas quiteñas	103
Caracterización de las personas	105
Croquis ciudadanos, matriz binaria y diferencias imaginadas	110
 Capítulo 4	
Relatos de espacio, relatos de menosprecio	117
Un modelo analítico sobre la narrativa	119
Ambivalencia del <i>Sur</i> en las narrativas	121
Referentes espaciales de las fronteras imaginarias	141
Formas del menosprecio	148
El humor como mediador del menosprecio	160
 Capítulo 5	
Menosprecio y habitar	165
Apologías del <i>Sur</i> : las virtudes de lo popular	166
Repertorios sobre habitar el espacio estigmatizado	176
El repertorio de habitar en el juego lingüístico	221
 Conclusiones	229
Quito: el poder simbólico de lo atípico	229
El paradigma del reconocimiento en la teoría urbana	233
 Glosario	237
 Referencias	239

Ilustraciones

Figuras y mapa

Figura 1.1. Esquema teórico general	27
Figura 3.1. Croquis de diferencias entre Norte y Sur	111
Figura 4.1. Flujos de descalificación	146
Figura 5.1. Homografía entre Sur y Norte periférico con base en virtudes morales	174
Mapa 2.1. Parroquias urbanas del Sur de Quito	69

Cuadro y tablas

Cuadro 3.1. Distribución de la muestra aplicada	85
Tabla 3.1. Palabras que caracterizan al Norte y al Sur	91
Tabla 3.2. Términos referidos para la población del Norte y del Sur	106
Tabla 3.3. Matriz comparativa de las características identificadas para la población el Norte y el Sur	107
Tabla 4.2. Tarjetas que reportan: ¿qué se dice sobre el Sur?	122

Gráficos

Gráfico 3.1. División social de Quito	86
Gráfico 3.2. Década en que se estableció la división social en Quito	87
Gráfico 3.3. Acuerdo/desacuerdo con afirmaciones	88
Gráfico 3.4. Desagregación "El Norte y el Sur son muy parecidos"	88
Gráfico 3.5. Desagregación "El Norte y el Sur son mundos distintos" por sector	89
Gráfico 3.6. Desagregación "El Norte tiene mejores lugares que el Sur"	90

Índice de contenidos

Gráfico 3.7. Desagregación "El Sur tiene mejores lugares que el Norte"	90
Gráfico 3.8. Desagregación de palabras que caracterizan al Norte.	93
Gráfico 3.9. Desagregación de palabras que caracterizan al Sur	94
Gráfico 3.10. Comparación Norte-Sur según olor	95
Gráfico 3.11. Desagregación del olor del Norte	95
Gráfico 3.12. Desagregación del olor del Sur	96
Gráfico 3.13. Comparación Norte-Sur según color.	97
Gráfico 3.14. Desagregación del color del Norte	98
Gráfico 3.15. Desagregación del color del Sur.	99
Gráfico 3.16. Comparación Norte-Sur según clima	101
Gráfico 3.17. Desagregación del clima del Norte	102
Gráfico 3.18. Desagregación del clima del Sur	103
Gráfico 3.19. Comparación Norte-Sur según marcas urbanas.	104
Gráfico 3.20. Características de la población del Norte consolidado y por sectores	108
Gráfico 3.21. Características de las personas del Sur consolidado y por sectores	109
.....	
Fotografías	
Expansión urbana	xvi
Zona industrial.	9
Gastronomía popular	32
Planta de hidrocarburos	72
Río Machángara.	73
Personas saludan al tren	74
Culturas urbanas	75
Desfile de la Confraternidad en el Sur	76
Ferrocarril	80
Ritual ancestral en el recorrido del Qhapaq Ñan	114
Procesión Jesús del Gran Poder Sur.	162
Carnaval de Guaranda en Quito.	226

Presentación

La historia de Quito es una historia de segregación. En los mapas mentales que produce para sí la población de la ciudad, la división Norte-Sur se instala hacia mediados del siglo XX y prevalece a lo largo del tiempo, pese a los notables cambios producidos desde entonces en toda la urbe. El imaginario de un Quito segmentado, de características disímiles entre el Norte y el Sur, se traslada hacia la gente que habita estas zonas. Se produce así una concentración del reconocimiento social, favorable a quienes habitan el Norte, y la instalación del menosprecio, dirigido de manera soterrada, hacia quienes habitan el Sur.

Alfredo Santillán nos convida a situarnos en ese enorme territorio que es el Sur de Quito. Junto con sus habitantes, nos propone explorar cómo se vive y se imagina dicho espacio. Para este viaje, traza una senda teórica clara, inscrita en la larga y rica tradición de los estudios que relacionan lo social y lo espacial; que exploran los efectos del lugar sobre la subjetividad, y que –en una perspectiva más latinoamericana– proponen un acercamiento cultural para comprender la ciudad. Introduce, además, un concepto provocador, el del fantasma urbano, para enriquecer el debate con ideas que provienen del psicoanálisis. Al combinar de manera armónica esta vertiente, junto con la Sociología, la Antropología y los Estudios Urbanos, su reflexión amplía las posibilidades de lectura.

La gente que habita el Sur de Quito protagoniza este libro. El autor introduce paulatinamente sus voces y recupera los diversos matices mediante

los cuales hombres y mujeres de distintas edades y trayectorias enfrentan una situación adversa. Tienen cabida el humor y la ironía, pero el énfasis está en el sentido político que permea las estrategias para encarar el menosprecio. En sus diálogos con habitantes del Sur, el investigador ocupa una posición tan discreta cuanto enfocada en el tema del imaginario. Es así como captura los sentimientos más profundos de las personas sobre el espacio donde moran: sus sinsabores, sus esperanzas, sus razones para haber abandonado el Sur o, por el contrario, los motivos por los que rechazan la sola idea de mudarse. En una práctica muy característica de la Antropología, Santillán preserva la enunciación original de los testimonios y permite, así, que la sonoridad del habla quiteña encuentre lugar en estas páginas.

El libro de Alfredo Santillán está dirigido a quienes estudian la ciudad desde los más diversos enfoques: Antropología, Urbanismo, Política, Sociología, Comunicación. También presenta contenido valioso para quienes diseñan política pública y, naturalmente, para quienes ejercen el gobierno municipal. Dado que esta obra ve la luz en vísperas de la posesión de nuevas autoridades en el Distrito Metropolitano, FLACSO se complace en ofrecer a la comunidad académica, y al nuevo equipo a cargo de la capital, una propuesta de reflexión sobre esta figura que perdura en Quito: la segregación.

Ph.D. Juan Ponce Jarrín
Director de FLACSO Ecuador

Abreviaturas

AIG	Atlas Infográfico de Quito
DMQ	Distrito Metropolitano de Quito
FLACSO	Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
NSE	Nivel socioeconómico
SIG	Sistemas de información geográfica
UPS	Universidad Politécnica Salesiana

Agradecimientos

Quiero expresar mi más profundo reconocimiento a quienes, tan amablemente, participaron de la investigación; su honestidad y franqueza al narrar sus experiencias hicieron posible explorar un conflicto latente en una ciudad que sabe encubrir las contradicciones sobre las que se erige como capital ecuatoriana. Un agradecimiento especial a todas las personas que, de diversas maneras, han aportado ideas sugerentes, críticas y luces que me han sido útiles para elaborar este libro.

A Paola Moreno, por su ser generoso e incondicional.

A Thierry Lulle, Armando Silva y Fabiola Pardo, de la Universidad Externado de Colombia, y a la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) Ecuador, por el apoyo institucional en la realización de la investigación doctoral y la publicación. A Marialina Villegas, Adriana Robles, Patricia Bermúdez, Martina León y Carlos Vizuite, por su aporte en distintos momentos del trabajo de campo. A colegas de FLACSO: Edison Hurtado, Fernando Carrión, Eduardo Kingman, Pablo Samaniego, Fernando García, Alicia Torres, Mireya Salgado y Mercedes Prieto, por el ambiente estimulante y generoso para la discusión de ideas. A Leonardo Santillán, por la fotografía de la solapa.



Paisajes - Expansión urbana

En la urbanización del sur de Quito, a lo largo de la historia, las familias se han ubicado para luego (auto) proveerse del resto de servicios urbanos. Actualmente, el desarrollo inmobiliario ofrece un “nuevo Sur” planificado y moderno. En el sector de Quitumbe, el paisaje urbano revela este entrecruce a manera de palimpsesto (foto de Martina León).

Introducción

Tensiones subjetivas de la segregación socioespacial

Uno de los temas clásicos de la sociología y la antropología urbanas es la manera en que la estratificación social, sea por clase, adscripción étnica, origen migratorio u otras, se expresa en delimitaciones espaciales. En el modelo de la ecología cultural propuesto por la Escuela de Chicago surgió la imagen del mosaico para representar las distintas áreas diferenciadas, geográfica y socialmente, cuando la coexistencia es conflictiva. Robert Park (1999, 120) definía esa imagen como la “lucha por el espacio”, donde las parcelas del mosaico operan como órdenes morales diferenciados, o subculturas que entran en tensión entre sí y con la cultura hegemónica. En este marco, la conformación del gueto se constituyó en el fenómeno paradigmático de estudio, y la variable cultural en la principal fuerza que agrupa a determinada población en un barrio.

Décadas después, en América Latina, el pensamiento urbano captó el tema de la segregación a partir de conceptos como marginalidad o informalidad, para dar cuenta de los problemas de precariedad espacial y económica de los barrios pobres, generalmente ubicados en los contornos de las grandes ciudades (A. Leeds y E. Leeds 1977; Adler de Lomnitz [1975] 2006). En esta tradición de pensamiento, la lucha por el espacio se entendió como la disputa por ocupar un lugar en la ciudad; los espacios emblemáticos de la segregación fueron las favelas, barriadas, villas, chabolas (el término varía en cada país).

La preocupación por la conformación de fronteras intraurbanas tiene una historia amplia; y la idea inicial del espacio como un recurso en disputa entre grupos sociales tiene plena vigencia. El vocabulario empleado en el estudio de estas delimitaciones ha evolucionado, pues se habla de *división*, en los trabajos centrados en los elementos físicos de las distintas áreas; de *segregación*, en los estudios que enfatizan en los componentes sociales; o de *fragmentación*, en los más recientes, donde se observa la contigüidad física de las áreas con mayor desigualdad.

Desde los años 90 existe un renovado interés de la antropología urbana, practicada en los países industrializados, por el tema de la segregación socioespacial, sobre todo a partir de lo que varios autores denominan la racialización de las desigualdades urbanas. Este interés obedece a una combinación de procesos, como la desprotección social provocada por el avance del neoliberalismo, la desindustrialización y la consecuente crisis de empleo en las ciudades, y las nuevas migraciones, sobre todo hacia Estados Unidos y Europa occidental. Uno de los aportes conceptuales de esta mirada renovada hacia el confinamiento es la comprensión de la segregación como un fenómeno en el cual los procesos estructurales objetivos interactúan con las dimensiones subjetivas de la experiencia urbana. Tomando como referente la situación de los barrios marginales en Francia y Estados Unidos –marcados por el deterioro material y portadores de fuertes estigmas sociales–, Bourdieu (1999, 119) propone el argumento de los “efectos de lugar”. El autor señala que existe una simetría compleja entre el espacio material y el espacio social, en la medida en que la consecuencia de la jerarquización social es un orden espacial jerarquizado.

Su análisis ilustra la fuerza simbólica que contiene el espacio urbano deteriorado, que es capaz de marcar negativamente a quienes lo habitan.

El barrio estigmatizado degrada simbólicamente a quienes lo habitan, los cuales, a cambio, hacen lo mismo con él, ya que, al estar privados de todas las cartas de triunfo necesarias para participar en los diferentes juegos sociales, no comparten con él sino su común excomuniación (Bourdieu 1999, 124).

La larga reflexión del autor para comprender la fuerza de la dominación simbólica evidencia, en este caso, las dimensiones objetiva y subjetiva de exclusión, al asociar la posición social con la ubicación espacial: el lugar que ocupan quienes lo habitan. El poder simbólico de esta asociación explica algunas prácticas sobre el espacio, tales como el abandono tras la búsqueda de movilidad residencial, una estrategia para escapar de la estigmatización. Otra es el vandalismo, el uso de la violencia contra el mismo espacio que se habita, una forma física de devolverle la fuerza simbólica que tiene para denigrar a sus ocupantes.

La aproximación propuesta por Bourdieu ha generado muchos estudios sobre barrios marginales en Estados Unidos, Europa y América Latina, en tanto su argumento permite profundizar en la dimensión simbólica de la dominación social que la estructura urbana expresa y refuerza (Wacquant 2017). Así, quienes han desarrollado estudios empíricos en lugares caracterizados por esta combinación de deterioro material y reputación adversa trabajan mayoritariamente sobre la conceptualización de la estigmatización territorial propuesta por Wacquant (2007) y Wacquant, Slater y Borges (2014). Los espacios sobre los que se trabaja en la literatura estadounidense y europea corresponden, en gran medida, al modelo de vivienda pública, propiedad del Estado, cedida –bajo diferentes modelos de concesión– a familias de las clases pobres como parte de las políticas asistenciales. Generalmente, las condiciones materiales de estos espacios no son tan precarias en cuanto a la provisión de servicios, aunque se hace énfasis en un paulatino abandono por parte del Estado, debido a los recortes presupuestarios de las políticas sociales neoliberales. Sin embargo, hay un fuerte estigma, pues prevalece la idea de que las personas que dependen de las políticas sociales para solventar sus necesidades son una carga para la sociedad, pues no han cumplido el deber moral de valerse por sí mismas. Así, en los nuevos guetos se concentran los sujetos representados como “fracasados” en el orden social contemporáneo (Bourgeois 2010; Sennett 2009; Wacquant 2001, 2010).

Uno de los aportes más significativos de esos trabajos es, justamente, evidenciar la forma en que el estigma del barrio se desplaza hacia quienes lo habitan. Los ejemplos mejor documentados son los casos de barrios

calificados como peligrosos o violentos, cuyos habitantes también son representados con estas características. Esta analogía tiene repercusiones en sus vidas, en ámbitos como el acceso a empleo o a ciertos servicios sociales; incluso, en situaciones más dramáticas, las instancias de control, como la Policía y la justicia, actúan a partir de esta asociación. De la apuesta etnográfica por dar voz a los sujetos emergen relatos que muestran que las etiquetas sociales vinculadas con el lugar de residencia resultan una carga difícil de sobrellevar. Esto, además, muchas veces genera sentimientos ambivalentes, de resignación y rechazo, frente al lugar que se habita. El enfoque bourdiano de buena parte de esos análisis remarca el componente simbólico de la dominación. Los factores estructurales de la segregación se invisibilizan en los testimonios, y se responsabiliza a los propios residentes del deterioro físico y el desprestigio del lugar.

No obstante, en algunos trabajos realizados en América Latina se recoge la esencia de esta perspectiva, a la vez que se plantean matices importantes y comentarios críticos. Se presentan testimonios en los que se vislumbra un sentido de autoafirmación que intenta revalorizar el barrio y a la gente que lo habita. Con esta evidencia se sostiene que es necesario reconstruir y adaptar el argumento de los efectos de lugar, en tanto muestra cierta pasividad de los sujetos frente a la disputa por la significación del espacio habitado (Carman, Vieira da Cunha y Segura 2013; Cravino 2012; Duhau y Giglia 2008). Las experiencias y los puntos de vista de los sujetos complementan los análisis centrados en establecer las características objetivas de la segregación, así como sus efectos nocivos para la integración de los grupos más vulnerables (Sabatini 2006; Sabatini et al. 2010; Katzman 2001). Antes de detallar los enfoques teóricos e investigativos que se proponen en los trabajos de corte etnográfico, es preciso mencionar algunas características generales de los análisis de la segregación en la región.

La explicación más popular en América Latina para la segregación de sus ciudades es atribuirla a las desigualdades sociales que [...] son distintivas de estas sociedades. El espacio urbano reflejaría, como un espejo, las desigualdades sociales. Una segregación fuerte de gran escala, como la de las

ciudades del continente, resulta consistente con nuestras fuertes desigualdades sociales. La explicación parece sostenerse por sí misma (Sabatini 2006, 12).

El planteamiento de Sabatini cuestiona la concepción pasiva del espacio como espejo de lo social, en tanto únicamente refleja las relaciones sociales y no interviene en su (re)producción; además, conlleva una visión mecánica, ya que los procesos sociales se espacializan directamente, sin desfases o contradicciones. Entonces se vuelve una verdad *a priori* que a mayor desigualdad social mayor será la segregación espacial. Lo innovador del trabajo del autor consiste en desmitificar este supuesto, al plantear que la segregación en la región sigue un proceso propio que no se explica mecánicamente a partir de las desigualdades sociales.

En este camino, Sabatini hace dos aportes importantes. El primero es incluir la percepción en el fenómeno de la segregación, pues considera la representación como agente de la segregación espacial. Así, diferencia tres dimensiones en su constitución: “el grado de concentración espacial de los grupos sociales; la homogeneidad social que presentan las distintas áreas internas de las ciudades; y el prestigio (o desprestigio) social de las distintas áreas o barrios de cada ciudad” (Sabatini 2006, 7). Respecto al tercer punto menciona que:

La tercera dimensión, relativa al grado de prestigio de los barrios, es de carácter subjetivo. Se refiere a las imágenes, percepciones, reputación y estigmas territoriales asignados por la población de la ciudad a algunos de sus vecindarios. En un extremo, el prestigio social de los barrios suele ser base de negocios inmobiliarios para los promotores y capitalización de plusvalías (rentas del suelo) para sus residentes; y en el otro extremo de la escala social, la estigmatización de los barrios contribuye a formas variadas de desintegración del cuerpo social (Sabatini 2006, 7).

La manera en que se representa una determinada zona incide decisivamente en las racionalidades de los actores que producen materialmente la ciudad. Además, se da un fenómeno interesante: el estigma de un barrio puede permanecer vigente aun cuando sus condiciones materiales se hayan

modificado de modo sustancial; en esta situación, los efectos se mantienen en la población que lo habita. Esto abre un campo de problemas urbanos aún muy poco trabajado no solo en las ciudades latinoamericanas.

La segunda idea que el trabajo de Sabatini (2006, 11) sugiere está relacionada con el hecho de que la segregación canaliza el deseo de los distintos grupos sociales de establecerse en un territorio que sea útil a su reproducción. En este sentido, “la segregación residencial está relacionada con la diferenciación social más que con las diferencias sociales”. Esto implica que el espacio es un elemento activo en las distintas estrategias de diferenciación. Los sujetos, en función de la posesión de diversos capitales, buscan formas de coresidir entre “iguales”. En definitiva, el enfoque “incluye ‘lo espacial’ dentro de las estructuras sociales y no fuera de ellas a la manera de un ‘reflejo’, y da importancia a las motivaciones de las personas en la modificación del patrón de segregación” (14).

Estos aportes se potencian si se profundiza la comprensión tanto de la dimensión simbólica de la segregación como de las motivaciones de las estrategias diferenciadoras. Justamente, en la bibliografía de carácter antropológico mencionada se documentan las estrategias de disputa simbólica por la revalorización del lugar, y se muestra que las luchas urbanas no se quedan en la dotación física de equipamientos o servicios, sino que apuntan a reivindicar el sentido de pertenencia digna a la ciudad, mediante el reconocimiento de los barrios marginales (Carman, Vieira da Cunha y Segura 2013; Cervio 2008). El trasfondo común en estos trabajos es documentar la definición que dan las personas a la segregación como un sentirse relegado, y, por ende, el sentido político de la disputa por pertenecer.

Es necesario considerar que estos casos no constituyen una generalidad absoluta en la región, como lo muestra, por ejemplo, el trabajo de Lindón (2005). Existen asentamientos autoconstruidos con marcadas condiciones de pobreza, donde los habitantes, a pesar de ser propietarios de la casa (aunque no siempre en el plano jurídico), asumen su estancia como una situación temporal, de paso. Por ende, estas personas no generan procesos de arraigo, ni con el barrio ni con los vecinos, de tal manera que se vuelven indolentes respecto a la valoración simbólica del lugar. Estos casos ejem-

plifican la idea de que “no todos los espacios locales son constitutivos de ‘comunidad’” (Tapia 1997, 160), pues la coresidencia no implica, necesariamente, la constitución de un espacio común. Esta resulta de los procesos de comunicación, identificación e intersubjetividad.

El punto más sobresaliente en esta literatura es que, al resaltar la voz de los sujetos, se evidencia la importancia de la construcción del sentido que le dan los residentes al lugar segregado, sea como un recurso político motivado por la situación de precariedad y marginalidad espacial o, en su defecto, como operación simbólica para *no estar* en el espacio que se habita. Justamente, la noción de estigma, planteada en el trabajo clásico de Goffman ([1963] 2006), refuerza la importancia de entender la subjetividad en las situaciones en que la identidad personal se ve deteriorada por el rechazo que generan los distintos signos de anormalidad. Este recurso teórico, útil para pensar sobre los dilemas y tensiones que enfrentan los sujetos al ser vistos como diferentes en las distintas rutinas de interacción social, resulta pertinente al momento de interpretar prácticas como la vergüenza o el ocultamiento del lugar donde se vive (Wacquant, Slater y Borges 2014).

Sin embargo, este planteamiento, centrado en las tácticas del sujeto para evadir el descrédito efectivo o potencial, deja intacta la crítica a la constitución del sistema de valores desde el cual se desacredita a las personas. En definitiva, la perspectiva de la estigmatización aborda solo tangencialmente el régimen de normalidad en las interacciones cotidianas, y por ende resulta un recurso limitado para pensar las reivindicaciones del lugar de residencia –que resultan críticas del orden urbano hegemónico–.

Sobre la subjetividad amenazada en el centro del juego social, Honneth (2011) y Sennett (2009) la enlazan con la distribución desigual del reconocimiento como componente importante del orden social. El reconocimiento es considerado una necesidad social, pues el aprecio recíproco de los demás resulta vital para el sujeto; sin embargo, la posibilidad de satisfacer o no este anhelo depende de los parámetros sociales que lo asignan o lo niegan. Honneth sintetiza el enfoque del paradigma del reconocimiento, como alternativa al modelo más conocido de justicia social, con base en la redistribución de bienes de la siguiente manera:

Introducción

Desde hace algún tiempo, el lugar de esta influyente idea de justicia, que desde el punto de vista político puede entenderse como la era socialdemócrata, parece ocuparlo una nueva visión que, en un principio, resulta políticamente mucho menos clara: el objetivo normativo parece no ser ya la eliminación de la desigualdad, sino la prevención de la humillación o del menosprecio; las categorías centrales de esta nueva visión ya no son la distribución equitativa o la igualdad de bienes, sino la dignidad y el respeto (Honneth 2010, 10).

Una de las apuestas en este libro es incorporar el concepto de *menosprecio*, como alternativa al de *estigma*, en el estudio de los efectos subjetivos de la segregación espacial. La noción de menosprecio problematiza de frente los parámetros de asignación o negación de reconocimiento, y abre un espacio de politicidad para las distintas estrategias que disputan la significación del lugar estigmatizado. La noción de *escasez de respeto* de Sennett sintetiza la propuesta de dar una perspectiva política a las disputas por el reconocimiento.

Con la falta de respeto no se insulta a otra persona, pero tampoco se le concede reconocimiento; simplemente no se la ve como un ser humano integral cuya presencia importa. Cuando la sociedad trata de esta manera a las masas y solo destaca a un pequeño número de individuos como objeto de reconocimiento, la consecuencia es la escasez de respeto, como si no hubiera suficiente cantidad de esta preciosa sustancia para todos (Sennett 2009, 17).



Paisajes - Zona industrial

Las fábricas y la población conviven hace varias décadas. Esta zona atrajo asentamientos sin control ni planificación urbana, lo que dio lugar a un hábitat conflictivo: los residuos industriales forman parte del ambiente residencial (foto de Martina León).

Capítulo 1

Imaginarios y fronteras urbanas: habitar espacios estigmatizados

Pensamiento dicotómico y teoría urbana

Desde hace varias décadas, las ciencias sociales y humanas han desplegado una amplia producción referente a las relaciones entre lo social y lo espacial, a tal punto que algunos autores hablan de un giro espacial en el pensamiento social contemporáneo (Lindón 2008, 2012; Peña 2011; Foucault 1997). Con esta producción se ha desafiado las fronteras disciplinarias tradicionales, pues se admite que ninguna disciplina *per se* puede dar cuenta de las múltiples aristas que componen la experiencia humana, profundamente ligada al topos que la constituye.

Campos de reflexión que acogieron, tradicionalmente, el análisis de la espacialidad como su objeto particular de estudio, por ejemplo la geografía, la arquitectura o el urbanismo, han vuelto la mirada hacia fenómenos definidos como culturales y, de esta manera, han constatado la importancia de construir significados sobre el entorno, como un elemento determinante de las formas de habitarlo. En un sentido similar, las disciplinas centradas en la comprensión de la cultura han descubierto, por decirlo de algún modo, la importancia de la espacialidad como componente activo de las relaciones sociales.

Es curioso que esta exploración arroje resultados muy similares desde cualquier campo, aunque haya poco contacto entre los referentes teóricos de cada disciplina. No se suele encontrar, en cada una, alusiones a los aportes de las otras. Un ejemplo significativo es el concepto de “topofilia”

propuesto por Tuan (2007), que se ha vuelto fundamental en el desarrollo de la geografía humana; en su construcción no aparecen referencias a campos como la antropología o la sociología, pese a que el concepto aborda directamente la relación entre espacio, sociedad y cultura. Algo muy similar ocurre con la definición de “lugar antropológico”, propuesta por Augé (2001): se reflexiona sobre estos tres elementos desde la antropología, pero sin hacer alusión a la geografía o disciplinas similares. Ambos conceptos resultan muy similares en cuanto a su contenido, pese a que son formulados a espaldas del otro. Así, se evidencia cierta fidelidad disciplinar que merecería un análisis minucioso acerca de cómo se construyen los insumos conceptuales utilizados en el pensamiento urbano.

Las distintas disciplinas coinciden en reconocer la importancia de las emociones, los afectos, la imaginación, el deseo, la identificación, la cognición, el recuerdo, entre otras manifestaciones propias de la subjetividad, que forman parte sustancial de los procesos de dotación de sentido del lugar. Esto ha abierto nuevos contactos con otras disciplinas, como la psicología, cuya tradicional comprensión de los procesos intersubjetivos se ha derivado hacia la espacialidad; y se han generado subdisciplinas, como la psicología ambiental (Valera 1994), o nuevas interdisciplinas, como la psicogeografía.

El auge de la reflexión sobre el espacio da lugar a un camino académico centrado en un diálogo entre saberes existentes, antes que a esforzarnos por producir una “gran teoría” que logre cubrir todas las aristas de la experiencia humana ligada a la espacialidad, como señala Cuervo (2003). Sin embargo, esta tarea no es sencilla, requiere afinar el diálogo y generar protocolos de intercambio de los recursos teóricos y metodológicos que recuperen críticamente los presupuestos epistemológicos de cada disciplina.

Varios autores coinciden en que la reflexión sobre la dialéctica entre lo social y lo espacial está limitada por un vocabulario aún poco preciso y, en algunos casos, hasta metafórico (Gorelik 2002; Segato 2006). El uso indistinto de los términos espacio, lugar, territorio, incluso paisaje, y de algunas formas lingüísticas como espacialidad o territorialidad, dificulta identificar si, en efecto, se habla del mismo tipo de objeto empírico. Si se examina

con detenimiento la utilización de estos términos, se puede apreciar que, en el fondo, se intenta diferenciar la dimensión física del componente inmaterial o simbólico de las construcciones espaciales. En algunos casos, la oposición se centra en separar el componente natural, entendido como elemento geográfico, de la apropiación y uso social; en otros, la oposición ocurre entre el espacio construido (artificial), como la ciudad, y el proceso de apropiación y significación de sus habitantes.

Esta oposición está presente en los pares: espacio-lugar, espacio-territorio, territorio-territorialidad, ciudad-urbano, residir-habitar, y no es raro encontrar debates acerca de cuál de los dos términos capta mejor, ya sea las propiedades físicas o la dotación simbólica. También se recurre a términos adicionales para expresar una diferenciación, como en el caso de “espacio practicado”, versus el simple espacio –como propone De Certeau (1996)–, o “lugar antropológico”, como antítesis del “no lugar” reducido en propiedades antropológicas –como plantea Augé (2001)–. En definitiva, buena parte de la teoría urbana está atravesada por un pensamiento dicotómico que supone la existencia de un espacio como pura extensión –preexistente a lo humano y vacío de significación, narración, apropiación o uso, dependiendo del caso– y, en contraste, un espacio finalmente humanizado, dotado de existencia social, en tanto forma parte de un orden material y simbólico específico.

Está fuera del alcance de esta exposición introducir alguna innovación en el léxico dicotómico predominante en la teoría urbana, por lo tanto, el uso de los distintos términos en este libro hace referencia a la división entre unos elementos puramente físicos y otros sociales. Se los utiliza siempre en la acepción que designa un topos socialmente construido. Siguiendo a Heidegger (1951, 7):

cuando se habla de hombre y espacio, oímos esto como si el hombre estuviera en un lado y el espacio en otro. Pero el espacio no es un enfrente del hombre, no es ni un objeto exterior ni una vivencia interior. No hay los hombres y además espacio; porque cuando digo “un hombre” [...] pienso con esta palabra en aquel que es al modo humano, es decir, que habita.

Este posicionamiento teórico implica asumir que la representación es parte del proceso de construcción de la realidad. Como consecuencia, toda construcción espacial solo puede existir si está atravesada por un proceso de representación. Entonces, la representación del lugar resulta constitutiva de lo que este *es*. Con esta perspectiva, la diferencia entre el espacio físico y el espacio cualificado que el léxico binario intenta captar puede entenderse como una frontera flexible. Esta es, al mismo tiempo, material y simbólica, y se da entre lo que es considerado propio y constitutivo para un agente individual o colectivo, y lo que le resulta ajeno o exterior. Lo que puede ser *lugar* para unos, sus habitantes por ejemplo, puede ser *espacio* para los otros, que se vuelven extraños; en un caso contrario: la “tierra prometida” dota de existencia al grupo que la anhela, aunque no esté asentado materialmente en ella.

Habitar: subjetividad y cualificación del espacio

Habitar es un concepto recientemente acogido en los trabajos cualitativos sobre la vida urbana, para dar cuenta de las múltiples aristas que conforman la vinculación de los seres humanos con los espacios que habitan (Duhau y Giglia 2008; Giglia 2012; Lindón 2005; Mayol 1996). Su génesis se puede rastrear hacia mediados del siglo XX, en las concepciones de Heidegger (1951) y Bachelard ([1957] 2010). Estos autores proponen el término en un sentido existencialista, pues conciben el habitar como la acción, propia de la forma humana, de estar en el mundo. Según esta antropología filosófica, la manera en que se combinan los elementos físicos y simbólicos del lugar habitado es fundamental. Este es pensado como resguardo para la existencia material, en tanto morada, y como espacio de trascendencia, en el sentido de componente espiritual de la vida humana.

En este marco, el uso de habitar como concepto da cuenta de una amplia gama de fenómenos que muestran cómo el sujeto ha *espaciado* su existencia, no solo a través de las construcciones materiales, sino también mediante la identificación afectiva y el apego con el entorno, la producción de narraciones y mitologías relativas al lugar, el sentido de pertenencia y la formación de tejido social, etc. Un rasgo importante de las distintas

acepciones de este término es que no tiene una escala espacial precisa. Para Lindón (2005), por ejemplo, el habitar está vinculado a la casa, entendida, en su dimensión socioeconómica, como proyecto de realización personal y familiar, bajo el paradigma de la propiedad; su utilidad se proyecta al futuro, como patrimonio económico transferible a las generaciones posteriores a través de la herencia. En el caso de Mayol (1996), el habitar está ligado a la sociabilidad generada en el barrio al cual pertenece la persona, pues la familiaridad con el entorno hace que determinada porción de ciudad sea suya. Y según Duhau y Giglia (2008), el habitar puede presentarse indistintamente en espacios como la vivienda, el barrio o la misma ciudad, dependiendo de las rutinas cotidianas.

Esta imprecisión indica que el habitar está centrado en el sujeto antes que en el espacio mismo. No obedece a una localización estática, sino que adquiere una cualidad móvil; puede trasladarse según los desplazamientos materiales o simbólicos del habitante. Esto implica que el sentido de pertenencia a un lugar se construye, pues no se deriva mecánicamente del hecho de ocuparlo; más aún, el arraigo no necesariamente coincide con el lugar donde se reside. Justamente, una de las virtudes de este concepto es que capta cómo las coordenadas geográficas del lugar físico pueden disociarse de los elementos capaces de generar arraigo. Así sucede en contextos migratorios o situaciones de movilidad residencial metropolitana, en los que la localización no necesariamente va acompañada de procesos de identificación y pertenencia al entorno.

El trabajo de Giglia (2012) se destaca por su esfuerzo para darle mayor sistematicidad a esta noción. Su definición remarca la importancia del tiempo en el desarrollo de las prácticas y representaciones de vinculación con el entorno. El habitar se produce en el tiempo, y por ende sucede permanentemente. En definitiva, mediante el habitar, el entorno se vuelve inteligible para un sujeto, sea individual o colectivo, el cual no solo se sitúa, sino que establece un orden en el que también puede ubicar a otros.

El habitar es un conjunto de prácticas y representaciones que permiten al sujeto colocarse dentro de un orden espacio-temporal, al mismo tiempo reconociéndolo y estableciéndolo. Se trata de reconocer un orden, situarse dentro de él, y

establecer un orden propio. Es el proceso mediante el cual el sujeto se sitúa en el centro de unas coordenadas espacio-temporales, mediante su percepción y su relación con el entorno que lo rodea [cursivas en el original] (Giglia 2012, 13).

Un cruce de miradas sobre la representación de la ciudad

Dentro de los procesos de segregación urbana, los estigmas territoriales se originan en la fuerza simbólica de la representación, capaz de producir efectos de desvalorización. El problema de la representación, en este contexto, tiene dos aristas: por un lado, las tensiones que produce la imagen desvalorizada del lugar en la construcción de identificación y sentido de arraigo; y por el otro, las iniciativas por legitimar el lugar propio. Estas últimas provienen del posicionamiento del sujeto en unas coordenadas espacio-temporales donde busca establecer una imagen afirmativa del lugar y de quienes lo habitan.

El problema del origen y el alcance que pueden tener las representaciones del espacio desata confrontaciones epistemológicas importantes, un debate que amerita ser examinado.

La representación y el imaginario urbano

“¿Cómo hablar de la ciudad-cosa (casa) o de la ‘cosa en sí misma’, de la cual, entre otros ilustres profesionales, se ocupan los arquitectos, cuando sabemos que la percepción es parte de esa cosa-casa?” (Silva 2004, 84). Esta fue una de las preocupaciones iniciales en la teoría de imaginarios urbanos de Silva, y resulta útil para problematizar la referencia permanente a la ciudad como estructura física, dejando por fuera su representación.

El autor desarrolla una teoría que se nutre del psicoanálisis, la filosofía y la estética, que comprende los distintos modos en que la ciudadanía hace constantemente la ciudad, a partir de prácticas cotidianas fundamentadas en percepciones subjetivas. Por ejemplo, los lugares adonde se va o se deja de ir están marcados por lógicas de percepción colectivas; más

concretamente, responden a deseos ciudadanos surgidos de la vida en común. Así, el punto de partida del estudio de la vida urbana consiste en identificar los principios de representación de la ciudad. En palabras del autor: “No vamos, entonces, tras la ciudad física, sino hacia aquella hecha por la percepción ciudadana. Una ciudad subjetiva que se construye mediante mecanismos psicológicos interactivos entre colectividades ciudadanas” (Silva 2004, 14).

En este marco conceptual, la representación de la ciudad no constituye el objeto de estudio en sí, sino que sirve como vehículo para expresar construcciones intersubjetivas más profundas. Justamente lo que el autor denomina imaginarios urbanos. Este concepto no es exclusivo del pensamiento de Silva, pues tiene un campo semántico sumamente variable en distintos autores, dependiendo de cómo conciben los dos términos en juego: el imaginario y lo urbano. De ahí que su uso es, frecuentemente, impreciso y requiere un trabajo de esclarecimiento.

Hiernaux (2007) presenta un balance muy pertinente respecto a la introducción del concepto de imaginario en trabajos sobre las diversas prácticas culturales relacionadas con la ciudad. Señala que el término es usado con cierta libertad para volver la mirada hacia los fenómenos culturales como componente fundamental de la vida urbana, pero sin una sistematización teórica que delimite aquellos que pueden ser comprendidos con esta categoría, ni la metodología para dar cuenta de ellos. Bajo esta acepción se ha estudiado una variedad de temas, como las prácticas cotidianas, usos y apropiaciones de los espacios físicos, las representaciones propiamente de la ciudad y sus partes (por ejemplo, los centros históricos) o algunas interconexiones directas entre usos y representaciones –como el miedo al otro y la consiguiente fortificación urbana–.

Para precisar el estudio del imaginario, Hiernaux sugiere tomar como base el trabajo de Gilbert Durand, un pensador destacado por introducir en el vocabulario académico la noción de imaginario como práctica social de simbolización que fundamenta la representación. La teorización de Durand sobre el imaginario es vasta, no solo en cuanto a su sistematización teórica, sino también por su propuesta metodológica para el análisis de mitos –que en su acepción resultan paradigmas del imaginario–. Para

esto el autor propuso, inicialmente, la “mitocrítica”, que luego devino en un modelo más estructurado conocido como “mitodología”. En síntesis, para este autor, las grandes producciones de la imaginación en una sociedad (relatos, imágenes, obras de arte, etc.) pueden estudiarse a través de la estructura simbólica del mito que subyace en ellas (Durand 2003). De esta forma, sitúa la comprensión del imaginario en coordenadas de análisis antropológico ligadas a los determinantes históricos y culturales que condicionan la imaginación.

El imaginario humano no imagina cualquier cosa, ni es en absoluto la inagotable “loca de la casa”, de lo contrario, una “obra de la imaginación” –¡y lo son todas!– jamás podría transmitirse, comunicarse, ni finalmente “traducirse”. La universalidad de lo imaginario se paga con su limitación (Durand 2012, 114).

Sin duda, la perspectiva de Durand es un hito en la teorización del imaginario en general, y el enfoque de Hiernaux, que se ancla en esta perspectiva, ha producido análisis pertinentes de la vida urbana. Por su parte, Girola (2012) sintetiza los aportes de Hiernaux, particularmente su análisis de los imaginarios referentes a la ciudad deseable. Aquí prima el llamado “imaginario suburbano”, que se vuelve un factor decisivo en la forma en que las personas valoran y definen su entorno material.

Otras conceptualizaciones sobre imaginarios urbanos han seguido caminos similares, como la propuesta por Lindón, para quien el imaginario permite no solo hacer inteligible el entorno, sino actuar en él, dentro de una trama de acciones significantes.

Los imaginarios son redes o tramas de significados específicos, reconocidas socialmente, que le otorgan cualidades a la ciudad y sus lugares. Por ser tramas de significados no pueden ser reducidos al significado que se le otorga a un elemento u objeto. Indudablemente, los imaginarios no se configuran fuera de los contextos y procesos históricos, sino dentro de ellos. Por eso tampoco son inmutables (Lindón 2007, 37).

Estas aproximaciones teóricas tienen varios puntos en común con la propuesta de Silva, sobre todo al identificar la agencia de la representación en la construcción de la realidad, y la necesidad de una mirada cultural en los estudios urbanos –que históricamente han tendido a la primacía de lo material del espacio sobre lo inmaterial (Lindón 2012)–. Se podría establecer un cierto nivel de consenso sobre esta categoría, en tanto el imaginario funciona como trasfondo de la representación, es lo que hace representar; pero estos dos conceptos no son equivalentes, pues las representaciones se estudian para deducir los imaginarios que las producen.

También se pueden encontrar diferencias importantes que provienen de matrices teóricas disímiles. Mientras autores como Hiernaux, Lindón y Girola trabajan sobre el anclaje histórico y social del imaginario, Silva enfatiza su adscripción psíquica. Esta diferencia se vuelve notoria al pensar la relación entre percepción e imaginario. En la acepción de Hiernaux, por ejemplo, el imaginario trabaja sobre el material provisto por la percepción, para representarlo y así simbolizarlo y darle sentido; según Silva (2013, 39), el imaginario afecta a la percepción misma: “el ver está reglamentado socialmente, [...] no vemos con los ojos propiamente, [...] los imaginarios nutren las visiones, y por ello las operaciones visuales y cognitivas de la ciudad operan bajo formas recónditas de censura que afectan la percepción”.

Esta concepción responde a la noción lacaniana de imaginario. El desarrollo teórico que se desprende de la matriz psicoanalítica avanza en un camino distinto al de la propuesta antropológica de Durand. Las producciones imaginarias se entienden en relación con las operaciones propias del deseo como impulso profundo de las fabulaciones. Silva (2013, 184) plantea que:

los imaginarios urbanos se ocupan de algo más efímero e inasible, de los deseos, goces y proyecciones de afecto ciudadano que hacen mella grupal y se instalan como modos de ser de una comunidad en un momento o por largos periodos en el tiempo.

En esta perspectiva teórica, la noción de *fantasma* es fundamental. Se refiere a que la construcción de la realidad de aparente objetividad, en verdad

proviene de un origen oscuro, misterioso, en definitiva inconsciente. El mundo exterior se vuelve una proyección de la vida psíquica, y es por eso que el fantasma se deja ver fugazmente en determinados lugares y momentos; deja dudas sobre su aparición, pero representa lo inefable, que está siempre presente. Este anclaje en la teoría psicoanalítica permite entender el imaginario como una ventana para acercarse a lo más profundo del ordenamiento social, ya que dota a la acción de fantasear de un trasfondo: se imagina por la necesidad de dar respuesta a algo irresuelto y, por ende, esta actividad se torna indispensable para la misma existencia. Su relevancia no se reduce a la faceta inventiva de la fabulación, ni a identificar las coordenadas sociohistóricas que contextualizan la creatividad con la que opera; a través del estudio del imaginario, se revela la dialéctica entre la subjetividad individual y las estructuras sociales.

En el trabajo teórico que elabora Silva (2013, 186), la realidad queda atada a su percepción a través de la presencia del fantasma urbano. El imaginario se vuelve “más real que lo real”, en tanto se torna una certeza que ordena y hace inteligible el entorno en función de anhelos sociales o, como dice el autor, “proyecciones de afecto” colectivas. Lo esencial de esta propuesta de imaginarios urbanos es que se plantea reconocer que la realidad es un constructo atravesado por componentes subjetivos. En tal virtud, se desvanece la oposición de lo imaginario frente a lo real, pues desde esta perspectiva, el imaginario funda la experiencia de realidad.

En este libro reconoceremos que “los imaginarios hacen aparecer representaciones” (Silva 2013, 41), como se propone desde las distintas perspectivas sobre este concepto. Suscribimos, sobre todo, el planteamiento de Silva, pues en esta variante las representaciones resultantes hacen referencia a las situaciones de conflicto social generadas por la presencia del fantasma urbano. Partiendo de que el imaginario manifiesta las situaciones irresueltas de trascendental importancia en el juego social, cabe preguntarnos ¿por qué se privilegia la representación de ciertos lugares en vez de otros? y ¿por qué se los representa de determinada manera en vez de otras posibles? Estas interrogantes apuntan a que las representaciones no son casuales ni inocuas. Por el contrario, en ellas se juega la significación de los lugares y se pone en disputa sus condiciones de existencia social.

La economía política de la representación del espacio urbano

La construcción teórica que propone Silva para el estudio de la *ciudad imaginada*, desde sus inicios en los años 90 hasta la actualidad, ha suscitado una perspectiva estética pero también política. En un principio, el autor desarrolló su teoría como crítica al discurso hegemónico de la ciudad, que estaba anclado en el urbanismo tecnicista. Este discurso reducía el debate sobre lo que se debe y puede hacer sobre la ciudad a los saberes de los expertos; la capacidad de los propios ciudadanos para hacer la ciudad a partir de sus creencias, percepciones y usos desaparecía de la discusión.

La innovación radica en que, desde sus inicios, la ciudad imaginada aparece como obra de los ciudadanos (urbanismo ciudadano) y no de los expertos, quienes tienen a su cargo la construcción de la ciudad física. En este sentido, en los primeros estudios de imaginarios urbanos se busca afirmar la distancia entre la ciudad física y la imaginada, como evidencia de que había un amplio campo de fenómenos desatendidos por el urbanismo. Actualmente, el estudio de los imaginarios no se limita a descubrir la ciudad imaginada detrás de las prácticas ciudadanas, sino que evidencia su connotación política, al integrar el sentido de lo público en las construcciones imaginarias. Adicionalmente, al reforzar teóricamente su cualidad estética, la formulación de imaginarios urbanos de Silva (2013, 165) ha abierto las posibilidades de generar estudios críticos.

Un nuevo urbanismo ciudadano buscará, mediante distintas estrategias de base estética, una nueva ética de convivencia, mediante la ampliación de lo público y un renovado urbanismo que pretende cambiar la misma forma del urbanismo arquitectónico, y donde todo no está a la vista ni a la venta.

Para dimensionar mejor este avance, resulta útil el balance que hace Hiernaux (2007) respecto a la comprensión de la ciudad reducida a los procesos materiales. Según el autor, esto constituye un gran vacío en la discusión urbana, frente al cual los estudios iniciales de los imaginarios urbanos (no

solo los impulsados por Silva) irrumpieron con fuerza. Estas nuevas propuestas ganaron espacio al volver la mirada hacia el componente cultural de las ciudades. Pero esta irrupción ha tenido un limitante fundamental: la desvinculación de los estudios sobre imaginarios urbanos de las lógicas estructurales que marcan, en gran medida, los procesos urbanos contemporáneos. Gorelik (2002) también cuestiona la desconexión de estos trabajos pioneros del debate sobre los procesos económicos y políticos excluyentes que caracterizan a las ciudades latinoamericanas.

Otras voces han alertado contra un sesgo culturalista en el estudio de los imaginarios urbanos, en el sentido de pensar el campo cultural-simbólico desvinculado de otros como la economía y la política, decisivos al definir la materialidad de las ciudades. Por ejemplo, Girola (2012, 427-428) sostiene que:

un problema habitual tanto en el estudio de las representaciones sociales como en los que abordan los imaginarios sociales, es su dificultad para considerar un enfoque multidimensional del problema. Fácilmente se olvidan de los condicionamientos materiales, de cómo la organización espacial de una ciudad, por ejemplo, no solo es resultado de representaciones e imaginarios que sus habitantes tienen acerca de cómo se debe y cómo se puede vivir, sino que esa organización material/espacial de la ciudad a su vez conforma lo que la gente concibe/imagina/piensa acerca de sus límites y condiciones en que se vive.

Estos aportes llevan a pensar que el avance teórico tiene aún varios pendientes, pero constituye un paso fundamental para dialogar con un amplio pensamiento crítico sobre el espacio urbano, centrado en los efectos de la lógica económica y política en la producción de desigualdades socioespaciales. Aunque estas aproximaciones, generalmente subsidiarias del pensamiento marxista, implican escepticismo ante las problemáticas culturales, una excepción muy valiosa es el trabajo (ya clásico) de Henri Lefebvre. Uno de los grandes aportes de este autor es su reflexión crítica acerca del papel del urbanismo como mecanismo que oculta su proceso de producción.

Observamos que el pensamiento de los tecnócratas oscila entre la representación de un espacio vacío, casi geométrico, ocupado solo por los conceptos, las lógicas y estrategias a nivel racional más alto y la representación de un espacio por fin llenado, ocupado por los resultados de esas lógicas y estrategias. En primer lugar, no se dan cuenta de que todo espacio es producto, y luego de que este producto no proviene del pensamiento conceptual, el cual no es inmediatamente fuerza productiva (Lefebvre [1972] 1983, 159).

Una potencialidad de la propuesta de Lefebvre (2013, 63) es que, adscribiéndose al materialismo, asume la representación como un componente fundamental de su mayor aporte conceptual: la “producción social del espacio”. La manera en que toma la perspectiva materialista conduce a sospechar de la abstracción, como principio epistemológico de la planificación urbana, y a mirar críticamente el deber ser del espacio impuesto desde el formalismo de la geometría. Bajo esta lógica de representación se construye, entonces, una ideología hegemónica que encubre los procesos materiales que constituyen las formaciones espaciales. Este enfoque, también, deja abierta la posibilidad de analizar críticamente la producción del espacio en el plano de las disputas por la representación, los intereses que están en juego en las representaciones hegemónicas y las formas en que estas son desafiadas por una diversidad de actores.

El alcance de esta exposición no contempla un esfuerzo por conjugar, a nivel epistemológico, matrices de pensamiento sobre la ciudad tan diferentes como la de los imaginarios urbanos y la idea de producción social del espacio, a pesar de que ambas atribuyen importancia al componente de la representación. Sin embargo, resulta sugerente el llamado a no desligar los estudios de los imaginarios, de las lógicas materiales que producen la ciudad. Además, a esta postura se podría añadir la necesidad de introducir los procesos de significación en los estudios urbanos de carácter crítico, pues al hacer énfasis en el estudio de la economía política, muchas veces se ha relegado la comprensión de los procesos culturales, a pesar de que son sustanciales en la vida urbana.

Por ejemplo, en el acercamiento a la representación desde los enfoques de orientación marxista se destaca su carácter intencional y sus efectos

ideológicos. Los intereses en disputa conducen a determinadas formas de representación, de tal modo que los que son dominantes aparecen como necesidades para toda la ciudad. Sin embargo, esta lectura se agota en la idea de los intereses materiales como principal motor de la representación, y oscurece el rol de las proyecciones subjetivas de los deseos y la dimensión estética, los cuales, en cambio, son los pilares de la teoría de imaginarios.

A pesar de las claras diferencias entre ambas corrientes, se las puede considerar complementarias antes que antagónicas, si se sigue el principio de complementariedad enunciado por Niels Bohr (citado en Martínez 2004) en la segunda década del siglo XX. Si bien él lo propuso como una nueva lógica para ordenar datos aparentemente contradictorios en el campo de la física, puede resultar útil en discusiones científicas que suelen presentar posturas antagónicas. Martínez (2004, en línea) señala:

son muchos, en efecto, los autores –físicos y humanistas– que han seguido a Bohr en un uso más amplio de la idea de complementariedad; análisis mecanicistas y orgánicos, descripciones conductuales e introspeccionistas, mente y cerebro, voluntad libre y determinismo, teleología y mecanicismo, etc. pueden ser considerados no tanto como explicaciones conflictivas y contradictorias, sino como descripciones complementarias (cada una capta aspectos de la realidad que no ven las otras), válidas en diferentes contextos, y aun en el mismo contexto cuando se adoptan perspectivas diferentes.

Considerar este principio de complementariedad puede propiciar repensar la investigación sobre los imaginarios urbanos que se viene desarrollando en América Latina, con base en un acercamiento cultural a la ciudad. Se partiría de que las disputas por el espacio no solo se presentan en el orden de la ocupación territorial, sino que también se ejercen en el campo de los significados. Los procesos de representación del espacio involucran matrices de significación más profundas, con una fuerte carga fantástica: los imaginarios urbanos; pero estos, como constructos sociohistóricos, condensan las disputas constitutivas del juego social. Es decir, no son ajenos a las relaciones de poder ni a las desigualdades que constituyen la estructuración física de las ciudades.

Este enfoque tiene antecedentes valiosos en la región, a más de los ya mencionados. Lacarrieu (2007, 62), por ejemplo, sostiene:

las posturas más convencionales han tratado la temática convirtiendo a los imaginarios en un instrumento metodológico para relevar, conocer y reconocer las percepciones, sensaciones, evocaciones de los ciudadanos, contribuyendo desde ahí a la superación de la concepción de la ciudad solo en términos físicos y edificados. No obstante, los imaginarios sociales no se producen en forma plana, sino atravesados por las relaciones de poder y desigualdad social que involucran a los habitantes de las ciudades. En ese sentido, las imágenes hegemónicas y los imaginarios que consensuan ayudan a profundizar las desigualdades y los procesos de segregación socioespacial y cultural.

Conceptos operativos

Este amplio y complejo debate aterriza en dos conceptos operativos que permiten un desarrollo metodológico hacia la producción de información empírica: “croquis ciudadanos”, propuesto por Silva (2004, 27), y “relatos de espacio”, acuñado por De Certeau (1996, 127).

Dentro de la teoría de imaginarios urbanos de Silva (2004, 21), los croquis ciudadanos se definen como “percepciones territoriales, muchas veces sin espacio geográfico, pero sí como expresión del lugar figurativo (en ocasiones narrativo) donde se revelan circunstancias de la vida social”. El proceso de representación colectiva de un lugar se muestra a través de diagramas hechos por los ciudadanos, en los que aparecen las construcciones imaginarias. El croquis, como recurso cognitivo cargado de subjetividad, es contrario al mapa, propio de la cartografía positivista, basada en las coordenadas geoespaciales.

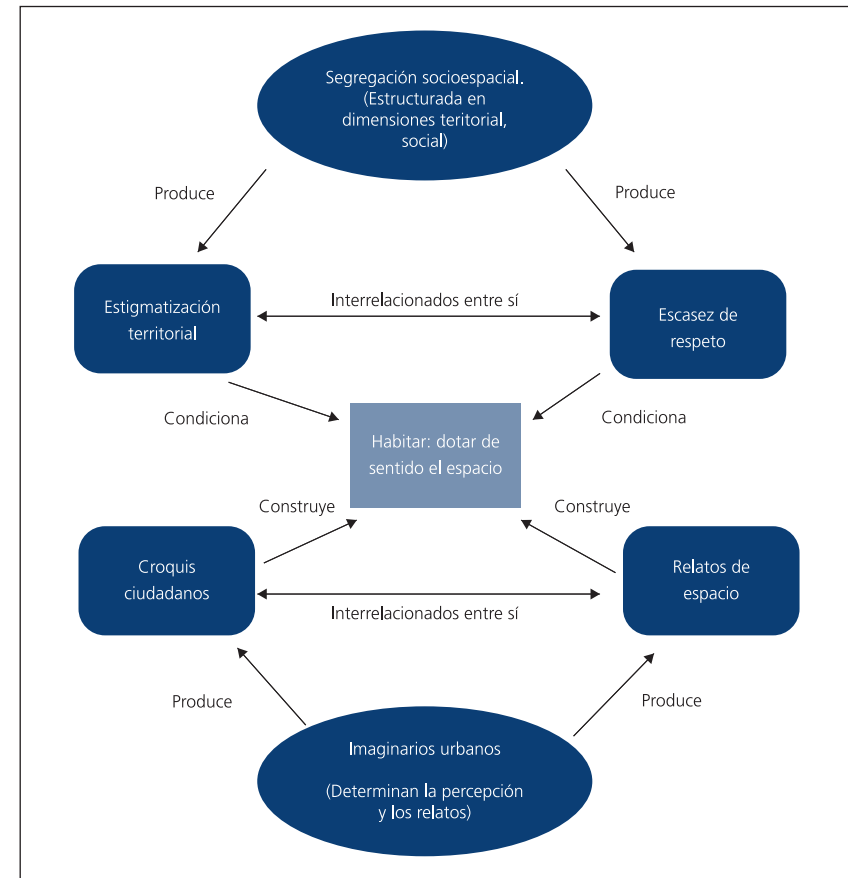
Por su parte, el concepto de relato de espacio, de Michel de Certeau, se enmarca en las reflexiones sobre el habitar que comparte con Mayol, en su preocupación por comprender las lógicas sociales presentes en la vida cotidiana. Se trata de una concepción antropológica de la espacialidad, donde la manera de nombrar el lugar, de hablarlo, lo hace apre-

hensible para el sujeto. El autor señala que el lugar se construye desde cómo se narra, pues la descripción del espacio conlleva la metáfora como estrategia, no solo narrativa, sino, sobre todo, cognitiva del lugar. Es decir, la manera en que se habla sobre los lugares constituye una manera puntual de hacerlos existir.

Estas “conductas” del relato [...] ofrecen, entonces, un campo muy rico para el análisis de la espacialidad. Entre las cuestiones que surgen a este respecto, cabe distinguir las que se refieren a la dimensión (extensionalidad), la orientación (vectorialidad), la afinidad (homografías), etcétera. Sobre lo anterior solo me detendré en algunos aspectos relativos a la delimitación misma, cuestión primera y literalmente “fundamental”: la división del espacio lo estructura. Todo remite, en efecto, a esta diferenciación que permite los juegos de espacios. Desde la distinción que separa al sujeto de su exterioridad hasta las divisiones que localizan objetos, desde el hábitat (que se constituye a partir del muro) hasta el viaje (que se construye con base en el establecimiento de una “otra parte” geográfica o de un “más allá” cosmológico), y en el funcionamiento del tejido urbano y en el del paisaje rural, no hay espacialidad que no organice la determinación de fronteras (De Certeau 1996, 135).

En el siguiente gráfico presentamos un esquema de los debates teóricos y los principales enlaces conceptuales que guían la reflexión de este libro.

Figura 1.1. Esquema teórico general



Un estudio de caso cualitativo

El principio del método de estudios de caso consiste en resaltar las particularidades de un fenómeno de tal manera que su comprensión amplíe los contornos de la discusión teórica existente. Como ocurre generalmente en la región, en Quito existen barrios o lugares específicos con estigmas propios que condensan los temores sociales; no obstante, la producción de marcas negativas que caracteriza a la ciudad recae sobre un área muy extensa definida bajo la noción genérica de “el Sur”. Esta zona es comparada con otra, igualmente extensa y diversa, definida como “el Norte”, y en esta división está depositada la principal disputa de fronteras urbanas, al menos en términos del orden simbólico.

Entonces, pretendemos observar un estigma urbano que cubre un área no solo amplia en términos territoriales, sino densamente poblada; es decir que, en cuanto a proporción de área y población, la desvalorización no recae sobre una pequeña porción de la ciudad y sus habitantes, como es la tendencia regional. Esta particularidad generalmente es explicada en la bibliografía referente a Quito como una frontera imaginaria, y en tal condición, se la supone irreal y poco relevante. Pero este caso permite conducir las discusiones teóricas hacia dos temas poco investigados. El primero, preguntarse si un ejemplo de segregación imaginaria puede provocar en las personas los mismos efectos subjetivos de sentirse relegadas que documentan los trabajos sobre lugares segregados física y socialmente. Si esto es así, podríamos decir –con respaldo en información empírica– que la segregación física no es indispensable para experimentar los efectos negativos de la estigmatización. El segundo tema es tratar de comprender cómo se disputa la representación negativa del espacio en una situación particular de violencia simbólica, en la que, desde un lugar de enunciación minoritario se estigmatiza un espacio mayoritario.

En este marco, planteamos comprender mejor los efectos subjetivos que produce la segregación socioespacial, poniendo atención en dos fenómenos poco tratados: la condición imaginaria de la segregación y las tácticas de significación de quienes habitan lugares estigmatizados. El abordaje sigue la lógica de la investigación cualitativa, con el fin de captar el sentido

de las interacciones sociales. Esto implica centrar la mirada en la orientación de las prácticas, las motivaciones e intenciones que soportan la acción social, ya que en su definición se entrecruzan las lógicas estructurales con la conciencia individual del sujeto (Tarrés 2001). Más aún, en el terreno de la producción imaginaria desde la subjetividad social, toma mayor relevancia atender a los juegos por establecer el sentido, como parte del proceso de construcción de la misma realidad.

El enfoque cualitativo que hemos seguido retoma la mirada crítica de Follari (2011, 59) a lo que considera “la ideología de lo cualitativo”. Él cuestiona la idea común de que lo cualitativo permite una supuesta mayor profundidad, en tanto, al reivindicar la voz de los actores, sobrepasa el reduccionismo y frialdad de las técnicas basadas en los cálculos estadísticos, comúnmente relacionadas con la lógica cuantitativa. Siguiendo esta crítica, el carácter cualitativo de un estudio no se determina por ceñirse al trabajo sobre el lenguaje como opuesto a las estadísticas, sino que se basa en reconstruir el proceso de significación desde diversas formas de expresión, ya sea a través del lenguaje o de los datos numéricos.

Follari (2011, 78) advierte que los problemas del conocimiento positivista pueden presentarse no solamente en el paradigma cuantitativo. Él afirma que las investigaciones cualitativas también pueden reproducir sus sesgos, al suponer que basta “con preguntar al entrevistado, y la verdad relucirá con toda intensidad”. Por esto, asumimos los cambios epistemológicos que ha generado el llamado giro lingüístico en las ciencias sociales. En esta línea, el análisis social es posible si se siguen los procedimientos de interpretación del lenguaje desarrollados por la hermenéutica y la fenomenología. Según estas tradiciones, la significación no es unívoca ni transparente. Como sostiene Velasco Gómez (2012, 203):

el lenguaje tiene una función constitutiva de mundos, que vincula la existencia de fenómenos, cosas o acontecimientos que pueden connotarse y referirse con nuestro lenguaje y, a su vez, el lenguaje expresa las características del mundo histórico en que se vive.

Así, el análisis cualitativo no se reduce a mostrar la explicación del agente de su accionar, sino que la asume como una interpretación, que, a su vez,

requiere una lectura especializada que reconstruya el proceso dialéctico entre la conciencia individual y el entorno social. En esta vía, varios autores considerados pilares de la tradición cualitativa –como Dilthey, Weber y, más recientemente, Ricoeur– plantean constituir un círculo hermenéutico, en el que los significados que producen los mismos agentes y los procesos culturales macro que instituyen horizontes de significación sean interdependientes.

Hemos asumido la propuesta del círculo hermenéutico como principio para integrar técnicas de levantamiento y análisis de información cuantificable, con técnicas de interpretación del lenguaje. Varios autores señalan que no hay una única manera de llevar a cabo la llamada integración metodológica de los paradigmas cualitativo y cuantitativo, sino que depende de los alcances y objetivos de cada investigación (Ander-Egg 1995; Rusque 1998). En este marco, hemos combinado técnicas estadísticas (encuesta), técnicas de análisis textual aplicadas a grupos focales y entrevistas semiestructuradas, y técnicas etnográficas apoyadas en registros fotográficos. Pero el fin no es integrar paradigmas, sino entrelazar dichas técnicas dentro de un perfil de estudio cualitativo de caso. La información provista por la encuesta nos permitió reconstruir el elemento global del círculo hermenéutico (el todo) y la información provista por las otras técnicas posibilitó reconstruir los procesos particulares de significación (las partes).

Finalmente, hemos asumido el enfoque narratológico (Arfuch 2002; Follari 2011; Godard 1996; Velasco Gómez 2012). Esta línea retoma las ideas de Ricoeur para el desarrollo de la narratología como mecanismo de análisis social. La idea principal sostiene que el sujeto se constituye como tal mediante una identidad narrativa, pues no existe una experiencia vivida que luego es simplemente contada, sino que la narración ordena la experiencia y le da coherencia; es decir que la experiencia misma se asimila a través de la narración.

La idea de que la narración ordena un real que de por sí no estaba previamente ordenado, desontologiza la explicación, la muestra en su radical contingencialidad. Narrar sería propio del acontecer humano –siguiendo

a Ricoeur–, y por ello los acontecimientos se nos muestran en un ordenamiento espacio/temporalizado, que luego es el que reconstruimos como discurso narrativo ordenatorio (Follari 2011, 80).

En el relato se construye una versión de lo sucedido que porta las intenciones, conscientes o inconscientes, de mostrar ciertos contenidos de determinada manera. La agencia del sujeto en esta selección es, justamente, el principal material para el análisis cualitativo, pues en ella están presentes tanto los elementos individuales como los sociales que construyen la lectura de la realidad que interesa conocer.



Festividades - Gastronomía popular

Las tortillas de palo y otras comidas tradicionales acompañan la celebración del Carnaval. En este territorio se concentra la gran riqueza gastronómica del país y mucha de su vitalidad se debe a que comer se convierte en una forma de ocupar la calle y la ciudad (foto de Martina León).

Capítulo 2

Materialidad y ficción de una ciudad segregada*

Un balance de la bibliografía disponible

La historia urbana reciente de Quito ha sido reconstruida desde varios campos disciplinarios. Se podrían perfilar tres lógicas analíticas: 1) los estudios urbanísticos que dan cuenta del proceso de crecimiento de la ciudad, las transformaciones de su estructura física, la distribución y características de la población, la evolución de sus equipamientos, la dotación de servicios, entre otros temas relevantes; 2) los estudios vinculados con el pensamiento marxista, que se caracterizan por presentar una economía política del “proceso urbano”, concretamente la relación entre el crecimiento de la urbe y el modo de acumulación capitalista; y 3) los estudios sobre la vida urbana, las relaciones entre los distintos estamentos y clases sociales, donde la evolución de la ciudad aparece como resultado de las tensiones entre estos grupos, con énfasis en el rol de los elementos culturales en las estructuras de poder.

Siguiendo la propuesta teórica de mirar el espacio como construcción material-simbólica, realizamos una recapitulación histórica diferente –aunque no contraria– a las periodizaciones propuestas por los distintos tipos de estudio. La categorización más exhaustiva sobre el proceso urbano de Quito

* Una versión anterior de este capítulo se publicó como artículo. Santillán, Alfredo. 2015. “Quito. Materialidad y ficción de una ciudad segregada. Un balance de la bibliografía disponible.” *Cuestiones Urbanas* 3 (1): 93-116.

en el siglo XX es la propuesta por Fernando Carrión. Con información relativa a la población, área y densidad de la ciudad, el autor propone cuatro periodos: el primero, desde inicios de siglo hasta los años 20, denominada etapa longitudinal, que sucede a la ciudad decimonónica definida como radial-concéntrica; el segundo va desde los años 20 hasta los 60 y se denomina etapa longitudinal-policéntrica; el tercero, que inicia en la mitad de los años 60 y se extiende hasta inicios del presente siglo, se designa como etapa metropolitana; y el cuarto, aún en desarrollo, se corresponde con la última década y estaría marcado por las transformaciones de los grandes proyectos urbanos, como la construcción del nuevo aeropuerto de Quito y el metro subterráneo (Carrión 1987, 2012). Esta periodización se basa en los momentos de lo que el autor llama “crisis urbana”, que dan lugar a la etapa posterior como respuesta. Se observa que las tres primeras fases tienen una característica común: la cuadruplicación de la extensión de la ciudad.

El autor hace énfasis en la organización de la ciudad mediante el establecimiento de un área central que concentra las funciones y los servicios urbanos. Tras el lento crecimiento de la urbe desde su fundación española (en 1534) hasta finales del siglo XIX –en la etapa radial-concéntrica–, la ciudad se extendió, por razones topográficas, siguiendo el eje alargado hacia el Sur y hacia el Norte –en su etapa longitudinal–. La única centralidad que se mantuvo fue el casco colonial, que a partir de ese momento se denominó Centro Histórico.

A partir de la mitad del siglo XX, se constituyó una segunda centralidad hacia el Norte llamada La Mariscal –en la etapa longitudinal-policéntrica–. Entonces la ciudad funcionó en relación con dos centros: el histórico y el moderno. Desde los años 70, estas dos centralidades se consolidan, y hasta se podría decir que se juntan, para formar el centro ampliado de la ciudad. A la vez, crecen las periferias: al Norte, al Sur y hacia los valles colindantes, lo que constituye la etapa metropolitana, caracterizada por un crecimiento “irregular-disperso”.

Ante esta panorámica, vale resaltar dos hechos fundamentales. El primero consiste en el desajuste entre el crecimiento poblacional y la expansión del área urbana, lo que permite problematizar las razones de las dimensiones que ha tomado la ciudad en cada etapa. El segundo es que,

juntando las etapas longitudinal y longitudinal-policéntrica, tenemos que, en el siglo XX, durante casi 70 años (desde 1904 hasta 1970), la ciudad se organizó en función de la separación entre Sur, Centro y Norte, sin duda un pilar básico de la vigencia de la imagen que opone al Norte y al Sur. De este hecho se deriva que el esquema cognitivo de Quito como ciudad segregada tenga soportes materiales concretos.

Las preocupaciones de varios autores dedicados a la memoria urbana complementan las reflexiones anteriores sobre la economía política detrás de la expansión de Quito. Estos cambios no solo implican el crecimiento de la mancha urbana sino también la reconfiguración del orden simbólico. La reflexión de Hernán Ibarra sobre el papel de la memoria en la construcción nostálgica de Quito como relato recurrente resulta sugestiva:

Cada cierto tiempo, surge la idea de que se está terminando la ciudad que hubo antaño. Así, en los años 40, se añora el Quito de los primeros carros y el tranvía. En los años 60, se lamenta el Quito que ya no existe. En los 80, se recuerda nostálgicamente la época de los 50. Se puede decir que cada generación que ejerció el recuerdo ha vuelto los ojos veinte o treinta años atrás como una época mejor (Ibarra 1998, 36).

Las reflexiones de Carrión e Ibarra facilitan una visión general del orden urbano con dos frentes. Por un lado, en el plano material, está la tendencia a crecer en extensión, muy por encima del incremento poblacional. Esta lógica especulativa permite entender las formas de acumulación de suelo que condicionan la ubicación tanto de las élites como de las clases populares. Y por otro lado, en el plano simbólico, la tendencia a idealizar el pasado implica una forma de negación del presente. Así, la nostalgia como recurso cognitivo conduce al anhelo recurrente de una ciudad más pequeña y menos poblada, lo que resta legitimidad a las nuevas poblaciones que se incorporan paulatinamente a la capital.

Considerando la complementariedad de estos trabajos, se puede plantear que la construcción de la división entre el Norte y el Sur de Quito tiene dos momentos. En el primero coinciden la segregación física y la construcción simbólica que la representa; es decir que se puede hablar de una ciudad dual, tanto en lo material como en su representación. Y en un segundo momento,

dicha representación se emancipa de la base material que le daba soporte, pues la estructura de la ciudad se complejiza y la segregación ya no se ajusta al modelo binario. Sin embargo, la representación mantiene viva la imagen de dos ciudades contrapuestas, entre las cuales media el Centro.

Como coordenadas temporales, la convergencia de la estructuración física de la ciudad y su representación se daría hasta la década de los 70 del siglo XX. A partir de este momento, la representación como ciudad dual se sostiene más en un componente imaginario que en la base de la segregación urbana, aunque sería erróneo pensar que la fabulación deja de tener referentes empíricos sobre la desigualdad entre ambas zonas. Desde los años 80, la visión de un Quito dual se fortalece y adquiere vida propia, hasta el punto de convertirse en un estereotipo para quienes habitan la ciudad, a pesar de que las divisiones intraurbanas se reconfiguren y lo contradigan. Esta mitología particular, que naturaliza la ubicación diferenciada de los distintos grupos, puede ser entendida como síntoma de la presencia del fantasma urbano; y por ende, el orden imaginario puede verse como organizador del sentido en la vida urbana.

Concordancia entre la segregación física y simbólica (1940-1970)

La historia más común sobre la implantación de la división Norte-Centro-Sur se remite a las directrices del primer instrumento de planificación urbana técnica de Quito, llamado “Plan regulador urbanístico”, desarrollado entre los años 1942 y 1944, más conocido como “Plan Odriozola”, por el nombre de su mentor, el arquitecto uruguayo Jones Odriozola. Se implementó a partir de 1945, con modificaciones significativas al proyecto original. Según Achig (1983, 58),

el plan contemplaba la división de la ciudad en cuatro zonas: a) La zona fabril del sur. b) La zona mixta de la ciudad vieja en el centro histórico. c) La zona mixta central entre la Alameda y El Ejido. d) La zona residencial del norte, desde El Ejido hacia el norte.

Si bien este documento de política urbana determina la oposición entre Norte y Sur, esta regulación no operó sobre un espacio vacío. Ambas zonas ya estaban en proceso de formación desde inicios del siglo XX, por acciones que entremezclaban las decisiones de algunas familias aristocráticas con decisiones institucionales aún no tan tecnificadas (Kingman 2006).

Achig (1983) presenta información muy valiosa sobre el proceso de toma de decisiones que estaba detrás del Plan regulador. Según su análisis, a partir de los años 30, Quito experimentó un proceso de especulación sobre el valor del suelo. Los predios del Norte, todavía rurales, empezaron a ser lotizados por el sector privado, sin regulación municipal; más problemático aún, esto requirió una fuerte inversión pública local para urbanizarlos, dotándolos de servicios e infraestructura. Así surgiría, tempranamente, uno de los principales problemas de la economía urbana: la generación de plusvalía en propiedades privadas a costa de los recursos públicos de la ciudad.

El análisis de este autor está guiado por la economía política marxista, donde las políticas urbanas se relacionan con la estructura de clases de la sociedad.

[La] segregación social del hábitat ha sido implementada por la clase dominante local a través de la manipulación de una institución administrativa territorial: el cabildo municipal, encargado de legislar con miras a “racionalizar” el espacio urbano en función de sus intereses; creando un modelo típico de crecimiento urbano basado en la libre acción del capital sobre el suelo urbano (Achig 1983, 11).

El Plan surgió como respuesta al crecimiento desordenado y caótico de las primeras décadas del siglo XX, cuando las características topográficas de Quito determinaron la constitución del eje longitudinal Norte-Sur como única área de expansión posible. Es decir, la configuración de la ciudad ya estaba determinada, en buena medida, de manera “espontánea”, por la decisión de las clases aristocráticas de desplazarse hacia los terrenos del Norte. Este proceso luego fue institucionalizado y la configuración de zonas “homogéneas en su interior pero altamente heterogéneas entre sí” (Carrión 1987, 43) se consagró desde la técnica planificadora.

El Plan regulador de los años 40 marcó un hito histórico en el proceso de organización de Quito, pues inauguró el urbanismo técnico en la ciudad. Sin embargo, no constituye el origen mismo de la segregación entre Norte y Sur, sino su institucionalización. Desde inicios de siglo, Quito experimentó un momento crítico de densificación, que fue procesado mediante la reorganización de los territorios que corresponden a las distintas clases sociales.

No otra cosa significa el hecho de que para aquel entonces (1904) la ciudad alcance su más alta densidad histórica (276 habitantes por hectárea), [...] Este hecho nos está revelando el agotamiento de la forma de organización territorial *radial-concéntrica* [cursivas en el original] y de los mecanismos específicos que la configuran; básicamente la segregación residencial como elemento dominante de la segregación urbana en el periodo. Es decir, lo que caduca son los mecanismos pre-capitalistas de constitución-habilitación-utilización del suelo urbano, altamente condicionados por el despojo-reparto heredado de una jerarquía social colonial, con fuerte incidencia de la Iglesia católica (Carrión 1987, 38-39).

Desde el lente marxista dominante en el pensamiento urbano de los años 70 y 80 en América Latina, trabajos como los de Achig y Carrión desentrañan la relación entre las estrategias de acumulación de las clases sociales y el ordenamiento urbano. Sin embargo, su visión de la estratificación social es limitada, pues relaciona a los grupos sociales con la acumulación de capital, asumiendo que la estratificación colonial basada en la raza decae con la modernización capitalista de la primera mitad del siglo XX. Frente a estas limitaciones, algunos trabajos contemporáneos, en los que la historia dialoga con la antropología, muestran la vigencia de la estructura étnico-racial de herencia colonial en un momento de “modernidad temprana”, y su importancia en el proceso de diferenciación social que se implantó en el territorio (Kingman 1992, 2006).

Racismo clasista, urbanismo científico y movilidad residencial

Un primer hecho relevante que Kingman (2006) destaca en su análisis es la profunda tensión social que se generó con el crecimiento de la población, considerando la dinámica de “ciudad señorial” de Quito a inicios del siglo XX. Esta noción hace referencia a la lógica de dominación social basada en la diferenciación de raza, heredada de la época colonial, pero plenamente vigente durante la época republicana, hasta finales del siglo XIX, cuando se transformó a partir de la Revolución Liberal. Este sistema de dominación social se sostuvo sobre la base económica terrateniente y las relaciones de servidumbre y tributo impuestas a las poblaciones, sobre todo indígenas. De esta caracterización, nos interesan los cambios en las fronteras urbanas que trajo consigo el proceso modernizador.

Como se sostiene en varios trabajos históricos, la diferencia social siempre tuvo una correspondencia físico-material en los espacios de Quito, ya fueran privados o públicos. Hasta el siglo XIX había una cierta jerarquía superior de las casas más cercanas a la plaza Mayor, con respecto a las que se ubicaban hacia las periferias; no obstante, la estratificación social se implantaba al interior de las viviendas. Las familias propietarias ocupaban las habitaciones del segundo piso y los espacios del primer piso quedaban para la servidumbre, lo que Achig (1983) denomina “separación vertical”. En la misma planta baja se daba una división horizontal: hacia la calle se ubicaban las actividades más “honorables” del servicio, como la cocina o la lavandería, y hacia el fondo de la casa se localizaban las huertas y/o los pequeños establos, junto a los cuales habitaban las poblaciones indígenas vinculadas a estos trabajos (Achig 1983; Kingman 2006). El incremento poblacional ejerció presión sobre el espacio construido de la ciudad, que resultaba insuficiente. Esto generó la tugurización de las casas coloniales, que poco a poco fueron ocupadas por pequeños talleres y nuevas poblaciones de inquilinos, de manera que las plantas bajas se volvieron espacios de hacinamiento e insalubridad.

Kingman aporta a la genealogía de la división Norte-Sur de Quito, al ponderar los conflictos culturales, de valores y, sobre todo, las estrategias de diferenciación de las élites quiteñas como elementos constitutivos de la dinámica de la ciudad.

Es cierto que la conversión de las casas en objetos de renta explica, en gran parte, el “abandono” paulatino del Centro, como lugar de residencia, por parte de sus propietarios. Pero fue, sobre todo, la “contaminación social” generada por la presencia de “desconocidos” lo que condujo a ese “abandono”. O para ser más precisos: fue la nueva mirada vertida sobre el Otro (“el estorbo del Otro”) lo que lo provocó (Kingman 2006, 215).

Estos elementos ayudan a pensar críticamente la tan mencionada agencia de la topografía en el desarrollo longitudinal de Quito, pues esta resulta insuficiente para explicar el naciente orden segregado. Como señala Bourdieu (1999), el carácter simbólico de la dominación opera mediante la naturalización del orden social. El orden espacial se instituye a través de distintos aspectos de la geografía física; estos se convierten en los hitos materiales que sirven a las divisiones establecidas socialmente, pero, paradójicamente, son llamados “fronteras naturales”. En el caso de Quito, si bien la topografía condicionó el crecimiento longitudinal de la mancha urbana hacia el Norte y/o hacia el Sur, lo que dictaminó que esta expansión se diera hacia ambos lados, y que en cada uno se establecieran clases diferentes, fueron las condiciones sociales.

Es así como el plan propuesto por Odriozola no solo legitimaba, desde la planificación urbana “científica”, la apuesta de las élites quiteñas por reubicarse hacia el norte de la ciudad, sino que además daba forma a lo que, se consideró, era su “crecimiento natural”. Se creyó que las diferencias sociales no podían sino expresarse en el crecimiento planificado de la ciudad de una manera segregada, y esta planificación respondió a la opinión “pública común”, en la cual primaba la voz de las élites, que asumieron la representación de toda la ciudadanía.

El “querer de la gente” se expresaba en la búsqueda de un desarrollo diferenciado de la urbe, en la tendencia a la formación de “barrios separados” tanto hacia el Sur como hacia el Norte. Lo que interesaba era cómo administrar esa tendencia espontánea: de qué manera orientar e incentivar el desarrollo de barrios obreros “cerca de las zonas industriales pero no en exceso”, cómo conservar una armonía entre las zonas residenciales y el medio ambiente (Kingman 2006, 331).

A partir de esta organización segregada del espacio surgen las nociones de Norte y Sur, que ya no designan únicamente coordenadas geográficas de dirección o ubicación, sino que se utilizan como topónimos, incluso con una profunda connotación social diferenciadora.¹

Para completar esta breve genealogía de la segregación entre el Norte y el Sur de Quito, vale mencionar algunos puntos adicionales sobre el estatus que adquirió el primero. La modernización trajo consigo nuevos criterios de distinción social, como el confort y el lujo de las residencias, que en algunos casos se oponían a los parámetros tradicionales de las casas coloniales de la ciudad antigua. En otros casos, las nuevas tendencias se conjugaron con dichos parámetros, sobre todo en cuanto a valorar la cercanía de la residencia al campo, asociado con la posesión de tierra. En esta medida, los nuevos barrios residenciales de las élites seguían, a su manera, el modelo de “ciudad jardín” propuesto en Europa por Ebenezer Howard. En su adaptación, esto implicó la valoración de los jardines como elemento de estatus, en contraposición con las huertas o chacras, que eran parte de muchas de las casas tradicionales, tanto del Centro como de las afueras de la ciudad.

Además, el Norte estaba direccionado hacia uno de los nacientes hitos simbólicos de la ciudad: el monumento a la Mitad del Mundo, que para inicios del siglo XX significó imaginar la ciudad no solo como centro político del país, sino como centro del mundo entero. Esto se debió a la visita de la Segunda Misión Geodésica, liderada por científicos franceses, cuyo propósito era confirmar la medición del meridiano terrestre, y a partir de lo cual se empezó a formar la vocación turística de Quito (Capello 2009). Así surgió un nuevo emblema para la ciudad, vista como depositaria de una cualidad que merecía la atención del mundo europeo.

Según Capello, el imaginario de Quito como centro del mundo no solo habría servido, a inicios del siglo XX, como indicador del desarrollo científico de la ciudad y del país, sino que, dado su componente cartográfico, sirvió como herramienta técnica e ideológica para la planificación

1 En la bibliografía revisada, el uso de los términos Norte y Sur como topónimos es constante, aunque no siempre se utilice la mayúscula inicial. Por eso, en varias de las citas utilizadas aparecen las dos opciones, pero es claro que se emplean como nombres propios que designan áreas específicas.

segregada de la ciudad. Refiriéndose a la división entre Centro, Norte y Sur propuesta por el Plan Odriozola, el autor dice:

Esta reorganización espacial ha sido analizada como producto de un espacio segregado, pero también se debe considerar la importancia que tiene la posibilidad de crear un circuito turístico en el cual los nexos particulares serían el centro de la ciudad y el ecuador unos kilómetros al norte (Capello 2009, 133).

Desde el naciente interés turístico, a mediados del siglo XX, la conexión entre el casco colonial –como lugar de valor histórico– y el complejo honorífico a la línea ecuatorial y a los esfuerzos científicos para medirla, atravesaba la *ciudad nueva*, que exhibía ostentadamente las lujosas y modernas residencias de las élites quiteñas.

También es importante el tema del cambio entre las distancias físicas y sociales en la transición de la *ciudad señorial* a la *ciudad moderna*. Siguiendo la idea de Ibarra (1998, 32) de que “la paradoja de una sociedad estamental es el contacto físico cotidiano y una tenaz distancia social”, en el caso del Quito tradicional, tanto en las residencias como en las plazas, se daba el encuentro entre los distintos grupos sociales, pero en ningún sentido esto significaba una mezcla social. Cada quien ejercía el rol y ocupaba el lugar que le correspondía en dichas interacciones cotidianas.

Los barrios separados fueron la respuesta a la paulatina densificación de la población de la ciudad, que desestabilizó en cierta medida el orden racial vigente desde la época colonial. La nueva población fue vista como una “invasora” que obligó a las élites a replegarse fuera del casco colonial. Este principio es clave para entender la disputa por pertenecer a la ciudad, tanto en términos materiales como simbólicos. El accionar de las élites, en esa época, muestra una estrategia de diferenciación basada en la relocalización en una “ciudad a su medida”, de la cual quedaban excluidos los otros.

La formación de la ciudad moderna trajo consigo cambios importantes en la sociabilidad urbana. La densificación de la población forzó, en cierta medida, el formato de relaciones que la sociología urbana clásica considera paradigmática de las metrópolis: el anonimato, los contactos eventuales,

las relaciones impersonales y contractuales, etc. Sin embargo, en el naciente Quito moderno, “por extraño que parezca, la cortesía y los rituales de las relaciones impersonales, refuerzan la distancia social” (Ibarra 1998, 33), lo que implica que la urbanidad moderna se nutrió del legado estamental de la ciudad tradicional.

Ciudad segregada y centralidades

La planificación urbana técnica en Quito surgió de un hecho paradójico: las élites impusieron sus intereses a través de las decisiones del Cabildo, y esto llevó a un crecimiento caótico de la ciudad que requirió un instrumento de regulación que matizara, justamente, los abusos de poder de dicho grupo. Pero las fuentes consultadas concuerdan en que la política municipal siguió priorizando los intereses de las élites en una “negociación” con los preceptos del urbanismo científico y con la presión de los grupos subalternos, que también se movilizaban por satisfacer sus requerimientos (Achig 1983; Carrión 1987; Kingman 2006).

Sin embargo, el fortalecimiento de una ciudad segregada continuó, como resultado no solo de las decisiones políticas –como el Plan Odriozola–, sino también de las omisiones, es decir, el dejar hacer del creciente mercado inmobiliario sobre el valor del suelo. Además faltaron acciones posteriores que revirtieran la segregación, a pesar de que la misma técnica urbanística plantea varias opciones para promocionar cierta mixtura social.

De esta manera, el peso del trato desigual entre el Sur y el Norte, más la importancia del capital especulativo en la valoración diferenciada del suelo urbano llevaron a la rápida formación de la *centralidad moderna* en la zona Norte (llamada La Mariscal). La concentración de servicios y funciones urbanas hacia el Sur llegaría tardía y lentamente varias décadas después. Para los años 60, el esquema de la ciudad longitudinal derivó en un esquema longitudinal-polinuclear –según la taxonomía propuesta por Carrión–, que sería más preciso definir como *binuclear*.

Una breve reflexión acerca de las centralidades permite entender la manera en que los espacios segregados se articulan con los servicios y los equi-

pamientos de la ciudad. En este sentido, el desarrollo de La Mariscal como el centro del Quito moderno contiene claves para entender la segregación como desigualdad relativa. Según Achig, a mediados del siglo XX las organizaciones barriales del Sur lograron que la administración municipal atendiera las carencias en servicios básicos como agua potable, alcantarillado, asfaltado de calles, etc. Sin embargo, aunque las condiciones del hábitat residencial mejoraron, la exclusión respecto de la “nueva ciudad” no solo se mantuvo, sino que se acrecentó.

El centro moderno parecía altamente selectivo por varias razones: el valor del suelo era inalcanzable para los sectores populares, la escasez de transporte público hacia las áreas de expansión dificultaba la accesibilidad, y se evidenciaba un choque cultural de las poblaciones de origen rural o de ciudades pequeñas al adaptarse a la lógica de la urbanidad moderna. Esto era visible en temas como el tráfico vehicular, el comercio formalizado, los dispositivos disciplinarios de higiene y ornato que regulan la ocupación de espacios públicos, entre otras particularidades.

Pese a que el nuevo centro, emblema de la modernización de la ciudad, resultaba, en cierto sentido, extraño para las clases populares tanto del Centro Histórico como del Sur, también era un lugar necesario debido a que concentraba servicios públicos. Había áreas de esparcimiento y recreación (sobre todo el gran parque de la ciudad llamado La Carolina y el moderno estadio de fútbol Olímpico Atahualpa), centros educativos, servicios de salud, la infraestructura de la administración pública nacional, etc.

Siguiendo una reflexión de Carrión (1987, 127) acerca de la bicentralidad característica de la ciudad de mediados de siglo, el Centro Histórico se convirtió en el “centro del Sur” de la ciudad, mientras que la zona de La Mariscal pasó a ser el centro de la vida urbana del Norte. Este desplazamiento funcional del centro colonial hacia el Sur puede entenderse como una metáfora de la resignificación de una localidad de gran envergadura histórica para la ciudad: mientras pierde valor simbólico para las élites y las clases medias, más interesadas en los nuevos servicios de la naciente metrópoli, gana valor para la población históricamente segregada del Sur, que la utiliza.

El gran cambio en la dinámica de la ciudad con el esquema longitudinal-binuclear es que se fortalece su característica dual; en tanto en las décadas anteriores, el casco colonial servía como centralidad para todos los grupos sociales. El desarrollo de la centralidad moderna en La Mariscal implicó que las clases altas tuvieran su propio centro, acorde a los nuevos elementos considerados valiosos en la vida urbana, el cual se mantenía “sin contaminación” –al menos en términos residenciales– de las clases populares. A su vez, el Centro Histórico seguía funcionando como el núcleo de referencia funcional y cultural para todos los grupos de la ciudad, aunque con menor importancia para las clases altas y medias.

Disociación entre la segregación física y simbólica (1970-2017)

La década de los 70 constituye un hito en la historia del Ecuador, pues en esos años se inició la explotación petrolera que dotó al Estado central de una riqueza económica sin precedentes, administrada bajo la óptica nacionalista de gobiernos militares. Quito, capital de un país petrolero a partir de entonces, recibió una inversión en infraestructura igualmente sin precedentes. La ciudad se modernizó a pasos acelerados a partir de la construcción de edificios de altura, intercambiadores viales, autopistas hacia las zonas periféricas, túneles de varios kilómetros al interior de los cerros occidentales del Centro Histórico –que prometían romper la separación Norte-Sur–, entre otras obras monumentales. La inversión privada acompañó este proceso de transformación con la certeza de una alta rentabilidad, por los antecedentes de permisividad de especulación que habían caracterizado a la política municipal. La literatura especializada destaca dos elementos nuevos en esta época: el surgimiento de la industria de la construcción, a cargo de varias empresas inmobiliarias, y el desarrollo del crédito hipotecario, con el fortalecimiento de la banca y el capital financiero (Achig 1983; Carrión 1987; Unda 1992). Con estas nuevas dinámicas, el Norte se fortaleció, debido al crecimiento en altura, y aparecieron los primeros centros comerciales. Con este paisaje urbano focalizado en el centro-Norte de la ciudad, Quito parecía una metrópoli.

De 1970 a 1980 el área urbana de la ciudad de Quito crece en más de cuatro veces (y eso que allí no se consideran las áreas conurbanas ni el crecimiento vertical), la población lo hace en más de dos veces, el parque automotor en cinco; también, emergen nuevos grupos sociales relacionados con inéditas formas de reproducción y apropiación de la ciudad, se relocalizan las actividades urbanas principales, se transforma el conjunto de la ciudad y su *hinterland* (Carrión 1987, 62).

Según Carrión, a partir de los años 70 el desarrollo urbano de Quito responde a un modelo de crecimiento de ciudad “irregular-dispersa”. Esta expansión sigue, a más del patrón longitudinal clásico, una prolongación hacia los valles circundantes: Pomasqui (hacia el norte), Cumbayá y Tumbaco (al nororiente), y Los Chillos (al suroriente), lo que genera procesos de conurbación y periurbanización. Una característica distintiva de este crecimiento es que el área de la ciudad aumenta muy por encima del incremento de la población. La explicación que propone Carrión es la especulación sobre la renta del suelo por parte de terratenientes urbanos, que dejan vacantes importantes porciones de suelo como “terrenos de engorde”, para captar la plusvalía que supone la urbanización tanto dentro de la ciudad como en los bordes.

Un dato muy peculiar evidencia claramente este proceso: dentro de la gran mancha urbana en expansión, el 51,44 % del suelo está declarado “vacante” o “libre”, lo que implica que el crecimiento súbito no se corresponde con la falta de espacio dentro de la ciudad para la creciente población, sino que es provocado por el afán de ganancia de plusvalía a través de la especulación. A continuación se muestran las conclusiones de Carrión (1987, 122-23) a partir de este dato revelador, para finales de los años 80:

1. El uso del suelo más importante de Quito es el ESPECULATIVO, de allí se puede inferir que la lógica del desarrollo urbano de la urbe en mucho está determinada por su comportamiento.
2. El crecimiento desmedido que experimenta el área urbana de la ciudad en la década del setenta se debe, en gran medida, al incremento de estos terrenos sin uso del suelo aparente. De esta manera, las visiones neomalthusianas esgrimidas por medios oficiales y periodísticos se desvanecen.

3. La existencia de “espacios libres” al interior de los tres distritos centrales, nos permite llegar a caracterizar a este crecimiento como ficticio, puesto que no proviene de una exigencia social real y sí, más bien, de la especulación que se hace de la tierra y del suelo urbanos a la manera de “terrenos de engorde”.

Este crecimiento “ficticio” de la mancha urbana –caracterizado por el autor como “acelerado y deforme”– está guiado por los intereses en la valoración diferenciada del suelo urbano, con la cual el Norte se mantiene como la zona de mayor plusvalía para el juego especulativo.

Estas dinámicas fueron estudiadas a profundidad por una comunidad académica agrupada en torno al Centro de Investigaciones CIUDAD, en cuyos trabajos se utilizó el valor del suelo como elemento base para demostrar la lógica segregativa de Quito. Una virtud de estos aportes es que no solo aprovechan al máximo la información estadística disponible, sino que reconocen los límites de los datos de los registros catastrales y, en consecuencia, recurren a fuentes de información alternativas, como los anuncios de venta de terrenos publicados en la prensa.

Uno de sus principales argumentos es que se forma un submercado de suelo semiurbanizado, que no está sujeto a las regulaciones institucionales pero especula con ellas, en tanto se compran y venden lotes bajo la expectativa de una futura urbanización. Además, identifican que este submercado tiene canales de difusión de información de compra-venta distintos al de los anuncios y la publicidad en la prensa escrita. A partir de esta indagación, los barrios del Sur son descritos de la siguiente manera:

Se define como área de submercado una buena parte de la zona Sur de la ciudad, en la cual se han desarrollado barrios populares fuera de la trama urbana y sus servicios; son por lo general soluciones de pésimas condiciones de habitabilidad tanto en términos de la calidad de la vivienda como en cuanto se refiere a los servicios de infraestructura de que disponen; son barrios o “urbanizaciones de tercera clase” (según la clasificación municipal), que alojan a familias de escasos recursos económicos y que no serán servidas en primera prioridad por la acción municipal. Además de estos barrios (legalmente reconocidos pero en la práctica desconocidos), existen

otras áreas que se han sumado a las anteriores pero que ya no se las considera dentro de los términos de la legalidad urbana; son barrios “ilegales”, es otra forma más del submercado (Carrión et al. 1978, 79).

De esta forma, la ciudad longitudinal de dos centralidades muta, en su morfología, al modelo irregular-disperso, pero su funcionamiento obedece a una lógica de centro-periferia. Las dos centralidades anteriores se van juntando hasta convertirse en una gran zona central que funciona como *macrocentro*, mientras que los extremos norte y sur, así como los bordes occidentales y orientales se convierten en la periferia de la ciudad.

La formación centro-periferia y la redefinición de la segregación

Con la nueva organización de la ciudad, la contraposición entre Norte y Sur no desaparece del todo, pero se matiza. El Norte ya no es tan homogéneo sino que, en sus periferias, aparece un sinnúmero de barrios precarios que reproducen las formas de asentamiento a través de las llamadas invasiones y lotizaciones de suelo. La zona de mayor concentración de la riqueza permanece en el centro-Norte, mientras que en el Sur el valor del suelo se mantiene en los niveles más bajos. También surge una diferenciación en el costado occidental, un tanto menos valorizado respecto al costado oriental.

Para la década de los 80, las diferencias en cuanto a la dotación de servicios del área central, frente a la gran área de expansión de las periferias, son radicales.

Existe una sintomática concentración de ciertas actividades en los distritos Centro-Norte (correspondiente a La Mariscal Sucre) y Centro (al Centro Histórico de Quito). Así tenemos: en administración y salud, el 100 % en los dos distritos; en comercio, educación y recreación, el 67,9 %, el 82,1 % y el 57,2 %, respectivamente. Es altamente clarificadora esta concentración de actividades, porque son justamente estas las que definen la “centralidad urbana” en el conjunto de la ciudad y, además, el ámbito en el cual se inscribe la renovación urbana (Carrión 1987, 121).

Si bien los datos muestran los porcentajes de estos servicios en las dos centralidades, sí es posible establecer que la nueva infraestructura no se construyó en el Centro, en los años 70. Debido a la presencia de edificaciones coloniales y republicanas, la implementación se dio exclusivamente en el Norte, y fue parte sustancial de su modernización.

Retomando el argumento de Carrión de que el crecimiento de la ciudad se produjo por los intereses especulativos, la opción de conseguir una residencia en la ciudad quedó seriamente comprometida para las clases populares. Según el autor, emergieron tres estrategias para este grupo: 1) la ocupación de los terrenos periféricos, tanto al norte como al sur de la ciudad, y de las quebradas y laderas orientales y occidentales; 2) el desplazamiento de los tugurios del Centro Histórico hacia los barrios colindantes del Sur; y 3) la ocupación de los pequeños poblados cercanos a la ciudad, lo que generó una especie de “migración ocasional” cotidiana (Carrión 1987).

Bajo esta lógica, la división Norte-Centro-Sur original se desdibuja, pues los barrios precarios también se ubican en el, antes exclusivo, sector Norte. La consecuencia más importante de este proceso, en cuanto a redefinir las fronteras intraurbanas, es que la segregación residencial dual que caracterizaba a Quito se difuminó.

El desarrollo barrial en las zonas de expansión reciente se inicia en el Sur y se prolonga hacia el Norte, logrando rebasar las rígidas fronteras que la segregación residencial había impuesto. [...] Posteriormente, irán cercando al Norte aristocrático, disputando cada intersticio de suelo urbano periférico, hasta lograr conformar un anillo que cierra al conjunto de la ciudad. Este desarrollo, que originalmente consiguió valorizar especulativamente terrenos de renta nula, tiene en la actualidad un comportamiento diferencial en las zonas exclusivas: ellas tienden a perder parte de sus rentas de monopolio por los efectos ideológicos que produce la existencia de vecinos “indeseables” (Carrión 1987, 184).

Varios autores identifican el proceso masivo de formación de barrios periféricos como una extensión del asentamiento de las clases populares desde el Sur hacia el Norte. Desde la lógica de las élites, esto podría pensarse como una analogía de la “invasión” de población “extraña” que forzó el

desplazamiento residencial a inicios de siglo. Este fenómeno fue señalado en la reflexión académica de la época, y fue motivo de comentarios críticos de varios especialistas. Uno de los más representativos apunta a mirar el plano de la significación de este proceso y no solo su objetividad material:

norte y sur son realidades territoriales. Pero son, sobre todo, concentraciones sociales sobre el territorio de la ciudad. El sur, como metáfora social, extendió sus brazos hacia el norte, en las periferias occidentales y orientales, pero no pudo cerrar el abrazo: por allá no se dejan querer tan fácilmente; sin embargo, pudo reproducirse en los poblados cercanos. El norte también tiene sus desplazamientos, y se lo reconoce en casas y urbanizaciones que han aparecido en los valles vecinos a la ciudad: hacia Tumbaco, hacia Pomasqui (Unda 1992, 19).

El proceso metropolitano y la nueva agenda académica

En términos territoriales, es fundamental ubicar la década de los 90 como el mayor hito en la organización actual de la ciudad, pues en el año 1993 se estableció el Distrito Metropolitano de Quito (DMQ) como nueva forma de ordenamiento territorial. Aquí se integran la ciudad de Quito y una gran área de influencia, ya poblada, en una unidad político-administrativa. Desde entonces, la planificación territorial del Distrito opera efectivamente bajo esta lógica de región metropolitana, pero en términos socioculturales, la ciudad de Quito se concibe diferenciada del resto de poblaciones a las que está conectada; simbólicamente estas aún no forman parte de la misma unidad. En el imaginario aún operan límites que diferencian la ciudad propiamente de otros poblados no integrados directamente a la mancha urbana mayor (Santillán 2012). Parafraseando a Silva (2004) acerca de las incongruencias entre la ciudad física y la ciudad imaginada, se puede decir que el Quito metropolitano “solo existe en la realidad”, mas no en el imaginario.

Junto a esta reorganización territorial, la agenda de investigación ha tenido cambios sustanciales. El balance más reciente sintetiza este momento de la siguiente manera:

en este contexto la investigación y los espacios de reflexión sobre lo urbano se vieron afectados. Los temas de estudio se diversificaron, incorporando la descentralización, los centros históricos, el medioambiente urbano, la estructura urbana y la metropolización. Este cambio también respondió a la transformación de las prioridades temáticas y de financiamiento de la cooperación internacional y los organismos internacionales tras conferencias mundiales. Varios estudios sobre marginación, segregación urbana, barrios populares y cultura popular que se iniciaron en la década de 1980 concluyeron durante los primeros años de la década de 1990 (Bermúdez et al. 2016, 123).

Según los autores, la reflexión urbana sobre Quito, y en el Ecuador en general, se inaugura prácticamente a finales de la década de los 70, con una suerte de edad de oro, cuando uno de los temas centrales del análisis es la configuración histórica de una ciudad segregada. Aunque han aparecido nuevos temas, según este balance, la reflexión sobre las distintas formas de marginación y exclusión de los grupos vulnerables de espacios puntuales –como el Centro Histórico– se mantiene vigente. Esta interpretación puede resultar laxa, en tanto deja sin un contenido preciso al concepto de segregación, en vista de que toda forma de exclusión de un espacio podría ser catalogada como tal, aunque no se utilice siquiera el término.

A partir del desdibujamiento de la segregación rígida entre el Norte y el Sur, el tema segregación prácticamente desaparece de la investigación académica. Tan es así que el mismo término entra en desuso en las décadas posteriores. Esto no implica que al desconfigurarse el modelo originario de segregación hayan desaparecido dichos procesos; no obstante, el diagnóstico de que ya no es posible hablar de una distinción claramente definida entre Norte y Sur –arguyendo, sobre todo, la presencia de barrios y poblaciones empobrecidas en el primero– parece agotar el estudio de la espacialización sistemática de las desigualdades sociales. Esto se expresa en la escasa bibliografía disponible desde los 90. En consecuencia, el vacío que se desprende de este aparente agotamiento del tema es, justamente, no abordar la reconfiguración de la segregación en territorios menos vastos que los grandes ejes Norte y Sur. Ello implica mirar que existen lógicas de

agrupamiento social que utilizan el espacio como recurso, lo que podría definirse como dinámicas de segregación.

A partir de los años 90, existe una gran cantidad de estudios técnicos muy sofisticados, mapas que dan cuenta del interés de las instancias de planificación por tener diagnósticos útiles para definir políticas urbanas sobre la base de información georreferenciada. Así, a los trabajos clásicos de corte marxista se añade una producción de conocimiento, menos clara en términos teóricos, pero innovadora en el uso de los sistemas de información geográfica (SIG) como herramientas de análisis socioespacial. En este ámbito, destaca la producción del Atlas Infográfico de Quito (AIG) (IGM, IPGH y ORSTOM 1992). Este documento constituye un hito en la producción de conocimiento sobre Quito, pues permitió construir bases de datos estadísticos susceptibles de trasladarse a la cartografía e inauguró el uso de la informática (geomática) para procesar y analizar datos espaciales (Godard 2004).

Producidos por una nueva comunidad técnico-académica, fruto de la cooperación para el desarrollo entre Francia y Ecuador, los mapas que aporta el Atlas ratifican el diagnóstico de una ciudad marcadamente segregada. Es necesario remarcar el rigor metodológico para la elaboración cartográfica. La evidencia empírica que soportaba la crítica a la lógica segregativa, en los trabajos del Centro de Investigaciones CIUDAD, luce rudimentaria en comparación con los mapas que representan las desigualdades urbanas mediante la combinación de variables a escalas pequeñas, como la división de Quito en manzanas. El trabajo más elaborado es el mapa “Tentativa de definición de zonas urbanas homogéneas” (De Maximy y Souris 1992), que propone una tipología de barrios a partir del cruce de 19 variables físicas y sociales.

Este mapa permite tener una mejor imagen del funcionamiento de las lógicas segregativas en Quito, pues, si bien el desarrollo de la ciudad presenta la impronta del Plan Odriozola en cuanto a la oposición Sur-Norte, la expansión urbana a partir del *boom* petrolero reconfiguró la localización de los grupos sociales según cuatro caracterizaciones socioespaciales:

a. Barrios subequipados y subintegrados, que se ubican como asentamientos precarios en los bordes de la ciudad, en el Sur, Centro y Norte.

- b. Barrios subequipados a medianamente equipados y correctamente integrados, sobre todos los barrios del Sur colindantes con el Centro, como Chimbacalle.
- c. Barrios bien integrados y bastante bien equipados, que son producto del desarrollismo de los 70 y se ubican tanto en el Sur como en el Norte.
- d. Barrios bien integrados e hiperequipados, que son aquellos del centro-Norte, sobre todo los que circundan el parque La Carolina.

Los autores del mapa en cuestión presentan un fino comentario respecto a la definición de hiperequipamiento. Reconocen que esta situación privilegiada resulta atípica en la ciudad, no porque el resto carezca completamente de equipamiento, sino por una lógica de alta concentración de recursos. Es un buen soporte material a una estructura asimétrica dentro de la cual el centro-Norte concentra diversos capitales económicos, políticos y simbólicos, hasta la actualidad.

Otro aporte valioso del Atlas para comprender la segregación es la evidencia de que en dicha época el mercado de suelo era múltiple. Los agentes comerciales que intervinieron en la compra y venta de predios operaron a través de nichos con lógicas propias, lo que implica un rol activo de las reglas del mercado en la espacialización de las clases sociales (De Maximy 1992). Los datos ratifican que el precio de compra-venta de predios estaba directamente relacionado con la dotación de servicios y equipamientos, y que la distribución asimétrica de estos recursos tuvo efectos en el valor del suelo, lo que generó segregación. La población de mayores recursos pudo acceder a mayores servicios a través de la localización.

Dos de los principales autores del AIG, en una reflexión posterior, resumen su aporte sobre la estructura desigual de Quito de la siguiente manera:

En definitiva, el atlas infográfico de Quito ratifica plenamente la existencia de un Quito moderno, rico, situado al norte del Centro y cuyos habitantes tienen modos de vida casi iguales a los de su gran modelo soñado norteamericano: viviendas espaciales, automóviles, red vial adecuada, centros comerciales bien abastecidos, etc., e instalaciones de infraestructura pública

más o menos satisfactorias. El sur es el gran olvidado del urbanismo y de las inversiones públicas. El Centro se está envejeciendo y no participa verdaderamente en la norteamericanización que afecta al norte (De Maximy y Peyronnie 2002, 303).

Resulta un verdadero reto acopiar información académica útil sobre la segregación en Quito en lo que va del presente siglo. Un posible hilo conductor es la preocupación por los temas de vivienda, hábitat y suelo en una nueva comunidad académica. Si bien estos trabajos son de menor alcance que los presentados hasta aquí —en tanto hacen estudios de caso de barrios puntuales y en periodos cortos—, en conjunto, evidencian las desigualdades contemporáneas. Estas están marcadas tanto por las asimetrías históricas explicadas anteriormente como por los procesos propios de la implantación del neoliberalismo en la estructuración de la ciudad desde la última década del siglo pasado.

De manera general, se pueden diferenciar cuatro tendencias fundamentales en cuanto a la movilidad residencial actual en Quito:

- a) La disminución de la función residencial del Centro Histórico. Las políticas de renovación urbana de las últimas décadas han provocado el desdoblamiento paulatino del Centro. Las instituciones oficiales hablan de un decrecimiento poblacional de 58 300 habitantes en 1990 a 40 587 habitantes en 2010, y de una proyección de 36 610 para 2014 (Garzón 2013).
- b) El fortalecimiento de los valles de Cumbayá-Tumbaco, Los Chillos y Calderón, áreas que presentan el mayor crecimiento urbanístico, impulsado, sobre todo, por las clases con ingresos altos y medios. Este proceso ha generado una nueva relación de la ciudad compacta con los valles circundantes, que tradicionalmente eran áreas rurales. En buena medida, este desplazamiento resulta similar al de un siglo antes, pues está impulsado por la búsqueda de homogeneidad social; pero ahora se revela una sensación de inseguridad que ha llevado a la construcción de urbanizaciones cerradas (López 2012; Ospina Lozano 2010; Durán, Martí-Costa y Mérida 2016).

- c) La consolidación del Sur de Quito por la dotación de programas de vivienda subsidiada, servicios e infraestructura, además del establecimiento de centralidades a partir de centros comerciales —tal como sucedió en el Norte en décadas anteriores— y el desarrollo de grandes proyectos habitacionales, sobre todo en la zona de Quitumbe (Godard y Andrade 2017). Hay muy pocos estudios académicos sobre esta consolidación de las últimas décadas, pero se le ha dado mucho énfasis al tema en el discurso de la agenda pública. “Atender al Sur”, bajo la consigna de que ha sido históricamente relegado, se ha convertido en uno de los derroteros políticos más sobresalientes, tanto del Gobierno nacional como de la municipalidad.²
- d) La dolarización de la economía, en el año 1999, inició un *boom* inmobiliario en la ciudad que se extendió hasta el año 2015, cuando entró en crisis. Al inicio, la inversión inmobiliaria fue una reacción de las clases medias ante la desconfianza en el sistema financiero, con el fin de no perder el ahorro que el sistema bancario había pulverizado (Ospina 2010; Vera 2012). Las clases media-baja y baja subsistieron gracias a las remesas de los familiares que salieron en busca de empleo a países como España, Italia y Estados Unidos, y optaron por destinar estos recursos a la compra, construcción y ampliación de viviendas. Esta fue una manera de compensar materialmente el costo social de la desintegración familiar, producto de la empresa migratoria (Hernández, Maldonado y Calderón 2012; Pinto y Ruiz 2008).

Como se puede deducir de esta síntesis de procesos altamente complejos, la ciudad contemporánea es el resultado de transformaciones vertiginosas que van muy por delante de los esfuerzos por dar cuenta de ellos a través de análisis sistemáticos. Respecto a la histórica segregación Norte-Sur, un hallazgo común de los estudios sobre dinámicas residenciales es que no solo la búsqueda de localización pone en juego variables objetivas de maxi-

² Un ejemplo emblemático de este proceso es la construcción de la Plataforma Gubernamental de Gestión de Desarrollo Social en la zona de Quitumbe. Este proyecto se basó en trasladar a esta zona un conjunto de ministerios y secretarías estatales relacionados con la política social, como mecanismo para lograr una mayor isotropía en la distribución del aparato administrativo del Estado en el territorio.

mización costo-beneficio, sino que la adscripción social según el lugar de residencia es un potente mediador entre la oferta y la demanda inmobiliarias (Martí-Costa, Durán y Marulanda 2016; Regalado 2015).

Este hallazgo es importante en tanto lleva a pensar que el proceso de diferenciación opera dentro de una lógica relacional. Es decir, ya no se trata de diferencias absolutas, como en el periodo de los años 40-70 –por ejemplo la diferencia entre tener equipamientos y no tenerlos–, sino de una desigualdad relativa.³ No obstante, la matriz estructural segregada ha dejado una secuela evidente en el territorio, que se expresa en el hiperequipamiento de servicios. Esto no se repite en ninguna otra zona de la ciudad, y en los casos del Sur céntrico y del Sur periférico existe un proceso de equipamiento paulatino (Godard y Andrade 2017).

Hay un gran vacío en los análisis, en tanto se enfocan únicamente en la dotación de servicios que ofrecen bienestar –como salud, educación, transporte, etc.–, sin considerar que el desarrollo del Sur está condicionado por varios equipamientos emplazados en esta zona. Estos configuran un paisaje urbano que contrasta con el de los edificios de altura que caracterizan al centro-Norte, y son: la planta de hidrocarburos ubicada en la zona de El Beaterio; el paso subterráneo del oleoducto transecuatoriano por varias zonas residenciales; el río Machángara, que recoge más del 70 % de las aguas servidas de la ciudad; el mercado Mayorista y el camal Metropolitano, que sirven como grandes centros de acopio y distribución de los víveres que se comercializan en todo Quito. Igualmente, en el Sur se ubican los equipamientos residuales de los procesos de modernización temprana: los molinos, la estación y la línea del ferrocarril, y la mayor zona industrial de la ciudad, de la cual una parte está inactiva, pero las infraestructuras perviven. La sección activa de esta zona industrial conlleva los correspondientes problemas de contaminación ambiental.

Es importante pensar que toda esta infraestructura, de alguna forma, es funcional para toda la ciudad, pero genera externalidades negativas –como

³ Es conocido que en Quito la dotación de servicios básicos, como agua potable, alcantarillado y electricidad, ha sido un gran logro, pues se cubre prácticamente a toda la población. En comparación con el resto de ciudades ecuatorianas, la capital presenta los mejores indicadores de cobertura de infraestructura y servicios (Dirección Metropolitana de Gestión de la Información 2011).

la contaminación, el ruido, la aglomeración, etc.– que se emplazan en el Sur. Al no haber equipamientos que compensen estos problemas, los mismos inciden en la disminución del valor del suelo y en los nichos de estratificación del mercado inmobiliario.

A falta de investigaciones pormenorizadas que muestren los cambios en la segregación con datos estadísticos georreferenciados, algunos mapas de indicadores sociales sustentan la idea de desigualdad relativa entre el Norte y el Sur de la ciudad. Si se miran mapas de la cobertura de agua, luz eléctrica o alcantarillado, ambas zonas son indistintas, pero otros mapas, como los de consumo medio, acceso a educación superior o tipo de empleo (Larrea 2009), revelan la estructura de desigualdades en el espacio físico.

En conclusión, los estudios socioespaciales de la conformación de la ciudad señalan que, a partir de la década de los 70, se termina la fase longitudinal del crecimiento de la mancha urbana, y con ello se desestructura el patrón de segregación clásico entre el Norte y el Sur. Sin embargo, se puede ver que, pese a los esfuerzos por alcanzar una mayor isotropía en el equipamiento urbano básico, ambos territorios albergan poblaciones con diferentes características de ingreso, educación y empleo. Esto no implica una oposición radical, pues las dos zonas son heterogéneas, así que cabría pensar en procesos de microsegregación o de fragmentación urbana en su interior.

Imaginando las diferencias en el presente

Para finales de los 90 aparecieron trabajos muy valiosos donde se muestran ciertas prácticas o modos de pensar de la población de Quito, que evidencian la manera en que se representa la desigualdad material y simbólica desde los sujetos. En general, en estos trabajos y varios estudios culturales posteriores se habla de un estereotipo sobre el otro, en el que persiste la asociación del Sur con la pobreza, lo popular, el atraso, la falta de servicios y el abandono; mientras que el Norte se asocia con la riqueza, lo moderno, el consumo, la belleza, la comodidad y el lujo (Aguirre, Carrión y Kingman 2005; Naranjo 1999). Esta forma de representación de las diferencias sociales muestra que la desconfiguración de la división Norte-Sur en el

orden material no está acompañada por una nueva imagen de Quito que no sea dual. No se han captado los matices cada vez más complejos de las fronteras intraurbanas, sobre todo que, desde hace un par de décadas, no toda la población del Norte tiene privilegios y no todo el Sur es carente. Rastrear este desfase entre el orden material y el simbólico es sustancial para entender cómo la representación se emancipa del anclaje material histórico y adquiere vida propia en la contemporaneidad.

En el año 1975 se inauguró en Quito la estatua de la Virgen de El Panecillo, un monumento de 41 metros de altura, réplica en piedra de la Virgen de Legarda, obra escultórica emblemática de la Escuela Quiteña, de arte colonial. Su instalación catalizó el sentido de la segregación histórica, pues su ubicación, según Naranjo (1999, 330), fue percibida por la población del Sur como evidencia del trato diferenciado entre ambas zonas.

La Dona mostraba su alado frente al norte de la ciudad, dejando su anatomía posterior a la mirada de los pobladores sureños de la misma, quienes en la metáfora ratificaron que esa era otra de las señales, quizás la más grave por su carácter sobrenatural, de las desigualdades que se manifiestan en la ciudad. Esto permite derivar que en el imaginario elaborado por los pobladores del sur de la ciudad está incorporado el criterio de desigualdad social.

El trabajo de Naranjo es un referente importante, pues centra la atención en las operaciones simbólicas que construyen el significado de la segregación en la experiencia de los habitantes del Sur. El autor muestra el sentido que daba la población sureña al uso y ocupación del parque La Carolina durante los años 90, convertido en un verdadero fetiche como espacio público recreacional, en el corazón mismo de la ciudad moderna.

Según conversaciones mantenidas con usuarios del parque procedentes del sur de la ciudad se puede colegir que su presencia en La Carolina obedece al hecho de que se produce una verdadera inversión, la cual elimina “mágicamente” barreras étnicas, de clase y estatus que inclusive alcanza una movilidad social igualmente simbólica. Por momentos se sienten plenamente incorporados a la dinámica de la ciudad, a una ciudad no

segregada y respecto de la cual ya no son epifenómenos sino socios plenamente activos. La Carolina ha eliminado simbólicamente las barreras (Naranjo 1999, 331).

No obstante, el autor destaca que la magia de inclusión era temporal, pues se desvanecía con el retorno al Sur, que no gozaba de infraestructura de ese tipo. Así, los cuestionamientos al trato diferenciado en Quito acompañaban la experiencia de recreación que proveía La Carolina.

Ortiz y Martínez (1999) muestran otra cara de la experiencia de los pobladores del Sur, al centrarse en el sector La Argelia, un barrio joven del sureste quiteño. Esta zona, constituida por población migrante, sigue la tendencia de urbanización popular de la región: parte de la invasión de suelo –en este caso una exhacienda–, se da la consecuente producción artesanal de hábitat, y se consolida paulatinamente con el equipamiento respectivo en las décadas siguientes. Este trabajo destaca la motivación y agencia de los nuevos pobladores de Quito, quienes, desde sus experticias y repertorios de organización, construyen un proyecto de vida urbano que empieza por “tener un lugar” en la capital.

El migrante ingresa en el dominio del mundo urbano, lo acondiciona para sí y su conquista radica fundamentalmente en instalar una nueva forma de vida, no es solamente adquirir un espacio, es ante todo crear una nueva forma de existencia popular y provinciana. El barrio aparece como símbolo esperanzador de estabilidad, de seguridad económica familiar. La categoría de provinciano no se pierde, se amplía constituyendo una nueva identidad, la de vecino de barrio popular. Las redes organizativas que permiten que surja y se consolide el barrio se tejen con los hilos de esta triple vertiente: de la familia, de los paisanos y de los vecinos (Ortiz y Martínez 1999, 341).

Podemos ensayar una mirada transversal a estos dos trabajos, el estudio de Ortiz y Martínez y el de Naranjo, publicados en la misma compilación. El primero muestra la autoafirmación e identidad colectiva que implica la puesta en marcha del proceso de producción de hábitat. Naranjo evidencia la sensación de relegamiento que incita ocupar el espacio público como forma simbólica de pertenecer temporalmente a la ciudad reconocida.

Aunque los informantes de ambos trabajos no son los mismos, reflejan la experiencia subjetiva de la segregación del Sur atravesada por dos ejes: una identidad colectiva que se afirma en el lugar de residencia como soporte del nuevo proyecto de vida y, en paralelo, la asignación de un estigma social a ese lugar por carecer de las virtudes que caracterizan al Norte.

Esta ambivalencia se expresa en una situación paradigmática: el sentido de ascenso social asociado a la movilidad residencial hacia el Norte. Ibarra, quien analiza la constitución de las clases populares urbanas a mediados del siglo pasado, comenta sobre los relatos concretos acerca de la valoración de desplazarse en esta dirección.

Las diversas experiencias personales relatadas se refieren principalmente a un tipo de barrio, donde coexistían clases medias y clases populares. Pero los grupos medios ansían alejarse del barrio como parte de procesos de ascenso social, reales o ficticios. La salida hacia el norte de Quito era un objetivo muy buscado (Ibarra 1998, 38).

Esta y otras expresiones de la tensión que genera la segregación aparecen de múltiples formas en los trabajos de carácter sociocultural publicados a partir de 2000. En los primeros años del presente siglo, Quito forma parte de los trabajos sobre imaginarios urbanos desarrollados en la región bajo la dirección de Armando Silva. El equipo de investigadores de Ecuador presentó, en 2005, el libro *Quito imaginado*, en el cual el concepto de imaginario toma protagonismo para comprender la división Norte-Sur. Con este término se identifican no solo el juego de estereotipos sino también las emociones que impregnan esta división.

Esas fronteras deparan en el desconocimiento del otro e incluso en el racismo: quienes viven en el norte adjetivan al sur con desprecio: feúcho, no moderno, marginal, a la vez que desconocen su dinámica interna; o quienes vienen del sur piensan en el norte como un lugar moderno pero “añiñado”, y también lo definen con desprecio (Aguirre, Carrión y Kingman 2005, 20).

Es importante el hallazgo del desprecio mutuo que impregna las relaciones entre quienes se identifican con el Norte y con el Sur de la ciudad. Este

componente emocional facilita entender la subjetividad que envuelve las construcciones imaginarias sobre las fronteras socioespaciales. El desprecio, como sentimiento moral, supone reconocer la existencia del otro, pero atribuyéndole valoraciones negativas. En este caso, su carácter recíproco permite visualizar el conflicto social en el cual cobra sentido. Otro aporte de este trabajo es reconocer que, paradójicamente, pese a que esta dicotomía está naturalizada en el sentido común, la frontera resulta imprecisa; “nadie sabe a ciencia cierta dónde comienza el norte y dónde el sur. Se trata de fronteras móviles. Ni el norte ni el sur ocupan espacios fijos” (Aguirre, Carrión y Kingman 2005, 48). Esta idea nos remite a la autonomía relativa del orden simbólico, y a que el vínculo entre la representación y el componente geográfico no es mecánico.

En los trabajos académicos de las últimas décadas surge, como contraparte al estereotipo del Sur carente, su representación como lugar de la subalternidad, entendida positivamente. Este espacio se ha configurado simbólicamente como uno donde prima la organización social y la autogestión para mejorar el hábitat, dada la discriminación de la política municipal. En su caracterización se destaca el fuerte capital social adquirido a través de redes de solidaridad y reciprocidad desde mediados del siglo pasado hasta la actualidad (Achig 1983; Erazo 2015; Kingman 2006; Ortiz y Martínez 1999; Vizuete 2015).

El trabajo de Erazo (2015) es el más prolijo en documentar la lógica contemporánea de estos procesos. Desde una variedad de casos de organizaciones y comités de vivienda del Sur, este autor plantea leerlos como alternativa a las relaciones capitalistas de producción de hábitat. Sus hallazgos se centran en la “demanda insolvente” de vivienda; es decir, en la población que no tiene recursos para acceder a la oferta formal, incluyendo los planes de vivienda social. Se trata de quienes no cuentan con más recursos que las relaciones de solidaridad, reciprocidad y confianza en los contratos no formales para producir un territorio que garantice la reproducción de la vida, territorio pensado como valor de uso y no como valor de cambio.

No podemos negar que los pobladores pobres han producido ciudades sin ninguna o con muy poca participación profesional de urbanizadores,

arquitectos, desarrolladores, etc. Invisibilizadas, es cierto, estigmatizadas, también es cierto, pero no desestimadas por quienes las escogen para vivir y extender sus vidas, ni por quienes las prefieren como desafiantes del entramado urbano, de lo permitido y de lo registrado. Más bien podemos afirmar que prioritarias son las personas y no las cosas, y más en los sectores populares de nuestras ciudades, en donde “el hacer” caracteriza a sus pobladores, y hacer es “llevar a la práctica” propuestas posibles que satisfagan necesidades y derechos fundamentales: suelo urbano, vivienda y espacio público, como los que más; infraestructura y servicios, como complementos (Erazo 2015, 83-84).

La fortaleza de este tejido social es un tema recurrente en los discursos sobre el Sur, no solo como estrategia de supervivencia, sino como elemento transversal, que también involucra a las clases medias asentadas en esta zona. Según la bibliografía, esta histórica capacidad de agencia ha permitido el desarrollo no solo de una praxis que produce materialmente el lugar desde los habitantes, sino, además, de una conciencia crítica sobre las desigualdades sociales. Esta percepción ha desembocado en movimientos culturales con distintas agendas de reivindicación, como el *rock*, la cultura *hip-hop*, el rescate de las culturas prehispánicas, la recreación de festividades populares, entre otros. Un buen número de investigaciones de corto alcance (tesis de licenciaturas y maestrías) acerca de las dinámicas de creación artística retratan este sentido reivindicativo. En estos trabajos se muestra cómo varios artistas del Sur reclaman ser auténticos referentes de la crítica social, a través de la música, el baile, la poética o el grafiti, en tanto consideran que experimentan las penurias de vivir en el sector desatendido de la ciudad. Así se construye un sentido de autoafirmación asentada en la localización. “Ser del Sur” aparece como un lugar de enunciación que dota de autenticidad a las creaciones, a la vez que se usa para cuestionar las expresiones del Norte, desacreditadas por asumir que provienen de creadores que ostentan varios privilegios sociales (Ayala 2008; Burneo 2008; Villegas 2014; Viteri 2011; Simbaña 2011).

No obstante, esta narrativa apologética del Sur también amerita una evaluación crítica, no porque sea equivocada, sino porque parecería que construye un mito alternativo, como respuesta a la tradicional imagen

estigmatizada. En este sentido, la mirada extranjera de los geógrafos de la cooperación francesa sobre los discursos de los urbanistas profesionales resulta útil.

Todos los jóvenes arquitectos entrevistados mencionaron una diferencia de comportamiento entre los habitantes del Norte de Quito y los del Sur. Para los primeros el Sur es otra ciudad, donde habría pandillas de jóvenes bastante pendencieras; en el Norte, no. Pero, sobre todo, en el Sur el espíritu comunitario y la solidaridad son muy vivos, mientras que en el Norte no es así, o ya no lo es. Esta comprobación es muy subjetiva, y solo es pertinente para los barrios de pequeña burguesía ascendente y de burguesía ya bien establecida, generalmente situados al norte del Centro Histórico. En los barrios que se construyeron fuera de toda reglamentación, los marginales, que se encuentran tanto en el Norte como en el Sur, la solidaridad y el espíritu comunitario persisten. Muchos de los mapas del Atlas Infográfico de Quito evidencian estas rupturas, si se leen atentamente (De Maximy y Peyronnie 2002, 298).

Esta apreciación externa muestra cómo la mirada de los “jóvenes arquitectos”, conocedores y operadores técnicos de la ciudad, está atravesada por el mismo esquema dual de representación, que se superpone a la estructura física, que ya no es dual. Siguiendo el marco teórico propuesto, se puede esbozar que este esquema de representación tiene como soporte el imaginario, que no solo está presente en el sentido común, sino que se cuela, consciente o inconscientemente, en la reflexión académica.

Podemos decir que los trabajos que enfatizan el sentido reivindicativo del Sur muestran claramente que su imagen actual no es unívoca, sino que existe una fuerte disputa por su caracterización. Resulta paradójico que esta disputa se desarrolle siempre en referencia a las percepciones en el Norte, en las que el Sur se presenta como carente de virtudes materiales o como poseedor de características sociales que faltarían en el Norte. A su vez, la reivindicación del Sur, de alguna manera, cuestiona al Norte, por lo que su situación privilegiada también se vuelve ambivalente. En este sentido, cabría hablar de un sistema de representación Norte-Sur que se confirma y amplía con la información empírica que se presenta en el siguiente capítulo.

Como balance bibliográfico, cabe decir que los trabajos mencionados introducen el término *imaginario*, aunque sin una definición precisa. El concepto da cuenta de los mapas mentales de la población, como un componente activo de la dinámica de la ciudad que sobrepasa la realidad fáctica.

Muchos de esos esquemas mentales continuaron reproduciéndose hasta la actualidad: las ideas de que los indios están ubicados fuera de la ciudad, que llegan de lejos y nunca forman parte de ella. O esa noción, no menos frecuente, de que Quito está formada por dos ciudades, la civilizada y la bárbara, cuyas fronteras se ubican justamente ahí donde estuvieron las antiguas quebradas. Ni siquiera el trolebús, que cruza la ciudad de norte a sur, hace que los norteños avancen más allá de esos límites geográficos (Kingman 2006, 178).

Un tema emergente en el siglo XXI, en los análisis relacionados con la dinámica cultural, es el valor de la identificación con la ciudad como referente de cohesión social. En esta dirección, aparecen algunas ideas sugerentes en las primeras investigaciones del Instituto de la Ciudad (Corporación Instituto de la Ciudad 2009; Chiriboga 2009). Estos trabajos plantean que los elementos identitarios son imprescindibles para la integración social, y que esta constituye una meta de la administración municipal de la primera década del presente siglo. Un aporte significativo que cruza estas investigaciones es el análisis de la percepción de los quiteños sobre la ciudad, mediante las condiciones materiales y las prácticas ciudadinas.

Se constata que el nivel de pertenencia e integración de la población de Quito está relacionado con sus oportunidades y posibilidades para acceder a los servicios que ofrece la ciudad: educación, salud, ocupación, infraestructura habitacional, entre otros. Frente al interrogante de la identificación con la ciudad, los datos obtenidos muestran importantes diferencias en cuanto a nivel socioeconómico, identificación étnica, edad y género. Al respecto, en un estudio del Instituto de la Ciudad (2009, 202) se concluye que:

cabe tratar el tema de la identidad en la construcción urbana contemporánea de Quito. La construcción contemporánea de la identificación con Quito aparece en las cifras que analizamos como un proceso conducido por

las élites (comprendidas como orientadoras de comportamientos antes que solamente como estratos de altos ingresos). Aunque, cabe especificarlo, el proceso es especialmente conducido por las élites de altos ingresos. Dentro de los subgrupos urbanos, el segmento que mayor identidad muestra son los habitantes mestizos de la ciudad, lo que corresponde a una tradición. Dentro de un rango, los pobres se identifican menos con la ciudad. Y también, las mujeres y los grupos étnicos no mestizos. Esto pareciera mostrar una alta correlación entre mayor vulnerabilidad social y menor identidad urbana.

Los datos también arrojan diferencias por administraciones zonales.⁴ En el mismo trabajo del Instituto de la Ciudad (2009, 139) se señala que “la administración zonal Norte presenta el más alto nivel de identificación (76 %), mientras que la administración Quitumbe, en el sur, el más bajo (60 %)”. Estos datos sugieren que las desigualdades materiales de la ciudad se expresan simbólicamente en un menor sentido de identificación con la misma; una suerte de idea de *quiteñidad* restringida al nacimiento en la ciudad, o al orgullo por el Centro Histórico.

Con esta información se evidencia la tensión entre la identificación con el barrio y la identificación con la ciudad. A pesar de la marcada concentración de servicios en el centro-Norte, y el estatus que alcanza, esta zona no necesariamente representa el ideal para quienes no residen en ella. Tanto en el trabajo de René de Maximy y Karine Peyronnie (2000) como en la investigación publicada por la Corporación Instituto de la Ciudad (2009) se aprecia una alta predisposición de la población a mantenerse en sus barrios; o, en caso de pensar en mudarse, prefieren lugares cercanos a su actual residencia. La interpretación de esta tendencia es distinta en ambos estudios. Los investigadores del Instituto de la Ciudad lo analizan como la expresión de un vínculo significativo con el espacio barrial, mientras que el equipo de origen francés ve una preferencia por lo que está al alcance, es decir, una opción realista, en función de las oportunidades económicas. Ambas lecturas no son excluyentes e invitan a complejizar el tema de la identificación con el lugar.

⁴ La estructura administrativa del DMQ se compone de administraciones zonales, que son unidades territoriales con autoridades delegadas por el alcalde.

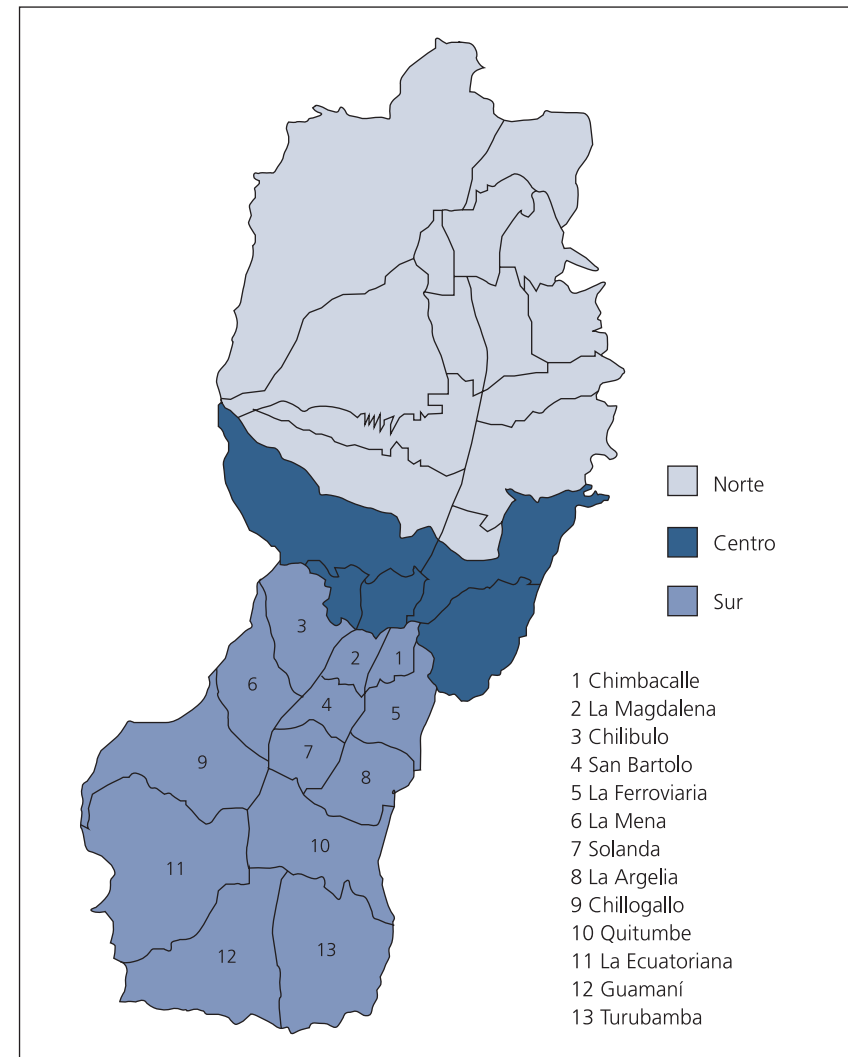
Según la bibliografía disponible, si los vínculos vecinales ya no son una característica del centro-Norte, la concentración de capitales materiales y simbólicos hace de este espacio el locus del discurso de identificación con Quito como ciudad, donde el estatuto patrimonial del Centro es esencial. Para quienes no residen en esta zona privilegiada, las ideas dominantes de quiteñidad parecen más lejanas, a la vez que cobran fuerza el sentido de pertenencia barrial y el interés por la isotropía de los servicios e infraestructura.

La reconstrucción del conocimiento acerca de la segregación en Quito confirma la relevancia de volver a debatir las formas de diferenciación entre el Norte y el Sur. Sobre todo porque existe la tendencia a desestimarlas, al ser concebidas como representaciones anacrónicas y contrafácticas que perviven a pesar de su incongruencia con los cambios morfológicos, sociales y culturales que ha experimentado la ciudad en los últimos 40 años. A partir de las coordenadas teóricas propuestas, cabe preguntarse por la necesidad social de este sistema de representación. No basta con mencionar el desfase entre el orden material y el orden simbólico, sino que se vuelve necesario tomarlo, precisamente, como problema a investigar.

Visualización del territorio

Una primera referencia imprescindible para caracterizar el territorio es un mapa de las parroquias del Quito urbano que corresponden al Sur. No existen mapas que muestren la delimitación Norte-Sur, ya que la división oficial es por administraciones zonales, de las cuales Eloy Alfaro y Quitumbe corresponden al territorio Sur. El mapa 2.1. muestra la división de parroquias urbanas de Quito. Se distinguen exclusivamente las que corresponden al Sur, y se usan colores para demarcar las tres grandes zonas reconocidas por el sentido común de la población, más que por principios técnico-administrativos.

Mapa 2.1. Parroquias urbanas del Sur de Quito



Fuente: <http://geportal.quito.gob.ec/smiq/>.

Si bien el sentido común de la población es un recurso cognitivo útil para la delimitación territorial del Sur, resulta problemático caracterizarlo, debido a los estereotipos sobre la forma en que se representa la segregación en Quito. Como se mencionó anteriormente, estos estereotipos se vuelven coordenadas de percepción de las que no escapan fácilmente las mismas investigaciones. Por tal razón, hemos realizado una exploración preliminar, antes de poner en marcha las técnicas de levantamiento de datos.

Llevamos a cabo este acercamiento mediante recorridos guiados por informantes claves, quienes generosamente accedieron a compartir su conocimiento sobre la conformación histórica de este territorio. En estos recorridos pudimos conocer la memoria oral de algunos barrios, en torno a su poblamiento, los vínculos materiales y simbólicos con la zona industrial, los procesos de lotización de antiguas haciendas, entre otros hechos inexplorados en la bibliografía disponible. También pudimos observar procesos organizativos en pro de reivindicaciones culturales y ambientales. Y durante el año 2013 seguimos un valioso calendario de eventos culturales y celebraciones, algunas de ellas de origen prehispánico y otras de reciente incorporación a la dinámica urbana, a partir de los procesos migratorios dados durante varios ciclos en el siglo XX.

A fin de registrar estos recorridos, optamos por la fotografía, que, al producirse en la interacción y el diálogo con las personas guías, puede calificarse como fotoetnografía. Producir imágenes se volvió un elemento central, no solo para registrar lo observado, sino también como disparador de la memoria y la narrativa (Rivas 2014). El uso de la fotografía fue muy útil para evidenciar lo que Jesús de Miguel y Omar Ponce de León (1994) denominan “construcción de la mirada”, en alusión a los cánones de percepción que definen lo que resulta fotografiable. Esto fue de gran ayuda para advertir la inmersión en el mismo sistema de significaciones que pretendíamos problematizar.

Gracias a este ejercicio preliminar ampliamos el conocimiento de la zona provisto por la bibliografía, pero la participación de los informantes calificados excedió las expectativas, no solo del acercamiento preliminar, sino de todo el trabajo de investigación.⁵ Durante la revisión de las imágenes

⁵ La colaboración del equipo de fotógrafos y activistas generó un proyecto creativo independiente denominado “SerSurUIO”, que consiste en una plataforma virtual que muestra el proceso de

nes captadas pensamos en iniciar un diálogo abierto acerca del Sur, a través de una selección de 12 fotos que se convertirían en postales bajo el concepto “Imaginando el Sur de Quito”. Este nombre se inspiró en el modelo teórico de la investigación que originó este libro. Destaca que la acción de imaginar alberga el plano creativo en la producción de sentido que construye la realidad, y que esta actividad resulta pertinente para describir un espacio marcado por la mitificación.

Seleccionamos las fotografías que se tornaron en postales en función de que mostraran lugares físicos de los que no se habla, o se dice poco, como la estación del tren, el río Machángara, la planta de hidrocarburos o la zona industrial. Igualmente, escogimos imágenes de las festividades populares y algunos paisajes urbanos que remiten a los procesos sociales que los engendraron. Esta selección implicó una negociación compleja entre las cualidades estéticas y la relevancia etnográfica de las fotos. Para consensuar ante los diferentes criterios en juego optamos por seguir la lógica propia de la postal, en la que se produce una afectación de sentido recíproca entre la imagen y el texto (Restrepo 2010). Así, incorporamos textos con mucha de la información relatada en el reverso de las postales.⁶

En este libro, parte de estas imágenes se despliegan al inicio de cada capítulo; el resto aparece a continuación. Todas tienen sus respectivos textos explicativos y están agrupadas en dos ejes: paisajes y festividades. Con esto no pretendemos hacer una taxonomía excluyente sino revelar las dos caras, de observación y participación, que constituyeron los recorridos: los *paisajes* dan cuenta de una postura de observadores que se acercan al territorio, y las *festividades* recrean el proceso de participación al compartir las actividades identificadas.

formación y desarrollo del Sur a través de relatos de vida (<http://www.sersuruio.ec/>, acceso el 13 de septiembre de 2017).

⁶ Un trabajo reflexivo más elaborado sobre estas postales ha sido publicado en coautoría con Marialina Villegas (Santillán y Villegas 2016).

Paisajes

Planta de hidrocarburos



Está ubicada en El Beaterio y se encuentra en una zona altamente poblada, rodeada por viviendas que no cumplen con la disposición de mantener una distancia de 100 metros a la redonda. Al respecto, se debaten dos posturas: reubicar a los vecinos que no cumplen con la reglamentación o mover la planta fuera de la ciudad (foto de Martina León).

Río Machángara



El río Machángara cruza el Sur de Quito y es parte sustancial de su entorno ambiental. El cambio en sus funciones retrata el proceso histórico de la ciudad: antes proveía agua para sembríos, molinos, limpieza y diversión; ahora recibe el 75 % de las aguas servidas de la urbe. De ahí la connotación negativa en su representación actual (foto de Martina León).

Capítulo 2

Personas saludan al tren



Presenciar el paso del tren resulta un acontecimiento sorprendente, pese a lo rutinario de sus horarios. Desde este transporte se puede observar la cotidianidad e intimidad de quienes habitan el Sur (foto de Martina León).

Materialidad y ficción de una ciudad segregada

Culturas urbanas



En el barrio Los Dos Puentes, la tienda de la esquina resultó un espacio propicio para un grafiti que denota la territorialidad de la cultura *hip-hop*. Esta y otras expresiones culturales juveniles identifican al Sur como lugar de enunciación: se hace rap, *rock*, punk "desde el Sur" (foto de Martina León).

Festividades

Desfile de la Confraternidad en el Sur



Este desfile es parte de los festejos por la fundación española de Quito. Su origen se dio al llevar al sur de la ciudad el desfile original, realizado en el Norte. Aparecen comparsas que solo se presentan para el público del Sur, como es el caso de los hinchas del Aucas, un equipo de fútbol considerado “ídolo del pueblo” (foto de Carlos Vizurete).

Hacia una lectura del imaginario

En primer lugar, la segregación física que opone al Norte y al Sur de Quito tiene una innegable base material, que se relaciona con la histórica atención privilegiada al primero, tanto a través de la política municipal como mediante el impulso generado por el mercado inmobiliario. Actualmente no se puede caracterizar a la ciudad como dual, ya que las fronteras intraurbanas se han complejizado profundamente, a partir de un proceso de isotropía de los servicios urbanos, tanto públicos como privados. Sin embargo, permanece latente la segregación histórica. La población de mayores ingresos se mantiene emplazada en el centro-Norte, y se mueve hacia los valles periféricos, en lugar de buscar espacios dentro de la ciudad consolidada. Además, este sector poblacional concentra valiosos capitales de distinción, como el capital escolar y la consecuente diferenciación en la jerarquía ocupacional.

En segundo lugar, la persistencia de un imaginario dual sobre la ciudad opera mediante un régimen de representación en el cual las nociones de Norte y Sur se vuelven lugares figurativos interdependientes, antes que zonas geográficamente delimitadas. Tanto en la bibliografía como en el lenguaje común, los términos Norte, Centro y Sur se utilizan indistintamente para dar cuenta tanto de coordenadas geográficas como de características sociales. Este hecho, de por sí, constituye un fenómeno importante, pues muestra la forma en que el lenguaje instituye la realidad, y cómo términos de acepción geográfica se han naturalizado para connotar diferencias sociales. Para fines analíticos, resulta necesario marcar una diferencia de términos para distinguir dos procesos. El primero es que las coordenadas geográficas de dirección norte y sur se han convertido en topónimos. Esto ha dado origen a los nombres propios Norte y Sur, concebidos a partir del Centro Histórico como eje. El segundo proceso es el uso figurativo de estos términos, como lugares diferenciados socialmente, pues han adquirido una connotación particular que se confunde con su uso toponímico. Para reconocer este segundo uso utilizaremos los términos *Norte* y *Sur* en cursiva, ya que es indispensable, para el análisis, identificar si la referencia a estos nombres se corresponde con la orienta-

ción geográfica, la manera de nombrar el lugar, o una forma de identificar sentidos de adscripción social.

En tercer lugar, el régimen de representación que compara permanentemente al *Norte* y al *Sur* figurativos no implica una desvinculación total de las referencias territoriales. La tradicional asociación del *Norte* con los privilegios sociales y el *Sur* con la subalternidad se constituye, también, en torno a lugares específicos y características espaciales diferenciadas, como legado de los procesos segregativos históricos. Pero la construcción simbólica ha tomado vida propia y ha dejado su impronta: el *Norte* mantiene su representación como lugar de las élites y las clases medias con posibilidades de movilidad social. La pobreza que lo circunda es invisibilizada en la representación. En definitiva, el *Norte* no incluye a todos los barrios que se ubican en el eje norte. Mientras que en el caso del *Sur* prima la asociación con la subalternidad, incluso pese a que alberga a una población heterogénea, incluyendo gente de clase media con un importante poder adquisitivo. Entonces, el *Sur* unifica áreas disímiles, tanto en términos de cobertura de servicios urbanos, como de características de población: un centro-Sur bien abastecido y con una población que accede a una buena calidad de vida, frente a un Sur periférico, con menores niveles de vida. En definitiva, un territorio extenso y heterogéneo queda representado bajo la misma idea estereotipada de *Sur*, y se desconocen sus diferencias internas.

En cuarto lugar, la bibliografía muestra que, en la actualidad, las representaciones tradicionales del *Norte* privilegiado y el *Sur* carente presentan matices. Mientras que la noción de *Norte* ha incorporado un sentido peyorativo, a través del adjetivo *aniñado* como término que cuestiona la asignación de privilegios; la noción de *Sur* ha incorporado un sentido reivindicativo, precisamente por su supuesto carácter popular, en tanto referente de cohesión social y vida comunitaria. No obstante, esta ambivalencia parece agrandar la diferenciación antes que reducirla, sobre todo porque la comparación se establece entre los referentes figurativos. Por ejemplo, las similitudes entre el Sur y el Norte periféricos, que son claras en los mapas con información georreferenciada, no se expresan en una representación que procese simbólicamente estas semejanzas.

Con estos cuatro elementos se puede plantear que la representación *Norte-Sur* es posible en tanto existe una frontera imaginada que desencadena procesos simbólicos que asocian características materiales con la desigualdad social. Esto no resulta una novedad, pues algunos autores ya se han referido a una frontera imaginaria; pero, en atención al modelo conceptual que proponemos, es necesario relacionar el orden imaginario con la existencia del fantasma urbano. Así, la imposición de una lógica binaria en un orden material heterogéneo se asienta en la necesidad social de una separación. Dicho de otra forma, la frontera se vuelve necesaria para conjurar la amenaza fantasmal de la indiferenciación social. No se trata, entonces, de una representación anacrónica, desfasada con respecto a la realidad actual de la ciudad, ni de un juego simple de estereotipos sociales. Se trata de una construcción mental activa, capaz de recomponerse frente a nuevas realidades imponiéndoles una dicotomía. El imaginario que la sostiene vuelve legibles las desigualdades pasadas y presentes de Quito. Comprender este dinamismo es el propósito de este libro.



Paisajes - Ferrocarril

El paso del tren produce un paisaje singular: por el tejido urbano moderno emerge un transporte de otro tiempo, ahora recuperado como servicio turístico. Mientras dura el recorrido, el pasado y el presente de la ciudad se encuentran (foto de Martina León).

Capítulo 3

Quito: un caso de segregación imaginaria*

En la narrativa de la ciudad es común señalar que el *Norte* y el *Sur* de Quito son diferentes, pero resulta difícil definir en qué radica exactamente esta distinción. Al caracterizar lo particular de cada zona se entremezclan asociaciones y conjeturas relacionadas, a veces, con aspectos físicos del lugar (como infraestructura, servicios, paisajes), y otras veces, con supuestas características de las personas (ligadas a las jerarquías de clase y raza).

Para hacer una caracterización de la representación de la ciudad marcada por una división tajante entre dos sectores, y siguiendo la ruta teórico-metodológica propuesta por Silva (2004), optamos por el instrumento de la encuesta cualitativa. Esta nos permitió acceder al terreno subjetivo de los imaginarios, mediante la asociación libre, y captar las significaciones inmediatas que elaboran las personas encuestadas, justamente porque en ellas afloran los estereotipos, las creencias inconscientes, las fabulaciones colectivas, etc. No obstante, introdujimos un énfasis sustancial, que es la *espacialidad* de los informantes, como un elemento a considerar en la formación de las percepciones ciudadanas.

Originalmente, Silva considera que las distintas percepciones sobre la ciudad representan “puntos de vista ciudadanos”, diferenciados por varia-

* Una versión anterior de este capítulo se publicó como artículo. Santillán, Alfredo. 2015b. “Imaginarios urbanos y segregación socioespacial. Un estudio de caso sobre Quito”. *Cuadernos de Vivienda y Urbanismo* 8 (16): 246-63. <https://doi.org/10.11144/Javeriana.cvu8-16.iuss>

bles como el nivel socioeconómico, la edad y el género. Pero en este caso, hemos asumido que la percepción de la segregación se construye de manera dialéctica, entre la materialidad de la localización y el proceso cognitivo a través del cual se aprehende y significa la ciudad. Así, diseñamos la encuesta no solo para captar las percepciones sobre las diferencias socioespaciales, sino que incluimos varias preguntas acerca de las características de la vivienda y del barrio. Consideramos que las fronteras intraurbanas se constituyen como un ordenamiento material y simbólico, y que la manera en que los sujetos se ubican en este orden también señala cómo se aprecia la división de la que se es parte.

Estructuramos la encuesta con base en la categoría de “experiencia urbana” (Duhau y Giglia 2008), que conjuga la dimensión territorial y vivencial del habitar; cada uno de estos dos componentes se desagrega en tres elementos. La dimensión territorial abarca una escala según la lógica de proximidad, y se compone de la vivienda, el barrio y la ciudad. La dimensión representacional contempla, igualmente, tres campos ligados al significado que adquiere la dimensión territorial en la experiencia urbana: el arraigo, la sociabilidad y la identificación de “polaridades urbanas”. Esta última noción busca captar la existencia de varias ciudades vividas dentro del mismo entorno metropolitano, lo que genera el reconocimiento o la distancia con la otredad.

La muestra se diseñó para tener representatividad de las tres grandes zonas: Sur, Centro y Norte, con un margen de error muestral de $\pm 3,3$, para la muestra total, y de entre $\pm 5,6$ y $\pm 5,8$, para la muestra de cada zona. El cuadro 3.1. sintetiza la distribución de la muestra a partir de las variables sector, edad, nivel socioeconómico (NSE) y género.

Vale la pena mencionar el uso de la información sobre la zona Centro en el cuestionario. A fin de evitar introducir la división *Norte-Sur* desde las mismas preguntas y así inducir respuestas antagónicas sobre ambas zonas, incluimos la caracterización del Centro, aunque no haya sido, propiamente, motivo de la investigación. Utilizar la división histórica de la ciudad permitió que la diferenciación entre *Norte* y *Sur* se estableciera a partir de las respuestas obtenidas para cualificar los tres sectores. Aunque, en efecto, algunas preguntas explícitas sobre la división resultaron inevitables.

Cuadro 3.1. Distribución de la muestra aplicada

	No. Encuestas	(Error mínimo) (p=0,05; q=0,95)	(Error máximo) (p=q=0,5)
TOTAL	930	$\pm 1,5$	$\pm 3,3$
Por área urbana			
Sur	317	$\pm 2,5$	$\pm 5,8$
Centro	313	$\pm 2,5$	$\pm 5,8$
Norte	300	$\pm 2,5$	$\pm 5,8$
Por edad			
15 a 29 años	325	$\pm 2,5$	$\pm 5,8$
30 a 44 años	304	$\pm 2,5$	$\pm 5,8$
45 a 60 años	301	$\pm 2,5$	$\pm 5,8$
Por NSE			
Alto	160	$\pm 3,6$	$\pm 8,2$
Medio	363	$\pm 2,3$	$\pm 5,3$
Bajo	407	$\pm 2,2$	$\pm 5,0$
Por sexo			
Hombres	466	$\pm 2,1$	$\pm 4,7$
Mujeres	464	$\pm 2,1$	$\pm 4,7$

La desagregación de los datos aporta información valiosa sobre cómo funcionan los consensos y disensos en función de género, edad y nivel socioeconómico. Pero su mayor riqueza está en la relación entre la representación de la ciudad y el componente territorial de los encuestados. Por esta razón, la mayor parte de las reflexiones se desarrolla sobre esta variable. Por otro lado, al tratarse de una mirada cualitativa, el análisis de la encuesta se centra en la estadística descriptiva, para observar las tendencias en las significaciones colectivas sobre las fronteras intraurbanas. En este sentido, si bien los parámetros de relevancia estadística son un indicador valioso, también se señalan pequeñas diferencias que, en términos estadísticos, pueden no ser mayormente significativas, pero revelan construcciones de sentido potentes desde un enfoque semántico.

Norte-Sur: la diferencia como oposición jerarquizada

Al preguntar cómo está dividido socialmente Quito (gráfico 3.1.) y en qué década se estableció tal división (gráfico 3.2.), nos acercamos a la manera en que se percibe la estratificación social de la ciudad.

Un primer hallazgo de interés es que los términos Norte y Sur aparecen directamente en las respuestas como parámetros de diferenciación social, sin estar preestablecidos en las preguntas. Aunque el elemento central de diferenciación son las clases sociales, la connotación de clasificación social que conllevan estos términos constituye un legado presente en la narrativa sobre la ciudad.

Ante la solicitud de identificar cuándo (década) se originó la división que el encuestado hubiera establecido, las respuestas abarcan un rango temporal muy extenso: desde la década de los 40 del siglo pasado hasta la primera década del presente siglo (gráfico 3.2.). El porcentaje más alto corresponde con la respuesta “No sabe”.

Las personas encuestadas concuerdan en que Quito es una ciudad dividida socialmente, pero discrepan al asignar una década precisa a esta conformación. La dispersión de respuestas revela un conocimiento frag-

Gráfico 3.1. División social de Quito

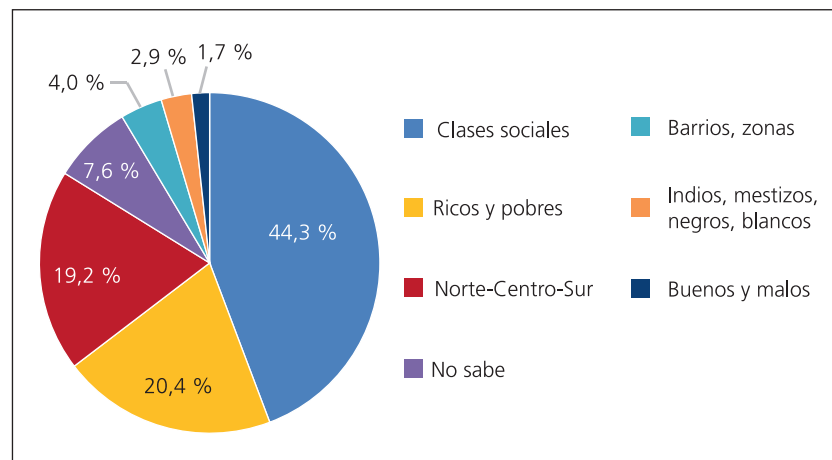
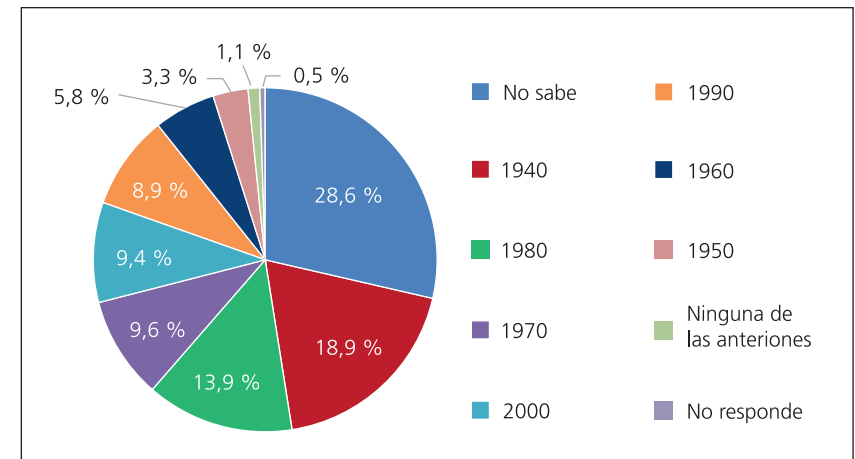


Gráfico 3.2. Década en que se estableció la división social en Quito



mentado de un proceso cuyo inicio resulta difícil de marcar. No obstante, los mayores porcentajes sobre origen temporal de la división la ubican, en primer lugar, con un comienzo remoto en los años 40, y en segundo lugar, como un hito reciente en los años 80.

Si se contrastan estas percepciones con los datos de desarrollo de la ciudad presentados en el capítulo anterior, vemos que ambas décadas representan momentos decisivos en la constitución de una ciudad segregada. Esto sugiere un conocimiento importante por parte de la población. Las percepciones diferenciadas pueden ser leídas como elementos constitutivos de un conocimiento colectivo. Este saber global se construye a partir de la suma de saberes parciales.

Acerca de las valoraciones sobre el Norte y el Sur, el antagonismo entre uno y otro surge claramente de las respuestas a un conjunto de cinco preguntas cerradas construidas como afirmaciones, ante las cuales las personas encuestadas debían expresar acuerdo o desacuerdo. El gráfico 3.3. muestra las respuestas obtenidas.

La expresión “mundos distintos” fue recogida en varias conversaciones sostenidas previamente con habitantes tanto del Norte como del Sur, quienes la usaron para definir la diferencia al pasar de una zona a otra. La

expresión “mejores lugares” también fue tomada de la indagación previa, en la que identificamos que este es uno de los criterios más comunes al comparar ambas zonas.

El dato más destacado es el desacuerdo mayoritario con la idea de que “el Norte y el Sur son muy parecidos” (84,7 %). El resto de respuestas son plenamente coherentes entre sí.

Gráfico 3.3. Acuerdo/desacuerdo con afirmaciones

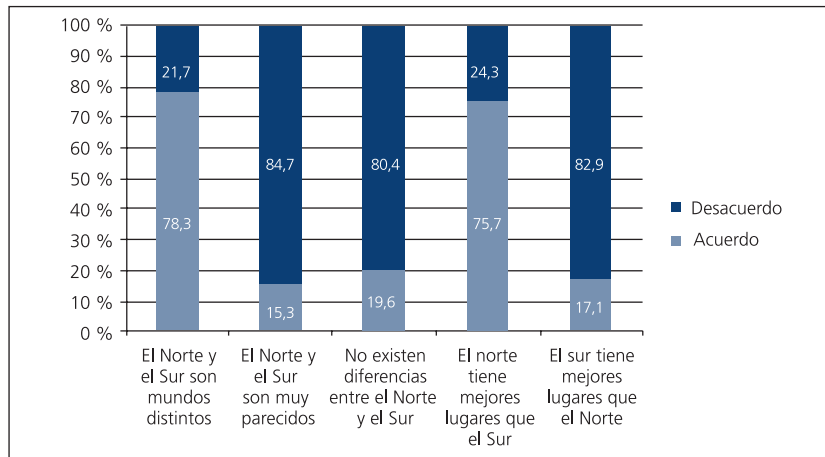


Gráfico 3.4. Desagregación "El Norte y el Sur son muy parecidos"

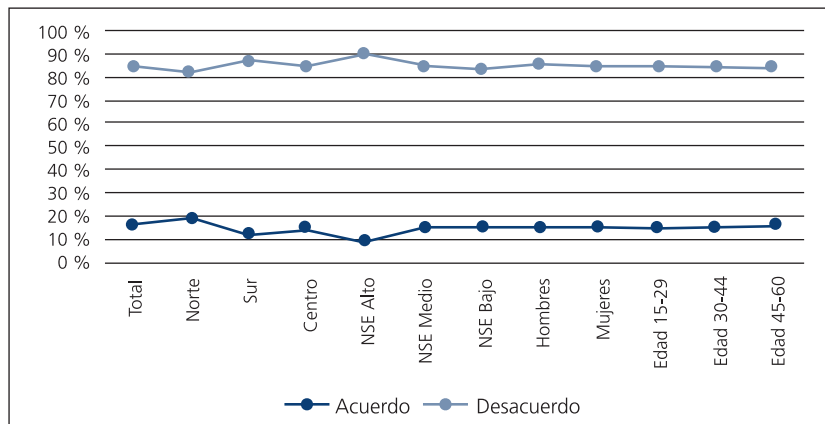
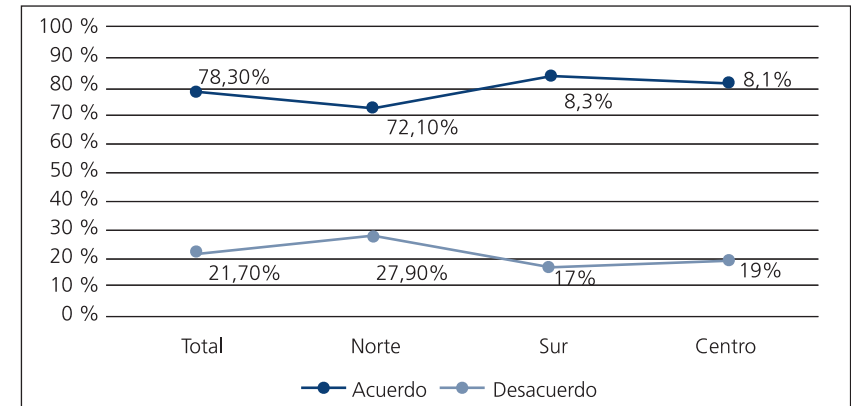


Gráfico 3.5. Desagregación "El Norte y el Sur son mundos distintos" por sector



Estas percepciones reflejan un consenso en la mirada a las fronteras intraurbanas de Quito, pues aparecen muy pocas diferencias en las desagregaciones de las variables sobre los distintos tipos de personas informantes. Un buen ejemplo de esto se aprecia en el gráfico 3.4., que muestra un rechazo generalizado a la idea de similitud entre ambas zonas.

Respecto a la idea de “mundos distintos”, el gráfico 3.5. muestra la desagregación por sectores de las personas informantes, donde aparece la mayor variación de respuesta. Sobresale la diferencia entre las personas del Norte y del Sur, con casi 11 puntos porcentuales.

Quienes viven en el Sur expresan con mayor fuerza la apreciación de que ambos lugares representan entornos sociales contrapuestos, en tanto validan la expresión “mundos distintos”.

El gráfico 3.6. muestra la desagregación de respuestas frente a la afirmación “el Norte tiene mejores lugares que el Sur”. En este caso, los matices aparecen por nivel socioeconómico, antes que por lugar de residencia, pues, independientemente de la zona en que se habita, este es un criterio compartido.

En cuanto a las reacciones frente a la afirmación “el Sur tiene mejores lugares que el Norte” (gráfico 3.7.) existen pequeñas discrepancias en la variable del sector de las personas informantes. La población del Sur reivindica, de cierta manera, esta zona, asignándole la cualidad de contar con mejores lugares.

Gráfico 3.6. Desagregación "El Norte tiene mejores lugares que el Sur"

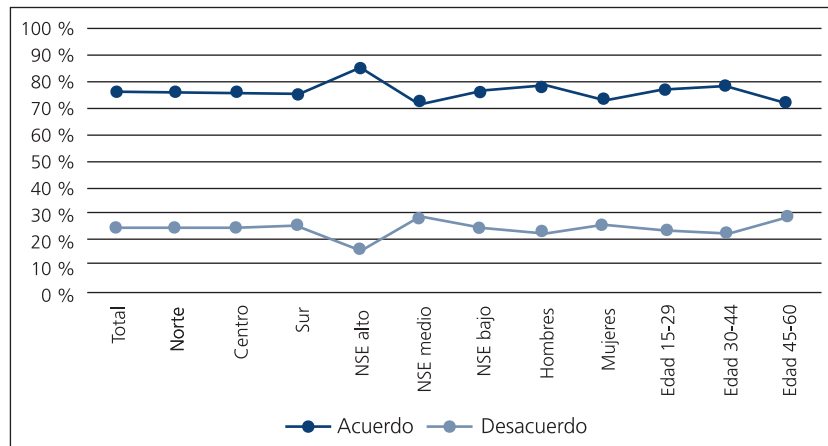
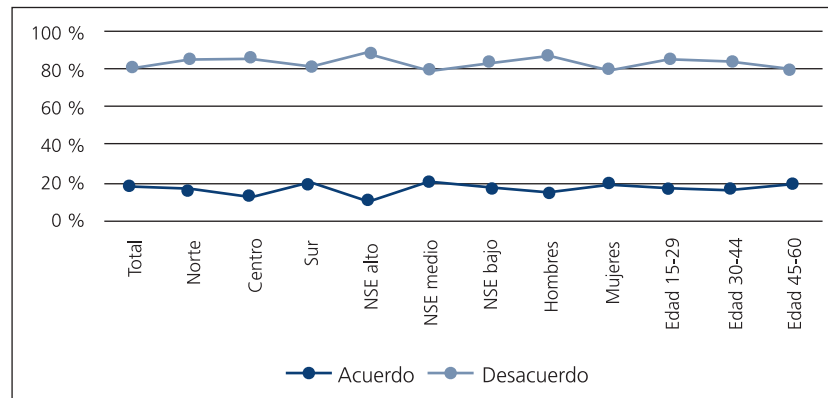


Gráfico 3.7. Desagregación "El Sur tiene mejores lugares que el Norte"



A partir de los datos obtenidos se puede establecer que no solo ambos lugares son representados como diferentes, sino que esta distinción se asienta en una visión jerárquica. Esta forma de representación, que contrapone ambas zonas, no repara en las posibles semejanzas, sobre todo considerando que el Norte periférico presenta características de urbanización semejantes a las del Sur. Creer en la diferencia, como construcción subjetiva compartida, sobrepasa la evidencia empírica de una ciudad dual.

Palabras y percepciones sensoriales

También indagamos sobre las palabras, colores, olores y el clima que caracterizarían a cada zona de la ciudad. Los resultados ilustran la acentuada creencia en la diferencia a partir de los juegos de asociación libre que plantean las preguntas. Pese a que estas fueron abiertas, las respuestas coinciden en porcentajes importantes. Esto permite identificar marcos de significación comunes, que son el material básico a partir del cual exploramos las construcciones imaginarias que los originan.

Palabras e imágenes: la diferencia a través de la asociación libre

Un primer acercamiento general se dio con la caracterización de cada zona a través de una palabra o imagen. La tabla 3.1. muestra las frecuencias de los términos utilizados para cada zona.

Tabla 3.1. Palabras que caracterizan al Norte y al Sur

Norte		Sur	
Palabra	Porcentaje	Palabra	Porcentaje
Bonito	14,8	Bonito	9,6
Tranquilo	12,5	Peligroso	7,2
De la alta	10,6	Alegre	6,5
Grande	3,8	Tranquilo	4,7
Aseado	3,7	Comercial	3,7
Comercial	2,9	Pobre	3,4
Bueno	2,6	Inseguro	3,3
Agradable	2,2	Popular	2,9
Seguro	2,1	Común y corriente	2,1
Elegante	2,0	Grande	2,0
Moderno	2,0	En desarrollo	1,7
Otros	38,2	Otros	48,4

Bajo la categoría “Otros” se agrupan las respuestas de incidencia menor al 1,5 %. Esta categoría evidencia que la definición del Sur es mucho más heterogénea que la del Norte. En segundo lugar, las palabras más usadas para referirse a cada zona alcanzan mayores porcentajes para el Norte (14,8 %) que para el Sur (9,6 %). Esta diferencia resulta bastante alta en una pregunta abierta e implica que la percepción del Norte es más nítida y consensual que la del Sur, que presenta tendencias de respuesta menos claras.

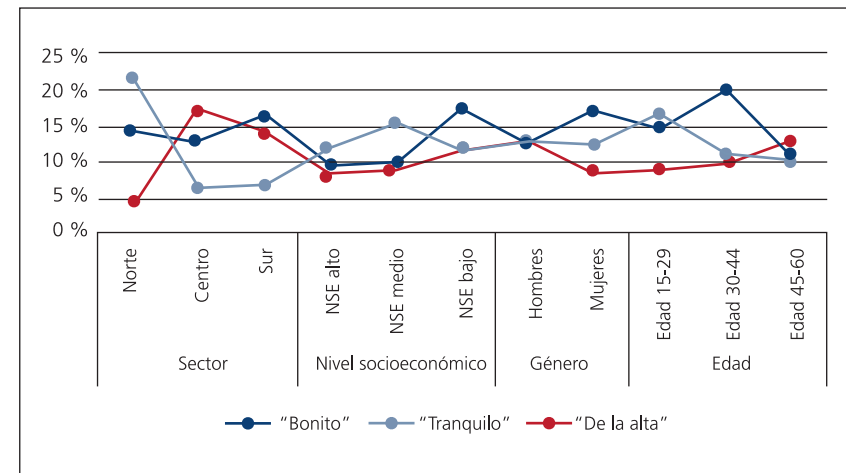
El análisis semántico de los términos revela que, en el caso del Norte, las respuestas tienen una valoración positiva en común, expresada con atributos como “bonito”, “tranquilo”, “espacioso”, “aseado”, “agradable”. Resulta ambigua la asociación con la posición económica a través de expresiones como “de la alta” y sus similares: “aniñado”, “pelucón”, “opulencia”, “adinerado”. Si bien se reconoce el valor diferencial de la posición económica, estos términos contienen una connotación crítica de esta condición. Este campo semántico que se despliega frente al topónimo Norte constituye la idea del *Norte* como lugar figurativo asociado, en términos generales, al bienestar material.

En el caso del Sur, la característica más importante es que los calificativos oscilan entre positivos, como “bonito”, “alegre”, “tranquilo”, y negativos, como “peligroso”, “pobre”, “inseguro”. Esto indica que el campo semántico frente a este topónimo no expresa un acuerdo tan marcado sobre su valoración social, como sí ocurre con el *Norte*. Esta ambivalencia lleva a pensar que la significación del *Sur* es un campo en disputa. En el conjunto de preguntas anteriores, al definir al Sur comparativamente frente al Norte, es claro el consenso ante su imagen como “desfavorecido”. Pero al momento de precisar su identificación *per se*, a través de una palabra fuera de una lógica comparativa, aparece una cara positiva que funciona como contrapeso al estereotipo de lugar carente.

Para profundizar en las valoraciones de ambas zonas, presentamos las desagregaciones de los términos que obtuvieron mayores porcentajes de respuesta.

En el gráfico 3.8. se puede apreciar que el sector de residencia de las personas informantes constituye un factor decisivo en la identificación de una

Gráfico 3.8. Desagregación de palabras que caracterizan al Norte

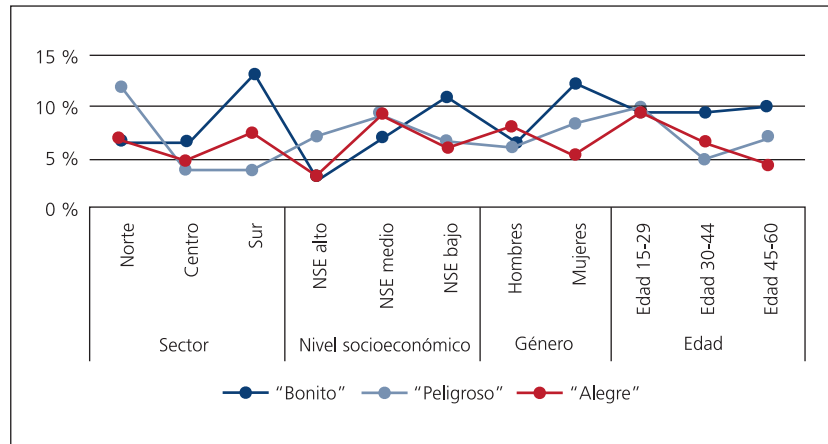


palabra que caracterice al Norte. Entre las cuatro variables analizadas es la que tiene mayores contrastes. Así, quienes habitan en el Norte construyen una autorrepresentación de su zona en la que se pondera la tranquilidad y se minimiza la asociación con la riqueza. Esta difiere notoriamente de cómo la ven quienes residen en los otros sectores, para quienes el atributo “de la alta” se vuelve preponderante, y “tranquilo” el de menor incidencia. El mayor consenso está alrededor del calificativo positivo “bonito”.

La importancia de la variable del sector aparece también en la caracterización del Sur, como se ve en el gráfico 3.9.

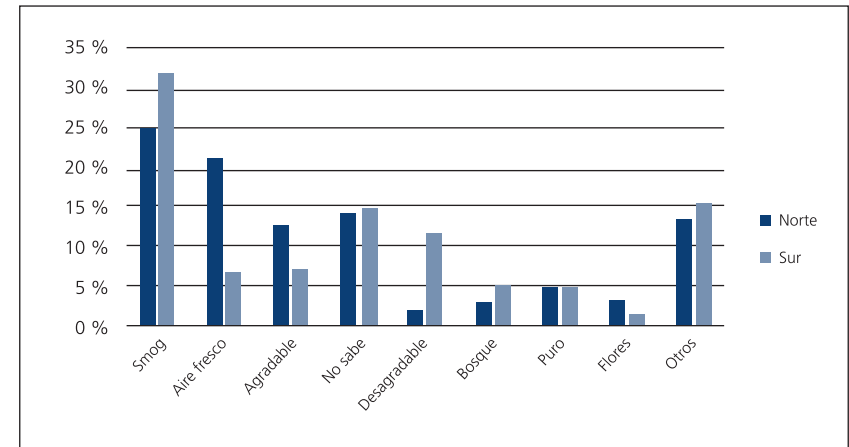
Respecto a la autorrepresentación del Sur, el adjetivo “bonito” –que en los datos totales es el de mayor frecuencia– es usado casi exclusivamente por la población de este sector. La segunda frecuencia más alta corresponde al adjetivo “peligroso”, con baja incidencia en la autorrepresentación de la gente del Sur y que coincide con el criterio de la población del Centro, por lo que no es tan particular; la población del Norte es la que pondera fuertemente este calificativo. El término “alegre”, menor en cuanto a frecuencia total, es el de mayor uniformidad entre los tres sectores.

Gráfico 3.9. Desagregación de palabras que caracterizan al Sur



Quito: un caso de segregación imaginaria

Gráfico 3.10. Comparación Norte-Sur según olor



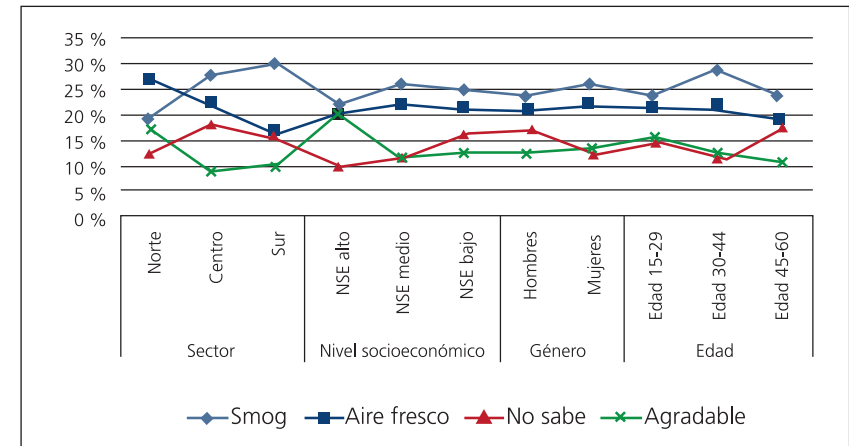
Percepciones olfativas

Respecto a la caracterización de ambas zonas a través del olor, el primer rasgo común es la asociación con la contaminación y el esmog, que también incluye al Centro, con los mayores porcentajes. Esta calificación predomina sobre la ciudad en su conjunto, antes que como una particularidad de alguna zona; sin embargo, se observa una diferenciación entre el Norte y el Sur en cuanto a cómo se establecen nichos de olores más o menos agradables.

El gráfico 3.10. indica que el Norte es percibido con mejor olor que el Sur, con las asociaciones “aire fresco/limpio” y “agradable”. En el caso del Sur, la asociación con el esmog es significativamente mayor y la segunda más importante es con “desagradable”, que en el caso del Norte tiene un porcentaje sumamente bajo. Estas diferencias refuerzan la matriz perceptiva jerárquica. En este caso el aire del *Norte* es caracterizado como más agradable que el del *Sur*.

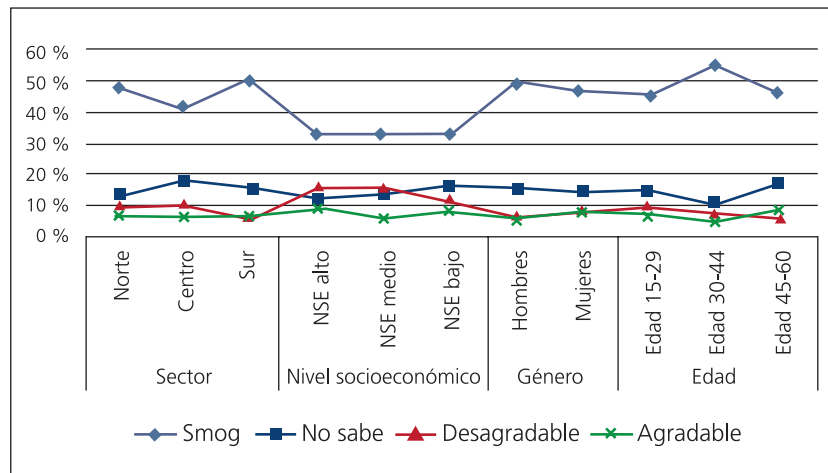
Al desagregar los datos se puede apreciar que los matices más significativos están en la variable del sector de donde provienen quienes respondieron a la encuesta.

Gráfico 3.11. Desagregación del olor del Norte



Como se aprecia en el gráfico 3.11., la población nortea percibe olor a “aire fresco” en su zona. Esto difiere de la asociación con el esmog que prima en los otros sectores, y que se expresa en el resto de variables. En contraste, la gente que más asocia al Norte con el olor a esmog es quien habita

Gráfico 3.12. Desagregación del olor del Sur



en el Sur (29,5 %). Por otra parte, las personas informantes que provienen del sector Norte y están en el NSE alto coinciden respecto al calificativo “agradable”, que se diferencia de las tendencias del resto de variables.

En el caso de la asignación de un olor característico para el Sur, no existen grandes diferencias de apreciación por variable, como se ve en el gráfico 3.12.

Esta homogeneidad de las valoraciones olfativas en los tres sectores es importante, sobre todo, porque muestra que quienes viven en el Sur lo califican de la misma forma negativa que quienes no residen en esta zona. Esto no sucede con el Norte. El mayor consenso es que la ciudad se caracteriza por un olor negativo, pero dentro de esta generalidad opera, nuevamente, una diferencia de percepciones. En el caso del *Sur*, dicha asociación se vuelve indiscutible, mientras que en el caso del *Norte* hay discrepancia, pues una parte importante de quienes residen en el sector Norte reivindican un olor positivo en su zona.

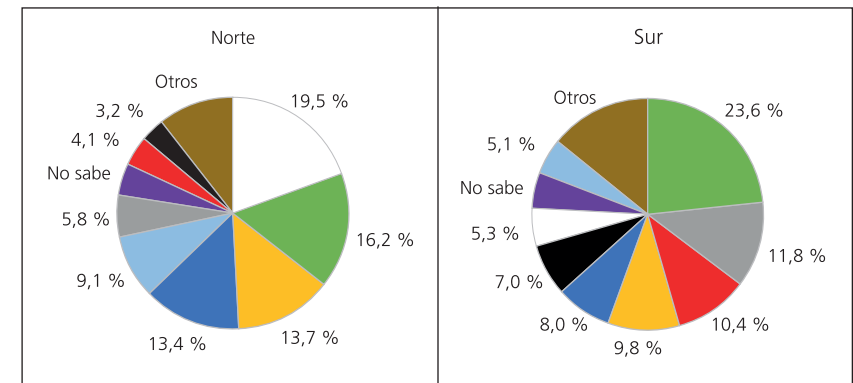
La diferencia expresada en colores

Los resultados confirman la diferenciación entre zonas, aunque en este caso no se puede hablar de valoraciones propiamente positivas o negativas. Tanto en la distinción de colores como en la frecuencia con que son nombrados para caracterizar cada zona se puede ver cómo la cromática da forma a las construcciones mentales.

Al comparar los dos pasteles del gráfico 3.13., los cuatro principales colores que califican al Norte tienen frecuencias por encima del 10 %, y sumados presentan una frecuencia acumulada de 62,8 %. En el caso del Sur, la primera asociación alcanza el 23,6 %, pero el resto desciende abruptamente, y entre las tres que superan el 10 % únicamente suman el 45,8 % del total. En definitiva, en el caso del Norte, aunque no haya un color que sobresalga –como el verde para el Sur–, las mayores frecuencias se concentran en pocos colores, mientras que la gama del Sur resulta más dispersa.

Por otro lado, mientras el color blanco es el de mayor frecuencia para caracterizar al Norte, en la percepción de la gente del Sur, la utilización de este color es baja, pues alcanza únicamente el 5,3 %. De forma similar, los colores rojo y gris, que son muy significativos en el Sur, en el Norte aparecen con tendencias muy bajas. Los colores verde y amarillo reflejan

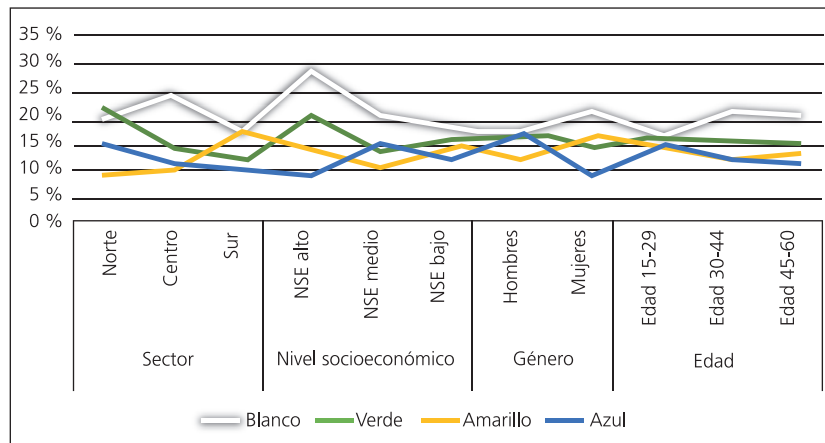
Gráfico 3.13. Comparación Norte-Sur según color



Nota: Los colores del gráfico se corresponden con los nombrados en las respuestas, por lo que se ha omitido las leyendas, salvo en los casos de “No sabe” y “Otros”.

Capítulo 3

Gráfico 3.14. Desagregación del color del Norte



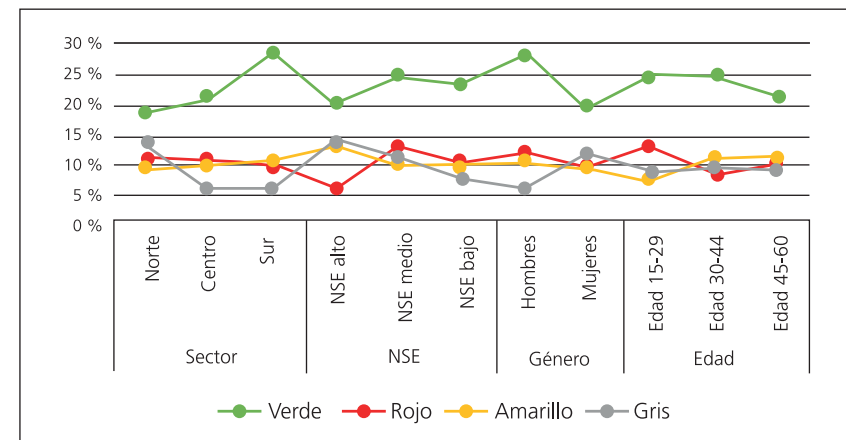
frecuencias importantes en ambas zonas. La cromática asignada a cada sector es una metáfora de sus diferencias y similitudes, pues aparecen colores que se vuelven distintivos de cada zona. El blanco y el azul constituyen lo singular del *Norte*, y el gris y el rojo, del *Sur*. A continuación se muestran los datos desagregados para los cuatro colores más relevantes.

En el gráfico 3.14. se puede ver que los mayores contrastes se presentan en las variables sector y NSE, lo que amerita un análisis detallado. Respecto a la desagregación por sector, se puede ver que cada zona tiene su apreciación particular del color que caracteriza al Norte. Para quienes viven en el mismo sector Norte, los colores que mejor lo definen son, en primer lugar, el verde, seguido del blanco; para quienes habitan el Centro es principalmente el blanco, con una amplia distancia frente a los otros colores; y para la población del Sur, son, sobre todo, el amarillo y el blanco, casi en el mismo nivel. Si descartamos el blanco como color recurrente en los tres sectores, vemos que el mayor contraste se establece entre la cromática del sector Norte, que lo mira verde, y la del sector Sur, que lo mira amarillo.

Para el NSE alto, la asociación del Norte con el color blanco es particularmente importante. Mientras, en los dos NSE restantes, si bien el

Quito: un caso de segregación imaginaria

Gráfico 3.15. Desagregación del color del Sur



blanco ocupa el primer lugar, la diferencia con los otros colores es mucho menos marcada. Para el NSE bajo, las distancias entre todos los colores se acortan drásticamente; el color blanco no predomina como distintivo en su mirada.

Como se ve en el gráfico 3.15., hay mayores acuerdos en cuanto a la percepción del Sur mediante colores. Predomina el verde en todas las desagregaciones, aunque con diferentes rangos de distancia frente a los otros colores. De los tres colores restantes, el amarillo es el más uniforme, mientras que las distancias de los colores rojo y gris son significativas. Al igual que en el caso del gráfico anterior, las variaciones más importantes están en las variables sector y NSE, lo que merece un análisis más profundo.

En relación con los sectores, la propia población del Sur califica esta zona con el color verde en mayor grado que las demás poblaciones. En contraste, quienes habitan en el Norte enfatizan el gris, al ubicarlo en segundo lugar; para las poblaciones de los sectores Centro y Sur, el gris es el color menos nombrado. En la mirada del sector Norte, el verde tiene menos primacía y es la única en la que el gris cobra relevancia. Las miradas de la gente del Centro y del Sur son mucho más afines con los tres colores siguientes al verde.

En cuanto al NSE alto, al igual que en el caso del sector Norte, resalta el uso del gris como segundo color en importancia. En este NSE destaca la referencia al amarillo y, sobre todo, la poca referencia al rojo, que presenta las frecuencias más bajas en todas las desagregaciones. Las apreciaciones de los NSE medio y bajo son más cercanas entre sí y contrastan con la percepción de la población más acomodada.

Es claro que la percepción cromática refuerza la construcción de diferencias sociales espacializadas en Quito, pero no se descarta que la asignación de colores también implique asociaciones con cualidades concretas del espacio. Por ejemplo, la referencia al color verde puede asociarse con la presencia de naturaleza (campo) o la dotación de parques; el blanco puede sugerir pulcritud, y el gris puede remitir a un paisaje en el que predominan fábricas o construcciones sin acabados en fachadas, donde materiales como el concreto quedan a la vista. Si bien estas asociaciones no pueden inferirse de los datos estadísticos, si se cruza esta información con la observación del paisaje, es posible extender el significado que pueden tener los colores.

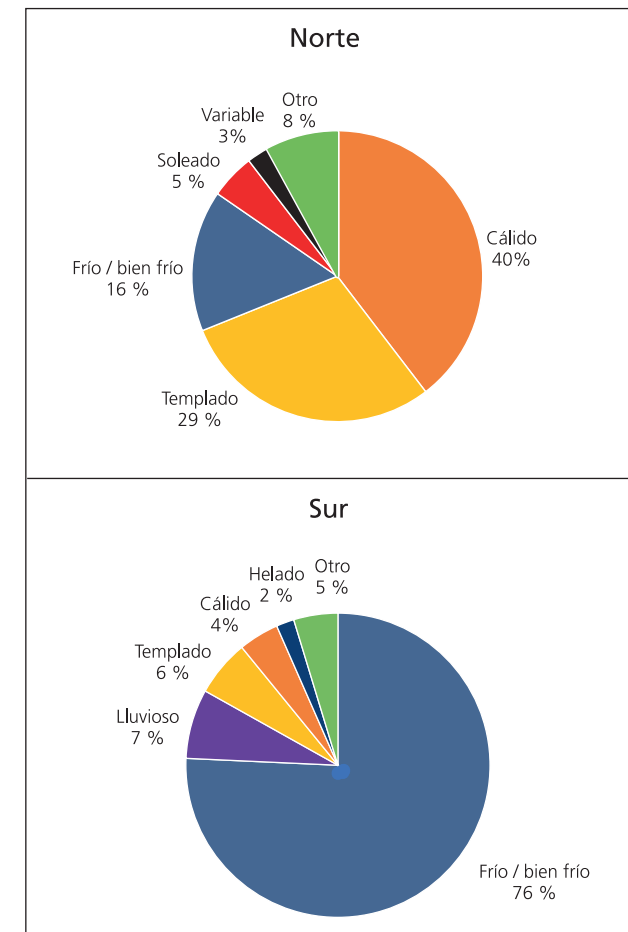
Tomando las precauciones del caso, podemos pensar que la asociación del *Norte* figurativo con el blanco no es casual. Tampoco lo es que sean los mismos pobladores del Norte y el NSE alto quienes remarquen esta caracterización. El blanco resulta un color congruente con el paisaje de edificios que distingue al centro-Norte de la ciudad, y sintoniza con la asepsia que se identifica como cualidad de esta zona. Del mismo modo, no es fortuito que la población del Sur destaque el verde como color representativo de su zona, pues el proceso de urbanización en este sector se ha caracterizado por mantener elementos ambientales como quebradas, ciénagas y cauces de ríos y riachuelos. Estos espacios constituyen una parte sustancial de su paisaje urbano, respecto al cual la tendencia es imaginar un *Sur* menos urbanizado.

Percepciones climáticas

Finalmente, en esta sección presentamos la apreciación del clima como una de las más claras expresiones de la percepción diferenciada que construye la oposición entre el Norte y el Sur de Quito.

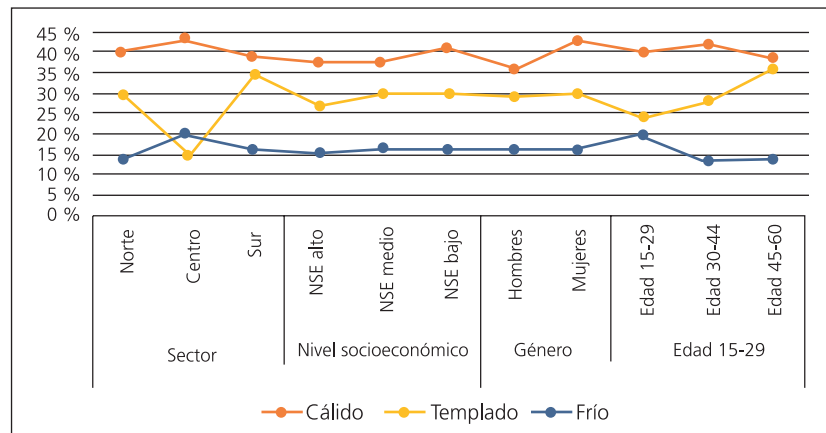
En el gráfico 3.16. resalta la asociación mayoritaria del Sur con el frío, con tres de cada cuatro respuestas. Además, la mayoría del resto de atributos está relacionada con esta cualidad, con palabras como “lluvioso”, “helado”, “húmedo”, “ventoso”, “invierno”. En cuanto al Norte, no se ve un consenso tan marcado. La mayor frecuencia está en la asociación con el clima caliente, seguida por los calificativos “templado” y “frío”.

Gráfico 3.16. Comparación Norte-Sur según clima



Capítulo 3

Gráfico 3.17. Desagregación del clima del Norte



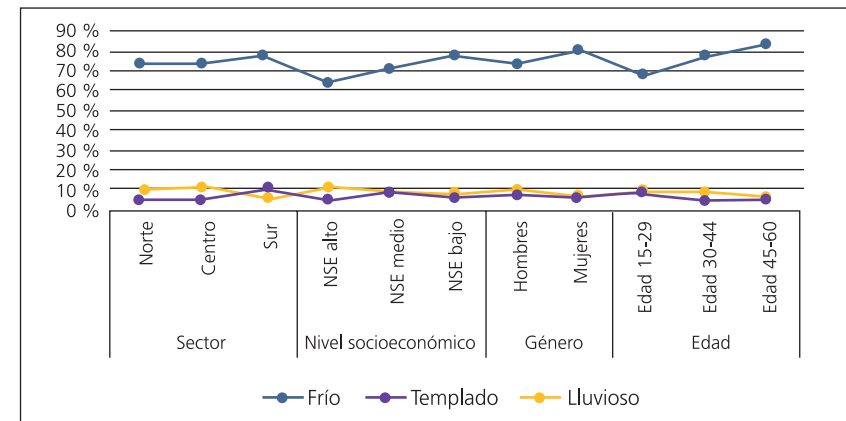
La diferenciación de las dos zonas es clara y permite hablar de un clima imaginado. Una interpretación de estos datos lleva a proponer que, en el contexto de Quito, una ciudad andina marcada por la altura (2 800 msnm) y la cordillera de los Andes, las nociones de “cálido” y “templado” (y en menor frecuencia “soleado”, “abrigado”, “verano”) pueden entenderse como valoraciones positivas del lugar. Por lo tanto, el clima aparece como un elemento apreciado, que se suma al resto de cualidades favorables en la construcción del *Norte*. Siguiendo esta lógica, el frío del *Sur* refiere a una cualidad no necesariamente negativa, pero al menos no valorada como apreciable ni relacionada con el bienestar.

En el gráfico 3.17. se puede ver que las mayores diferencias de percepción del clima están en las variables sector y edad. Cae la valoración de “templado” en el caso de la gente de la zona Centro, e incrementan las percepciones “frío” y “cálido”. En los otros dos sectores no se ven mayores diferencias perceptivas, salvo en cuanto al clima “templado”: la población del Sur recurre a este calificativo con mayor frecuencia que la del Norte.

Dentro de la variable edad, la población de mayor edad recurre en mayor medida al calificativo “templado”, y en menor medida a la asociación con el clima cálido. La población más joven es la que más menciona el término “frío”.

Quito: un caso de segregación imaginaria

Gráfico 3.18. Desagregación del clima del Sur



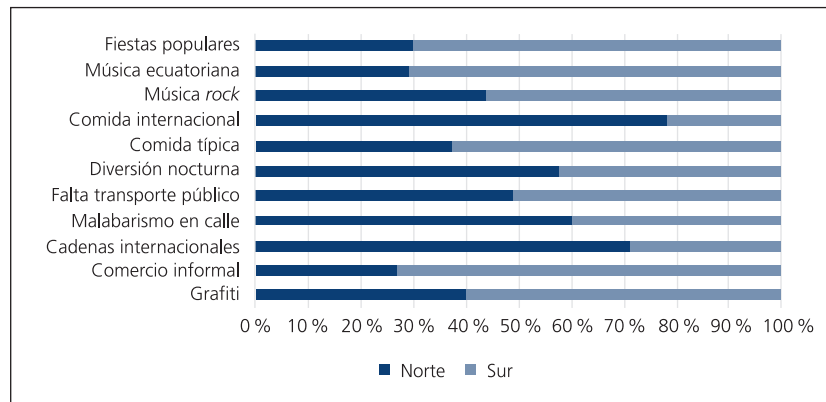
En el gráfico 3.18. se puede ver uniformidad en la asociación del Sur con el frío. Las personas informantes en el NSE alto usan con menor frecuencia este calificativo, pero recurren más al término “lluvioso”. Por lo tanto, se ratifica el consenso respecto al clima frío asignado al *Sur* figurativo.

Desde la óptica teórica de los imaginarios, no cabe cotejar los datos de percepciones con las variaciones meteorológicas de la ciudad, pues no se trata de establecer una realidad o falsedad, sino de interpretar las respuestas como percepciones condicionadas socialmente. Por ende, la frontera socioespacial instituida se ratifica en la percepción de variación climática.

Marcas urbanas quiteñas

Para cerrar la caracterización de los dos lugares figurativos, presentamos los resultados obtenidos a partir de las preguntas referentes a ciertas “marcas urbanas”. En la acepción de Silva (2004), esta noción hace referencia a diversas manifestaciones de vida urbana que se vuelven características de una ciudad. Para el caso de Quito, aplicamos este concepto para indagar sobre actividades que hicieran alusión a las fronteras sociales. Definimos estas marcas en la indagación exploratoria y luego optamos por ponerlas en el cuestionario,

Gráfico 3.19. Comparación Norte-Sur según marcas urbanas



para ver si constituyen percepciones colectivas. En los resultados se puede apreciar que la mayoría de ellas, efectivamente, representa fronteras sociales.

En el gráfico 3.19. tenemos que el Norte se distingue por la presencia de “comida internacional” y “cadenas internacionales de ropa”, mientras que el Sur se identifica con el “comercio informal”, la “música ecuatoriana”, las “fiestas populares” y los “grafitis”. En el resto de marcas, las frecuencias son más equilibradas, lo que permite desmitificar algunos estereotipos de ambas zonas; por ejemplo, el *rock* como expresión cultural característica del Sur, o la diversión nocturna del Norte, asociada a la “zona rosa” de La Mariscal. De la misma forma, el problema de la ausencia de transporte que supuestamente afecta mayoritariamente al sector Sur, según la percepción ciudadana, es un inconveniente que incluye al Norte.

Las fronteras que establecen las marcas urbanas están asociadas con consumos que resultan *enclasantes*, en el sentido propuesto por Bourdieu (1988). Es decir, son consumos que simbolizan la clase a la que se pertenece. El *Norte* aparece ligado a los flujos globales, a través de la ropa de marca y la comida internacional; mientras que el *Sur* se asocia con el localismo, a través de expresiones como la música y las fiestas populares, y con cierta precariedad socioespacial, por las connotaciones negativas que tienen el comercio informal y el grafiti.

Caracterización de las personas

En este apartado indagamos sobre la diferencia que existe entre cómo se definen a sí mismos quienes habitan cada zona y cómo son percibidos por quienes habitan las otras. En el cuestionario se solicitó mencionar dos características de las personas que viven en cada zona. Un hallazgo muy importante a partir de estas preguntas abiertas es que, pese a la gran cantidad de posibilidades de respuesta, hay mucha coincidencia en las palabras utilizadas por cada persona entrevistada. De esta forma, un alto porcentaje de las respuestas obtenidas se corresponde con un pequeño grupo de términos (cerca de 25) considerando sus sinónimos o términos directamente asociados, tanto en el caso del Norte como del Sur.

El análisis de los datos de la tabla 3.2. combina su relevancia estadística con el contenido semántico de los términos. Siguiendo la metodología de Silva (2004), en el plano estadístico, se puede tomar como punto de referencia las tendencias de respuesta que sobrepasan el 10 %, como las que marcan la percepción dominante. En este plano, la diferencia entre ambas zonas radica en que la caracterización del Norte es más heterogénea, pues se compone de siete términos: “pelucones”, “amables”, “no sabe”, “educados”, “creídos”, “pudientes” y “tranquilos”. Mientras que la del Sur tiene tres: “sociables”, “amables” y “no sabe”; aunque los términos “divertidos” y “humildes” ameritan ser considerados, en tanto tienen porcentajes importantes, por encima del 9 %.

En el plano semántico, entre los adjetivos empleados, independientemente de sus frecuencias, pueden identificarse dos grandes ejes de sentido: la condición económica y la cualificación moral. En ambos, los términos se polarizan entre valoraciones positivas y negativas. La condición económica positiva puede denominarse “posesión económica” y la negativa, “carencia económica”. Asimismo, las cualidades morales positivas pueden denominarse “virtudes morales” y las negativas, “defectos morales”. Siguiendo esta lógica de clasificación, se pueden establecer comparaciones entre los términos que aparecen en ambas zonas, indistintamente, y los términos que aparecen únicamente en alguna de las dos.

En cuanto al eje de la condición económica, no existen términos comunes para ambas zonas, sino que las palabras se polarizan, con énfasis en la posesión

Tabla 3.2. Términos referidos para la población del Norte y del Sur

Norte		Sur	
	%		%
Pelucones (aniñados)	20,7	Sociables (amigables/tratables)	22,8
Amables (cortesés/atentos/gentiles)	18,8	Amables (cortesés/atentos/gentiles)	17,4
No sabe	12,4	No sabe	15,1
Educados (profesionales)	12,2	Divertidos (alegres/joviales)	9,8
Creídos (alzados/engreídos)	11,7	Humildes	9,1
Pudientes (adinerados/ricos/)	11,5	Trabajadores (dedicados)	8,3
Tranquilos (serenos/calmados)	10,6	Tranquilos (serenos/calmados)	7,6
Sociables (amigables/tratables)	8,4	Sencillos	5,3
Especiales	5,5	Unidos (compañerismo)	4,3
Divertidos (alegres/joviales)	4,5	Groseros	3,2
Cultos	3,3	Pobres	2,9
Bondadosos (buenas personas)	3,3	Delincuentes (ladrones/peligrosos)	2,8
Respetuosos	3,1	Conflictivos (problemáticos)	2,7
Desconfiados	2,4	Fiesteros (farreros)	2,7
Egoístas	2,4	Respetuosos	2,7
Trabajadores (dedicados)	2,1	Solidarios	2,7
Elegantes (lujosos/sofisticados)	1,8	Bondadosos (buenas personas)	2,6
Odiosos	1,6	Falta de educación (maleducados)	2,4
Indiferentes (apáticos)	1,5	Buena onda (chéveres/bacanes)	2,3

económica como cualidad exclusiva de la gente del *Norte*, frente a la carencia económica de la población del *Sur*. Prima el antagonismo entre ambas zonas figurativas. En el eje de las cualidades morales, las palabras que aparecen en ambas zonas se corresponden exclusivamente con el campo de las virtudes morales, pues no se identifican defectos morales similares. Sin embargo, aparecen tanto virtudes como defectos morales particulares que contribuyen a formar una idea diferenciada del *Norte* y el *Sur* figurativos. En el plano de las virtudes morales diferenciadas, la población del *Norte* es descrita con términos relativos a la acumulación de capital cultural de Bourdieu (1988) —que enfatiza en los años de escolaridad como elemento de distinción social— a través de

Tabla 3.3. Matriz comparativa de las características identificadas para la población el Norte y el Sur

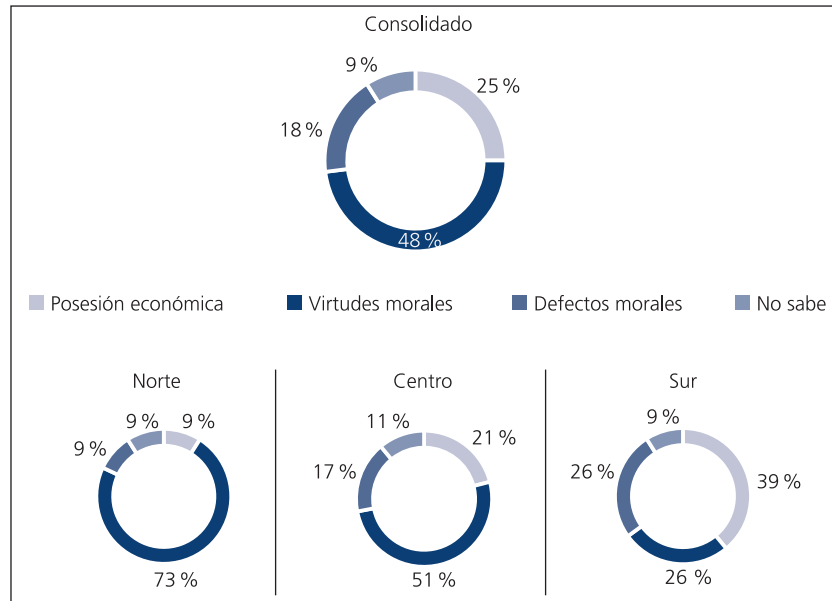
		Términos Compartidos	Términos exclusivos para el Norte	Términos exclusivos para el Sur
Condición Económica	Posesión	No hay	Pelucones Pudientes Elegantes	No hay
	Carencia	No hay	No hay	Pobres Humildes
Cualidades Morales	Virtudes	Sociables Amables Tranquilos Divertidos Bondadosos Respetuosos Trabajadores	Educados Cultura	Unidos Sencillos Solidarios Buena onda
	Defectos	No hay	Creído Especiales Desconfiados Egoístas Odiosos Indiferentes	Groseros Delincuentes Conflictivos Fiesteros Falta de educación

las palabras “educados” y “cultura”. En contraste, las virtudes morales particulares de la población del *Sur* se expresan en términos que remiten a un sentido comunitario de vida: “unidos”, “sencillos”, “solidarios”, “buena onda”.

El campo de los defectos morales constituye el escenario más importante de disputa de significaciones, pues aquí se condensa la mayor cantidad de términos. La población del *Norte* es definida con palabras que expresan cierta corrosión de los valores morales, asociadas a la posesión económica, como son: “creídos”, “especiales”, “desconfiados”, “egoístas”, “odiosos” e “indiferentes”. Por su parte, la población del *Sur* es identificada con defectos vinculados con la supuesta carencia de urbanidad: “groseros”, “delincuentes”, “conflictivos”, “fiesteros” y “falta de educación”. Esta diferenciación permite ver cómo la posesión o carencia de riqueza tiene un correlato en el terreno de la moralidad, y es ahí donde se capta mejor el escenario en disputa: la creencia en el emplazamiento de las clases sociales en la ciudad.

Capítulo 3

Gráfico 3.20. Características de la población del Norte consolidado y por sectores



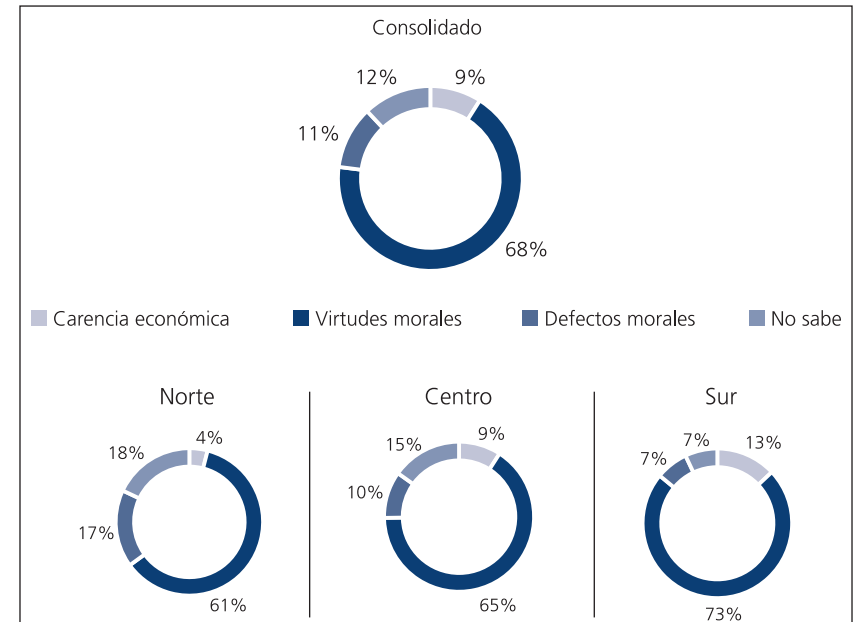
Resulta esclarecedor comparar cómo cada zona se representa a sí misma y cómo es representada por las otras. Para esto, añadimos las frecuencias estadísticas a la clasificación de los términos en los gráficos 3.20. y 3.21.

El gráfico 3.20. muestra que, en su autorrepresentación, la población del Norte minimiza los rasgos sobre posesión económica y defectos morales, a la vez que exalta las virtudes morales. Para los otros sectores, estos campos adquieren mayor presencia, especialmente para la población del Sur. Se evidencia una polarización entre cómo la gente del Norte se mira a sí misma y cómo es vista por la gente del Sur. El énfasis en los defectos morales deja entrever la percepción de cierto declive moral asociado a la riqueza. Esto se expresa en el supuesto egoísmo y sentido de superioridad que construyen la idea del *Norte* figurativo.

El gráfico 3.21. muestra que, en la construcción del Sur, sobresalen las virtudes morales frente a la caracterización del Norte, una apreciación compartida en los tres sectores. En cuanto a los defectos morales, reflejan

Quito: un caso de segregación imaginaria

Gráfico 3.21. Características de las personas del Sur consolidado y por sectores



frecuencias menores en comparación con los defectos morales del Norte. Respecto a la carencia económica, su incidencia estadística es baja, lo que indica que ha cambiado la histórica transferencia de atributos, entre lugar y habitantes, en torno a lo "pobre". Aunque en la definición del lugar esta característica se mantiene vigente, la transferencia mecánica hacia su población ha decaído en favor de una cualificación centrada en las virtudes morales, construyéndose así una nueva idea del *Sur* figurativo. En la desagregación por sector se puede apreciar que las diferencias entre zonas no resultan tan marcadas como en el caso de la representación de la población del Norte. Sobre la primacía de las virtudes morales, la autorrepresentación de la población del Sur las enfatiza más que los otros grupos. El mayor contraste con la mirada de la población del Norte sobre sí misma está en que la autorrepresentación de la población de Sur coincide, en buena medida, con la manera en que es vista en los otros sectores. Esto implica que la representación de la población del *Sur* como virtuosa es un importante consenso social.

En cuanto a la “carencia económica” como característica de la población del Sur, si bien la frecuencia total es baja, hay notorias variaciones en las respuestas por sectores. Este atributo se señala más por la misma población del Sur que por la de las otras zonas. Este grupo también enfatiza la posesión económica en la desagregación de la caracterización del Norte. Así, como construcción de un “punto de vista” localizado, la condición económica, en general, aparece con mayor énfasis en el Sur.

La respuesta “no sabe” es mucho más utilizada para valorar al Sur que al Norte. Esto implica que el desconocimiento también está atravesado por la ubicación espacial de las personas encuestadas. La zona Sur y su población resultan desconocidas en mayor medida para la población del Norte, mientras que al revés no sucede lo mismo.

Los datos sobre la representación de la población de ambas zonas esclarecen la ambivalencia que muestra la bibliografía sobre la construcción del Norte y el Sur: esta se produciría al diferenciar el hábitat de los habitantes. Así, la hegemonía del *Norte* como espacio de privilegios se vuelve ambivalente por la imagen crítica de su población; mientras que la estigmatización del *Sur* tiene un contrapeso en la imagen virtuosa de quienes lo habitan. Esto constituye un hallazgo relevante, pues la teoría sobre estigmatización territorial parte de la correspondencia entre las cualidades asignadas al espacio y a sus habitantes. Sin embargo, la información obtenida muestra que esta analogía puede dislocarse, los sistemas de representación no son estáticos y pueden mantener una autonomía relativa de la materialidad a la que se refieren.

Croquis ciudadanos, matriz binaria y diferencias imaginadas

Para sintetizar las percepciones diferenciadas que construyen las representaciones del *Norte* y el *Sur* figurativos vale considerar, en primera instancia, las semejanzas. Estas generalmente no presentan la misma intensidad y contribuyen de manera distinta a la imagen que se construye de cada zona.

En segundo lugar está procesar las diferencias. Este es el camino más claro para dar una forma específica al gran consenso alrededor de que ambas zonas son distintas. Para organizar estas diferencias y oposiciones re-

sulta pertinente el concepto de “croquis urbano” de Silva (2004), que hace referencia a las divisiones que son capaces de reconocer los ciudadanos en la ciudad, y que pueden o no tener correlatos físicos.

Si el mapa marcaba unas fronteras determinadas de propiedades políticas y geográficas, los croquis desmarcan los mapas y los hacen vivir su revés: no lo que se impone (como frontera) cuanto lo que me impongo (como deseo). Los mapas son de las ciudades. Los croquis pertenecen a los ciudadanos (Silva 2004, 27).

Este croquis muestra que la oposición que se expresa en las percepciones se origina en una mirada dicotómica que busca los elementos que la confirmen en lo empírico. Es decir que no se trata de diferencias objetivas, sino de objetivaciones de una estructura cognitiva, en la cual las cualidades semejantes tienden a minimizarse en favor de acentuar la diferencia, incluso en lo que resulta común. Esta tendencia se explicita en las cualidades asumidas como particulares de cada lugar figurativo y en la imposibilidad de identificarlas en el otro lado. Por ejemplo, se vuelve impensable que la cualidad “de la alta” o, más aún, “pelucón” pudiera localizarse en el *Sur*; o que las cualidades “alegres” o “solidarios” se presenten en el *Norte*.

Figura 3.1. Croquis de diferencias entre Norte y Sur



Partiendo de la premisa teórica de que la adscripción territorial incide en la valoración diferenciada entre ambas zonas, podemos decir que, en el tema de la segregación, las distintas significaciones de cada zona están atravesadas por la experiencia urbana en su totalidad, en la que el lugar de residencia resulta determinante. La desagregación de datos muestra que la ubicación del lugar de residencia del encuestado opera como punto de vista decisivo en la apreciación sobre las diferencias.

No obstante, si bien la variable sector es más determinante en algunas preguntas que en otras, no hemos buscado una demostración estadística de que sea más determinante que el resto de variables en la formación de percepciones. Es decir, no se desmerece la importancia del nivel socioeconómico, el género y la edad, sino, más bien, se destaca que la producción de significaciones en torno a las divisiones de la ciudad se hace, también, desde un lugar (geográfico) de enunciación específico.

En este caso, dicho lugar de enunciación está definido, primariamente, por la localización de la residencia de las personas encuestadas, y se expresa con más claridad en algunas respuestas en las que la variable sector arroja las mayores diferencias en torno a los datos totales. En las demás variables, las frecuencias se muestran homogéneas. Así, es posible hablar propiamente de cómo es el *Norte* y el *Sur* para quienes habitan las zonas Norte, Centro y Sur de Quito.

Destaca que la población del Norte construye una representación de su lugar distinta a la elaborada por la población del Centro y del Sur, donde predomina una valoración positiva. En contraste, en la valoración sobre quienes habitan el Norte se expresa una fuerte crítica social a la posesión económica, pues se señalan múltiples defectos morales asociados con un sentido de superioridad frente al resto de la población.

En el caso del *Sur*, la situación tiende a funcionar en el sentido contrario: el campo en disputa es la valoración del lugar, antes que de las personas. En muchos casos quienes habitan el sector Sur coinciden con la visión negativa que tienen de su zona los residentes del Centro y del Norte. En menor medida, se puede apreciar un sentido reivindicativo de la autoimagen exclusivo de esta población. En la valoración de la población del Sur prima una representación positiva, común a los tres sectores, ligada a la asociación con “lo popu-

lar”. Ello opera como origen de virtudes morales: el sentido de comunidad, la reciprocidad, la solidaridad, etc., y se asume que estas cualidades no solo se han perdido en la población del Norte, sino que han sido sustituidas por antivalores, como el egoísmo, el individualismo y la ostentación de riqueza.

En definitiva, en la actualidad perdura la representación dual de Quito como forma de expresar espacialmente las diferencias sociales, pero esto no se reduce a la polarización entre el *Norte* rico y el *Sur* pobre, como señalan los estudios más clásicos, sino que la significación de la condición económica está atravesada por valoraciones morales. En este juego, ambas zonas se han vuelto ambivalentes, pues no tienen una única cualidad monolítica que las defina en torno a la riqueza, y, sin embargo, las nuevas significaciones se mantienen en una lógica binaria de representación. Ahora el *Norte* figurativo es imaginado como poseedor de buenas condiciones materiales, pero habitado por personas poco sociables y con una especie de complejo de superioridad; y, en contraste, el *Sur* es visto como desfavorecido en términos materiales, pero habitado por una población dotada de cualidades morales.

Según la revisión bibliográfica presentada, es claro que no se trata de representaciones aisladas para cada zona, sino que, más bien, opera un sistema de representación *Norte-Sur* en el que ambos lugares figurativos se definen a través de la contrastación. A partir de los datos obtenidos, se aprecia cómo este sistema de representación condiciona las percepciones. La manera en que se plasma en colores, olores, etc. evidencia que la búsqueda permanente de parámetros de diferenciación es la lógica más compartida. La metáfora de las dos zonas como “mundos distintos” es, sin duda, una realidad perceptiva autoconstruida, pues los elementos que pudieran desestabilizarla son matizados, al punto de encontrar en ellos la diferencia. Los contenidos de la comparación pueden mutar con el tiempo, pero se mantiene la oposición binaria, lo que, en última instancia, contribuye a perpetuarla. Esto clarifica lo planteado acerca del fantasma urbano como conflicto latente irresuelto, que genera una aversión a la mixtura social y que marca el sentido de coexistencia en Quito. Para la población de la ciudad es inconcebible definir un mismo espacio como una unidad en la cual coexistan las diferencias.



Festividades - Ritual ancestral en el recorrido del Qhapaq Ñan

Varias agrupaciones culturales de Quito celebran el solsticio de primavera recorriendo el Qhapaq Ñan, o Camino del Inca. Sobre el actual damero del Sur de la ciudad, la memoria colectiva identifica vestigios de un trazado ancestral que articulaba el Tahuantinsuyo (foto de Patricia Bermúdez).

Capítulo 4

Relatos de espacio, relatos de menosprecio*

En el capítulo anterior proveímos información acerca de cómo está construida la frontera urbana que opone al *Norte* y al *Sur*, a través de un sistema binario de representación. Proponemos que su existencia resulta una necesidad social, para volver legibles las diferencias y desigualdades de la población, utilizando las coordenadas espaciales heredadas. Podemos afirmar, de manera categórica, que la ciudad de Quito está atravesada por una división imaginaria. Si bien están en disputa las características y las valoraciones de ambas zonas, se vuelve irrefutable que son diferentes y antagónicas. En definitiva, la misma disputa por la significación termina reforzando la institución de la frontera.

A partir de este hallazgo esclarecedor sobre los procesos de cognición y simbolización del orden espacial de la ciudad, nuestro objetivo central es adentrarnos en los procesos particulares de significación de la pertenencia al *Sur*, sin perder de vista el legado histórico de estigmatización territorial.

Al implementar la encuesta tuvimos presente que los datos obtenidos son siempre una reconstrucción de los fenómenos sociales desde el campo de visibilidad de dicha técnica; y que, al utilizarla, se asume el rango de lo que se alcanza a mirar y lo que queda por fuera.

Bajo este principio, cabe reflexionar sobre la lógica de asociación libre que prima en la encuesta. Al procurar que la respuesta sea automática,

* Algunas partes de la información empírica de este capítulo y los análisis correspondientes se publicaron previamente como artículo en *INVI*. Santillán, Alfredo. 2017. "El sentir frente a la estigmatización espacial. Travesías de topofilia en el Sur de Quito". *INVI* 32 (91): 189-210.

lo menos pensada posible, se accede, justamente, al conocimiento estereotípico, un tipo de cognición primaria, por decirlo de algún modo, sin mediación del proceso de racionalización. La encuesta empleada muestra una tendencia a la construcción de ambas zonas de Quito a partir de un marcado binarismo, pero esto no quiere decir que este recurso agote los procesos de cognición y representación del espacio –aunque conocer esto en sí tiene mucho valor–.

Entonces, ¿cómo captar los procesos de significación más específicos que permiten construir el sentido de habitar? Los hallazgos de la primera etapa nos permitieron orientar la selección de técnicas cualitativas para captar los efectos concretos de la imagen estereotipada del *Sur* en la experiencia de sus pobladores. Lo hicimos mediante un diálogo que evitara la inducción de respuestas. Optamos por una combinación de las técnicas de grupos focales y entrevistas en profundidad, como fórmula para producir narrativas complementarias en su lógica de enunciación: una colectiva-consensual y otra individual-biográfica.

Un rasgo importante es que, a diferencia de la encuesta, en los cuestionarios aplicados, tanto en los grupos focales como en las entrevistas, no hicimos referencia al *Norte*, de tal manera que su constante mención –directa o indirecta– provino de los propios sujetos. Esto confirma que la caracterización del *Sur* no es autónoma, sino que se define en un proceso de comparación permanente. Esta característica sugiere una lectura preliminar, pues si bien ambos espacios presentan una imagen ambivalente, esto en ningún sentido elimina la jerarquía. Como bien señala Bourdieu (1988), los grupos subalternos deben posicionarse frecuentemente, al asumir o rechazar las definiciones que hacen de ellos los grupos dominantes, mucho más que a la inversa. Así, es posible afirmar que la representación negativa del *Sur* constituye un campo de fuerza frente al cual deben posicionarse quienes habitan esta amplia zona; mientras que la crítica al *Norte* puede pasar inadvertida para sus habitantes, en tanto este sector goza de prestigio social. En otras palabras, es claro que la comparación entre ambos lugares figurativos constituye una suerte de mapa cognitivo para caracterizar cada zona, pero la jerarquía hace que la comparación tenga efectos diferentes en los residentes de cada una.

Esta jerarquía se volvió evidente al constatar que lo que se dice sobre el *Sur* no es inofensivo, pues, al reconstruir el campo semántico en torno a este lugar figurativo, se generó espontáneamente un ambiente comunicativo óptimo para contar las formas de agravio y deslegitimación basadas en la localización.

Un modelo analítico sobre la narrativa

El trabajo desarrollado se adscribe a la concepción dialógica del lenguaje, entendido como producto de una interacción social según la cual la alocución no puede ser comprendida sin examinar las normas sociales que la regulan. En términos generales, el trabajo sobre las narrativas parte de que

el sentido no viene dado, hay que construirlo, y esta tarea es permanente e inacabable, y no se entiende el discurso como una colección de enunciados más o menos estructurados: contiene lo que dice y lo no dicho, que lo determina (Escalante 2009, 67).

Dos problemas generales atravesaron todo el trabajo investigativo. El primero tuvo que ver con la pertinencia del relato producido. Esto constituye un problema si partimos de que el contenido del diálogo, si bien está pautado por un guion de preguntas, tiene vida propia, pues el habla toma su propia ruta, excediendo los parámetros de la investigación. Respetar esta narrativa, en palabras de Leonor Arfuch (2002, 190), implica tomarse en serio el lenguaje,

no ya como una materia inerte, donde el investigador buscaría aquellos “contenidos”, afines a su hipótesis o a su propio interés, para subrayar, entrecomillar, citar, glosar, cuantificar, engrillar... sino, por el contrario, como un acontecimiento de palabra que convoca una complejidad dialógica y existencial.

Frente a este problema, recurrimos a los procedimientos sugeridos por la pragmática lingüística, donde el acto del habla cobra importancia en su to-

talidad. Este se asume como constructo en el que *lo dicho* adquiere sentido únicamente en relación con la multiplicidad de elementos comunicativos del *cómo se dice* (Arfuch 2002; Blum-Kulka 2005). Así, la entonación o el ritmo son analizados como recursos comunicativos. Las pausas, los silencios, las interjecciones, los cambios de tema, los desvaríos son profundamente elocuentes. Este cúmulo de material es parte de lo que se quiere o puede comunicar y desborda el componente léxico-semántico de la comunicación verbal.

El segundo problema radicó en cómo presentar los resultados respetando las voces recogidas. Esto ameritó evitar una narrativa monolítica con pretensión de verdad, donde los textos mostrados constituyeran la prueba empírica de las inferencias de quien investiga. Este problema apunta directamente a las jerarquías que se juegan en el proceso de investigación, y que muchas veces se ven reflejadas en el carácter ventrílocuo que adopta la presentación de resultados de los trabajos cualitativos. En estos casos, la voz del investigador opaca las voces de los sujetos, reducidos al rol de “informantes”; hecho paradójico cuando una de las razones para hacer este tipo de estudios suele ser “darles voz”.

Para lograr cierta polifonía utilizamos dos elementos: el primero es reconstruir lo mejor posible el contexto de la enunciación, lo que requiere mostrar los disparadores del discurso. En el caso de los grupos focales, por ejemplo, resulta esclarecedor mostrar las reacciones gestuales de quienes esperan su turno para hablar, considerando que las señales de aprobación o rechazo ante lo que se está diciendo exaltan o inhiben la práctica discursiva de los participantes. El segundo elemento es mostrar la narrativa lo más exhaustivamente posible. Esto implica “dejar hablar” a los participantes en párrafos largos, y tratar de construir un diálogo entre la narrativa de los sujetos y las interpretaciones analíticas.

Los nombres de las personas informantes han sido cambiados en la presentación de la información, como medida para proteger su identidad, pese a su consentimiento para participar en la investigación. La tabla 4.1. provee la información general de quienes participaron en los grupos focales.

Tabla 4.1. Matriz de informantes

	Nombre	Edad	Profesión	Trabajo
Grupo 1 Activistas sociales y culturales	Carlos	22	Estudiante	Practica <i>parkur</i>
	Carmen	25	Comerciante	Practica ciclismo urbano
	Felipe	23	Estudiante	Practica <i>hip-hop</i>
Grupo 2 Residentes en el Sur	Laura	44	Parvularia	Educadora de niños
	Esteban	47	Abogado	Empresa Municipal
	Ketty	30	Contadora	Contadora en una empresa
	Rolando	32	Tecnólogo médico	Ministerio de Salud
	Santiago	34	Abogado	Concejo de la Judicatura
	Alicia	45	Servicio de limpieza	Hotel privado
	Paula	29	Parvularia	Centro infantil privado
Grupo 3 Exresidentes en el Sur	Lucía	25	Asistente	Empresa consultora
	Roberto	50	Estudios de secundaria	Vendedor
	Luis	36	Administrador de empresas	Docente en una escuela pública
	Carla	36	Guía turística	Docente en una escuela pública
	Víctor	42	Economista	Docente universitario
	Sofía	32	Estudios de secundaria	Comerciante
	María	45	Abogada	Supervisora de ventas
Jenny	50	Estudios de secundaria	Ventas	
Violeta	30	Estudios de secundaria	Ama de casa	

Ambivalencia del *Sur* en las narrativas

La primera actividad dentro de los grupos focales consistió en escribir en tarjetas las expresiones que los participantes hubieran escuchado sobre el Sur. La tabla 4.2. recoge lo escrito en las tarjetas producidas en cada grupo. La información ha sido clasificada en dos categorías: “cualidades positivas” y “cualidades negativas”, según las explicaciones que dieron los informantes.

Tabla 4.2. Tarjetas que reportan: ¿qué se dice sobre el Sur?

Grupo 1 (Piloto) (Activistas sociales y culturales residentes en el Sur)	Grupo 2 (Residentes en el Sur)	Grupo 3 (Residentes en el Norte que anteriormente vivieron en el Sur)
Cualidades positivas		
<ul style="list-style-type: none"> - El Sur tiene la mejor vista de Quito. - La tradición indígena está más arraigada en el Sur. ... (Para mí es algo bueno). - ¡En el Sur la vida es más sabrosa! 	<ul style="list-style-type: none"> - Es una nueva ciudad. - El sur de Quito con escuelas de élite. - Revolución educativa, colegios, universidades. - El saneamiento de agua y alcantarillado o mejoramiento significativo. - Es muy comercial. - Se maneja más efectivo que dinero plástico. - Tienen dinero. - Emprendedores. - Las personas del Sur de Quito son mucho más sociables o, mejor dicho, son más amigueras. - La gente es muy alegre. - Solidarios. - Responsables. - En el Sur hay menos deudores del agua potable. 	<ul style="list-style-type: none"> - Es una nueva ciudad. - Ha crecido en la parte arquitectónica. - Está con todo lo necesario. - Cuenta con todos los servicios básicos. - Ha mejorado el transporte. - El metro de la ciudad ya va a descongestionar el tremendo tráfico vehicular. - Se encuentra todo para comprar. - La vida es más barata. - Muy comercial. - La mayor población y de fuerza económica, y el más grande centro comercial, El Recreo, están en el Sur. - Hay más sitios de comida típica que en el Norte. - Gente sincera y amable. - La gente del Sur es más amable que la del Norte.
Cualidades negativas		
<ul style="list-style-type: none"> - El Sur es menos modernizado que el Norte de la ciudad. - La mayoría de trabajos están en el Norte. - Caos. - El Sur está lleno de basura. - No hay lugares para visitar. - Somos pobres. - El Sur es como otra ciudad y no una muy segura. - En la noche, San Juan y Toctiucó son áreas peligrosas. - Se ha poblado mucho.* - El Sur ya llega a Machachi. - Está lejos. - Es feo. - El Sur está lleno de grafitis. - Hasta El Panecillo y su virgen le dan la espalda. 	<ul style="list-style-type: none"> - Solo vive la gente de escasos recursos. - En el sur de Quito viven las personas de bajos recursos económicos. - En el Sur hay más delincuencia. - Hay muchos habitantes. - El lugar más poblado de Quito. - El sector donde llegan los migrantes de todo el país.** - El Sur es muy frío. - No hay Dios. Muy lejos. - Hasta la virgen le da las espaldas. - A tus espaldas. 	<ul style="list-style-type: none"> - El transporte muy congestionado. El terminal. - No tiene vías de acceso, es cuello de botella. - Mucho descuido de autoridades en obras. - En el sur vive la clase media baja. - Hay más delincuencia. - No hay cultura. - Hay gente de provincia.

* La referencia al volumen de población generalmente se asume como negativa, en tanto connota saturación y expansión.

** La referencia a la migración, en las explicaciones, tiene también una valoración negativa aunque más leve que la cantidad de población. Se alude a lo "provinciano" para sugerir una falta de "urbanidad".

Una primera diferencia es que los grupos 1 y 2, constituidos en su totalidad por residentes del Sur, muestran un gran número de tarjetas con los estereotipos más comunes que han construido el estigma del *Sur*; mientras que en el grupo 3, conformado por exresidentes, estas expresiones aparecen menos. Respecto a las valoraciones positivas, todos los grupos reconocen un proceso de "desarrollo" a través de la dotación de infraestructura y equipamientos, el crecimiento del comercio, la inversión inmobiliaria, entre otros temas. De la misma forma, la población del Sur es referida a partir de virtudes de sociabilidad como la solidaridad, la alegría y el emprendimiento.

El uso de tarjetas permitió, en primer lugar, plasmar las ideas y, luego, tener una explicación de lo escrito que permitiera una discusión. No obstante, la instrucción sobre el ejercicio no siempre fue asumida así, pues varias personas escribieron sus creencias u opiniones personales antes que lo que habían oído. Esto surgió claramente al momento de las explicaciones, cuando varios participantes indicaron que lo escrito era su apreciación personal, incluso con ejemplos. Por otro lado, en la discusión, varias personas reconocieron haber escuchado las frases escritas por otras personas, aunque ellas mismas no las escribieron. Esto indica que la escritura tuvo un carácter selectivo, en buena medida intencional, y gracias al principio de complementariedad del grupo focal se pudo reconstruir el campo semántico en cuestión. Más allá de las coincidencias, lo que unos decidieron omitir fue escrito por otros, y viceversa.

Siguiendo la propuesta de respeto a la narrativa, a continuación mostramos los fragmentos más representativos de los diálogos. Esta información ha sido editada lo menos posible. Sobre todo hemos suprimido las explicaciones sobre experiencias que no afectan el hilo conductor ni el sentido de la conversación. En vista de la recurrente referencia a distintos sectores o barrios, hemos introducido indicaciones sobre su localización entre corchetes; lo mismo ocurre con las cadenas comerciales. Las expresiones del argot local que requieren precisiones se explican en el "Glosario" al final del libro.

Grupo focal 1. ¿Qué se dice sobre el Sur?

- Carlos: Lo que yo recuerdo haber escuchado a la gente es que el Sur estaba lleno [pausa], muy lleno de basura [...]. Bueno, también lo que había escuchado de una persona, una señora [...], decía que eran áreas peligrosas [...]. Otra de las cosas que oí decir, me acuerdo de esto, de un turista que estuvo en El Panecillo [...] y dijo que El Panecillo tenía una de las mejores vistas de Quito y en realidad [pausa y se ríe] lo vi como un poco [pausa] de ignorancia porque [...] en realidad hay lugares que quedan en partes mucho más altas y estas partes son hermosas, y El Panecillo no es el único lugar que tiene algo para poder ver.
- Carmen: [sonríe] Bueno, aspectos que generalmente la gente dice, no son los de acá [se refiere a que no son habitantes del Sur]. Primero nos dicen que somos pobres [cambia de entonación, alarga *pobres*, como teatralizando, y se sonríe], de lo peor y, claro, debe ser como en todo lugar. En el Centro, en el Norte y en el Sur hay gente de diferente estrato social [Carlos asiente con la cabeza]; unos que tienen una posición más alta, otros más baja, pero hay de todo. En general nos dicen que somos pobres, que el Sur es feo [Carlos asiente con la cabeza y un “hujum”], así como el muchacho dice [refiriéndose a la intervención de Carlos], que es lleno de basura. Te respetan menos [Carlos asiente con la cabeza], que no sé qué, que no sé cuánto... Entonces nosotros [...] tenemos nuestro centro de distribución [de bicicletas] en Solanda [barrio del Sur] y hay veces que nos llaman clientes del Norte y nos dicen: “Chuta, y por qué en el Sur [cambia el tono, teatralizando, como una persona quejándose. Los demás se ríen], ¿usted me podría acercar hasta por acá y yo no ir allá?, me queda difícil”. Y no quieren, o sea la gente quiere encerrarse en un solo sitio y como que no experimentar un poco más [Carlos asiente con la cabeza]. Es no conocer porque sí, o sea ellos tienen una vana idea de lo que somos aquí en el Sur, pues ni siquiera hacen el intento de conocer, simplemente se quedan, quieren estar encerrados en su mundo y ya.

También dicen que se ha poblado mucho porque antes en el Sur esto [se refiere a Quitumbe] ya era lo último; por aquí, por esta avenida, esto ya era el choque. Yo vivía antes por Guajaló [barrio del Sur] y me

acuerdo que para ir a la escuela, ¡chuta!, los buses pasaban cada media hora. Ahora el Sur está larguísimo, hay gente, familiares que vienen y dicen: “¡Dios mío, el Sur ya llega a Machachi!”¹ [se ríe]. Entonces, por eso, peor: “Uuuy –dicen– no voy”. Que no hay lugares para visitar [Carlos niega con la cabeza, Felipe mira hacia arriba como pensando y también niega con la cabeza], debe haber, hay lugares pero no muchos. Y que hay mucho caos vehicular, o igual en los transportes públicos en la mañana nadie respeta nada, todos están ahí, por poco se golpean unos a otros, a las mujeres las van empujando, los hombres entran malhumorados [hace una pausa, suspira levemente y sonríe], eso dicen en general de mi pobre Sur [suspira. Risas de todos]. Que somos pobres, que no tenemos plata... y verán, nosotros no vendemos con tarjeta de crédito, nosotros vendemos acá solo en efectivo [cambia de tono, sería y tajante], entonces lo que nosotros optamos es que aquí nos compran en efectivo [cierra el puño y pega suavemente la mesa], y sí tienen [afirma en tono decidido, luego se ríe. Felipe asiente con la cabeza].

- Felipe: Ya que solo han dicho cosas malas, voy a comenzar por algo bueno que he escuchado [risas de Carmen]. Yo he escuchado que muy comúnmente dicen: “En el Sur la vida es más sabrosa” [risas de Carmen], entonces eso es lo que en general se habla con los panas. Yo supongo, para mí, que en el Sur la vida es más sabrosa porque, en realidad [pausa larga], se distancia mucho del Norte, porque aquí la gente es más cálida, más atenta, es más simpática [vuelve a ver hacia Carmen y Carlos], no es tan fría, además de que [pausa, duda de lo que quiere decir], no sé, yo [le da largas a lo que quiere decir] a veces en el Norte me cohíbo, es como que siento algo extraño que me hace sentir incómodo [mira al facilitador, hace una mueca. Carmen sonríe]. Acá es más abierto [levanta sus brazos y los abre, sonríe], es más así como que [pausa, sonríe] ¡el desmadre! [sube el volumen, levanta los brazos animosamente. Carmen se ríe]. También a veces [sigue con los brazos levantados y hace unos sonidos con la boca como de fiesta, mueve los brazos con ese ritmo], no sé, en el Sur la vida es más sabrosa.

1 Ciudad pequeña, cabecera cantonal del cantón Mejía, colindante con el sur del DMQ.

De ahí, también he escuchado algunas cosas referentes a... a... [pausa], por ejemplo puse que he escuchado que saben decir: “El Sur es como otra ciudad”, y no [pausa] una muy segura [Carlos asiente con la cabeza]. O sea la diferencian, la distancian con una barrera [representa un muro con una mímica de la mano], haciendo pensar de que [pausa] ya no es Quito; es otro, es otra parte. O sea, Quito llega solo hasta el Centro, o hasta el Norte. El Norte es Quito [mueve las manos enfatizando, sube el volumen y su tono es tajante. Carmen y Carlos se ríen y mueven la cabeza en señal de desaprobación]; para algunas personas el Sur es [pausa, mueve la mano] otra ciudad. Entonces, yo he escuchado que dicen: “Hasta El Panecillo y su virgen les dan la espalda” [Carmen reacciona y exclama: “¡Ah, sí!”, señalando que también ha escuchado esto], eso escuché una vez, conversando con un man de Carapungo [barrio del extremo norte], y yo dije: “Chuta, qué loco [pausa], ¿por qué dice eso?” [risas de Carlos y Carmen]. Esta de aquí [refiriéndose a la tarjeta] le escuché a mi hermana, que vivía con nosotros aquí en el Sur y se cambió al Norte [baja el volumen. Carmen sonrío]. Para ella el Sur es menos modernizado y [pausa] lo ve como atrasado, [pausa] no sé [baja volumen y cara], entonces yo puse: “El Sur es menos modernizado que el Norte de la ciudad”, [pausa] es como le escuché a mi hermana y ella cree eso. [...] De ahí, eso de que “el Sur llega a Machachi”, eso sí había escuchado también [vuelve a ver Carmen, se sonrío].

- Carmen: Sí, ya llega a Machachi [se ríe].
- Felipe: O sea, yo lo veo como algo bueno.
- Carmen: Es que como dicen, que Machachi ya es... ya por poco es ¡vía a Santo Domingo!,² que está muy lejos, y dicen: “Nooo” [con la entonación enfatiza la lejanía y con una negación de la cabeza muestra el rechazo a ir al lugar, se sonrío].

Este extracto permite identificar el proceso de construcción colectiva de consensos. Carlos es el primero en tomar la palabra, con su intervención

2 Ciudad lejana al DMQ, capital de la provincia de Santo Domingo de los Tsáchilas.

trata de romper el hielo y ser objetivo, señalando lo que ha escuchado y contrastándolo con sus propias apreciaciones. Este testimonio, inclinado hacia una imagen negativa, da pie a la alocución de Carmen, quien construye su relato con una serie de recursos performáticos como la entonación y la teatralización. Su discurso se centra, enfáticamente, en el decir despectivo que construye la idea del *Sur*. Ante esto, plantea tempranamente el conflicto de desvaloración por la localización, con el enunciado “te respetan menos”, y utiliza más expresiones con este tono, como: “que no sé qué, qué no sé cuánto”, que prefiere no explicitar. Para ejemplificar, su narrativa recrea una conversación usual con clientes de su taller de bicicletas, donde le dicen, a manera de queja, que no les conviene ir porque “les queda lejos”. Luego se remite al discurso del *Sur* como un espacio carente de lugares turísticos, y a partir de aquí sobrepasa lo anotado en las tarjetas y se refiere a los problemas en el transporte, también como una cualidad negativa. Después de este cúmulo de referencias peyorativas hace una pausa larga, suspira y, con desaliento, señala: “Eso dicen de mi pobre Sur”, lo que genera risas. En este punto, la intervención toma un giro, pues retoma el tema de la asociación con la pobreza, pero esta vez lo cuestiona: a partir de la referencia al pago en efectivo, señala que la gente del Sur sí tiene dinero.

Frente a este panorama, la intervención de Felipe hace explícita su intención de revertir la imagen creada y se propone destacar las “cosas buenas” que se dicen del *Sur*. Manifiesta que “en el Sur la vida es más sabrosa”, lo que provoca la risa de los interlocutores. Esta exposición también se ve enriquecida con recursos histriónicos que hacen referencia a la sociabilidad de la gente del Sur, descrita como “cálida” y “simpática”. A propósito de esto, Felipe introduce un elemento de comparación con el Norte, donde dice sentirse incómodo. “Me cohíbo”, afirma, en referencia a que este ambiente le resulta censor frente al del *Sur*, que es definido con una palabra de mucha carga semántica: “desmadre”, un término que expresa la festividad y espontaneidad permanentes.

La alocución de Felipe sobrepasa lo anecdótico y presenta reflexiones que no parecen improvisadas durante el diálogo sino, más bien, construidas previamente, en el activismo cultural. Cuestiona expresiones como “el

Sur no es parte de Quito” o “el Norte es Quito”, que establecen una frontera artificial que segrega al *Sur*. También utiliza una locución potente: “le discriminan”, para expresar este recorte de la ciudad, sea en el Norte o el Centro, y recurre al mito de las espaldas de la virgen para referirse a esta diferenciación. A esto añade su asombro porque el mito es utilizado para descalificar al *Sur* incluso desde un lugar como Carapungo, que, a pesar de ser un barrio periférico, goza del estatus de estar “al Norte”. Esta paradoja genera la admiración de Felipe y las sonrisas de los interlocutores.

Su actitud confrontadora al intentar reivindicar al *Sur* baja radicalmente de tono cuando se refiere a la tarjeta donde dice que es “menos modernizado”. Afirma que escuchó este comentario de su propia hermana, que “se fue a vivir al Norte”, y esta mudanza evoca la idea de ascenso social cuando se deja el *Sur*. Así, al final de esta intervención cuestiona, de alguna manera, todos los atributos positivos que intentó posicionar.

Esta conversación a propósito de las tarjetas resume, en buena medida, las tensiones claves de la construcción del *Sur*. Están presentes las asociaciones más comunes que aparecieron en la encuesta, como la pobreza, la inseguridad, lo feo, la menor modernización; y por otra parte está la revalorización de la sociabilidad y el tema del pago en efectivo, que desdice la asociación con la pobreza. También aparecen el mito de la virgen y la manera en que se usa, y la ideología de la movilidad residencial hacia el Norte, entre los temas principales. En tanto estos puntos son recreados a través de la simulación de diálogos cotidianos, dejan ver el conflicto que envuelve la ambivalencia *Norte-Sur*. Al mirar el diálogo (y los debates posteriores) resalta el humor que impregna la conversación. Este hecho sorpresivo direccionó la indagación en los otros grupos y las entrevistas.

Grupo focal 2. ¿Qué se dice sobre el Sur?

- Laura: Bueno, yo he escuchado eso [que el Sur es una nueva ciudad] [...]. Yo hace unos 25 años llegué a vivir a la Ciudadela del Ejército [barrio del Sur] y prácticamente todo esto era bosque, todo era botado, no había nadie, incluso ahí los terrenos ni regalados querían coger,

como se dice, pues, generalmente [risas de algunos]. Entonces, como ya se ha ido mejorando la ciudad y ya, como ustedes ven, ya hay lindas casas, departamentos, que los venden incluso, la plusvalía ha subido. Se hizo el centro comercial [Quicentro Sur], hay bastante, bastante, bastante... eeeh población, y [pausa] [...] entonces ahora, por eso ya es una nueva ciudad. Ya no necesitamos ni ir al Centro o al Norte, se puede comprar todo lo que uno necesita porque tenemos todo aquí alrededor [mueve los brazos como abarcando. Esteban asiente con la cabeza]. Aquí están las universidades, el Municipio, el centro comercial, bancos, todo [enumera con los dedos]. O sea, ya prácticamente es una nueva ciudad. Y la otra, que el Sur es muy comercial, antes teníamos que ir al centro de la ciudad, viajar dos horas, una hora para poder comprar algo, ahora ya tenemos todo. También lo que he escuchado, aparte de eso, es que el Sur es frío, que el Sur es muy frío. Es alegre, es bonito, bueno, hay de todo.

- Paula: Lo que dicen que en el Sur hay delincuencia, que en el Sur vive la gente pobre, que no tiene [pausa, duda] muchos recursos económicos y por ende también la gente de acá es también [pausa], o sea lo que dicen, lo que he escuchado decir es que la gente del Norte es un poco... como tienen más se creen más. Entonces no socializan mucho, vuelta la gente de acá si se hacen más amigos, más amistades, más sociable, más amable, más amigüera. El otro, de lo de la pobreza, que al Sur vive la gente pobre, que tiene bajos recursos económicos.
- Esteban: Es evidente la transformación que existe en el Sur con la implementación de la educación, ¿no? Justamente esta propia universidad [se refiere a la Universidad Politécnica Salesiana (UPS)], los colegios, los del milenio, entonces ha habido un cambio sustancial en no dar solo la atención a los colegios tradicionales en el Norte, sino que ya ahora ya están en el Sur, convirtiéndose prácticamente en una ciudad pequeña dentro de otra ciudad, pienso yo. Ya la gente inclusive ya no tiene que viajar tanto a los colegios tradicionales del Norte ni del Centro [mueve las manos hacia el Norte] sino simple y llanamente se quedan aquí mismo, es una gran ventaja. Lo otro, [pausa] eeeh, obviamente porque yo trabajo en el agua potable, yo le puse que hay un mejoramiento, en realidad como un 80-85 %, de que [pausa] la gran

mayoría de barrios del Sur ya tienen agua y alcantarillado. Yo sé que ya tienen porque hay estadísticas, eso les da un mejor estatus de vida, les da más acceso porque ya les pavimentaron las vías y todo lo demás, y por ende la gente sube su nivel de vida, ¿no? Pienso yo.

- Rolando: Yo he escuchado, de aquí, del sector del sur de Quito, de que es donde llegan los, eeh, los migrantes de todo el país, lo que con el nuevo terminal terrestre a nivel local de lo que es de Quito, geográficamente, llega la gente de lo que es de Guayaquil, Cuenca, Ambato, Riobamba. La gente que migra del país internamente vienen a hacer aquí, este... [pausa] a vivir acá en el Sur. Y la otra frase es [señala la pizarra]: “A tus espaldas”, no sé si han escuchado esa película, en donde se ve a la Virgen de El Panecillo [Paula asiente con cabeza] en la parte tomada la foto de atrás [mueve su mano sobre el hombro, refiriéndose a la parte de atrás de la estatua], del sur de Quito, eeh [pausa] con eso quiere decir que [pausa] como que el Sur está, ha estado, olvidado hasta estos tiempos [pausa]. El Sur no ha sido muy representativo, sino que más a Quito lo toman... incluso en cualquier comercial se ve que a Quito lo toman a partir desde el Centro para el Norte, más para el Sur no somos tomados en cuenta.
- Santiago: Sí, concordando con lo que dijo Rolando, las construcciones en el Sur [pausa] no tienen [pausa], no tienen simetría, es construcción por doquier [mueve sus manos como mostrando el desorden y esparcimiento de las construcciones]. Y la otra es que en el Sur se maneja más dinero en efectivo que el dinero plástico. Esto a qué viene, que haciendo un estudio nuestro, financiero, en el Sur los centros comerciales tienen más ganancias que los centros comerciales del Norte [Laura asiente vehementemente con cabeza]. Los que vivimos en el Sur utilizamos más efectivo, efectivo circulante [mueve la mano como contando billetes, vuelve a ver a los otros], mientras que en el Norte es más diferido.
- Alicia: Aquí se escucha muchas veces que la gente de aquí son más alegres y [pausa] ¿cómo le digo?, más fiesteros [Rolando le dice bajito a Santiago: “Fiestas de Quito”,³ se sonríen]; o sea más alegres, somos

3 Las Fiestas de Quito son la celebración de la fundación española de la ciudad, que se festeja el

muy fiesteros, porque, por ejemplo, en el Norte, o sea, una se puede... [pausa], o sea se ve que en el Norte es muy [pausa] muerto, como dicen [risas de varios]; o sea no hay fiestas, nada de eso. Por ejemplo, usted ve en las Fiestas de Quito es más sonado las fiestas aquí en el Sur.

También se escucha... [pausa] yo, por ejemplo, trabajo en un hotel y siempre se escucha, eeh [pausa], a uno le dicen: “¿Dónde vives?”, “En el Sur”, “Uuuy [tono de crítica], cómo vas a vivir ahí, en ese frío, lejos, por ahí no hay nadie, ahí no existe Dios” [risas de varios]. Y yo: “¿Pero cómo que no existe Dios?, si somos más alegres que en el Norte”. Entonces... [pausa] para mí [pausa, se toca el pecho], me afectó bastante. Vino una proveedora y dice: “Voy a poner una sucursal en el Sur”, y otra señora le dice: “¿Y por qué? Cómo va a ir, si ahí solo vive chusma, ¿quién te va a hacer el gasto ahí?” [Laura hace gestos de desacuerdo. Paula se ríe en silencio pero mueve mucho el cuerpo]. Entonces yo [pausa], o sea para mí [se toca nuevamente pecho] era una ofensa, y entonces yo le salí diciendo a la señora: “¿Cómo que la chusma? Si ustedes viven por la chusma [se ríen varios], ustedes viven por la chusma, en el Sur hay más dinero que acá y si es que en el Sur hay chusma a qué se va a meter usted ahí”. Entonces la gente [pausa], o sea, la señora se quedó loca. “Usted no tiene que ofender a la gente” [pausa]. Entonces... que todos somos iguales, como dicen, tenemos, o sea, damos el mismo servicio a ellos, entonces era una cosa ofensiva que la gente se exprese así de aquí, del Sur.

- Esteban: Inclusive se relaciona hasta como medio chistoso... Se enamoraba a una chica y todo bien hasta cuando dice: “¿Dónde vives?”, y le dicen: “En Chillogallo” [barrio del Sur], “¡Uy! ¿Dónde es eso?” [risas estruendosas de Esteban, risas de varios también]. Parecía lejísimos antes, ahora ya no.
- Ketty: Todavía pasa eso.
- Esteban: Peor si son barrios más periféricos, que quedan más arriba.

6 de diciembre. Desde mitad del siglo XX, esta festividad tomó un tono menos cívico y más de fiesta popular, marcada por los bailes en las calles y el consumo de alcohol.

- Ketty: Muchas veces viven en Solanda [barrio del Sur] y les preguntan: “¿Dónde vives?”, y, por decir, dicen: “En Guamaní” [barrio del extremo Sur], y dicen: “Pero si eso está lejísimos”.
- Laura: Especialmente los de Carapungo o Calderón [barrios del extremo Norte] dicen: “Uy qué lejos eso”, y no les gusta venir al Sur.
- Ketty: Muchas veces aquí mismo, no tienen que irse tan lejos sino que son de Solanda, por ahí, o la Villa Flora [barrio del sur, colindante con el Centro Histórico], y que Guamaní o San Fernando [barrios del extremo Sur] son sumamente lejos. Sí, que si es más al sur, ya está lejos, o que Quito ya termina en Quitumbe [barrio del Sur], y de ahí para allá ya... [risas] ya no le toman en cuenta, que vive en Machachi.
- Alicia: O sea, yo como trabajo de tarde, entonces el recorrido casi no me quería saber ir a dejar donde que yo vivo, usted sabe que La Biloxi [barrio del Sur] es [pausa] cerca. Entonces ya empieza y dice: “Uuuuh, tú vives en el monte, sacas la mano y coges los conejos, la ola sube con sed, allá qué van a robar si los ladrones suben ya bien cansados” [risas]. O sea, siempre nos... da un poco de iras...
- Esteban: Yo tengo este que dice que en el Sur hay menos deudores, y eso sí es comprobado estadísticamente [sonríen. Alicia levanta los brazos como en señal de victoria] [...]. Nosotros, cuando planificamos el área de cobranza, entre abogados planificamos para salir a... el juzgado de coactivas... y en el Sur no existe mayor cantidad de deudores [sube el volumen, contundente. Alicia dice: “Sí”, y asiente con vehemencia], no existe. Se ha tomado en cuenta que la gente del Sur es más responsable [pausa] [...]. Lo que no sucede con los valles, lo que no sucede con el Norte de Quito [pausa, niega con la mano]. A los famosos ricos, entre comillas [hace comillas con la mano], les importa un comino [pausa, en tono despectivo] el desperdicio de agua. No se diga los valles de Tumbaco, Cumbayá [Alicia se sonríe].
- Laura: También somos solidarios en el Sur [Alicia asiente vehementemente con la cabeza], porque en el Norte no se ve eso, o sea allá cada

quien vive su vida, su espacio, su casa [hace una especie de cuadrado con las manos]... allá nadie... Aquí, en cambio, se le puede ir diciendo a la vecina que nos dé cuidando la casita y uno se va tranquilamente; en cambio usted eso en el Sur [se confunde, quiere decir Norte] no ve, no escucha, no ve.

- Lucía: En el Sur también somos más emprendedores, comienzan vendiendo así y después ya se hacen fábricas aquí, porque a la gente del Norte, si es que le dicen: “Salga a vender aunque sea unas galletas...” vuelta allá no quieren, les da vergüenza eso.

Este extracto del diálogo permite varios análisis. Al igual que en el grupo focal 1, en el proceso de presentación de tarjetas el contenido se va “performando”, en el sentido de que se recrean las situaciones cotidianas de forma encarnada. El debate sigue una ruta que empieza con la exaltación del proceso de modernización y la idea de “nueva ciudad”, hasta la intervención de Alicia, quien hace referencia a la cualidad de “alegre” de la gente del *Sur*. Ella pondera esta característica en una escena concreta de disputa y, a partir de ese momento, la conversación cambia de dirección hacia los temas de desvaloración. Luego se retoma la imagen positiva, con la mención de los valores morales de la gente, a partir de la intervención de Esteban sobre los deudores. Vale detenerse en los detalles de esta ruta. La narración de Laura abre la conversación definiendo al *Sur* como una “nueva ciudad”, gracias a la dotación de servicios e infraestructura, los mismos que ya no se tienen que buscar en el Centro o en el Norte. Esta intervención, de alguna manera, traza un orden temporal convincente, un antes marcado por carencias y un presente de desarrollo. Las intervenciones que le siguen van completando este mapa, al hacer énfasis sobre el pasado de privaciones y, al mismo tiempo, ratificar el cambio radical del presente. Hasta ese momento, los temas negativos se topan levemente, como el mito de la virgen, referenciado desde la película *A tus espaldas*, y el paisaje urbano carente de “simetría”, como legado de la desatención del pasado.

El punto de quiebre de la conversación lo pone Alicia, con un testimonio de menosprecio que genera identificación en el resto de interlocutores. Al topar este tema sensible, se abre un espacio para más relatos simila-

res. Luego de caracterizar a la gente del *Sur* como “fiestera”, Alicia recrea, mediante diálogos, dos experiencias que ejemplifican la descalificación. El primero parte de la pregunta “¿Dónde vives?”, la cual implica develar una posición social. Cuando la respuesta es “En el Sur” –nótese que no se hace referencia a ningún barrio en particular–, el interlocutor responde: “Uuuy, cómo vas a vivir ahí, en ese frío, lejos, por ahí no hay nadie, ahí no existe Dios”, y esto provoca las risotadas del resto del grupo.

Enseguida se narra un incidente de ultraje más directo que cuestiona la idea de colocar un negocio en el Sur, debido a que está habitado por “la chusma”. Cabe resaltar la expresividad del lenguaje corporal de Alicia, quien tiende a tocarse el pecho mientras habla, explicitando en el cuerpo el golpe al amor propio. Al mismo tiempo, Laura y Paula se inquietan en sus puestos al oír lo relatado y hacen suya la sensación de agravio. A partir de aquí la conversación grupal adquiere un componente emocional muy fuerte; se crea un ambiente donde está permitido referirse a las múltiples ofensas relativas a “ser del Sur”, en buena medida gracias al humor que impregna el relato de Alicia.

Esteban es el primero en reaccionar verbalmente a la experiencia de Alicia, ratificándola con otro hecho. Cuenta que, en el pasado, “enamorar a una chica” iba bien hasta que, nuevamente, la pregunta “¿Dónde vives?” desenmascaraba la identidad social y rompía el encanto del cortejo. Al responder situándose en un lugar identificado con “lejos” se recibía la exclamación “uuuy”, que expresa una forma de rechazo, acompañada de la pregunta “¿Dónde es eso?”.

Esta situación despierta la participación de Ketty, quien rompe con el orden temporal de pasado y presente al afirmar que “todavía pasa eso”. Entonces dice que la misma discriminación del *Norte* frente al *Sur* se reproduce al interior del Sur, entre barrios consolidados, como la Villa Flora y Solanda, y otros más recientes, como Guamaní y San Fernando. Estos últimos también se conciben como “lejos”, una diferenciación por la distancia que se da entre los mismos habitantes del Sur. Estas opiniones incentivan una nueva intervención de Alicia, quien narra otro episodio, nuevamente cargado de humor, exageración y ficción. En su historia, el transportista encargado de llevarla a su domicilio, en el barrio La Biloxi, lo hace con

cierto pesar y dice que ese lugar está “en el monte”, con un sentido de ruralidad o naturaleza pura, al punto que “sacas la mano y coges los conejos”, animales en estado silvestre. Esto da pie ya no solo a la exageración, sino al absurdo, en tanto el monte, en segunda instancia, se relaciona con la altitud y se vuelve inaccesible; es así que “la ola sube con sed”. Es muy lejos hasta para la delincuencia: “allá qué van a robar, si los ladrones suben ya bien cansados”.

Frente a un ambiente en que quedan flotando los testimonios de humor y agravio, Esteban interviene para reconfigurar la imagen positiva del *Sur*, esta vez haciendo referencia a cualidades de la gente, como la responsabilidad frente a las deudas y el ahorro de agua. Al oír esto, Paula levanta la mano en señal de triunfo, pues identifica una contienda moral ficticia respecto al *Norte*, en la que el *Sur* resulta triunfador. Con este nuevo tono, Laura vuelve a intervenir y recalca las virtudes de solidaridad de la gente. Lucía, quien no había hablado hasta ese momento, cierra esta parte de la conversación con una referencia a la cualidad de emprendedores de los habitantes del Sur. En ambas alocuciones se mantiene el juego de la contienda frente al *Norte*, en este caso cuestionado por las pocas cualidades sociables de su gente.

Un elemento que aparece en la discusión, y que aunque no sea protagónico merece destacarse, es la reflexión de Ketty respecto a que las formas de agravio por el lugar de procedencia se reproducen al interior mismo de la zona Sur. En su intervención se aduce que el mismo juego simbólico de “recortar” la ciudad –que expresara Felipe en el grupo focal 1, bajo la idea de que “el Norte es Quito”⁴ también se utiliza en el Sur con límites como Quitumbe. El sentido figurativo de *Norte* y *Sur* permite, precisamente, transposiciones y desplazamientos no geográficos, sino metafóricos.

Este tipo de narrativas caracterizan a los grupos focales 1 y 2, realizados exclusivamente con residentes en el Sur, y fueron posibles en tanto se constituyó un grupo cohesionado, identificado con las experiencias de ultraje moral; una suerte de comunidad de agraviados donde contar estas experiencias tuvo, de alguna manera, un trasfondo catártico. Lo discutido

⁴ En el trabajo preliminar, este “recorte” fue captado con la expresión “Quito solo llega hasta El Ejido”.

en ambos grupos tiene importancia pues puso sobre la mesa cómo la desvalorización del lugar implica un campo de tensión para sus habitantes. Esto supuso romper las barreras psicosociales que impiden, comúnmente, identificar y hacer públicas las experiencias de agravio, y nos obligó a pensar éticamente en la manera de hablar sobre el tema, cuidando la revictimización que ello podría suponer.

El grupo focal 3 estuvo conformado por personas que anteriormente residieron en el Sur y ahora viven en el Norte. La principal diferencia con los grupos 1 y 2 es que se trabajó sistemáticamente en “hablar bien” del *Sur*, como se puede apreciar en las tarjetas, enfatizando el presente de igualdad respecto al *Norte* y minimizando cualquier expresión discriminatoria como parte del pasado.

Grupo focal 3. ¿Qué se dice sobre el Sur?

- María: Es una nueva ciudad, más que tanto que lo he escuchado, yo lo he comprobado [pausa] por el mismo trabajo que desempeño, [...]. Mi trabajo va del Norte al Sur [mueve primero una mano y luego la otra, como indicando extensión]. Tengo en el Sur tres lugares a los que voy, el uno queda en La Biloxi y el otro queda en La Michelena [barrio del Sur], también voy a Machachi, voy a Cotocollao [barrio del Norte], entonces siempre estoy viendo por todos lados. Entonces... ¿qué pasa?, o sea antes era muy pequeño, había muchos... [pausa] muchos espacios verdes, eeh, cuando uno ya se va, ahora [pausa] la ciudad está pobladísima, hay muchas construcciones para casas en el Sur, llegamos hasta Quitumbe, hasta La Ecuatoriana [barrio del Sur], llegamos a toda esa parte de allá y todo vemos que sigue creciendo. Las personas que vienen de España y que mandan el dinero,⁵ la estructura está yendo... se ve gente de todo tipo, eeh [pausa] se ve que hay mucho... [pausa, mueve la mano indicando billetes, frota el pulgar con el índice], o sea, como yo... en la parte de ventas... [pausa] eeh, mire, en el Norte hay tarjetas, en el Sur hay mucho dinero que camina, o sea mucho billete, no sé, en el Sur normalmente se...

⁵ Hace referencia al *boom* inmobiliario, producto de las remesas que envían los migrantes.

- Víctor: Más efectivo.
- María: Más efectivo, se compra al contado. En el Norte se compra a crédito, o sea en el Sur hay de todo. La gente dice que la gente del Sur es de una clase como entre que clase media, media-baja y baja [pausa], pero... en verdad hay de todo [pausa], o sea hay personas que pueden ser de clase media con mucho dinero, que tienen mucho más que las de clase alta que tienen en el Norte. El Norte... o sea... muy chévere, muy lindo, pero los bolsillos vacíos [mueve la mano indicando billetes, frota el pulgar con el índice, varios se ríen]. En el Sur tenemos muchos billetes.
- Roberto: La mayor población es fuerte económicamente, y por eso se creó uno de los centros comerciales más grandes de Quito, que es el Centro Comercial El Recreo. Sí, justamente, las palabras [pausa, vuelve a ver a María y sonrío] que la señora dijo es verdad. [...] Entonces... eeh, yo me di cuenta que la gente, en primer lugar, del Sur es gente que paga bien, ellos no están que créditos ni nada [Luis asiente con la cabeza]. Yo cuando daba crédito de los libros a la gente de por ahí, cuando cogían sus utilidades venían corriendo a pagar todo [Luis asiente con la cabeza], un movimiento económico pero de lo más [pausa] tremendo. También, que el metro que están construyendo es importante para ayudar a la descongestión vehicular.
- Luis: Hay más delincuencia, yo trabajaba en el Sur y era como pasar peaje a los choros [pausa, sonrío]. Siempre había ahí un robo, un asalto, un celular con un cuchillo... [pausa]. Entonces esa época para mí fue terrible, en el Sur, eeh... eso de la delincuencia. Obviamente, en Quito la delincuencia es a toda hora, en todo lado, pero... parece que un poquito más, ¿no? Y lo de la gente de provincia sí, yo también alguna vez eeh... habitaba en una... casa rentera, y había de Ambato, de Manabí, de Santo Domingo [ciudades y provincias de Ecuador], de la Costa [mueve la mano enumerando]... Entonces hay bastante gente que viene de... de provincia, y prefiere arrendar en el Sur, yo pienso que por costos. No arriendan tanto en el Norte. También se dice que en el Sur vive la clase media-baja, pero es un mito prácticamente, porque, como comentan aquí mis compañeros, la gente allá tiene más efectivo

[pausa], por algo en La Michelena [calle comercial del Sur] están la mayoría de... que antes era comida, pero ahora está La Ganga, está Orbe [mueve la mano enumerando], están bastantes Creditazo...⁶ Entonces la gente tiene dinero un poco más circulante, más en el bolsillo, más presto para hacer compras... sí, parece que un poco ya es un mito la clase media en el Sur.

- Carla: [lee lo escrito en la tarjeta] Se encuentra todo para comprar; justo esta semana estaba conversando con un amigo y se dio la coincidencia que estábamos hablando y me dice... [pausa]: “Pero lo bueno del Sur es que uno... por ejemplo, aquí en el Norte –dice– uno se sale de noche y no se encuentra es nada para comer, y todo está lejos y cuando se sale en la noche en el Sur o cualquier cosa que falta, a una cuadra está todo”, a eso me refería. Y a lo que [lee la tarjeta] no hay cultura es, eehh... [pausa] en la realidad es que en el Sur hay menos cultura que en el Norte. Los del Norte son más estudiados [Luis mueve la cabeza negando vehementemente, hace gesto de rechazo], más educados y... [pausa] en cuestión de que, por ejemplo, la gente también sale, se sirve algo y los del Sur cogen y... directo es a la calle, a botar en la calle, y en cambio en el Norte como que buscan un tacho de basura, lo guardan en la cartera la basura, y sí, la gente es más educada.
- Víctor: El Sur no le pide ningún favor al Norte. Yo vivía en Santa Anita [barrio del Sur], frente al Centro Comercial Atahualpa, entonces yo cruzaba la calle y tenía todo [pausa, mueve las manos en semicírculo, con un gesto de abarcar mucho] en el centro comercial. Ahora encontramos centros comerciales que da miedo, allá [pausa] más... más grandes que los del Norte [pausa]. Tenemos el Centro Comercial El Recreo, tenemos ahora el Quicentro [pausa] Sur, tenemos universidades, tenemos [pausa] de todo: bancos, cooperativas [pausa], o sea qué es lo que no hay en el Sur...
- Jenny: Yo digo que mucho descuido de las autoridades porque... [pausa] es un cambio cuando uno ingresa en el Sur, a partir de los túneles. Es un cambio pero total, solo en las calles no más, en el asfaltado y todo [pausa], empezando por ahí, o sea... se puede ver mucho eso de que

⁶ La Ganga, Orbe Hogar y Creditazo son almacenes de electrodomésticos.

no... arreglan bien las calles [pausa] y... [pausa] y también los parques, no hay, así, ese mantenimiento que hay en el Norte. Y también que es muy comercial, uno se puede encontrar todo, como dicen los compañeros, hay de todo en el Sur.

- Víctor: Y más barato.
- Jenny: Y la gente también es... es más sincera, más amable.
- Sofía: Cuenta con todos los servicios básicos, no tiene que envidiarle nada a nadie [niega con cabeza], es un bonito barrio, y también el transporte ha mejorado.
- Violeta: Está con todo lo necesario, sí, eso yo le cuento porque yo cuando vivía por el Sur, uno tenía que salir era al Mayorista [mercado del Sur] a comprar cualquier cosita por ahí, su verdura y todo era al Centro. En cambio, ahora no, para qué, como dijo el señor [vuelve a ver a Víctor], ya es otra... [pausa] otra ciudad, porque tiene todo lo necesario, ya, ahí está [pausa], como que si fuera una ciudad con todas sus necesidades completas que uno puede tener ahí para vivir.
- Jenny: [levanta la mano] Se me estaba olvidando, también, lo que es el transporte. También es muy difícil conseguir transporte de mañana para el Norte. Cuando mi hijo estudiaba en la Universidad Central, todos los días se atrasaba y perdió... perdió el año, porque no... o sea no había cómo transportarse muy temprano y había mucha congestión.

En este extracto, la narrativa refuerza permanentemente los atributos positivos, en cada intervención. Se reitera la pujanza económica del *Sur*. Su riqueza se reflejaría en el tamaño de los centros comerciales (“los más grandes”), en las mayores ganancias, en el uso de efectivo. Afín a esto está la idea de una nueva ciudad, que tiene de todo para el abastecimiento cotidiano, y también se hace referencia a servicios como la educación. El emplazamiento de una clase “media-baja” es visto como un mito, y se habla de que hay personas con mucho dinero, aunque no se mencionan barrios o localizaciones de riqueza en el Sur.

Algunos contrapuntos aparecen en temas como el déficit de transporte y un descuido por parte de la autoridad municipal, pero el campo semántico vuelve permanentemente a lo económico. No solo se dice que el Sur “tiene de todo”, sino que “es más barato” con relación al Norte. También aparece el tema de la delincuencia, que es visto como un problema de toda la ciudad, aunque se deja abierta la posibilidad de que en el Sur haya “un poco más”. El mayor contraste se produce con el comentario de Carla en torno a la “falta de cultura” de la gente del Sur, reflejada en el manejo de la basura; sin embargo, salvo por el desacuerdo expresado gestualmente, el comentario no cambia el curso de la conversación.

El material comentado hasta el momento permite identificar el tono y la direccionalidad de los consensos. Para quienes residen en el Sur, la imagen negativa está plenamente vigente, mientras que para quienes se mudaron al Norte es una cuestión del pasado, que ya no tiene razón de ser, pues carece de sustento empírico. El contraste marcado entre ambos grupos supuso evaluar la necesidad de organizar uno o varios grupos focales adicionales, para tener más certeza sobre la afectación del imaginario. Sin embargo, descartamos esta opción al revisar el material de los grupos 1 y 2, ya que no se trataba de obtener más conversaciones, sino de lograr abrir la censura que implica hablar sobre la injuria. Es decir, dimos peso al esfuerzo personal-colectivo logrado en estos grupos y consideramos innecesario buscar más experiencias de menosprecio de las que habíamos escuchado. En definitiva, pensando en la violencia simbólica que envuelve el agravio, optamos por definir la saturación de información en el límite mínimo, antes que extenderlo.

Este mapa del “decir sobre el Sur” confirma la ambivalencia identificada en la encuesta, pero el aporte testimonial muestra que, pese a la mención de ciertas facetas positivas, la desvaloración sistemática subsiste en la representación del *Sur*.

Referentes espaciales de las fronteras imaginarias

Para comprender la dinámica de descalificación del *Sur* es necesario adentrarse en los relatos y examinar cómo se construyen los deslizamientos de sentido a partir de las estructuras imaginarias que se encarnan en las narrativas. El concepto de *relatos de espacio* utilizado se centra en la descripción que se hace de los lugares siguiendo nociones espaciales, como el tamaño –bajo la idea de *extensionalidad*–, de dirección-ubicación –como principios de *vectorialidad*– y de analogías entre lugares –bajo la idea de *homografías*–. Siguiendo estos parámetros, en el campo del decir sobre el *Sur* emergen los siguientes elementos, que operan como matriz primaria de sentido.

Lejos: mitología de la distancia

Uno de los términos que atraviesan permanentemente la descripción del *Sur* es “lejos”. En varias alocuciones aparece la referencia a que “ya llega a Machachi”, lo que genera múltiples risas. Detrás de esta afirmación está una representación del crecimiento que incorpora la idea de segregación. La ampliación no es vista como un proceso de conurbación de Quito –mediante el cual la mancha urbana se expande hasta colindar con otras poblaciones–, sino como una extensión particular del *Sur* hacia las “afueras”: mientras más crece, más se aleja de Quito. En esta construcción se pone en juego el sentido de vectorialidad, pues la dirección del crecimiento define su asociación con la distancia, al punto que se diluye la pertenencia a Quito, al estar tan cerca de Machachi. Esta representación es particular para el *Sur*, pues otras extensiones de la ciudad, como el crecimiento hacia los valles orientales o incluso hacia el norte, son vistos como extensiones de la ciudad en su conjunto.

A más de la extensión, en la misma definición del *Sur* se hace referencia a la idea de que “queda lejos”, incluso cuando se trata de lugares que, según los informantes, resultan objetivamente “cerca”, como los barrios de La Magdalena o La Biloxi, ubicados en el centro-Sur. Los relatos reflejan que la gente del *Norte* expresa su renuencia a ir porque le resulta “lejos”. Esta

misma construcción se revela a través del humor presente en los relatos. Ante la referencia a que se vive en el *Sur*, la primera reacción suele ser la exclamación “Uuuy”, que denota pesar frente a una respuesta percibida como inesperada o anómala, y que insta la frontera entre un límite legible de la ciudad y su exterior. La referencia a la distancia genera otras asociaciones con temas aparentemente objetivos, como el frío o la falta de transporte, que inmediatamente dan pie a la ficción de lo inhóspito. Así, aparecen expresiones como “no hay nadie” o “no hay Dios”, que sitúan al *Sur* simbólicamente fuera de los alcances del orbe en el sentido clásico.

Esta lejanía se podría definir como imaginada, en tanto opera más a través de las asociaciones que de mediciones de la distancia o el tiempo de recorrido (Santillán 2019). El episodio relatado sobre la paradoja del cortejo esclarece esta construcción: ante la pregunta “¿Dónde vives?”, la respuesta “Chillo Gallo” genera una nueva pregunta: “¿Dónde es eso?”, y esta, a su vez, remarca la rareza del lugar. La segunda pregunta no hace referencia a un simple desconocimiento de la ubicación, sino a su distancia frente a los lugares “conocidos” de la ciudad, que no están sometidos a esta indagación.

La referencia al *Sur* como un lugar alejado desemboca en una práctica común: el desinterés y la renuencia de la gente que no vive en este sector a ir a esta zona. Esto se hace explícito en exclamaciones de molestia, asombro o rechazo al escuchar dicha localización; en expresiones a veces muy sutiles, como un gesto o hasta el silencio, como elemento que interrumpe el flujo comunicacional; o en interjecciones elocuentes que recrean la distancia con la manera en que son dichas. Esta asociación, que aparenta objetividad, se asume como un justificativo incuestionable para no visitar el lugar; ir al *Sur* implicaría un “viaje” porque es lejos.

La construcción social de la distancia no es posible sin un punto de referencia, y este aparece en los relatos colectivos, sobre todo de los grupos 1 y 2, en la idea de que “el Norte es Quito”. Así se construye un límite arbitrario, opuesto a la realidad de la ciudad. Este implica un proceso ficcional de reducir la ciudad, una operación simbólica que pone en evidencia la resistencia a admitir su verdadera dimensión. Si bien esta operación constituye el *Sur* figurativo, atribuyendo una sola identidad espacial a zonas heterogéneas, ha logrado imponer, sobre todo, la lógica de vectorialidad

desde el *Norte* hacia el *Sur*. Entonces, el límite es móvil, pues puede estar en El Ejido, en el Centro Histórico o en Quitumbe, pero el territorio que queda disgregado del Quito reducido siempre se ubica hacia el sur.

Esto constituye un imaginario que puede definirse como *norte-céntrico*, cuya eficacia radica en que, si bien es cuestionado en las discusiones cuando se remarca su arbitrio y falsedad, su uso tiene el poder de menospreciar a los sectores que quedan fuera de la ciudad reconocida y a sus habitantes. Su eficacia, además, se expresa en el hecho de que la descalificación por la lejanía es usada por personas que residen en los barrios consolidados del centro-Sur, frente a los habitantes de las periferias del mismo eje geográfico. Resulta sugerente la manera en que se reproduce la misma vectorialidad, pues al “norte del Sur” se ubican las condiciones favorables, en detrimento del “sur del Sur”, lo que refuerza las connotaciones que tienen estos términos.

En definitiva, la distancia es una construcción social, una representación que revela la resistencia a reconocer el crecimiento de la ciudad hacia el eje sur sistemáticamente, poniendo en duda su integración a la capital. Desde esta perspectiva, resultan posibles las fabulaciones múltiples, las exageraciones y los absurdos, que revisten de humor una ficción que expresa simbólicamente un imaginario segregador capaz de instaurar un sentido de no integración.

Nortes y sures: homografías y diferenciaciones

Una constante en los grupos focales es el cuestionamiento al estereotipo clásico que asocia al *Norte* con la riqueza y al *Sur* con la pobreza; se identifican características similares entre ambas zonas que no fueron captadas en la encuesta. Destacan las referencias a que en el *Sur* se encuentran personas con un alto poder adquisitivo, un amplio manejo de pagos en efectivo, aunque no se expresen enclaves o geografías de riqueza precisos. La presencia de riqueza en el *Sur* es cualificada y diferenciada moralmente a través del hecho de que las personas siempre pagan las deudas y de la asociación de la posesión económica con el pago en billetes.

Otro tema de comparación es que los problemas que tradicionalmente eran asociados al *Sur*, como la inseguridad, no se ven como exclusivos de esta zona, sino que se presentan en toda la ciudad. En una discusión del grupo focal 2 aparecen comparaciones territoriales que vale mostrar.

- Esteban: En el Norte hay parámetros [de clasificación social], porque si te vas para Carapungo y eso, la gente es como en el Sur.
- Ketty: El mismo Comité del Pueblo es igual que irse a Solanda.
- Roberto: Es marcado las regiones, los sectores [Ketty asiente con cabeza].
- Santiago: O sea, considerando Norte desde La Luz [barrio del Norte] hacia El Ejido.
- Roberto: Perfecto, ahí sí, yo estoy de acuerdo. El Comité del Pueblo es nuestra Jota.

Este extracto, por ejemplo, presenta una delimitación precisa de lo que se considera el *Norte*: desde el barrio La Luz hasta el parque El Ejido, y que los barrios del Norte que exceden esta delimitación son similares a los del Sur. En otra intervención posterior, en el mismo grupo focal 2, se identifica que la lógica de descalificación no se vierte únicamente sobre el *Sur*, sino que también se aplica a los barrios periféricos del Norte:

- Rolando: El quiteño tiene, por lo general, esta situación de coger y decir de todo barrio popular que tú lo ves, de coger y decir que es un barrio malo, en Quito [Laura asiente con la cabeza]. Todo está unificado. Porque como yo te digo, yo he vivido en Cotocollao: “Uuuy, allá roban, hermano”; yo he vivido en San Juan: “Uuuy, hermano, allá arriba en San Juan, los drogadictos, los brujos” y todo esto; yo vivo en La Mena: “Los ladrones” y todo esto. Por lo general, la gente tiende a coger los barrios populares y a discriminarlos.

En esta intervención tiene particular fuerza semántica la posición desde donde se discrimina: “el quiteño”, el gentilicio como referencia al lugar de enunciación desde el cual se descalifican indistintamente lugares en el Sur, Centro y Norte periférico, lo que, en el fondo, ratifica la idea de que “el Norte es Quito”.

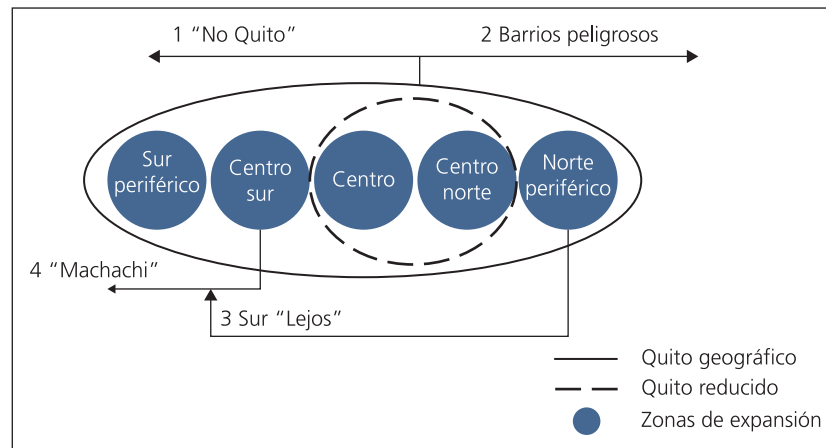
El sistema de descalificación por el lugar se complejiza si se añade el principio de vectorialidad descrito previamente. Por ejemplo, en el grupo focal 1, Felipe menciona que el estatus del *Norte* también es aprovechado por los residentes de los barrios periféricos del Norte para descalificar al *Sur*. La vectorialidad también opera en la deslegitimación al interior de la zona Sur, entre el Sur central y el Sur periférico, como ya se mostró.

Estos relatos muestran que existe un conocimiento más detallado de las fronteras intraurbanas de la ciudad, que sobrepasan la tosca dicotomía Norte-Sur, pues se reconocen distintos “nortes” y “sures”. La descripción que posibilita el relato y la dinámica grupal permite poner los matices pertinentes, con fundamentos empíricos en la estructura urbana. A más de la conciencia de la heterogeneidad, la lógica de descalificación presenta una constante: asumir un lugar de enunciación ubicado no en “el Norte”, como localización fija, sino en “lo norte”, como localización móvil, guiada por un principio de vectorialidad.

Así, la práctica de descalificación a través del lugar de residencia es un recurso común, no necesariamente exclusivo de los grupos más pudientes en términos económicos, o de las personas que residen en el llamado centro-Norte, independientemente de su posición económica. De esta forma, el *Sur* representa una unidad indiferenciada que puede ser descalificada desde cualquiera de los nortes, el Norte periférico es descalificado por el Norte central, no se encuentran testimonios de descalificación del Norte periférico desde ninguno de los sures, y desde el Sur central se descalifica al Sur periférico. La figura 4.1. sintetiza esta dinámica de descalificación desde la lógica norte-céntrica.

Este juego con los límites de la ciudad, que aparece en los relatos, debe entenderse como una construcción discursiva antes que como una creencia en sí. La dinámica consiste en que, a pesar de que se conoce la integración a Quito de la zona nombrada, se la excluye a través del relato que determina el límite ficticio. No se trata de que la población crea, en efecto, que la ciudad llega únicamente hasta alguno de los límites referidos, pues, por más impreciso que sea el conocimiento de su extensión, se tiene conciencia de que fácticamente no finaliza en el límite impuesto. En definitiva, no se juega tanto con el conocimiento de la ciudad sino con su reconocimiento,

Figura 4.1. Flujos de descalificación



pues la frontera que se traza en el relato diferencia qué partes pertenecen legítimamente a Quito y cuáles no. Si la ciudad llega hasta el Centro, como en la mirada norte-céntrica dominante –que muchas veces incluye al Norte periférico–, el Sur en su conjunto es el lugar inhóspito sobre el cual se duda si es o no parte de Quito. O, si es que llega hasta Quitumbe, límite identificado desde el centro-Sur, el área que “ya llega a Machachi”, con su población, es la que carece del reconocimiento de pertenecer a la ciudad.

Aunque el lugar desde el cual se descalifica puede ser móvil, la tendencia recurrente –y en cierto sentido compulsiva– en Quito es reducir la ciudad, pues siempre hay una parte que es apartada en el orden simbólico, pese a que existe físicamente. Este tipo de estructuras de percepción y enunciación persistentes remiten a la prevalencia del orden imaginario. Si, a través de la encuesta, el imaginario quiteño revela una aversión a la indiferenciación, los relatos reflejan la necesidad permanente de establecer un límite. En la conducta del relato “no todo Quito es Quito”, siempre se establece un resto que, pese a su integración física, no pertenece simbólicamente.

Desde la mirada de Honneth (2010, 2011), el menosprecio constituye una forma de alienación social, pues implica la incapacidad de reconocer la

valía de las diversas formas de vida humana. Por eso la humillación expresa una relación social posible solamente dentro de un marco de alienación, a partir del cual se asigna, de manera selectiva, el reconocimiento. Para cerrar este apartado, presentamos la intervención de Santiago en el grupo focal 2, por la lucidez con que expone este problema.

- Santiago: Yo... en el poco tiempo que vivo acá [en Quito], he visto que... [pausa], que todavía como que sigue enraizado [entrelaza las manos] y arrastrado todavía ese pensamiento de hacendado [pausa] y campo [...]. Y es algo que si tú te pones a escuchar, las personas que viven en el Norte o que viven en el Sur, y que llegan a un estatus de... [pausa], de puesto [pausa], para que me respeten, me tengo que ir a vivir en el Norte [pausa], así no tenga qué comer. Pero ya viviendo en el Norte, me empiezan a respetar por mi estatus. Entonces es como que la misma gente no piensa la relación interna de yo vivo aquí y punto, ya. Pero es eso de que viene arrastrándose de anteriormente [mueve las manos como dando cuenta del tiempo]. En Quito mismo, como que el quiteño que vive en el Centro y del Centro... [pausa] de El Ejido para arriba, al norte [señala con el brazo en dirección norte], ya es una persona de clase alta, que tiene una ascendencia [énfasis, entonación teatralizada, pomposa, mueve la mano hacia arriba] colonial, una ascendencia republicana o conservadora, y que los del Sur son los empleados de ellos [Alicia, Laura y Ketty asienten con la cabeza].

Acá... [pausa], cuando uno llega de provincia lo que dicen es: “¿Dónde vas a vivir? Al Sur no” [niega con las manos]. “Tienes que vivir en el Norte, para que la gente te respete” o “para que tengas acceso a mejores cargos, a mejores puestos”. Entonces nosotros lo empezamos a hacer cosa de nosotros [pausa], y así es... [pausa], es algo [pausa] secuencial [mueve manos cíclicamente], una cadena, y eso perjudica a la sociedad. De alguna u otra forma, vivas donde vivas, no dejas de ser [un] ser humano, no dejas de ser inteligente, no dejas de ser persona [Laura asiente con la cabeza], no dejas de ser un ser racional. Pero las mismas personas, la misma sociedad [están] sesgadas por el conservadurismo, sesgadas por un punto de vista colonialista imperante dentro de Quito.

Ahora, [...] yo, eeh [pausa] veo más delincuencia en el Norte que en el Sur, en todo lado hay delincuencia [pausa], en todo lado hay corrupción, en todo lado hay prostitución. Que en el Sur sí, en el Sur tenemos... yo he visto que sí tenemos esa característica de vecindad porque muchos venimos de provincia, la mayoría de gente del Sur es de provincia y mantenemos esas características de... [pausa], de, de, de, de casa, de vecinos, de [pausa], de colaboración, de fiesta. No vivimos en cárceles, mientras que en el Norte, tú te vas al Norte, la gente vive en cárceles, les da miedo salir, les da miedo llevarse con fulano, con mengano; hay una desconfianza tal que desconfían de su propia sombra, mientras que en el Sur no. Yo digo esto porque también he vivido la ayuda del Sur, la gente del Sur me acogió, la gente del Norte no te acoge, la gente te acoge cuando ve costo-beneficio, en el Sur ve confianza, le dan la valoración a la persona, vos vales por lo que vos eres, no por lo que tienes o no tienes. En el Norte es por lo que tú llegas y por lo que tú vistes [Ketty asiente con la cabeza y dice bajito: "Así es"]. [...] Nosotros mismos somos los que tenemos que darle más prioridad a donde estamos viviendo, no sentirnos menospreciados o colonizar el lugar donde estamos. La misma gente del Sur se empezó a clasificar [pausa. Ketty asiente con la cabeza y dice bajito: "Cierto"]. La que vive en Chillogallo ya no se lleva con la que vive cerca de Machachi [Alicia asiente con la cabeza], la que vive en la Villa Flora no se lleva con la que vive en..., entonces la misma gente del Sur se está dejando llevar por la mentalidad colonialista o conservadurista.

Formas del menosprecio

Los relatos obtenidos no solo permiten establecer el imaginario sobre las fronteras simbólicas de Quito; sobre todo, ponen en evidencia los efectos concretos de dichas fronteras. La discusión en los grupos focales se desarrolló a partir de las opiniones o experiencias personales que corroboran, matizan o desmienten las afirmaciones que se "han escuchado" sobre el *Sur*. En este proceso reflexivo, las intervenciones ya no tuvieron un referente tan concreto como lo escrito en las tarjetas, sino que se dispararon en función del diálogo. No hubo un único hilo conductor, sino que se

crearon pequeños núcleos temáticos, donde se mantuvo latente el tema del menosprecio, con mucha mayor presencia en los grupos 1 y 2 que en el 3. Tomaremos como ejemplo el siguiente fragmento de la discusión del grupo focal 2.

Grupo focal 2. ¿Qué opinan sobre lo que se dice del Sur?

[Silencio prolongado, de aproximadamente seis segundos, ante la pregunta. Hay un ambiente de desconcierto, no hay un camino establecido por donde seguir la conversación. Para incentivar el diálogo, se introduce una nueva pregunta].

- Facilitador: ¿Qué se responde frecuentemente cuando se escuchan todas estas cosas? [en referencia a las expresiones negativas].
- Ketty: Yo, yo pienso, eeh, que todos reaccionamos de alguna manera al momento de que: "¡Ah! tú vives en el Sur, que ahí es frío, que hay bastantes delincuentes", ese tipo de cosas, creo que reaccionamos de mala... de mala manera [esto último lo dice con más firmeza]. Con la gente, les decimos: "¿Qué te pasa? Si [pausa] el Sur es [pausa] más sociable, hay más cosas", o como ese tipo de cosas, tratamos de responder con lo positivo que hay en el Sur. Sin embargo, yo recuerdo que [pausa, se ríe, habla sumamente rápido] cuando yo estaba en la universidad, tenía compañeros, de hecho, que viven en el Norte y sabían decir cosas como lo de [pausa] la película que decía él [se refiere a Rolando], que "hasta la virgen les da las espaldas". Entonces muchas veces [se ríe] cuando uno está entre amigos a uno se le salen groserías [se ríe de nuevo], y sabíamos decir: "Bueno, nos dará las espaldas, pero nos tocó la mejor parte" [se refiere a las nalgas], cosas así. O sea, uno ya la reacción sale como hasta grosería muchas veces, porque tratan de minimizar a la gente que vive en el Sur, hacerla de menos, como que... [pausa] o... [pausa] somos poca cosa, o que... [pausa] tenemos..., no sé [pausa], una situación económica baja, o... [pausa] que... somos delincuentes, que somos... [gente] estafadora, deshonesto. Creo que, en lo personal, a mí me molesta, porque realmente no es así; muchas de las veces la gente que vive al Sur... ¡bueno! somos iguales [sube el

volumen]. Simplemente, todas las personas somos iguales y depende de cómo nos hayamos criado. Yo no voy a decir que en el Sur tampoco es que todo mundo sea [pausa] perfecto [pausa], o en el Norte.

- Rolando: Yo he vivido en los tres lados de Quito: he vivido en el Norte, en el Centro y en el Sur; yo he vivido en Cotocollao, en la parte alta de Santa María; he vivido en San Juan, en el Centro de Quito; y he vivido por acá, por La Mena 2. Yo trabajo en el Norte [...], cuando yo los cojo y les digo: “Vámonos para el Sur, allá es más chévere la vida [Paula asiente con la cabeza], allá hay más ambiente que acá, acá lo único que tienen es La Zona”, les digo. [...] Y yo lo que les sé contar a mis compañeros de trabajo, cuando me dicen algo así: “¿Tú dónde vives, Rolandito?”, entonces yo les digo: “En La Mena 2”. Entonces me dicen: “Uuuy, hermano, La Mena 2” [teatraliza con voz que expresa algo desagradable. Paula asiente con la cabeza y sonrío], dicen así. Entonces yo los cojo y les digo: “A ver, doctor, ¿usted conoce siquiera detrás de... [pausa] de Los Dos Puentes [barrio del Centro que funciona como límite con el Sur]?, ¿ha ido alguna vez por ahí? No” [cruza los brazos, dramatiza la conversación]. “Entonces, usted es como las viejas chochas”, le digo, “porque usted se deja engañar [se toca la cabeza con el índice] solo del qué dirán, y usted no ha comprobado por sus ojos” [entonación seria, de indignado y ofendido].
- Paula: Todo el mundo dice lo mismo, que la gente de acá es pobre, que la gente de acá es naca. Yo he tenido amigas y amigos, cuando yo estudiaba, [que decían]: “¿Que sí!, que tú vives en el Sur, que eres... que los nacos viven allá..., que la gente es pobre..., o sea, la chusma” [utiliza una entonación despectiva, se ríe]. Así nos sabían decir a nosotros, entonces uno responde, como quien dice, uno ya está a la defensiva [mueve las manos como un gato cuando saca las uñas]. Entonces, si alguno dice algo, el otro comienza a... y comienzan así las discusiones también.
- Ketty: Incluso cuando hacen, eeh [pausa], una división para lo que son los *target* económicos, simplemente... yo, yo conozco gente que vive acá, al Sur, y tiene dinero [Rolando se sonrío y asiente vehementemente con la cabeza], y tiene un estatus económico realmente favorable

de dinero. Pero cuando hacen los rasgos para los estatus, para los *target* económicos, cuando le dicen: “¿En dónde vive?”, “En Quitumbe”, y tiene una buena casa, tiene dinero, tiene carros. Te dicen: “No, es que el sector, por el sector le bajo tanto”. Ya no es una persona de estatus alto, sino medio. Pero si es una persona pobre o de nivel normal, de *target* medio, y le dicen: “No, es que yo vivo en La Florida” [barrio del Norte] –y sin embargo es un *target* medio–, ah no, si vive en La Florida es ya considerado de estrato alto [Rolando asiente con la cabeza]. Están divididos de esa forma los *target* socioeconómicos dentro de las estadísticas; y yo no le veo como que muy... [pausa] coherente. Sin embargo, yo me he dado cuenta, porque también trabajé un tiempo en investigación de mercado, [pausa] que... simplemente Quito es una zona donde en la casa más pelucona del Quito Tennis [barrio lujoso del centro-Norte] puede haber una casa pequeñita, de gente sencilla, vive gente sencilla, y yo lo he visto, y yo no veo, realmente, que porque vive en un sector sea o muy pobre o [pausa] demasiado adinerado.

- Facilitador: Lo que dice Ketty lo podemos reformular como pregunta: ¿Podría ser que el hecho de decir Sur es una marca, que significa algo para el resto de... para la ciudad? Digamos, ¿si se vive en Quitumbe, eso da una imagen de la persona, de alguna manera? [Paula asiente con la cabeza].
- Laura: Sí, porque usted dice “Sur” y, ¡ay!, ya lo ubican como si estuviera en el último escalafón [pausa], y no es así. O sea, yo no sé... yo pienso que cuando se hizo esta universidad [UPS], eeh..., hay mucha gente que viene del Norte [pausa larga], ya no es que solamente está la gente del Sur en esta universidad, obligados sea que por lo económico que vienen aquí, o sea por la carrera que quieren escoger, que en otras universidades no hay y la tienen aquí, y ellos vienen también acá, al Sur. Y piensan que el trato de nosotros hacia ellos no es para tratar de ofenderlos, porque ellos, en sí, en la parte Norte sí tratan de [pausa] ofendernos a nosotros, los del Sur. O sea, porque al decir esto es una grosería, y, sin embargo, como uno dice, ¡nos hemos tenido que defender!, sacando las cosas buenas, cosas positivas que tiene nuestro Sur [enfatisa con entonación tajante]. Pero a los del Sur como que nos han dejado marcados, y para salir de eso yo pienso que... [pausa] se debe

hacer una campaña, qué sé yo, unos talleres para inculcar a las personas que el Sur no es todo lo que ellos se imaginan, ni todo lo que nos dicen a nosotros. Porque nosotros somos lo peor, la parte sur, en todos los sentidos. Al venir las universidades, escuelas, ya estamos tratando de lograr salir... [pausa] de la marca que tenemos, estamos empezando a sobresalir [mueve ambas manos hacia arriba].

- Ketty: Yo creo que estoy muy de acuerdo con lo dicho por Santiago, porque todo es ideología, de hecho, eeh [pausa] nuestros jóvenes, eeh [pausa] los muchachos adolescentes que se están criando ahora, y muchos que tienen ya mi edad, 27, 28, 29, 30 años, tienen una ideología [pausa, hace una mueca], creo que [pausa] cerrada, como dice él [señala y vuelve a ver a Santiago], colonialista; viven aquí en el Sur y muchas veces les preguntan: “¿Dónde vives?”, y tal vez vivan en la Lucha de los Pobres [barrio del Sur], y por no decir que viven en La Lucha dicen: “Vivo en Guajaló” [barrio del Sur], porque se escucha menos feo. O por no decir que viven en Guamaní [barrio del Sur] dicen: “Vivo en Quitumbe”, o cosas así. O sea, es la ideología [se señala la cabeza] que nosotros nos llevamos, porque... creo que nos han [pausa] menospreciado tanto que preferimos decir que no vivimos en un barrio que tiene un nombre supuestamente feo [hace comillas con manos].

Es algo así, de ideología, yo recuerdo, je, como una anécdota graciosa [se sonríe]. Yo tengo un amigo con que me llevo súper bien, él vive en la Lucha de los Pobres, y cuando íbamos a la universidad juntos nos preguntaban: “¿Dónde vives?”, y él decía: “Yo vivo en los Balcones de Guajaló” [se ríe]; yo vivo entonces en los valles, ¡porque vivo en Turubamba!⁷ [se ríe fuerte. Esteban, Rolando y Laura también se ríen], y era solamente por molestar. Entonces, es la ideología que nosotros nos llevamos, pensamos que porque vivimos en La Lucha vamos a ser delincuentes, vamos a ser gente del todo pobre, vamos a ser, de pronto [pausa], la peor cosa del mundo, y no es así. Yo creo que depende bastante de uno [se señala a sí misma], como persona, de cómo fue criado,

7 En esta parte del relato se traza una analogía sobre ganar estatus: Turubamba es un barrio del Sur cuyo nombre significa “valle de lodo” y “los valles” es la expresión que se usa comúnmente para referirse a las áreas de Cumbayá-Tumbaco o los Chillós, que son las de mayor prestigio actualmente.

de tener la mentalidad para demostrar: sí, yo vivo en la Lucha de los Pobres, pero yo trabajo, tengo un buen ingreso, vivo tranquilamente, sin necesidad de pedir nada a nadie.

- Facilitador: ¿Y es muy común esto de negar el lugar donde se vive, acá en el Sur? [varios responden “Sí” sin dudar. Miguel, Ketty, Laura y Alicia asienten con la cabeza].
- Santiago: No es solo en el Sur, verás; es en Quito mismo. Sí se manifiesta expresamente acá en el Sur, pero la gente no se da cuenta de que es en Quito todo. Lo que dije, el Norte es desde La Luz hasta El Ejido [señala los puntos cardinales con las manos, vuelve a ver a Esteban], y lo demás qué? [pausa]. La gente que vive ya a las afueras de Carapungo, [Rolando asiente con cabeza], para irse a Guayllabamba [parroquia rural] [pausa], eso es Quito.
- Esteban: Incide también muchísimo el poder mediático en la oferta y la publicidad, y es evidente eso. Justo pasó un caso muy patético: en una Navidad, Quicentro Sur, Quicentro Norte⁸ [Rolando asiente con la cabeza], muy marcada la diferencia, totalmente [pausa]. Premio Quicentro Sur: una volqueta [Rolando asiente con la cabeza y se ríe], premio Quicentro Norte: [...] ¡un Mercedes Benz! [Rolando, Ketty, Lucía, Paula y Alicia se ríen]. ¡¿Por qué no cambiamos los papeles?! [mueve las manos, golpea la mesa, indignado]. Obvio, ¡es evidente!, porque la volqueta le sirve más al del Sur para cargar ripio, ¡qué sé yo! [Alicia se tira para adelante riéndose], y el Mercedes Benz para el pelucón del Norte, o sea... ¡La misma publicidad, el poder mediático, se encarga de [pausa], de diferenciar! O sea, vos eres del Norte, vos eres del Sur, no hay adónde que te metas [se ríe].
- Ketty: Eso es otro hecho que dicen de los centros comerciales, los dos son Quicentros y los dos son del mismo dueño, pero dicen: no, es que el Quicentro Norte es un centro comercial [Rolando se ríe] y el Quicentro Sur es un galpón, porque si tú entras, tú ves que es un galpón, solamente que tienes locales comerciales, pero es un galpón.

8 Son dos centros comerciales con el mismo nombre pero diferenciados por su localización.

- Santiago: Si tú te vas al centro comercial del Sur, las cosas del Norte [pausa], para el Sur el Norte es ¡wow! Incluso en la ropa misma, lo hacen el De Prati⁹ del Norte, el De Prati del Sur [mueve las manos señalando hacia el sur y hacia el norte, pausa], es totalmente distinta la ropa del Sur, que es como que ya pasó [de moda] hace rato [mueve las manos].
- Esteban: En muchos centros comerciales del Norte no venden hornado¹⁰ [todos se ríen], los de La Biloxi.¹¹ Es bien marcada la diferencia, porque el poder mediático, con todo, se encarga mismo de marcar la diferencia.

Este extracto corresponde al clímax del debate grupal, las intervenciones son largas, con pocas pausas para pensar una posible respuesta adecuada. Los relatos abundan en detalles de los diálogos recreados y en su dramatización. Los contenidos discurren sobre varios temas, pero es constante la afectación a la honra en función del lugar. Se utilizan palabras como “menosprecio” o “discriminación”, y se expresan sentimientos de indignación, más con los gestos y movimientos corporales que con el léxico que, pese a todo, se conduce en términos políticamente aceptables, ya que no aparecen insultos o “malas palabras”. El elemento común más importante es la experiencia del menosprecio; sin embargo, posteriormente aparece una reacción que genera un breve contrapunto que vale la pena mostrar.

- Lucía: Yo sinceramente te podría decir de que... [pausa] no me ha pasado ni me he encontrado con gente así, ni nadie me ha marcado o despreciado por ser del Sur... Igual todos mis amigos viven por allá, por el túnel de Guayasamín [barrio lujoso del Norte] y me venían a dejar acá, pero no, no... nunca he tenido problemas. Es algo interesante escuchar, porque nunca me ha pasado eso, no he tenido nada que ver con el Sur, el Sur mejor aquí les gusta a mis compañeros, igual del trabajo, o sea decir vamos para allá porque aquí es más alegre, allá en La Zona como que es un poco más peligroso y aquí es más tranquilo, yo no he tenido casi así de... de racismo...

9 Cadena de ropa importada.

10 Comida típica de la Sierra ecuatoriana.

11 Cadena de comida típica en centros comerciales.

- Facilitador: ¿Y no te suena tampoco?
- Lucía: No, cosas así no [niega con la cabeza].
- Esteban: Es que tu novio no te ha dicho porque está enamorado tuyo, mamita [todos se ríen en volumen alto].

Lucía es la participante más joven del grupo y su testimonio contradice el consenso generado sobre el agravio, pero, en lugar de abrir una ventana para relativizar estas experiencias, su alocución es desestimada por Esteban inmediatamente. Desde una posición de autoridad, apelando al género y la generación, reacciona con una “broma”, diciendo que es por el amor que le tiene el supuesto novio que no le ha remarcado el hecho de vivir en el *Sur*. Luego siguen varias intervenciones que refuerzan las situaciones de agravio y Ketty cierra de la siguiente manera:

- Ketty: Entonces creo que [pausa], bueno, yo no me quejo mucho de mis amigos del Norte [niega con manos], son sumamente tranquilos y eso, pero amistades que me presentan en ese momento, sí son muy creídos. Ponte que porque viven en el Norte se creen más o tratan de esa manera sí [pausa. Paula asiente con la cabeza]. Entonces... molesta, realmente. ¡Sí molesta!

En esta discusión grupal se describen varias formas en las que se expresa el menosprecio: formas muy explícitas de descalificación a través de adjetivos como “chusma” o “naco”; formas atravesadas por el humor, que atenúa el efecto detractor; y formas más sutiles, incluso sin una intención de menosprecio, pero en las que el sentido peyorativo se desliza inconscientemente. A continuación presentamos una taxonomía de estas maneras en que se refleja el menosprecio, con la aclaración de que no son excluyentes entre sí, sino que muchas veces aparecen combinadas o se complementan.

a) Comparación que señala la pertenencia al Sur

En el diálogo en torno a los centros comerciales y las cadenas comerciales, en general se dice que existe una clasificación socioeconómica sistemática desde ámbitos institucionales, en que la localización resulta determinante. Según lo narrado, desde las empresas y el mercado se establecen *targets* económicos diferenciados y, pese a que son las mismas tiendas, “no venden lo mismo”, tanto respecto a la calidad como al tipo de productos. En algunos relatos se habla de gustos distintos y en otros, de precios diferenciados. Es decir, se pone en duda la isotropía, en tanto se comenta que pueden ser las mismas tiendas o cadenas comerciales, pero no los mismos objetos. Se habla, por ejemplo, de que en el caso de la ropa, las tiendas del Sur ofertan la que ya está fuera de temporada. El relato en torno a los premios navideños en los dos centros comerciales Quicentro también expresa esta forma de comparación permanente, en la que se mantiene la diferenciación.

En algunos casos, la distinción se establece en el tiempo, pues se señala que diversos servicios “ahora ya están en el Sur”; es decir que se han implantado en esta zona luego de haberlo hecho, originalmente, en el Norte. Si bien resulta lógico que, a medida que crece la ciudad, aparezcan infraestructuras como los centros comerciales en las nuevas áreas de expansión o consolidación, lo expresado en los relatos remite a un sentido de subordinación, en tanto recuerda el carácter histórico “relegado” del lugar. En el *Sur*, ahora, también se puede tener lo que los habitantes del *Norte* han tenido desde hace mucho tiempo. El sentido peyorativo se cuele de múltiples formas en los discursos, y los residentes del Sur lo identifican perspicazmente. En la expresión “hasta ya hay” tal o cual servicio moderno “en el Sur” subyace cierto asombro por esta presencia, como si fuese algo inesperado.

b) Reducción del perfil económico por la localización

En la discusión, aparecen como tema de diferenciación los *targets* económicos producidos por la mercadotecnia como dispositivo de clasificación social. La localización de la residencia se vuelve un indicador para asignar

servicios económicos, como los cupos de endeudamiento en las tarjetas de crédito. Según lo expresado, localizarse en el Sur sería motivo para una rebaja en estos perfiles de consumo. Sin aceptar ni dudar de la veracidad de lo mencionado, lo hemos tomado como una muestra de las narrativas que se producen acerca del lugar. Es decir, independientemente de si sea verdad o no, la asociación adquiere credibilidad no solo por la autoridad de la voz que declara “conocer” el hecho de primera mano, sino porque sintoniza con el conjunto de formas de diferenciación que se ponen en juego.

Así, lo que interesa del análisis es cómo la estructura imaginaria busca elementos empíricos sobre los que ratificarse, de tal forma que la realidad (las diferencias existentes) queda supeditada al orden imaginario (la necesidad de distinción). Los relatos apelan a la evidencia de la disminución del perfil económico como una nueva faceta desfavorable de la localización en el *Sur*, que operaría actualmente. Se percibe la acción del mercado en la construcción de ambientes urbanos diferentes, y esta es interpretada como una práctica que produce segregación, justamente por la carga semántica que tiene en la capital la espacialización de los grupos sociales. La cantidad de circunstancias y detalles de situaciones en las cuales la localización implica una adscripción a un *target* muestra un trabajo minucioso para identificar asimetrías. Se remarca no tanto el perjuicio económico de esta asignación, sino sus efectos, pues, finalmente, ratifica la imagen del *Sur* como lugar desfavorecido en comparación con el *Norte*.

c) Ideología de la movilidad residencial hacia el Norte

Otro tema que aparece con frecuencia en los relatos es la presión social por trasladarse a la zona Norte como señal de ascenso social, apelando, sobre todo, a la ganancia en estatus al incorporarse a la ciudad reconocida. Permanentemente se hace referencia al respeto que se gana por vivir en el *Norte*. Incluso se reporta haber escuchado que “el peor lugar del Norte es preferible a cualquier lugar en el Sur”. Es posible leer esta construcción a partir de los mecanismos del orden simbólico. La importancia del *Norte* como centralidad excede los principios territoriales de la concentración de infraestructuras y servicios,

pues condensa, sobre todo, el prestigio. Es así que funciona como metonimia: el *Norte* se hace equivalente a la ciudad, en una visión norte-céntrica.

Si bien el Centro Histórico es el núcleo de cohesión e identificación de la ciudad a partir del discurso patrimonial que genera orgullo, no es, necesariamente, un espacio que genere un plusvalor de prestigio al localizarse en él. Por su parte, el *Norte* ha logrado mantener el capital simbólico de prestigio, aunque ya no esté asociado con la exclusividad, como en las décadas anteriores; este distintivo se ha desplazado a los valles nororientales. Si bien la ciudad se ha vuelto más isotrópica en cuanto a la distribución de servicios, esto no ha implicado una redistribución del capital simbólico. Este desfase entre el orden material y el orden simbólico nuevamente remite al fantasma urbano. La resistencia a aceptar esta transformación de la materialidad alude a la compulsión por defender una posesión valiosa: el prestigio que genera respeto, que, si se generalizara, llevaría al desorden inadmisibles de la indiferenciación. Aunque los testimonios no versan directamente sobre la defensa de este capital, hacen sospechar sobre el celo de los grupos acomodados ante la democratización del reconocimiento social.

Los diálogos de los tres grupos focales cuestionan la obsesión por alcanzar reconocimiento mudándose al *Norte*; lo señalan como un sinsentido, a través de frases como “no tienen ni para comer, pero viven en el Norte”. Este recurso sirve para cuestionar, en parte, la movilidad residencial como ascenso social, pues lo ven como una suerte de arribismo, en tanto la preocupación por no ser “mal visto” se antepone a necesidades consideradas prioritarias, como la alimentación. Se suma la información de que “en el Norte todo cuesta más”, mientras en el “Sur se tiene todo y más barato”.

En este sentido, la aspiración al reconocimiento social es vista como irracional, pues implica pagar en exceso por los mismos bienes que se pueden obtener en el sector Sur a menor precio. Esta lógica discursiva está mucho más presente en el grupo focal 3 que en el 2, así que puede interpretarse en relación con el lugar de residencia. Quienes antes vivieron en el Sur y ahora residen en el Norte desestiman el beneficio del capital simbólico adquirido y, más bien, tienden a la nostalgia por un espacio de calidad a menores costos. Por el contrario, quienes tienen dicho beneficio, pero carecen de reconocimiento, señalan vívidamente el conflicto que provoca el menosprecio.

d) Negar el barrio, o el lugar que avergüenza

Otro tema recurrente en los relatos, el de mayor importancia en cuanto a los efectos del menosprecio, es el ocultamiento del lugar de residencia en diversos contextos. El hecho de mentir sobre este aspecto, como estrategia de presentación social, da cuenta de la afectación a la autoestima que genera el menosprecio. La vergüenza es un sentimiento de naturaleza propiamente social; opera cuando, ante la visibilidad pública, no se alcanza un deber ser naturalizado. La pregunta “¿Dónde vives?” pone sobre la mesa el orden simbólico de la ciudad reducida, a la cual se asume como deseable pertenecer. Para quienes no viven en este sector, la pregunta, en varios contextos, se vuelve incómoda. Los relatos muestran una situación paradójica: si se opta por decir la verdad y se declara pertenecer al Sur, se está expuesto, en primera instancia, a expresiones de compasión (“uuuy”, “tan lejos”, “en ese frío”, “tan peligroso”, etc.) o, más aún, la descalificación puede pasar fácilmente a la deshonra (“donde vive la chusma”, “donde viven los nacos”, “lo peor”). Si se opta por la mentira, la persona se expone a la insistente indagación o a repreguntas, lo que puede resultar más humillante aún que la infamia, en tanto puede evidenciar la estrategia de ocultamiento.

Esta tensión es retratada con mucho humor, sobre todo en las situaciones cotidianas en que se desenmascara el encubrimiento, aunque no necesariamente ante quien pregunta; a veces la complicidad se da entre quien encubre el lugar y quien presencia la escena y conoce la verdad, como sucede en el relato de Ketty. En general, la situación incómoda es leída como un conflicto individual. Cuando se hace referencia a personas que optan por la negación, se alude a que son “acomplejadas” y se dejan llevar por la presión del “qué dirán”. Al mismo tiempo, los relatos muestran una crítica a las ideologías que permean las concepciones de los habitantes de la ciudad. Incluso se trazan explicaciones históricas de la conformación de estas ideologías —definidas como “coloniales” o “conservadoras”—, con las cuales se cuestionan las lógicas clasificatorias presentes en la ciudad.

El humor como mediador del menosprecio

Dentro de los estudios sobre imaginarios urbanos, una de las aristas más importantes es mirar cómo se encarnan. Esto se refiere a que, como cimientos del orden simbólico, los imaginarios tienen efectos prácticos en la vida urbana, pues constituyen maneras de ver que llevan a la acción. Las discusiones de los grupos focales ejemplifican este principio, en tanto la segregación basada en el imaginario no resulta inocua en ningún sentido. El poder estigmatizante del *Sur* segregado no radica en las condiciones materiales del hábitat, ni siquiera pensadas como carencias relativas, sino, justamente, en la fuerza simbólica que instituye el orden imaginario. Más aún si pensamos que los imaginarios urbanos no son ajenos a las lógicas de reproducción de la dominación social, aún siendo construcciones de la ciudadanía.

En este caso, el cambio histórico está en que el menosprecio al *Sur* ya no recae tanto en ámbitos institucionales, como el Municipio –cuyas acciones y omisiones han resultado históricamente discriminadoras–, sino que perdura “rutinizado” en las interacciones cotidianas basadas en la intersubjetividad. Así, la descalificación por “ser del *Sur*”, o tener alguna relación con él, es habitual y sistemática en una amplia gama de situaciones y escenarios, muchas veces con personas con quienes se mantiene una relación importante: amigos, familiares, clientes, colegas, compañeros de clase, etc.

El humor que impregna buena parte del decir sobre el *Sur* es uno de los principales hallazgos del trabajo de análisis del lenguaje, pues es el recurso más común para expresar la descalificación, y resulta un elemento mediador para imponer una performática del menosprecio sin que parezca ofensivo (Santillán 2019). El hecho de que la descalificación se presente “en son de broma” la hace menos seria solo en apariencia, pues el humor no tiene nada de inocente. El elemento satírico hace posible la burla sobre un tema que, de otra manera, podría generar conflicto, por la posible reacción de la persona agraviada; de hecho, varios diálogos muestran cómo el chiste deviene en conflicto. Así, el humor no solo es el medio a través del cual se expresa la ofensa, sino que neutraliza una posible contestación,

de manera que resulta un recurso de gran eficacia simbólica ante el cual no es sencillo posicionarse. Esto explica, en gran medida, la dificultad para politizar la mirada frente al estereotipo que recae sobre el *Sur*. Se tiende, más bien, a construir una contramitificación favorable al exaltar las virtudes imaginadas, como la solidaridad, la vecindad, la riqueza “real” del efectivo, etc. Esto deja en la sombra a la matriz de significación a partir de la cual se construye el campo simbólico de la disputa.



Festividades - Procesión Jesús del Gran Poder Sur

Es una réplica del vía crucis organizado por la orden franciscana en el Centro Histórico de Quito. Su origen y desarrollo son producto de iniciativas personales, sumadas al trabajo de las organizaciones sociales del sector (foto de Carlos Vizúete).

Capítulo 5

Menosprecio y habitar

¿Cómo se construye el sentido de habitar en condiciones de desprestigio sistemático del lugar frente a una multiplicidad de variantes de menosprecio? Para entender este proceso es necesario aclarar las formas en que pueden relacionarse el menosprecio y el habitar. Según la bibliografía sobre los estigmas territoriales, el efecto estigmatizante se produce, generalmente, a partir de transferir las cualidades negativas del lugar a sus habitantes: la representación peyorativa de este último se interioriza como afectación en el individuo. Las reacciones que obtuvimos en los diálogos apuntan, precisamente, a diferenciar entre ambos elementos. Se remarcan las virtudes y cualidades de las personas, que son diferentes a las del espacio; o se revaloriza el lugar donde se vive a partir de una visión apologética, para revalorizar así también a quienes lo habitan.

En el primer caso, la reivindicación de las personas no implica necesariamente construir un sentido de habitar. Como ejemplo, en las discusiones de los grupos focales se cuestiona el trato despectivo a la persona “sureña”, apelando a principios normativos como “todos somos iguales”, “todos merecemos respeto”, o rechazando las pretensiones clasistas: “porque tienen más se creen más” o “no por vivir en el Sur se es menos que nadie”. Si bien estas expresiones dan cuenta de la afectación a la autoestima por la imagen negativa del lugar, son reacciones valiosas que cuestionan el menosprecio, pero que no se encaminan a construir una contraimagen del lugar que dé sentido a la relación con el entorno.

Con esta aclaración es posible orientar el análisis, pues no hemos buscado examinar las formas de autovaloración de las personas frente al menosprecio, aunque mucho de este proceso psicosocial aparezca en los relatos. El habitar es un fenómeno existencial que implica situarse frente a un entorno y establecer con él una relación dialéctica, de hacerse mutuamente. La tensión sobre la que nos hemos planteado indagar surge al considerar que este proceso no es igual en los lugares que poseen reconocimiento y en los que no. En situaciones comunes, el vínculo con el entorno se construye en el proceso de domesticación del espacio, en la creación de rutinas y prácticas de familiaridad, y en el sentido de coexistencia con quienes se comparte esta experiencia; pero en el caso de los lugares estigmatizados, estos procesos no pueden desentenderse de la imagen negativa que pesa sobre el lugar.

Veremos, entonces, las diversas formas de posicionamiento frente a la deshonra, con las que se construye el sentido de habitar el *Sur* de Quito. En primera instancia presentaremos las reflexiones y diálogos en las discusiones grupales y luego analizaremos, en profundidad, las entrevistas que ejemplifican las principales tensiones de este proceso en distintas trayectorias personales.

El análisis da continuidad a la discusión metodológica expuesta en el capítulo anterior, en relación con el acercamiento a la complejidad de la narrativa. Pero es distinto el acercamiento a los relatos producidos dentro de un consenso grupal, que el acercamiento a aquellos de contenido biográfico. Frente a esto, optamos por indagar también en las experiencias individuales, ya no expuestas en público, sino producidas dentro de la confianza y empatía de un diálogo personal.

Apologías del *Sur*: las virtudes de lo popular

Al momento de evaluar lo que se dice sobre el *Sur* en los grupos focales, se evidencia una estrategia de desmitificación de la imagen hegemónica negativa. Para esto se construye una imagen contrahegemónica a partir de dos cualidades: por un lado, el *Sur* se resignifica como poseedor de una boyan-

te economía con base en el pago en efectivo –ante la asociación histórica común de este sector con la pobreza–; y por otro lado está la sociabilidad, que podría caracterizarse como comunitaria, en tanto es definida a partir de la ayuda mutua, la solidaridad, la reciprocidad, etc.

El caso de la riqueza asociada al pago en efectivo se enuncia claramente como un consenso en las discusiones del grupo focal 2, que se incluyeron en el capítulo 4. El punto central de este gran consenso es el valor simbólico otorgado al pago en efectivo. Esta cualidad se utiliza también como una muestra de seguridad en sí mismos de los habitantes. La persona del *Sur* es descrita como alguien que paga un bien o servicio al contado, incluso cuando se trata de montos altos, como los costos de electrodomésticos; y esta capacidad se expresa a través de un lenguaje gestual que muestra a alguien apilando billetes, uno a uno. Por el contrario, la persona del *Norte* es caricaturizada por utilizar la tarjeta de crédito y calcular a cuántos meses diferir el pago, ya que no cuenta con la liquidez suficiente para hacerlo “en ese instante”. En el siguiente diálogo se representa esta caracterización.

- Rolando: ¿Sabes cuál es la cuestión? Con compañeros de mi trabajo me ha pasado siempre lo mismo; entonces cuando salimos a divertirnos a algún lado, por lo general nosotros cogemos y decimos [se saca la billetera del bolsillo]: “¡Hagan vaca, ¿no?!”, y todos cogemos y decimos: “¡Simón!”... tas, tas [mímica de poner billetes en una mesa]; y al del Norte qué es lo que le pasa... Coge...
- Paula: ...la tarjeta [todos se ríen].
- Rolando: Oye... pero, o sea... [teatraliza que el del Norte, en lugar de poner dinero sobre la mesa, como todos, pone una tarjeta] “aquí no te cogen, hermano” [teatraliza la respuesta del grupo]. “Es que yo no tengo efectivo, loco, déjame ir a un banco y yo cojo y saco” [teatraliza una voz]. O sea, por lo general los del Sur, pienso yo, que somos la gente que maneja el [mueve su billetera en la mano], el dinero [se guarda la billetera] físico [Santiago se ríe], mientras que los del Norte... por lo general, siempre cogen, cualquier cosa, eech... [pausa], algún centro comercial, chuta, 40 dólares, ¿de una! [mímica de poner billetes en una

mesa, refiriéndose a alguien del Sur]; en cambio, el otro [refiriéndose a alguien del Norte] coge y dice: “Veamos, ¿a cuántos meses lo difiere?” “Puede ser...” [risas del grupo].

(Fragmento del grupo focal 2).

La forma de pagar es vista como una diferencia entre ambas zonas, con la que se invierte el esquema Norte-rico y Sur-pobre. Se demostraría que, en la cotidianidad, quienes realmente tienen dinero son “los del *Sur*”. La cantidad de recursos histriónicos que rodean la representación de esta situación –como el gesto de sacar la billetera del bolsillo y ponerla en la mesa, sustituir la palabra dinero con un gesto de la mano (dedos que se frotan), y la complicidad del resto de participantes del grupo, que se identifican con el relato mediante las risas– demuestra la consolidación del sentido reivindicativo del tema de la riqueza y el pago en efectivo.

Como señalan las reflexiones sobre el dinero, este se constituye en una abstracción que, a pesar de no tener mayor valor en sí mismo, representa un valor; y a partir de esta cualidad abstracta sirve como mediador de los intercambios. En los relatos, el dinero es visto como una prueba material de riqueza y es usado como elemento de diferenciación positiva respecto a la riqueza del *Norte*, que se piensa como ficticia por basarse, supuestamente, en el crédito. La riqueza expresada en billetes (papel) es vista como un valor más “real”, frente a la riqueza de las tarjetas de crédito (plástico), considerada dudosa, pues permite comprar al instante sin tener necesariamente los recursos para efectivizar el pago.

Respecto a la sociabilidad, todos los grupos la identifican como otra diferencia con la que el *Sur* se antepone al *Norte*. Generalmente se habla en un sentido comparativo, con afirmaciones como: “en el Sur somos más unidos”, “más humanos”, “más alegres”, etc. Uno de los principales diálogos del grupo focal 3 se produjo, justamente, en torno a esta cualidad. En la conversación con las personas que vivieron en la zona Sur, la pregunta sobre el tema de la movilidad residencial como forma de ascenso social se desvió hacia la cuestión de las relaciones vecinales y se produjo un consenso sin objeciones.

- Facilitador: Otra información que hemos obtenido es lo que decía María: una idea de que pasarse al Norte es como cambiar de estatus, como un ascender socialmente, de alguna manera. ¿Qué piensan ustedes?
- Víctor: Es un mito nomás eso [contundente, con una entonación fuerte].
- Violeta: Sí, es un mito.
- Víctor: Porque la gente cree que... lo mismo la gente que se va al valle [se refiere al valle de Cumbayá. Violeta dice: “Ajá”], cree que porque se va al valle: ¡qué bestia, vives ahora en el valle! Pero a veces no tienen ni para comer en el valle. Es como la gente, por ejemplo, que... que trabajó muchísimo, entra al primer trabajo y lo primero que hace es comprarse un carro y no tiene ni siquiera para la gasolina [Roberto asiente con la cabeza]. Entonces todas esas cosas son un mito. El que vive en el Sur y vive en el Sur bien [alza el volumen, enfatiza, mueve las manos tajantemente sobre la mesa], está muy bien; pero el que se cambia pensando que va a cambiar... se cambia al Norte pensando que va a cambiar su estatus de vida o... [pausa] está muy equivocado. Por ejemplo, cuando yo me cambié de mi barrio, yo en mi barrio llegaba a cualquier hora, y saludaba y me saludaban [mueve la mano haciendo una mímica de saludo], ahora mismo yo vivo en Miraflores [barrio del Norte], yo entro en mi carro y nadie me para bola, así me vean que me están asaltando [Roberto y Violeta asienten con cabeza]. Yo llego y... [levanta la mano] a lo mucho me alzarán la mano [vuelve a levantar la mano], si es que me conoce alguien [Jenny sonrío]. Pero en el Sur, en mi barrio, por ejemplo, yo llegaba a cualquier hora y alguien me encontraba por ahí y: “¿Qué fue, Víctor, qué dices?” [levanta las manos varias veces haciendo una mímica de saludo]. Yo entraba a mi barrio y todo el mundo me saludaba, pero acá en el Norte no hay eso.
- Carla: La gente del Sur es un poco más sociable. La del Norte es súper [énfasis con la entonación] individualista [Víctor dice: “Sí”]. Y... es la realidad, la gente del Sur vive en su casa, son dueños de casa, y al Norte la mayoría de gente que yo sé viven arrendando [sonrío].

- Roberto: Justo al respecto de lo que dicen de eso... por ejemplo, en la parte del Sur hay en los barrios... hay unidad, hay cariño, hay amor a la parte donde se vive. Yo en el sector de La Magdalena, las amistades todavía, la tradición, las navidades, el año nuevo, los disfraces [enumera con la mano]. Tú vas allá y [...] hay mucha cultura, hay amor por la gente: “Hola, qué fue, pana, ¿cómo estás?”. O sea, hay cariño. Yo vivo en San Carlos [barrio del norte], [...] mira, yo vivo ahí 10 años, y créete que yo salgo en la mañana, regreso en la noche y nunca hemos tenido ni siquiera una reunión. “Buenos días”, “buenas tardes”, “buenas noches” [levanta las manos varias veces haciendo mímicas de saludo]... Es como encerrarse en la caja de uno [mueve la mano como sacando y metiendo una caja o gaveta] y vivir su propio mundo [pausa], y esto sucede no solamente en la parte mía [pausa]; cortamos mucho la afectividad de mis hijos en este caso, porque cuando ellos salían en el Sur a jugar afuera, en la calle, que la pelota, que el vóley, que se reunían entre amigos... Acá jamás sucedió [pausa]. Hay más calor. Ahora, yo, por ejemplo, fui a vivir al Norte, ¿por qué? Primeramente por la zona de accesos para mi negocio. Por ejemplo, en el Sur, cuando yo vivía en La Magdalena, la gente... como que era difícil que vayan a ver mis obras de arte. Por ejemplo: “Ve, hermano, que dónde nos vemos”, “Vente para acá, yo vivo aquí en La Magdalena”, “Uy, hermano, chuta, es que allá, hermano”... que no sé qué... [Violeta sonrío]. [...] Pero si es que las cosas se dieran, yo viviría feliz en un barrio del Sur, porque hay hermandad, hay amistad, hay tradiciones... hay cosas que uno añora, todavía hay cosas que uno... que no se han perdido, todavía hay barrios que persisten en esas cosas.
- Sofía: Igual, yo opino que en el Sur sí, porque yo viví 10 años en el Sur y es como que más unido. Ahora vivo en el Norte y cada quien individual, o sea estamos ahí... Yo sí le extraño al Sur también por la economía, son un poco más económicas las cosas, en el Norte es como que el doble.
- Víctor: Sí, súper más cómodo.
- Violeta: Miren, yo le hablo porque yo vivo en Carapungo, que ahora ya parece que fuera... una ciudad satelital [se ríe], y le digo que ahí todavía todos nos llevamos [pausa], todos verá; digo todos porque yo soy de un equipo de fútbol [pausa] y yo creo que todo Carapungo me

conoce a mí, todos nos saludamos, entre todos, si hay algo, salimos, nos ayudamos [...]. Y todas las personas... Carapungo para mí [pausa] como en todo, un pueblo, [...] y todavía, como dicen, en ese barrio sí... hay todavía una... unidos todos, nos hablamos, nos saludamos, nos ayudamos de un vecino al otro. A veces, si uno se ha ido a un lugar, trae cosas y dice: “Toma, te regalo”... todos nos ayudamos.

- Carla: Pueden creer que... yo vivo en la Toledo y Luis Cordero [área ubicada en el centro-Norte], y ni siquiera conocía a la señora que vivía en la casa de atrás [se ríe], y si no es por esa señora que se acerca y dice: “Sabe qué, mi hijita está enferma, yo vivo acá atrás”, yo no le conocía. O sea, así es la gente de... de individualista [se ríe].

(Fragmento del grupo focal 3).

Este extracto sintetiza el consenso en torno a la valorización del *Sur* por la sociabilidad. El detonante del diálogo es la movilidad residencial, enseguida se niega el supuesto ascenso social al mudarse a la zona Norte, y esta negación deriva en una visión del *Sur* que enfatiza en las cualidades morales de apertura, solidaridad, reciprocidad, etc. de su gente. Así, el barrio es revalorizado por la proximidad física y la calidez de las relaciones interpersonales, la experiencia de vida comunitaria y de relaciones cara a cara, donde “todos nos conocemos”, “nos ayudamos”. Esta intensa vida barrial también es descrita cuando se hace referencia a algunos barrios populares del Norte periférico, pero no sucedería en el centro-Norte.

El *Norte* es caracterizado como un lugar habitado por personas “individualistas”, con poco interés en el resto –así sean vecinos del departamento de al lado–, con ritmos de vida “ajustados” que les impiden socializar. Ante este contraste se construye un sentido de “extrañar” vivir en el *Sur*. La apología de la sociabilidad se convierte en un gran consenso entre todos los grupos, pero en el grupo focal 3, por estar compuesto por exresidentes, adquiere un tinte de nostalgia, de algo perdido en el proceso de movilidad residencial que no se ha logrado restituir. En todo caso, a pesar de la nostalgia, el paso al *Norte* parece un viaje sin retorno, pese a todas las bondades atribuidas al *Sur*.

Un detalle de las discusiones grupales donde se enfatiza la sociabilidad es que no aparecen las cualidades negativas asociadas a la gente del *Sur*, ni experiencias de malestar frente a la intensa vida vecinal. Varias investigaciones sobre vida barrial identifican al barrio, efectivamente, como un espacio de interacción intensa y de construcción de capital social pero, a la vez, conflictivo, por la falta de privacidad evidenciada en prácticas como el rumor y el chisme (Gravano 2003; Mayol 1996). Esta omisión lleva a pensar en una mitificación de la vida comunitaria, que sirve para maximizar cualidades en las cuales depositar una idea diferente de calidad de vida. Pero esta ya no está asociada a las comodidades y privilegios dados por los servicios que ofrece la localización, sino que se basa en “el cariño” y, en general, la calidez de la vida barrial.

Si en el caso de las representaciones estigmatizantes se argumentó que su origen profundo está en el imaginario que surge de la necesidad de distinción social —estableciendo un orden simbólico encarnado en fronteras espaciales—, la reivindicación del *Sur* disputa este orden simbólico. No se pretende contradecir la diferenciación entre ambas zonas, sino acentuarla, pero desde parámetros en los que el *Sur* pueda anteponerse en la comparación. Para esto se teje un orden simbólico contrahegemónico, centrado en una moralidad virtuosa que impregna la significación tanto de la sociabilidad como de la economía. Por un lado, esto implica que la necesidad de distinción no es exclusiva de las élites, sino que es un proceso transversal en la estratificación social; y, por otro lado, esto explica, en gran medida, el gran consenso en que ambas zonas constituyen “mundos distintos”.

En el caso de la sociabilidad, la vida en el *Norte* es significada como poco atractiva y el sector es descrito como un lugar de poca vitalidad. Las expresiones “viven encerrados” o “es muerto” son frecuentes para hacer alusión al desinterés por las relaciones vecinales y por la ocupación de espacios públicos como las calles y los parques. En cambio, en el *Sur*, la vitalidad cotidiana se intensifica aún más en los sucesos extraordinarios, como las festividades, en las cuales se preservarían las tradiciones, por ser sus habitantes más “alegres” y “fiesteros”. Incluso las Fiestas de Quito, como emblema conmemorativo de la ciudad, son presentadas como una celebración más “preñada” en el *Sur* que en el *Norte*. Originalmente, el *Norte*

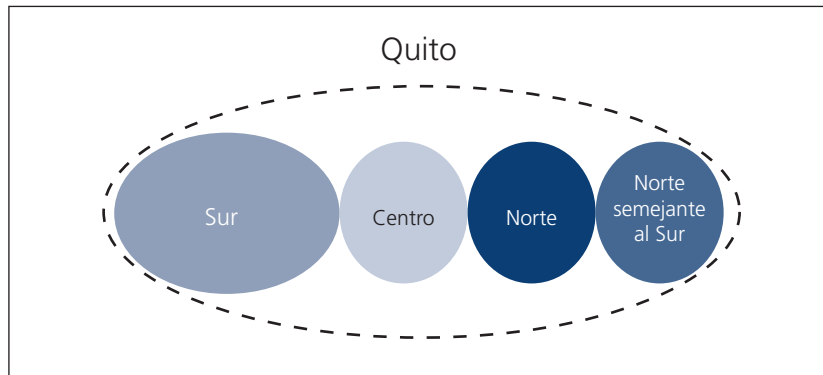
adoptó esta celebración como marca de “quiteñidad”, pero ahora esto se ha subvertido por asociarla con lo “provinciano”.

Por su parte, el valor moral de la riqueza se establece como crítica a una suerte de “ética de la apariencia”, que caracterizaría al *Norte*. Esto se ejemplifica en la persona que vive endeudada y que ostenta bienes de valor simbólico, como el vehículo, pero “no tiene para la gasolina”. En otros pasajes, la posesión económica virtuosa del *Sur* está asociada con valores como la responsabilidad de “siempre pagar las deudas” o el consumo en aras de buscar el “bienestar familiar”, y se hace énfasis en que, pese a tener riqueza, mantienen la “humildad” y la “apertura” de saber “llevarse con todos”. En esta representación estereotípica caben pocos matices, lo que lleva a pensar que se trata de una idealización de la que se excluye rotundamente a la gente del *Norte*, que, igualmente, es homogeneizada con el estereotipo del individualismo y la arrogancia, salvo cuando se habla del Norte periférico, con el cual se establecen ciertas similitudes.

Estas representaciones operan desde la misma lógica dicotómica de un correlato espacial: las características asignadas al *Sur* no pueden presentarse en el *Norte*. Se puede pensar, entonces, en una ideología que envilece las posiciones privilegiadas, mirando a sus ocupantes como carentes de cualidades humanistas; mientras que lo asociado con “lo popular” se vuelve virtuoso, al mantener una fuerte reserva moral. En el imaginario que soporta esta representación, el *Sur* es uno solo: la diferencia entre un *Sur* céntrico y un *Sur* periférico se diluye, tal como se evidencia en las discusiones sobre el menosprecio. Y nuevamente se teje una homografía con el Norte periférico como una zona en la que también se identifican las virtudes de la sociabilidad. Esta homografía produce una situación paradójica: mientras más se avanza en dirección norte, el *Sur* figurativo reaparece. De esta forma, el centro-Norte, que se constituye como el correlato espacial del *Norte* figurativo, deja de ser la metonimia que equivale a la ciudad y, por el contrario, se vuelve el lugar atípico: diferente sí, pero no representativo de su población. La Figura 5.1. muestra un croquis de las fronteras de la ciudad como divisiones entre zonas morales, desde la reivindicación del *Sur*.

Un punto central para pensar el alcance de esta reivindicación es reconocer que la autovaloración solo puede adquirir fuerza social cuando es recono-

Figura 5.1. Homografía entre Sur y Norte periférico con base en virtudes morales



cida por los otros. Entonces, cabe preguntarse si la apología del *Sur* resulta suficiente para neutralizar la estigmatización; es decir, si basta con anteponer estas virtudes para dejar sin efecto la desvalorización sistemática en las rutinas de interacción cotidiana. En el caso que exponemos, la revalorización del *Sur* no alcanza esta resonancia, pues, a pesar del consenso sobre las virtudes morales que lo representan, las rutinas cotidianas descritas, tanto en los grupos focales como en las entrevistas, remarcan la primacía del menosprecio. Por tomar un ejemplo, la renuencia a ir al Sur encarna la fabulación de la lejanía; además, el desconocimiento que produce sobrepasa lo material y se extiende a lo social. No solo se desconoce el lugar, sino también las necesidades de reconocimiento de sus habitantes, por lo que la estereotipación negativa del *Sur* resulta más efectiva para el trazado de fronteras que la ponderación de sus virtudes morales.

La representación apologética se construye en torno a su validación en la realidad; se busca definir al *Sur* como “realmente es”, mientras que su imagen estigmatizante se asienta en la ficción y, en este campo, se enriquece de la fuerza simbólica, por eso resulta mucho más eficaz en la construcción de la otredad. Desde la perspectiva del capital simbólico como recurso fundamental para el reconocimiento, Quito aparece como una ciudad extremadamente celosa al otorgar este capital. Según los datos expuestos, la isotropía lograda en las últimas décadas en servicios e

infraestructura no tiene contraparte en una distribución más equitativa de la apreciación social; dicho de manera muy simple: el *Sur* ha alcanzado todo excepto reconocimiento.

Si se mira con detalle las discusiones de los grupos focales, se puede identificar la asignación de reconocimiento como principal diferencia entre ambas zonas. Así, quien vive en la zona Sur, pese a la conformidad que puede sentir con el lugar, está expuesto a variadas formas de menosprecio. En este marco, la apología del *Sur* es una estrategia de eficacia limitada. En esta situación cobra mayor fuerza el envilecimiento del *Norte*. Las burlas al arribismo que impregnan los consensos en el grupo focal 2 pueden interpretarse como una forma de equiparar, de algún modo, el trato ofensivo, en tanto no basta la reivindicación del lugar, por más idealizada que sea.

La noción de respeto que plantean Honneth y Sennett está siempre en relación con las desigualdades sociales, de tal manera que ambos procesos interactúan desde sus propias dinámicas. Pero sus planteamientos difieren respecto a si la equidad social contiene *per se* un componente de reconocimiento. Para Honneth (2010), la redistribución constituye una forma de reconocimiento, en tanto las políticas sociales implican visibilizar necesidades y derechos que no están lo suficientemente cubiertos y, por ende, inciden en los principios de valoración social desde el campo del Estado. Pero Sennett (2009) problematiza esta relación, pues considera que las políticas sociales pueden reproducir un sentido humillante, aunque estén orientadas a atender necesidades, como en el caso de los servicios sociales en el contexto estadounidense. Una de sus reflexiones ilustra las tensiones entre la redistribución y el reconocimiento:

Los igualitarios radicales han sostenido, a veces, que si se pudiera igualar las condiciones materiales, la conducta de respeto recíproco brotaría “natural” y espontáneamente. Esta expectativa es psicológicamente ingenua. Aun cuando se eliminaran de la sociedad todas las desigualdades injustas, seguiría presente el problema de cómo dar forma a nuestros peores y a nuestros mejores impulsos. [...] en la vida social, lo mismo que en el arte, la reciprocidad requiere trabajo expresivo. Es menester hacerla realidad, ejecutarla (Sennett 2009, 69).

Esta reflexión resulta útil para el caso de Quito, pues conduce a plantear el tema del menosprecio como problema en sí mismo, y no derivado mecánicamente de las condiciones materiales. Los testimonios sobre la reproducción de la lógica del menosprecio entre quienes habitan el Sur céntrico, frente a quienes viven en el Sur periférico, y de quienes habitan el Norte periférico, frente a cualquier sector del Sur, dan cuenta de que la isotropía ha generado nuevas fronteras intraurbanas. Estas van acompañadas de nuevos usos del desprestigio, que ya no solo vienen desde las posiciones más privilegiadas, sino también desde las intermedias.

En este escenario se debe situar la pregunta sobre la construcción del sentido de habitar, pues el *Norte*, a más de ser un lugar figurativo, constituye un lugar de enunciación para ejercer el desprestigio. Es posible situarse simbólicamente en el lugar, independientemente de la localización geográfica, cuando se lo significa como poseedor de características que otros lugares carecen. A continuación presentamos los relatos obtenidos en las entrevistas individuales, como material empírico para explorar el habitar en situaciones de menosprecio.

Repertorios sobre habitar el espacio estigmatizado

El trabajo en los grupos focales nos permitió conocer varias experiencias para confrontar el menosprecio al reivindicar el *Sur*, que, a decir de las risas y los comentarios de los participantes, son ampliamente aplaudidas, aunque no necesariamente frecuentes. Otra situación recurrente y de gran intensidad fue la referencia a personas concretas que se han trasladado al Norte en busca de mayor reconocimiento social. También surgió espontáneamente el comentario sobre las personas que, en diversas situaciones, niegan el lugar donde viven, en pos de una ganancia en el campo del reconocimiento. A diferencia de lo que ocurre con las situaciones de enfrentar, narradas como experiencias personales, tanto el hecho de mudarse como la vergüenza por el lugar son identificados en los otros. Es decir, se reconoce de inmediato esta situación, pero nadie la admite como experiencia personal.

Ante estas opciones construidas en el relato colectivo, que resultan puntos extremos entre defender o rechazar el lugar, las entrevistas individuales fueron pensadas para indagar otras posibles respuestas, sin descartar la posibilidad de profundizar en las que ya emergieron. Las mayores dudas sobre lo que no se dijo en los grupos surgieron en el grupo focal 3, debido a la intención de evitar sistemáticamente exponer las situaciones de menosprecio, con una especie de autocensura.

Del grupo focal 2 escogimos a dos personas: Ketty y Santiago, quienes mostraron gran elocuencia al construir una mirada crítica del imaginario dominante que funda el menosprecio del *Sur*. Mientras que del grupo focal 3 elegimos a tres personas: Carla y María, quienes mostraron de manera más gestual que verbal sus inconformidades con los consensos del grupo, al proponer la indiferenciación de ambas zonas; y a Roberto, quien fue de los que expresaron mayor nostalgia e identificación respecto al *Sur*.

Para entender la selección es preciso señalar que la historia residencial es parte de la biografía personal, y que, por ende, está articulada profundamente a los ciclos de vida familiar y profesional de cada quien. Esto implica que, para tomar las decisiones de localización, se considera una multiplicidad de factores. Entonces, el estatus no es, por sí mismo, un factor categórico al definir la localización, pero sí constituye un trasfondo que influencia cómo los sujetos construyen la domesticación del entorno que se vuelve metáfora de su posición social.

Tomando en cuenta esto, los perfiles de las personas entrevistadas no se consideraron según variables de representatividad comunes como género, edad o nivel socioeconómico, que sí se estimaron tanto en la encuesta como en los grupos focales. Más bien, las personas entrevistadas relatan experiencias que representan lógicas o racionalidades para construir la adscripción al entorno estigmatizado, y que sobrepasan la biografía personal. Dichas experiencias encarnan procesos de significación comunes, antes que conjuntos de personas que comparten una determinada cualidad. Estos procesos de significación condensan una variedad limitada de estrategias para situarse simbólicamente en el *Sur* y, en conjunto, constituyen un repertorio disponible en función de las convicciones propias y las circunstancias específicas. Este repertorio se conforma de las siguientes lógicas de dotación de sentido:

- a) Enfrentar. Actitudes de confrontación y reivindicación directa del lugar, ya sea anteponiendo sus cualidades positivas o cuestionando el lugar de enunciación del agravio, restándole legitimidad.
- b) Ignorar. Actitudes de “dejar pasar” las situaciones de menosprecio, a pesar de que se está en desacuerdo con ellas. El ignorar no es pasivo, pues implica escuchar al interlocutor y varía en función de cómo se lo hace, que puede ser, incluso, condescendiente con el agravio.
- c) Negar. Formas de encubrir el lugar de residencia que se presentan generalmente en dos variantes. La primera consiste en modificar la toponimia del lugar, es decir, “mejorar” el nombre para relocalizarse simbólicamente. La segunda consiste en falsear la verdad, señalando un lugar distinto al que se habita. Parte de esta reacción incluye no solo negar el lugar actual sino, también, aquel donde se vivió en el pasado.
- d) Abandonar. Desvinculación con el lugar, que se produce con o sin movilidad residencial. Remite al cruce entre el apego o desapego afectivo respecto del lugar, y las decisiones prácticas de localización en el espacio. Así, es posible pensar en las narrativas que reiteran las ansias de mudarse, sin que esta opción llegue a concretarse; o, también, la nostalgia por un lugar en el que ya no se reside.
- e) Utilizar. Formas de capitalizar la procedencia del *Sur* como carta de presentación que asigna ciertos atributos que son múltiples: puede haber rebeldía o incluso se puede obtener respeto a partir de provocar temor.

Este esquema no pretende ser exhaustivo, sino que prioriza las experiencias cotidianas más comunes y deja por fuera un campo importante, que es el trabajo de activismo y la militancia. Como mencionamos al inicio de este libro, el acercamiento etnográfico a la zona Sur se dio a través de varios gestores culturales y activistas barriales, quienes ofrecieron visiones profundamente elaboradas sobre la historia del lugar. Estos actores realizan un fuerte trabajo de “producir el lugar”, material y simbólicamente, interactuando con distintas instancias del gobierno local y nacional. Estos colectivos han desarrollado lógicas de organización y de trabajo colaborativo altamente politizadas y, dentro de sus agendas, el orgullo respecto al lugar

es una de sus principales motivaciones. Estas voces se bastan a sí mismas para ser escuchadas, al menos en los espacios institucionales y académicos, por lo que priorizamos indagar en los procesos de significación del lugar estigmatizado en situaciones cotidianas, desde posiciones de enunciación no comprometidas con procesos organizativos.

Santiago

Santiago es un profesional joven, de aproximadamente 30 años. Completó la carrera de Jurisprudencia y es funcionario del sistema judicial en el Consejo Nacional de la Judicatura. Además, cursó estudios de Filosofía, aunque no se tituló de esta segunda carrera, que ha sido, más bien, una vía para canalizar diversos intereses intelectuales. Es oriundo de Loja y se mudó a Quito hace 12 años, con el fin de cumplir sus estudios universitarios y para tener la “experiencia de vida” en una ciudad grande. Escogió la capital por considerar que la calidad de la educación es mejor que la que podía encontrar en otras ciudades más cercanas a Loja, como Cuenca o Guayaquil.

Santiago resalta haber conocido varios lugares de Quito antes de su residencia actual: un departamento en el Sur, en el barrio de La Magdalena, que arrienda solo. Estuvo una temporada en el Centro Histórico, otra en el barrio Las Casas, ubicado al Norte, y también en el Valle de los Chillos, hasta que llegó a la vivienda que ocupa ahora. Al evaluar el cambio de la ciudad natal a la capital remarca el tema de la sociabilidad. Define Loja como una ciudad más conservadora; mientras que en Quito “no te importa el qué dirán, en Loja sí”. Además, ve a Quito como “más práctico”, en referencia a una dinámica de relaciones utilitarias. “Nadie se preocupa por ti, en Quito la vida es mi vida, mientras que en Loja mi vida se interrelaciona con las demás”. Con esta mirada, en el Sur ha encontrado un ambiente de familiaridad, menos impersonal, como sí lo fue su corta estancia en el barrio Las Casas.

Pese a esta integración positiva, es enfático en diferenciar su identificación con un lugar –en su caso Loja– y el “sentirse cómodo” en un lugar –el Sur de Quito–. Destaca la importancia de la sociabilidad y reconoce sen-

tirse a gusto, pero insiste en su definición como lojano y no como quiteño. En sus palabras:

El quiteño, en sí, es un poco egoísta con los provincianos. Eeeh... trata de que “yo soy lo máximo” y el provinciano es parte, porque el provinciano viene con sus costumbres de cada ciudad, que son distintas. Entonces el quiteño siempre quiere prevalecer y llevar la posta, y hay esas rivalidades. El quiteño entendido de toda la ciudad, pero tú vas al Sur y, al menos Chillogallo, yo digo por ahí que hay bastantes lojanos, hay más, uno se entiende mejor... porque es la gente de tu tierra, la gente con la que se mantienen ciertas costumbres.

Sus círculos de amistades se han formado en torno a los ambientes universitarios, considerando que hizo la carrera de Derecho en una universidad pública y los estudios de Filosofía en una universidad privada. Señala que la sociabilidad en los dos espacios es distinta: mientras en la universidad privada la gente es “más hermética”, en pública, es “más abierta”. Tomando en cuenta estas formas de relacionarse, Santiago reconoce participar de ambos entornos sin dificultad y sin una inclinación por uno o por otro; en sus palabras: “un punto de equilibrio que [no es] ni tan hermético ni tan flexible”.

Esta presentación es útil para comprender la conversación que condensa el sentido de habitar en relación con la experiencia del menosprecio:

- Entrevistador: Tú te sentirías identificado con el Sur.
- Santiago: Bueno, yo me identifico con Loja. Que me sienta a gusto en un lugar es distinto.
- Entrevistador: Claro, tú te sientes más fiel identificado con Loja, aunque de alguna manera más cómodo en el Sur... Por lo que cuentas del Sur, de la gente de provincia, como que mantiene la gente de Loja las costumbres en el Sur.
- Santiago: Sí, [hay] un poco más de familiaridad, de humanidad, se podría decir.

- Entrevistador: Y ya estando acá, no sé si te catalogaron como habitante del Sur, o como “sureño”, o ¿cómo has llevado aquí en Quito la pertenencia al Sur?
- Santiago: Bueno, sí, al inicio sí, porque te dicen: “Vives en el Sur”, ya es como que eres otra cosa. Ya vives en el Norte, ya eres algo mejorcito. Y dicen: “Ya estás creciendo, ya vas a llegar a ser algo, puedes vivir en el Norte”.
- Entrevistador: Eso es en lo que yo estoy más interesado, me ayudaría mucho si me das ejemplos puntuales de cómo se asocia esto.
- Santiago: Yo estoy participando para ser fiscal y mis otros amigos, que también están participando, que vienen del Norte, me dicen: “Si ganas ya tienes que cambiarte de apartamento, tienes que vivir en el Norte. Ya creciste, ya el Sur puedes dejar atrás”... Esa satanización que le tienen al Sur es un ejemplo.
- Entrevistador: Ese caso, ¿cómo lo has tomado? ¿Has respondido con algo? ¿Te ha parecido relevante?
- Santiago: ¡Relevante para nada! porque uno debe sentirse feliz donde está tranquilo. Cuando tiene ya determinado o establecido lo que uno quiere y uno es..., entonces eso no afecta mucho. Y otro ejemplo: donde ahora estoy trabajando, cuando digo que vivo en el Sur dicen que “es lejos”, lo que dije anteriormente. “Pero, ¿y sí habrá carros?”, “¿Hasta qué hora hay carro?”. Como si vivir en el Sur fuera vivir en el campo, y más o menos así.
- Entrevistador: Y en ese caso, ¿tú cómo lo explicas? ¿Te das tiempo para contestar o lo dejas pasar?
- Santiago: No, es que explicar algo inentendible para el otro es perder el tiempo. Cuando las personas ya están definidas y piensan que tal sector es así, esa es su verdad y hay que respetar su verdad.
- Entrevistador: Se vuelve alguna verdad, ¿no? De alguna manera...

- Santiago: Claro, es su verdad... Mi verdad es que estoy viviendo en el Sur y estoy tranquilo, y esa es mi verdad. Y si al otro le incomoda, esa es mi verdad y tiene que respetarla. Pero eso no todas las personas lo toman así, sino que se ponen a explicar, o hay ciertos roces también.
- Entrevistador: ¿Has visto tú estos roces? ¿Por qué se dan? o ¿cómo se producen?
- Santiago: En la universidad los vi más que en el trabajo, porque en la universidad convives más tiempo con la realidad. [...] En la universidad, los roces de compañeros que vivían en el Norte... ir al Sur era demasiado lejos y Carcelén para ellos era cerquita de la universidad, y, es más, el Sur ni conocen. Se percibe de que la gente nombra las fronteras, se quedan en sus cuatro paredes como barrio, como ciudadela, como sector y no quiere conocer las otras partes.

En este diálogo aparecen elementos que permiten reconstruir la relación entre menosprecio y habitar en la experiencia de Santiago. Una primera clave es la distancia que él toma con respecto a Quito. Cuando se define como lojano, indirectamente está rechazando la identidad de quiteño y, por ende, reconoce, de alguna manera, que su presencia en la ciudad es circunstancial. A pesar de que se ubica como afuereño, esto no le exime del menosprecio, pues reconoce la catalogación social por el lugar de residencia desde el inicio de su vida en la capital. En los escenarios laborales que describe Santiago, su principal reacción se corresponde con la lógica de *ignorar*. Señala los comentarios en torno a que si asciende profesionalmente “ya podría vivir en el Norte” y los que caracterizan su barrio como “lejos”, y opta por “dejar pasar” las situaciones de rebajamiento, pues considera vano tomarse el tiempo de explicar las cualidades positivas que él reconoce en su barrio, centradas en la sociabilidad comunitaria. Aunque no comparta la verdad desde la cual se promueve la correspondencia del ascenso laboral con la ubicación en un “lugar mejor”, no busca contradecir a sus interlocutores. Tanto en la entrevista como en su participación en el grupo focal 2, Santiago elabora una explicación profunda de lo que denomina la mentalidad “conservadora-colonial” que está detrás de este tipo de presión social.

En definitiva, al situarse como “no quiteño” y tomar los recursos de capital escolar, Santiago es un caso paradigmático de la posibilidad de ignorar el menosprecio originado en el estigma espacial. Su construcción de sentido de habitar hace caso omiso del juego por la pertenencia simbólica a la ciudad, ante el cual se ubica como observador crítico. En su caso, sentirse integrado en un lugar es la base para la localización residencial, independientemente de la posición social. De esta manera, pese a tener los capitales materiales y simbólicos supuestamente necesarios para ubicarse en el *Norte*, esta opción no despierta su interés. Al contrario, en su estancia en la zona Sur encuentra aceptación de su identificación con Loja, en tanto allí, no se censuran las dinámicas de ciudad pequeña, con las cuales él se siente familiarizado.

No obstante, mientras él toma distancia del conflicto generado por el menosprecio, el diálogo se direcciona hacia la problemática en “la gente del Sur”, ante lo cual sus respuestas dan cuenta de lo conflictivo que resulta el menosprecio para el sentido de habitar.

- Entrevistador: ¿Tú crees que toda esta desvalorización o satanización del Sur afecta, de alguna manera, la autoestima de la gente de este sector?
- Santiago: Claro, es que empiezas a crear prejuicios inconscientes, que a la larga se empiezan a naturalizar como mecanismos de defensa... los rechazos o el no querer entrar o compartir en el otro bando, o compartir, o cuidarme de esto. Es un conflicto que viene arrastrado desde la Colonia, la dictadura y ahora supuestamente la democracia... que las partes ajenas o lejanas a la ciudad son las personas a las que yo les voy a dar trabajo, o las que me van a limpiar los zapatos... más o menos esa concepción. Con gestos, con, qué se yo, con escritos... eeh... no sé la prensa cómo esté, pero antes se manejaba: peligros en el Sur o centros comerciales en el Norte. La prensa también influye bastante en categorizar a cierto sector, pero eso porque ya viene arrastrado. En la Colonia, en el campo vivían los indígenas, los que no tienen algo. En la República, fuera de la ciudad viven los arrimados, y ahora, supuestamente en la democracia, fuera del sector preferencial viven las personas que no tienen, a las que tienen que venir a pedirnos trabajo para sobrevivir, y eso es un disfraz social existente, y eso es propio de un capitalismo.

- Entrevistador: ¿Tú conoces gente del Sur que por esta situación se avergüence o evite decir que es del Sur?
- Santiago: Mmm... [piensa varios segundos en la respuesta] es que no lo dicen con eco, en el eco está el orgullo. No es que oculten, pero no hay eco de la voz. En el eco está el prejuicio y la vergüenza de vivir en cierto lugar.
- Entrevistador: Y en el caso del Sur, ¿has visto, un poco, gente que sí aspire a cambiarse al Norte por salir del estigma...por evitarse esta...?
- Santiago: Ah sí, esto sí, es algo de cultura, y no sé si [pase] en otros países, pero este país se maneja mucho por el qué dirán, el prejuicio, al menos Quito... y si, de diez, nueve te dicen: “Vives en el Sur”, eso afecta a la persona y se va a otro lado a tratar de estar en el mismo estatus social.

En este fragmento de diálogo se puede apreciar la manera en que Santiago identifica, sin vacilaciones, la afectación a la autoestima, la negación del lugar por vergüenza y las ansias de mudarse como situaciones recurrentes para los habitantes del *Sur*. Lo ve como un problema social que incide en lo personal. Él se mantiene fuera del alcance de estas actitudes, aunque al inicio, a pesar de referirse a las experiencias de otros, su relato está en primera persona, lo que muestra cierta identificación.

Según su interpretación, la situación de discriminación no es reciente, sino de larga duración, anclada en la historia de la ciudad y el país, y que se vuelve un campo de presión donde vivir en el *Sur* resulta desfavorable. Es muy sugerente su reflexión acerca de que la pertenencia al lugar estigmatizado no necesariamente se esconde, sino que, en muchos casos, “no se la enuncia con eco”, es decir, con resonancia. En esta manera de decir radica la falta de orgullo por pertenecer al lugar.

Esta actitud forma parte de las variantes de la categoría de *abandono*, en tanto la timidez de referirse al lugar indica una manera de no posicionarse en él. Esto no necesariamente significa rechazo o desagrado, pero, por más conformidad, sentido de arraigo y apego que se tenga, no se ve al lugar como una carta de presentación valorada, sino como una pertenencia susceptible

de generar descalificación. El entrevistado también relata casos de personas cuya aspiración es ubicarse en el *Norte*, como respuesta a la presión en torno a la movilidad residencial como señal de ascenso social. Aunque no da mayores detalles sobre esto, constituye parte de lo definido como *abandono* de lugar, en tanto aspiración, más allá de que se concrete en lo material.

Finalmente, en el caso de Santiago resaltan los recursos académicos para mantener una lectura crítica de cómo se encarnan los problemas de desigualdad. A través de ellos logra tomar distancia del conflicto subjetivo entre menosprecio y habitar, y ubicarlo en un plano que no afecte su integridad moral: se vuelve un fenómeno para analizar, antes que uno a enfrentar en la cotidianidad. Esta sería la singularidad que aporta esta biografía. Ilustra cómo opera la opción de ignorar el menosprecio, lo que en esta situación es posible porque se dispone del recurso del capital cultural, que permite mantenerse ajeno a la afectación.

Roberto

Roberto es una persona multifacética en el plano laboral: ahora se define como vendedor de arte, especialmente de cuadros, aunque también conoce de escultura y antigüedades en general. Antes se ocupó como vendedor de libros y previamente formó parte de varias empresas de productos muy disímiles. Su actividad siempre ha estado en el área de ventas, incluso en cargos gerenciales, aunque en cuanto a su nivel de instrucción alcanzó únicamente la secundaria. Está en una edad adulta, cerca de los 60 años, dedicado a su segundo matrimonio, y reconoce haber tenido una vida de mucho trabajo. Ha debido mantener un alto número de hijos –entre sus dos matrimonios–, lo que le ha obligado a tener iniciativa para conseguir los recursos económicos necesarios, con el limitante de no tener un título profesional.

No solo ha residido en varios sectores de la ciudad, en varias etapas de su vida, sino que se mueve entre varias residencias: la casa que comparte con su actual esposa, en la Mitad del Mundo; ocasionalmente ocupa la casa de sus padres, en el sector de La Magdalena; y también se refiere a una

propiedad en las afueras de Quito. Esta situación, sumada a su trabajo en ventas, hacen que su conocimiento de la ciudad sea una de sus mayores experticias. A continuación, un fragmento donde expresa su identificación con la zona Sur:

- Entrevistador: ¿Tú naciste en Quito?
- Roberto: Claro, yo nací en Quito. [En] la familia mía todos son quiteños [...]. Nosotros sí, de Quito, pero específicamente de La Magdalena. Tanto es así que mi papá nunca ha querido salir de La Magdalena, la casa la construyó ahí. Inicialmente, el papá de él había sido el primero que había traído unos carros acá, que llegaron a La Magdalena, porque él era ingeniero mecánico. Ellos tenían una quinta en la parte de atrás de la iglesia de La Magdalena, todo eso es inmenso. Todo lo que es la ciudadela Atahualpa, la parte del [colegio] Benito Juárez, todo eso era del abuelo mío.
- Entrevistador: ¿Te quedaste entonces en La Magdalena la niñez y la juventud?
- Roberto: Sí, la niñez, la juventud.
- Entrevistador: ¿Cuándo saliste de ahí?
- Roberto: Bueno, yo no he salido sino hasta hace 10 años atrás, pero no salí del todo porque yo tengo mi dormitorio todavía en La Magdalena. En la casa de mis papás, cada uno de mis hermanos tiene su dormitorio, que nunca les han topado. [...] Entonces yo no me he deslindado de La Magdalena en ningún momento.
- Entrevistador: Multirresidencial [risas].
- Roberto: Sí, soy multirresidencial. Tengo llaves para toda casa. Bueno, te comento algo. Yo viví en el sector de La Biloxi, pero me pidieron que un hijo mío que fue a vivir al Norte, a San Carlos, ahí vivía con mi exmujer, pero como mi hijo se fue a vivir para allá y también mi hija la mayor, entonces estaban: “Papá, vente para acá”. No fue por otra

situación, no fue porque quise cambiar de ambiente, no de estilo, ni de nada. Porque inclusive en La Biloxi, donde yo vivía, era una vida feliz. Primero que es una ciudadela de gente bien, de plata, de un nivel social medio-alto, yo arrendaba ahí pero un departamento inmenso. Tenía chimenea, lindo, hermoso. Y en frente vivía gente que tenía dinero, son amigos que hasta ahora me llevo. Entonces no me cambié por ninguna condición. De mis hijos, se vivía hermandad, barrio, salíamos a paseos, disfrutábamos, hacíamos cosas tradicionales. Salir de allá fue el primer impacto en mi vida, porque por primera vez en mi vida, a los 49 años, salía de ahí.

- Entrevistador: Y cuéntanos, ¿cómo fue venirse al Norte? ¿Conocían el Norte?
- Roberto: Claro, sí, yo, cómo te explico... mira, yo vendía libros, yo tenía gente que vende y compra arte por la zona de acá del Norte.
- Entrevistador: ¿Sentiste cambios al mudarte? ¿Con los vecinos?
- Roberto: Sí, muchos cambios, de 360 grados.¹ Cuando yo fui a vivir en un conjunto habitacional, desde el día que entramos era “buenos días”, “buenas tardes”, “buenas noches” [tono parco], siempre que nos veíamos. Casi nunca nos veíamos, yo le asemejaba como a esos nichos de cementerios, ¡qué horrible! Fuffff, salías, entrabas y gente que inclusive después del tiempo, el señor del segundo piso [...] se hizo mi amigo, pero poco. De ahí en más créete que en los 10, 12 años que viví ahí, nunca hice ninguna amistad, conocidos muchos, pero amistad no. Cada cual vivía su mundo, su estilo de vida, “buenos días”, “buenas tardes”, cruzábamos alguna palabra pero muy general. A lo que llegamos le asaltan a mi hijo, le quitan la chompa, el celular...
- Entrevistador: ¿Entonces lo que más te chocó al venir al Parque Inglés [sitio referencial del barrio San Carlos] fue no conocer a la gente y que la gente no sea muy abierta?

¹ Quiere decir un cambio en sentido totalmente contrario.

- Roberto: Sí, muy individualista. Cada cual vive su mundo.
- Entrevistador: ¿Algo más que hayas sentido en el cambio?
- Roberto: Como yo te digo, la delincuencia. Increíble pero en el Sur no pasaba mucho esto. En el Norte había más delincuencia. Justo la semana de mi hijo veo que estaban unas pandillas que se peleaban, nos causó impresión. Yo venía de un barrio donde era tranquilo [...], entonces eso me causó un *shock*. [...] Creo que a veces quería volver al Sur yo, quise volver al Sur, le decía a mi mujer: “Allá vivíamos más tranquilos”.

En este fragmento, Roberto traza una ruta de su historia residencial, remarcando su sentimiento de arraigo y apego, tanto al barrio natal (La Magdalena) como a su siguiente barrio: La Biloxi. Destaca la vida barrial como el principal componente de satisfacción con el lugar. Frente a esto, señala que su cambio al sector Norte se debió estrictamente a un pedido de sus hijos, que nada tenía que ver con alcanzar el supuesto mejor estatus. El entrevistado habla de un cambio radical en cuanto a la dinámica cotidiana: mientras en San Carlos su interacción se limita a los saludos, en los barrios del Sur participaba de una gran cantidad de actividades comunitarias. Incluso, su experiencia de relocalización resulta bastante traumática, no solo por haber vivido 49 años entre las dinámicas de vecindad, sino también por los asaltos sufridos en el nuevo entorno.

Al preguntarle si la experiencia de sus hijos al mudarse al Norte resultó igualmente difícil, Roberto responde que no fue tan dura para ellos. Aunque, en sus palabras, “se hicieron más gomelos”, en el sentido de que, al cambiar de ambiente, encontraron afinidad con otros jóvenes, a través de gustos por marcas de ropa, estilos de vestir, etc.

En general, las experiencias de menosprecio aparecen poco en su relato. A pesar de que identifica un dinamismo económico en el Sur, afirma que existen diferencias de carácter social.

- Roberto: Pero, yéndome al tema social, sí ha habido un poco de discriminación hacia el Sur, porque hay muchos comentarios de que, por ejemplo... hasta yo trato, yo, por burlarme un poquito, digo: “De dónde

soy, de La Biloxi”, “papi y con qué se come eso” [risas]; ay, ya. Desde mi perspectiva, sí hay un cambio social, se nota entre lo uno y lo otro, eso es a partir del segundo puente, del túnel. Sales del último túnel, que es Miraflores, sales de ahí y ahí es medio *transformer* todo.² Acá [se refiere al Norte] es más expandido, ¿no? Barrios ya consolidados, de gente que tiene nivel social poquito alto. [...] No lo diría cultural, sino que ya se olvidaron de las tradiciones. Acá en el Norte ya no hay muchos, lo único que se mantenía era el 31 [de diciembre], los años viejos³ en la [avenida] Amazonas. En el Sur todavía hay los carnavales, las fiestas de Corpus Christi, por ejemplo en La Magdalena, la Romería, los disfrazados, la burla que le hacen a los otros para hacerle una burla al blanco, al que se cree blanco, porque somos mestizos. Entonces, todavía esa cultura está arraigada en la zona Sur, en el Norte se ha perdido un poco eso.

- Entrevistador: Cuéntame un poco estas bromas que se hacen siempre sobre el Sur, ¿cuáles te acuerdas?
- Roberto: Bueno, “Dónde es la ciudad de La Biloxi”, “y con qué se come eso” [risas]. O, por ejemplo, [...] “¡Vamos a la Atahualpa!”, “¿y por dónde es eso?”. La gente del Norte no sabe, muchos no pisan el Sur. Yo recién le cité a un amigo que me compró un cuadro, él justo tiene la galería de arte al lado de El Jardín,⁴ y le digo: “Ven, ñaño, vente a La Magdalena”, y dice: “Chuta, ¿por dónde me voy?”, le digo: “Ven, te explico: puedes venir por los túneles, por la Oriental, por el Centro, por la [calle] Ambato...”. Le explico por la Oriental, averiguando se llega a Roma, pero se demoró, y le pregunto: “¿Dónde estás?”, “ya, ya, ya llego”. Una hora nos tuvo esperando en el parque de La Magdalena. “Chuta, hermano, acá venirse es complicado, casi no vengo”. Y te digo, verás, cuando yo vendía las obras de arte en el Sur era bien difícil que vengan los clientes. En ese aspecto sí era complicado. Mucha gente me decía: “Ya pues, mano, es hora de que cambies de lugar, anda al Norte,

² Se refiere al cambio en el paisaje urbano que se evidencia al transitar en dirección Sur-Norte. Luego de cruzar el Centro (el segundo puente) y llegar al barrio de Miraflores está el llamado centro-Norte, caracterizado por un trazado urbano prolijo y la presencia de edificios modernos.

³ La festividad de “años viejos” es la celebración tradicional de fin de año, en la que se construyen monigotes para ser quemados como símbolo de renovación.

⁴ Centro comercial ubicado en el centro-Norte.

traes otro estatus”. Mi hermano: “Putá, ñaño, estatus, el estatus ve” [voz imperativa], “estate quieto”, le decía [risas], porque él se vino hace mucho tiempo acá, pero la mujer vivía en El Batán.

En esta parte de la conversación, Roberto se refiere a los temas comunes del menosprecio hacia el lugar: la distancia, la indisposición para ir y la referencia al estatus, pero, en general, en su narrativa no se aprecia una afectación personal. Más bien, él mismo dice ser protagonista de las bromas frente a sus hijos, a través del juego de relacionar el lugar con una comida extraña (“y eso con qué se come”) o con una ciudad diferente a Quito (“la ciudad de La Biloxi”). A pesar de esto, reconoce que hay un perjuicio en el plano del comercio de obras de arte, pues su público comenta que “debería pasarse al Norte” para facilitar el intercambio, considerando la distancia como un obstáculo significativo.

Posteriormente, aborda los temas de encubrir el lugar de residencia y de la ideología de la movilidad social. Es directo en señalar que conoce personas protagonistas de estas situaciones, pero, de la misma forma, es enfático en ubicarse al margen de tales situaciones, debido a la fortaleza de su personalidad.

- Entrevistador: Una pregunta un poco fuerte: ¿tú crees que este rechazo a la gente del Sur afecta su autoestima? ¿Te ha parecido?
- Roberto: [pausa de seis segundos] No creo... honestamente... verás, los del Sur saben lo que tienen y lo que son, les vale, en este tiempo les resbala todo. Tú haces con tu plata lo que te da la gana, yo hago con la mía lo que yo quiera.
- Entrevistador: ¿Tú conoces gente que viva en el Sur y se avergüence de vivir ahí, y no lo quiera decir?
- Roberto: Sí, sí, claro... hay gente, hermano, que no sé qué tiene, ¿no? “¿Dónde vives vos?”, “ah, yo vivo por la González Suárez, por La Floresta, ah, por la Rumiñahui” [barrios del Norte]. Y ¿dónde han sabido vivir? Viven en Chillo Gallo, viven en La Ecuatoriana [barrios del Sur]. Sí, hay gente que se avergüenza de decir que vive en el Sur. Pero tam-

bién es por el sector donde viven, porque la gente le señala a la gente que vive en ciertos lugares; en La Colmena: “Hijueputa”, dicen.

- Entrevistador: Esto, de gente que no le gusta decir que vive en el Sur o que tiene familia ahí...
- Roberto: Le tapan porque quieren decir que están en una mejor posición económica, porque quieren decir que tratan con gente que tiene un mejor nivel social. [...] Hay gente que no le interesa, pero hay gente que sí, porque quiere meterse en el mundo social, económico, yo qué sé... Por ejemplo, si tú estás en el negocio y estás con unas chicas y te preguntan: “¿Vos, hermano, dónde vives?”, “ah, no, yo vivo por acá, por la Madrid [calle del Norte]. “¿Y vos?”, “no, yo vivo acá, en la González Suárez”, “no yo vivo por acá”... Entonces ve que los amigos viven por ahí, entonces él no va a decir: “Yo vivo en La Ecuatoriana, vivo en Chillo Gallo, yo vivo en el Sur”; entonces dice: “No, yo también vivo por el sector de acá”.
- Entrevistador: Y en tu caso, ¿nunca sentiste presión social para esconder o decir...?
- Roberto: ¿Soy del Sur? ¡No! Lo que pasa es que, hermano, mi personalidad es demasiado tenaz. Yo te digo, fui gerente de empresas [...] y en ningún lugar me sentí incómodo. Es que en mi mente jamás hubo diferencias, yo he tratado con [...] el dueño de Mansuarte, con el que fue director de Ecuatoriana de Aviación, el presidente de Filanbanco, al dueño de Ecuasánitas... [...] Igual, con el que pone los biseles de los carros en el Sur de la ciudad, en el centro comercial Atahualpa, el negro que pone, “qué dice, mi jefe”, “qué fue, broder [brother]”. No he tenido yo ese problema de comunicarme con uno y con otro. O sea, uno tiene que tener una mentalidad muy amplia para entender que no importa el lugar donde estemos, tenemos que convivir, llevarnos...

La conversación con Roberto aporta información sobre dos de las lógicas para significar el espacio estigmatizado. En primera instancia, identifica situaciones de *negar* el lugar de residencia. Aunque en un primer momento señala que la gente que reside en el Sur tendría la suficiente seguridad en sí misma para que el estigma no resulte una afectación, luego, ante la pregun-

ta acerca de conocer personas que nieguen su residencia, reconoce que sí. Entonces relata casos en los que la presión grupal fuerza la negación, en el sentido de falsear el lugar de residencia y remplazarlo por barrios de buena reputación en el Norte.

Al preguntarle si él ha tenido que usar este recurso en pos de lograr reconocimiento, o por lo menos evitar la descalificación, señala enfáticamente que no, y se remite a su experiencia de tratar tanto con personas con altos cargos empresariales como con personas de bajo perfil laboral. Así, lo que él define como su “personalidad tenaz” es el principal recurso para *ignorar* la descalificación por pertenecer al Sur y la presión por radicarse en el Norte como señal de estatus.

En definitiva, la experiencia de Roberto es intensa en cuanto al nivel de arraigo e identificación con el *Sur*, aun tomando en cuenta que vive en el Norte desde hace una década. Primero se mudó a San Carlos y ahora reside en un pequeño conjunto residencial en el sector de la Mitad del Mundo. Pero afirma nunca haberse ido del todo del Sur, pues no solo mantiene vínculos personales, sino un espacio propio en la casa paterna. Incluso, su relato posterior presenta información sobre la lógica de *utilizar* la pertenencia al Sur: menciona la pasada residencia en el *Sur* (tanto la suya como la de sus hijos) como un recurso que se puede capitalizar para lograr respeto, al sacar provecho de la transferencia de la supuesta peligrosidad del lugar hacia sus habitantes.

- Roberto: Mis hijos siempre han dicho que venían del Sur. “Nosotros somos sureños”, y como que les tenían un poco de respeto, porque, verás, los del Sur eran un poco más valientes, más arriesgados, “que con los del Sur no se juega”, ¿entiendes? Hay una diferencia, verás [...]. “Verán que yo vengo del Sur”, inclusive yo dije eso cuando recién llegamos. [En diálogo con la esposa] ¿Te acuerdas que los guambras habían puesto una piedra en el garaje?, han tenido un grupo de muchachos y se ponían justo en el césped donde yo vivía y me han puesto una piedra grandota, así como para burlarse, los guambras. Y yo he sido siempre un poco medio zafadito, que no me gusta que me falten el respeto. Y cogía la piedra y ahí sí cagados, y digo: “Vean, guambras, yo vengo es del Sur, y cuidadito”.

Ketty

Ketty es una mujer joven, de 30 años. Es madre soltera, de una niña de siete años, y ha vivido toda su vida en el Sur, junto a su madre, que es de vital ayuda en el trabajo de cuidado. La casa donde viven, en el barrio de Turubamba, es propia, lo que es un gran soporte material. Sin embargo, en la rutina diaria de Ketty, la distancia a su actual trabajo, ubicado en el centro-Norte, constituye un problema significativo, en tanto la movilización le toma aproximadamente cuatro horas, entre ida y regreso, y esto afecta el tiempo de atención a su hija. Pese a su edad, tiene una amplia experiencia laboral, pues debió trabajar desde los 19 años para mantener a su hija, y ha logrado alcanzar estudios universitarios en el área empresarial. Su identificación con el Sur se enuncia frontalmente desde el inicio del diálogo.

- Entrevistador: ¿Tú dirías que te sientes identificada con el Sur de Quito, Ketty?
- Ketty: Sí, bastante. Yo soy de corazón del Sur, yo crecí en el Sur, me gusta el Sur, siento ese ambiente que hay en el Sur de calidez...
- Entrevistador: ¿Cómo definirías esto que siempre se habla del ambiente del Sur?
- Ketty: Yo creo que es sentirse en familia, por decirlo así; yo sé que son vecinos pero podría decirse así. Yo te veo mal y te doy la mano, o si necesitas mi ayuda, búscame. Siempre están unidos para las cosas buenas, las cosas malas... siempre los vecinos en el Sur están unidos.
- Entrevistador: ¿Y por qué dices también para las cosas malas?
- Ketty: Porque también veo que hay grupos de vecinos que se reúnen para hacer alguna cosa por ahí [se ríe].
- Entrevistador: ¿Y para ti, qué ha sido lo más valioso de vivir en el Sur de Quito?
- Ketty: Creo que lo más valioso y lo más importante es la gente, yo creo que la gente que vive allá es más solidaria, más amistosa, más... hay más lazos de humanidad con las personas que están en el Sur.

A partir de esta autoidentificación con el lugar, la conversación retoma la temática de las diferencias entre el *Sur* y el *Norte*. Ketty ejemplifica el tema de la sociabilidad del *Sur* con escenas de la vida cotidiana, como la vitalidad de los espacios públicos, donde se practica deporte, se conversa, se come, se ríe, se toma cerveza, etc. En oposición, define el *Norte* como un espacio “muerto”, en tanto “no hay gente en la calle”. En su relato, esta diferenciación atraviesa incluso la condición económica, pues si bien en ambos sectores puede haber gente con igual nivel de ingresos, la del *Sur* comparte su posesión económica con los vecinos, a través de fiestas con una amplia convocatoria. Por el contrario, quienes habitan el *Norte* restringen más su relacionamiento.

Con este preámbulo, la conversación se encamina hacia las reacciones de Ketty ante las situaciones de menosprecio, que es donde su relato se vuelve más intenso.

- Entrevistador: ¿Y entre la vida universitaria y la vida laboral, tú has sentido esta diferencia en compañeros? Cuéntame un poco de esto. ¿En la universidad se marcan diferencias de gente del Norte con gente del Sur? ¿O en el mundo laboral?
- Ketty: Creo que en la universidad es más. Yo podría decir que yo estudié en una universidad estatal, que va todo tipo de gente; por decir, yo tenía compañeros que vivían en el Norte y que no eran de estatus social alto, y tenían esa idea de que: ah sí, en el Sur vive la gente recontra pobre, que por poco no tiene ni ropa, ni zapatos, ni nada. Y era gente de estatus promedio, como todos. Entonces había un poco de rivalidades por eso, porque creo que cuando uno está estudiando, cuando tiene cierta edad, trata de proteger mucho con palabras iguales a las que te están ofendiendo. Y... bueno, sí, yo sentía que había eso de que la gente que estaba en el Norte se sentía un poco mejor a la que vivía en el Sur.
- Entrevistador: Este es uno de los temas en que más nos interesaría profundizar, porque es lo que no se logra mirar en el grupo. ¿Nos podrías detallar estas bromas, estos agravios y lo que tú respondías en la universidad? Lo más detallado que te puedas acordar.

- Ketty: Bueno, eeh, yo, realmente, cuando estaba en la universidad, tuve un... mis compañeros de clase, muchos de ellos vivían en el Norte, pero mi grupo social eran realmente de otras facultades. En algún momento salimos todo el curso y por ahí a un compañero se le ocurrió decir que a la gente del Sur nos va mal porque hasta la virgen nos da la espalda. Yo le dije: “¿Por qué dices eso, si en el Norte no es que haya gente, toda la gente es pudiente?”, y dice: “Es que ustedes sí no tienen nada, en el Sur no hay nada, ni centros comerciales ni nada de eso”. Entonces comenzamos a discutir y dijeron: “Por eso le pusieron a la Virgen de El Panecillo viendo al Norte y dándole la espalda al Sur, porque no tiene importancia”. Y yo no es que sea muy cariñosa, y le dije: “Bueno, al final, si la virgen nos da la espalda, nosotros le cogemos el culo” [risas]. Entonces, ahí se creó un poco de discusión. Me di cuenta ahí que mucha gente del Norte, así no tenga el estatus económico como para decir: “Ah, tú eres pobre”, trata de hacerte menos, de ofender a la gente del Sur. Como que no tenemos clase, como que no podemos superarnos, algo así... hacen sentir de esa forma. Incluso hay ciertos grupos sociales o musicales que piensan que la gente que está en el Sur no tiene la capacidad ideológica de llegar hasta cierto tipo de música.
- Entrevistador: Por ejemplo, ¿en qué estás pensando?
- Ketty: A ver, a mí me gusta el metal, y en algún momento yo estaba conversando, y les comenté de unos amigos que les gusta el *trash metal* y me dijeron: “¿Y sí habrá *trash* en el Sur?”. Entonces yo me quedé así... [gesto de inconformidad]; porque están en el Sur no pueden escuchar el estilo musical ese... Entonces sí es bastante molesto, que porque vives en el Sur no has oído o vivido o visto ciertas cosas.
- Entrevistador: Tienes idea de otras cosas...
- Ketty: Sí, hubo mucho tiempo en que se decía que al Sur no llegaban bandas buenas, porque quién las va a llevar las bandas buenas al Sur, por decir así. En el Sur máximo se hacen festivales musicales que son nacionales, siempre se decía que se hacía música de tecnocumbia o de rocola,⁵

⁵ La tecnocumbia y la rocola constituyen un campo de producción musical visto como “popular”, caracterizado por una poética centrada en el desamor, el despecho, y, generalmente, asociado con el consumo de alcohol.

que se hacía en el estadio del Aucas⁶, entonces siempre se burlaban por ese aspecto. Y era real, porque los organizadores de eventos trataban de hacer algo más popular. Yo no tengo nada en contra de ningún género musical, pero lo hacían... hacían en el Sur música más popular. [...] Si mal no recuerdo, vino un grupo finlandés a presentarse en el estadio del Aucas y todo mundo se quedó ahí [gesto de asombro]: “¿Cómo así en el estadio del Aucas?”. Y ahí alguien salió: “No, es que no les dieron los permisos para estar en el Norte y no les quedó más que hacer en el Sur”. Pero, o sea, no tiene nada de malo, a la gente del Sur también nos puede gustar el *rock* sinfónico. Seguían con esa marcación de que en el Sur no se hace ese tipo de eventos, hasta que también hicieron los escenarios, la explanada para presentar artistas internacionales y trajeron a Oscar de León, a Willie Colón... “Ah, bueno, pero los mejores eventos se dan acá [se refiere al Norte], acá vino Café Tacuba⁷”, cosas así, como que siempre trataban de minimizar al Sur.

- Entrevistador: En el campo laboral, ¿cómo has visto tú esto?
- Ketty: Yo creo que en el campo laboral la gente evita hacer comentarios así; si los piensa trata de no hacerlos, es más diplomática. Yo creo que, más bien, en el ámbito laboral se hace eso para no crear el conflicto y el ambiente laboral pesado, entonces no hay comentarios así, fuertes. Si hacen comentarios, son leves como: “Ah, sí, es que irte a tu casa está relejos”, “Irse al fin del mundo” o “Vives al norte de Machachi”. Pero lo hacen muy sutilmente, porque si en tu trabajo haces comentarios fuertes, tú sabes que el ambiente laboral se va a volver tenso y es feo trabajar así.
- Entrevistador: Pero de todos modos aparecen estas referencias al Sur... que es lejos.
- Ketty: Sí, siempre hay quien diga algo, claro que es más sutil; pero siempre alguien se tiene que burlar de alguna forma porque se vive en el Sur.
- Entrevistador: Y en este caso, ¿tú lo has dejado pasar? ¿Lo discutes?

6 Equipo de fútbol de primera división, cuyo estadio se ubica en el Sur.

7 El nombre de la banda es “Café Tacvba”, aunque claro, se pronuncia Tacuba.

- Ketty: No, yo prefiero evitar y solo escuchar. Cosas que se escuchan mucho en el ambiente laboral: “Siempre vas a encontrar trabajo en el Norte porque en el Sur no hay nada, en el Sur no hay empresas”. Y es falso, en el Sur hay empresas sumamente grandes e importantes; pero... otras cosas que siempre dicen es que en el Norte está la matriz, o sea... ni siquiera lo dicen porque en verdad sucede, sino por tratar de decir “en el Sur qué van a hacer”.

La elocuencia con la que Ketty narra los episodios de menosprecio es única. La cantidad de detalles que aporta su relato y la forma de contar revelan sus emociones, sobre todo su profundo malestar por la continua minimización del *Sur* en espacios universitarios, laborales, e incluso en círculos de amigos con gustos musicales similares. En esta diversidad de situaciones narradas, las reacciones que menciona Ketty se dan en función de los respectivos contextos. Así, en el episodio universitario se narra una escena de *enfrentar*, donde la respuesta busca, en sus mismas palabras, equiparar el lenguaje del agravio. Pero en círculos de amigos o en los espacios laborales, la opción es, más bien, *ignorar* los comentarios, a pesar de que le parecen cuestionables. La mayor riqueza de su relato está en que identifica una serie de artilugios para anteponer al *Norte*. Resalta el asombro de la gente que vive en el Norte ante una situación considerada apreciable que se desarrolla en el *Sur*, o se busca relativizar cualquier logro alcanzado, señalando que en el *Norte* se encuentra algo mejor. En este escenario, su relato explicita su sensación de molestia ante la sistemática descalificación del *Sur*.

Pese a la incomodidad que expresa Ketty, y a su temperamento decidido, la opción de *enfrentar* no es la más común, pues supone una tensión en las relaciones interpersonales. Además, implica un desgaste, debido al carácter sistemático del agravio. Sin embargo, resulta muy importante destacar que la confrontación que comenta Ketty se hace desde el humor, al señalar que “si la Virgen nos da la espalda, nosotros le cogemos el culo”. Con este recurso, aprovecha la posición desfavorecida para acceder a las nalgas, y a través del erotismo desacraliza el símbolo de la segregación.

La conversación continúa hacia el tema de las personas que encubren su localización. En el relato se entremezclan sus propias reivindicaciones del sentido de pertenencia al lugar.

- Entrevistador: ¿Conociste, en la universidad o en el campo laboral, gente a la que le avergüenza decir que es del Sur? ¿O que tiene maneras de evitar decir que es del Sur?
- Ketty: ¡Sí, conozco muchas!... directamente que digan: “No, yo no vivo en el Sur”... No, no puedes mentir, tienes que decir la verdad. Un ejemplo: un amigo que estudiaba en la Universidad del Pacífico,⁸ y le avergonzaba muchísimo que vivía en el Sur, y sabía decir que vivía en la Villa Flora, o sea al sur, pero no tan al sur como Turubamba, entonces tenía ese problema. Para mí ese es un problema psicológico, trataba de no decir dónde vive. Como algún momento su papá se fue a vivir a Estados Unidos y su mamá a España, él se quedó solo y arrendó un departamento en Turubamba mismo, pero en un sector donde hay casas de arquitectura tipo europeo; por decir, las típicas casas que se ven en el Norte. Y él solía decir: “Ah, es que ya no vivo en Turubamba, ahora me fui a vivir a la González Suárez [barrio del Norte considerado de estatus alto]”. Tenía mucha vergüenza de decir que vive en Turubamba, decía que ya mismo se iba a mover y hasta el día de hoy no veo que salga de Turubamba [risas]. A mí me daba mucha pena escucharle. Yo nunca tuve ese problema.
- Entrevistador: ¿Nunca sentiste la presión de que te vean de alguna manera especial por ser del Sur?
- Ketty: De hecho, creo que la gente me ha visto de una manera especial porque siempre he tenido ese toquecito de rebeldía de que “soy del Sur y no me importa cómo me mires”; siempre he tratado de llevarme eso. Hasta en algún momento dije que me iba a tatuar “vivo en Turubamba”, porque mis amigos del Norte decían: “Pero tú vives lejísimos”. Es que a mí me gusta vivir en el Sur, yo me siento bien ahí. Me ha dado mucha risa escucharles o verles a mis amigos que se avergüenzan de vivir en el Sur. Dicen que hay personas en el Sur que viven en barrios muy pobres o en zonas rojas, y esas personas dicen que viven en el Sur mismo, pero en un sector menos feo.

⁸ Universidad privada.

- Entrevistador: ¿Algunos ejemplos?
- Ketty: Tengo un amigo que vive en la Lucha de los Pobres, [...], y entonces en la universidad él decía: “Yo vivo en Guajaló”, porque no se escuchaba Lucha de los Pobres, o él se inventó: “Yo vivo en los Balcones de Guajaló”, y eso ni existe [risas]. Y él sabía decir... y yo le sabía, también... le molestaba porque se avergonzaba mucho ante los compañeros. O cuando nos íbamos a matricular en la universidad, en la universidad te piden los datos, y en lugar de decir La Lucha, decía: “Póngale barrio Guajaló”. Y me daba mucha risa escucharle la vergüenza que tenía.
- Entrevistador: Y eso que no es como la presión del grupo social...
- Ketty: Yo creo que es algo con lo que tú ya creces, vives presionado de la gente del barrio, tus amigos... y creo que te metes tanto en esa presión, que al final ya comienzas a sentir vergüenza de eso.
- Entrevistador: ¿Tú crees que es mucha la gente que evita decir o maquillar?
- Ketty: ¿Que dónde viven?... sí. Yo puedo decir que yo soy una de las personas más amigueras, me gusta llevarme con todo mundo; tengo amigos del Norte y del Sur. Tengo un amigo que vivía en la Ciudadela del Ejército y cuando yo le presentaba a alguien él sabía decir que [vive] en el Norte, y como le preguntaba: “¿Pero en qué parte?”, él decía: “en el norte de Machachi” [risas]. Cosas de esas... La gente se presiona mucho porque vive en barrios así. Yo tenía un amigo que vivió mucho tiempo en El Tejar [barrio del Centro] y luego se compraron una casa en Cutuglagua [barrio del Sur], y él decía que él se va a arrendar al Centro, no importa que sea solo, que cómo va a vivir allá, que es horrible, que ni hay buses y cosas de esas... Son barrios que se están desarrollando, pero el desarrollo está sumamente rápido; de hecho, de lo que se pasó a vivir allá ya tienen buses, ya tienen todo.

En este fragmento de la conversación, Ketty aporta información muy valiosa. En primer lugar, hace referencia a personas que encubren su localización en el Sur, lo que demuestra cómo opera la opción de *negar*. La entre-

vistada cuenta situaciones de amigos cercanos, a diferencia de lo que ocurre en las otras entrevistas, y se ubica directamente como testigo de las mismas. La posición de amistad con los protagonistas la coloca en un lugar de cierta complicidad, pero al mismo tiempo de cuestionamiento. Desde esta perspectiva, es interesante ver los roles que puede desempeñar; por ejemplo, en el acto de encubrimiento que resulta fallido. Ante la respuesta ficticia “en el Norte”, Ketty repregunta “en qué parte del Norte”, y obtiene una respuesta en la que aparece nuevamente el humor para salir de la situación, pues su amigo confiesa vivir “al norte de Machachi”. Otra situación interesante se da ante el pedido de información domiciliaria en instancias institucionales, donde, si bien se trata de una relación impersonal rutinaria, a través de la *negación* se plasma en el documento formal la pertenencia a un lugar que evite la catalogación social.

En este despliegue de situaciones, Ketty aprovecha para posicionarse como orgullosa de pertenecer al *Sur*. Muchas de sus experiencias permitieron construir la categoría de *utilizar*. Ella define su postura de “rebeldía” como una actitud de vida que ha sido forjada prácticamente en el Sur. Llega al punto de decir a sus amigos que se va a hacer un tatuaje que diga “vivo en Turubamba”, como forma de expresar en la piel su orgullo por pertenecer al lugar; expresión que también tiene un toque de humor. Esta lógica también se aproxima a la categoría de *enfrentar*, a través de la reivindicación de los atributos del lugar, en este caso encarnados en ella misma. Respecto a la posibilidad de mudarse, señala lo siguiente:

- Entrevistador: Y en tu caso, ¿cómo has vivido esta presión en tu vida profesional, en la gerencia? Te han dicho: “¿por qué no vienes a vivir al Norte?”.
- Ketty: Sí, pero como yo siempre les digo, en el Sur lo tengo todo, está mi mamá, están mis amigos... Lo tengo todo, yo no necesito decir: “Ah, chuta, me falta esto, me voy a ir a comprarlo al Centro o al Quicentro Norte”, no. Si mi hija necesita algo, siento que lo tengo todo, que vivo en una ciudad completa. Nomás por estar más cerca del trabajo y por no madrugar, realmente solo por eso me vendría a vivir aquí [al Norte]. Yo allá abro la puerta y me voy a la cancha, me

voy al parque... y acá, si no voy a La Carolina [se refiere al parque], ¿qué hago? Yo siento que allá todo está cerca. Para mí es bien especial vivir en el Sur.

Aunque la entrevista resultó muy elocuente en torno al tema del menosprecio, en algunos pasajes aparece, además, la importancia de las redes de apoyo, sean familiares o vecinales, como elementos de la materialidad del lugar que sugieren que los vínculos con el entorno están atravesados, también, por lógicas pragmáticas. A más del abastecimiento de servicios, sin duda sustancial en la calidad de vida, en el relato de Ketty se menciona la cercanía a las personas de quienes se depende como una razón material para tener afinidad con el lugar. Así, el tema generalizado de la “sociabilidad” como característica asignada al *Sur*, en este caso se encarna en la red de intercambio de servicios y favores, que resulta vital. Por ende, la posibilidad de mudarse en pos de alcanzar ciertas comodidades concretas –como disminuir el tiempo de movilización– o, más aún, prestigio, no resultan beneficios mayores en comparación con el socorro que implica la red de prestaciones localizada en el barrio.

Esto abre la posibilidad de pensar el habitar como un proceso de dotación de sentido que no es ajeno a los procesos materiales de reproducción de la vida cotidiana. Es decir, el arraigo no es un fenómeno romántico, sino que, si bien conlleva un plano afectivo, también implica beneficios concretos en torno a la localización. De las cinco entrevistas realizadas, la de Ketty es la que mejor ejemplifica las ideas de “solidaridad” y “reciprocidad” que generalmente se asignan como cualidades de la gente del *Sur*. En términos concretos, existe un capital social que abastece de distintas ayudas de bienes y servicios.

Carla

Carla es una mujer profesional de 36 años, hizo sus estudios universitarios en Turismo Histórico, pero en los últimos años ha dejado de ejercer esta profesión y se ha especializado en un trabajo de asistencia en el manejo del portal Compras Públicas. Actualmente forma parte de un programa gubernamental de formación en Pedagogía para profesionales de distintas

áreas, a fin de vincularse con la docencia escolar. Está casada desde hace ocho años, pero aún no tiene hijos, situación que ella define como atípica, con respecto a la de sus amigas y compañeras de universidad.

Nació en el Sur de Quito y hasta cerca de los 12 años vivió en el barrio de La Ferroviaria, luego se mudó al barrio Vencedores de Pichincha, hasta los 28 años aproximadamente. Después de casarse, y por “cuestión de trabajo”, se cambió al barrio La Floresta, en el Norte, donde vive desde hace ocho años. En su relato asume la historia residencial como un componente importante de su biografía y, acerca de la transición, remarca el tema de la diferencia en la sociabilidad. Reconoce que estaba acostumbrada a la intensa vida vecinal, sobre todo en el barrio Vencedores de Pichincha, mientras que en su barrio actual “la gente es más distanciada, la gente casi no conversa, cada quien tiene su propio mundo”. Otros puntos de comparación, muy personales, son que en la residencia de los padres, en el Sur, la casa era grande, y por ende su dormitorio también, mientras que su residencia actual es definida como “un departamentito”. También dice que su casa familiar era cálida, en tanto recibía luz solar, pero su departamento actual es sumamente frío.

En este relato, las comparaciones entre los tres barrios en los que ha vivido la entrevistada son muy interesantes, pues hace un balance con ventajas y desventajas de cada lugar. En primera instancia, prevalece su sentido de pertenencia al barrio Vencedores de Pichincha, a pesar de que ya no reside ahí.

- Entrevistador: ¿Y en cuál de estos tres [barrios] tú te has sentido mejor?
- Carla: Por lo general uno se siente mejor cuando está con los padres [risas], en la Vencedores de Pichincha.
- Entrevistador: Ese era tu lugar en la ciudad.
- Carla: Claro, yo ahí me crié, ahí tuve mis amigos, mi infancia.
- Entrevistador: ¿Tienes contacto todavía con ellos? ¿Vas de vez en cuando?

- Carla: Con mis padres sí, con mis amigos ya no. Desde que me casé, ya no. Ya perdí los contactos con ellos.

El recuerdo de Carla sobre el barrio Vencedores de Pichincha en particular es muy afectivo en general. Lo asocia con una vida muy alegre, en compañía de familiares y sobre todo de amigos con los que se “reía mucho”. Pero al momento de hablar de las diferencias sociales entre ambas zonas, su relato cambia de dirección y expresa su comodidad en el Norte.

- Entrevistador: Quería que nos cuentes cómo miras tú las diferencias.
- Carla: Verá que yo al Norte veo que la gente es más preparada, tiene buen nivel de estudio, y buen nivel de educación, es más culta, más educada. La gente del Sur es como quemeimportista, se suben a los buses y lo que comen botan en el piso, la gente como que se mete más en la vida de las otras personas, no está pendiente de su vida, de cómo prosperar personalmente, sino que ellos están más pendientes de la vida del vecino: “¡Que tal vecinito está de viaje!”, “¡Que el vecinito está haciendo esto!”, bueno, en fin, viven del vecino. En cambio, en el Norte cada quien vive su vida, como que se dedica más a superarse, y, en cambio, en el Sur existe el conformismo, la gente es más conformista, no se supera.
- Entrevistador: Y en ese sentido, ¿tú dónde te sientes más cómoda? ¿Con qué sector compartes más?
- Carla: Con el Norte.
- Entrevistador: ¿Te sientes más cómoda? Más a gusto con...
- Carla: Más a gusto con las formas de pensar de las personas del Norte. Son más prudentes, más educadas. Claro que no son tan sociales, pero sí son más educadas, culturalmente sí, es muchísima la diferencia.
- Entrevistador: Y en ese sentido, ¿tú dirías que te sientes identificada con el Norte o con el Sur?

- Carla: En sentido familiar, yo por mi familia más, tengo amor a mi familia y porque ahí me crie y todo, me gusta el Sur. En cambio, en cuestión cultural, me gusta el Norte, la gente más educada.

La comparación de Carla conduce a una definición que no excluye a ninguno de los dos lugares. Emocionalmente se identifica con la experiencia de vivir en el ambiente del *Sur*, donde resalta la filiación familiar, y en términos de afinidad con la visión de “superación”, se siente parte del mundo del *Norte*. Es interesante que su relato desmitifica, en gran medida, la idealización de la vida barrial como carente de conflictos, y muestra tensiones por la falta de privacidad, en un ambiente donde la vida personal de los vecinos es uno de los principales temas de conversación. También aborda, con sentido crítico, el tema del cuidado del aseo y del espacio público, y lo define como una diferencia relacionada con la educación y la cultura.

La conversación intenta profundizar en las experiencias de menosprecio, ante lo cual el relato de Carla es bastante elocuente.

- Entrevistador: ¿Nos puedes contar qué cosas de este tipo de humor has escuchado sobre el Sur?
- Carla: Humor agrio [risas]. Exacto, sí me acuerdo que me decían: [...] “Ni el diablo llega hasta el sector donde vives, peor el Sol”. Sí me sabían decir: “Tu barrio está afuera de Quito, ¿no?”. Sí, así me sabían decir: “¿Y tú vivirás en Quito?”. Sí, sabían bromear bastante.
- Entrevistador: ¿Y qué respondías tú en esos casos?
- Carla: Yo: “claro pues”, “claro que sí está en Quito”, yo solo me reía.
- Entrevistador: ¿Otros de estos comentarios que te acuerdes haber escuchado para referirse al Sur?
- Carla: Aparte de que nos decían cholos del Sur...
- Entrevistador: ¿Y eso cómo era? ¿En qué situación? ¿Con qué estaba asociado?

- Carla: Pues, dicen que supuestamente al Norte viven más blancos, dicen [risas]. Yo en la realidad veo iguales a todos. Claro, dicen que hay más blancos al Norte, y los cholos, los indios, al Sur, los que están en el Sur. Los del Sur no se bañan, a veces apestan. Pero no es verdad, al Norte y al Sur existen personas iguales, todos somos mestizos a la final, unos más pequeñitos que otros, otros más blancos, pero no dejamos de ser los mismos. El nivel de estudio parece que es más al Norte, la superación, pero no se quedan atrás los de Sur; le cuento, ahí también están superándose bastante, están estudiando.
- Entrevistador: Cuéntame si te parece que no es tan cierto, digamos que todos estos comentarios son una tergiversación, ¿nunca te molestaron? ¿Nunca te sentiste incómoda escuchando este tipo de comentarios? ¿Los tomaste bien, más bien?
- Carla: Me sabía reír nomás, porque sabía que era una broma de los del Norte. Tenía amigos que vivían por acá por... más por Carcelén, ni siquiera es que diga “el Norte”, Carcelén, por el valle de los Chillos, Conocoto, ellos eran los que más se nos burlaban, pero pensándolo bien ellos están más lejos y no es que [sean] “los norteños”. Igual en Carcelén, en esos barrios, la gente [es] parecida a la del Sur misma, tienen la misma forma de pensar, bastante similar. Y sí me llevaba bien con mis amigos.

En este momento de la conversación, Carla explicita su forma de responder a las situaciones de descalificación. Dado que, según ella, esta situación se da entre amigos, su respuesta sigue la lógica de la broma y ella participa riéndose, como forma de dejar pasar y evitar un conflicto. Dicha opción entraría dentro de lo que se ha definido como *ignorar*. Su relato contiene dos detalles que dan pistas valiosas sobre el sentido que ella le da a esta ofensa. En primer lugar, ante la pregunta sobre el humor, lo define directamente como “humor agrio”, lo que da cuenta, justamente, de la connotación injuriosa de la broma. En segundo lugar, ante la pregunta de si el barrio “pertenece a Quito”, ella opta por responder afirmativamente, que “claro que pertenece”, de manera seria, aunque sin salir del formato de la broma. Esta fórmula permite pensar en la posibilidad de una combina-

ción entre *ignorar* y *enfrentar*. Aunque la respuesta no busca confrontación, asumir la broma le permite disputar la pertenencia y dejar sentado que “sí pertenece”, es decir que finalmente no lo deja pasar del todo.

La conversación continúa indagando sobre el sentido de su mudanza en relación con la idea de movilidad social. En este plano, el relato de Carla se ubica afirmativamente en el cambio, como una manera de alcanzar nuevas oportunidades, ampliar horizontes y alimentar un deseo de superación.

- Entrevistador: ¿Y tú nunca lo sentiste como un cambio al Norte como parte de una presión social, como de ascender, de mejorar socialmente?
- Carla: ¡Claro!, uno cuando ya se está acá, al Norte, es como que se piensan más que “yo al Sur ya no regreso”, es tratar de avanzar, nunca restar sino sumar. Como que progresas, ideológicamente piensas diferente, piensas ya superarte más. Como digo, siempre sumar, seguir maestrías, doctorados, lo que se pueda. Sumar, sumar, sumar. Nunca restar, como dije. Y regresar al Sur sería como...

En su experiencia, el cambio al *Norte* significa una posibilidad de ampliar horizontes, incentivar lo que ella denomina el “deseo de superación”, respecto a lo cual el Sur “queda atrás” espacial y culturalmente. En este sentido, Carla encarna la experiencia de la movilidad como un despertar cultural, a partir de adaptarse a un espacio donde el capital escolar constituye, prácticamente, un requisito de admisión. Sin embargo, el diálogo se redirecciona, nuevamente, hacia la tensión sobre la inclusión en el *Norte* a partir de ser catalogada como “sureña”. En la respuesta de Carla se disparan temas de discriminación que hasta el momento no habían sido verbalizados.

- Entrevistador: ¿Y en el Norte no conociste gente que te preguntaba de dónde vienes o algo así?
- Carla: Sí, sí me preguntaban. Por ejemplo, yo no sé, cuando yo vivía al Sur, en una entrevista [de trabajo] que yo hice en el [hotel] Hilton

Colón como guía de turismo, yo fui a dejar una carpeta y lo primero que me dijeron fue: “¿Dónde vives?”, le dije: “Al Sur”, “¿Y sí podrá llegar a tiempo acá, al Hilton Colón”, “Claro”, le digo, “siempre soy puntual”. Igual parece que no le tomaron bien que sea del Sur, parece que son sectoristas... ¿Y qué harían con mi carpeta?

- Entrevistador: ¿No te llamaron?
- Carla: No me llamaron. “No nos llame, nosotros le llamamos”.
- Entrevistador: ¿Tú crees que hay eso de que al presentarse en el trabajo pesa el sector donde vives?
- Carla: ¡Pesa como no tienen idea! Me ha pasado varias veces, por eso también vivo en el Norte.
- Entrevistador: ¿Qué pasó? ¿Cómo lo sentiste tú?
- Carla: Ya no me acuerdo ni del nombre de la empresa, igual era acá en el Norte, y me presenté a la entrevista. Y había una chica del Norte y yo del Sur. Le entrevistaron primero a ella y me dijeron: “No se preocupe que ya le cogimos a la chica”. Me hicieron la entrevista y todo, pero “ya le cogimos a la otra chica”.
- Entrevistador: ¿Y cómo sabías que era del Norte?
- Carla: Porque siempre uno se conversa cuando uno está sentadito al lado. Y uno sí se siente mal, dice “chuta, la gente es...”, no sé qué piensan de los del Sur, prejuicio social. Tal vez piensan que los del Sur son unos ladrones, somos lo peor.
- Entrevistador: ¿Cuál piensas tú que sea la asociación?
- Carla: Es que los del Norte siempre dan privilegio a los del Norte mismo, y según ellos piensan que la gente es mejor que la del Sur.
- Entrevistador: ¿A veces sentiste que había una preferencia por la gente del Norte en el trabajo?

- Carla: Esta del Hilton Colón que le digo, me dice: “¿Y sí habrá buses?”, hasta eso me dijo: “¿Sí habrá buses para llegar acá?”... “Claro” y además que el Hilton Colón no está tan lejos. A mí se me hace que eso es Centro; sin embargo, me rechazaron por eso. Pero sí, sí hay diferencia de cómo piensa la gente del Norte a la del Sur.

En este diálogo aparecen efectos de la segregación imaginada que tienen repercusiones concretas, como, por ejemplo, en la posibilidad de conseguir empleo. Según el relato de Carla, al momento de seleccionar personal, existen reparos hacia las personas que declaran residir en la zona Sur. Se supone que tendrán dificultades con la puntualidad, por “vivir lejos”, o, peor aún, hay una presunción relacionada con la falta de honradez y honestidad. La entrevistada conceptualiza esta forma de discriminación como “ser sectorista”, lo cual resulta esclarecedor acerca del mecanismo con que opera el orden simbólico para transferir cualidades entre el espacio y sus habitantes. Los argumentos de Carla aportan información clave en torno a las razones prácticas para mudarse a la zona Norte, como mejorar las condiciones de empleabilidad. Su visión de “no estancarse” al quedarse en el *Sur* está acompañada de la intención de buscar mejores oportunidades, tanto de educación como en el ámbito laboral. Este testimonio rompe el estereotipo de la movilidad al *Norte* como un conflicto psicosocial de identidad o de rechazo al origen socioespacial.

Cuando en la conversación se abordó la cuestión de la negación, la respuesta, más bien, se volvió al tema del “sectorismo” relacionado con el acceso a empleo:

- Entrevistador: ¿Tú piensas, Carla, que de alguna manera este prejuicio acerca de la gente del Sur afecta la autoestima de su gente?
- Carla: Yo creo que no, porque la gente del Sur vive su mundo y la gente del Norte solo tiene prejuicio y nada más. Solo quedan prejuicios en delimitaciones sectoriales y, como todo en el Sur, en la realidad todos los del Sur no piden ningún favor a los del Norte.
- Entrevistador: Eso sale mucho en el grupo [focal 3].

- Carla: Claro, no piden. Hay centros comerciales, hay sitios donde se puede pasar bien, en parques, pero hay grandes parques allá, hay ciclo-paseos que corren toda la ciudad y no afecta. Lo único que afecta es la distancia, el tráfico, el transporte, eso es lo único que afecta; y si se solucionaría eso solo todo quedaría bien.
- Entrevistador: ¿Y en el Sur tú no has visto, en La Ferroviaria o en otros barrios, que la gente en algunas circunstancias evita decir que vive en estos barrios?
- Carla: ¡¡Ay sí!! Un amigo que tenía, él para las entrevistas de trabajo... y a mí me decía eso: “Tú, en las entrevistas de trabajo nunca digas que vives en el Sur, di que vives en el Norte, para que te cojan en los trabajos”. Y él siempre daba las direcciones del Norte en los trabajos; en cuestión laboral, en ningún otro ámbito.

Ante la pregunta en torno a la autoestima, Carla recurre al discurso del *Sur* como una “nueva ciudad” para señalar que la calidad de vida en este sector es equiparable a la del *Norte*, salvo por temas como el déficit de transporte público. A partir de este punto, minimiza las situaciones de discriminación como un problema de la gente “prejuiciada del Norte”, a pesar de que identifica algunas afectaciones prácticas: por ejemplo, la opción de *negar* el lugar como recurso para conseguir empleo. La narrativa de Carla presenta ambigüedades, pues, a pesar de que reconoce y encarna situaciones de conflicto por la localización, evita tomar una postura que confronte el “sectorismo”. Más bien, apunta a que la situación se resolvería con una intervención material, sobre todo en cuanto al transporte.

La conversación se direcciona nuevamente hacia las relaciones amistosas y otra vez surgen formas más sutiles de menosprecio.

- Entrevistador: ¿Y quienes hacían estos comentarios eran amigos del Norte o del Sur?
- Carla: Amigos del Norte que se tomaban la molestia de irme a dejar hasta el Sur: “¿Y qué lejos que vives!”.

- Entrevistador: Te hacían estas bromas de que lejos de...
- Carla: Sí, exacto, que lejos de... “¿ese sí estará en Quito?”, “¿Ese barrio sí existirá?”, “¿Y eso está dentro de Quito?”, “Verás que Quito solo llega hasta El Ejido”. Y así dicen los del Norte...
- Entrevistador: ¿Alguna vez invitaste a gente del Norte a tu casa?, ¿o a hacer algo en los lugares que hay en el Sur?
- Carla: Sí, sí he invitado, pero muy pocos. No les gusta a los del Norte mucho ir al Sur.
- Entrevistador: ¿Cómo fue las veces que invitaste a gente del Norte a hacer algo en el Sur?
- Carla: Se quejan mucho de la distancia, de la gente, hasta de los rostros de las personas. Dicen que los del Sur tienen los cachetes más colorados, alguien dijo eso: que es fea la gente del Sur. Pero eso digo, todos somos iguales, yo les veo a todos iguales. Si son poco más... no sé si racismo, sectorialismo... yo creo que sectorialismo.

Este corto fragmento ejemplifica situaciones entre amigos en las que se aprovecha la confianza para expresar agravios directos y de mucha fuerza semántica, pero encubiertos por el humor. La complicidad de la amistad permite poner en escena temas raciales centrados en el fenotipo (“gente más fea”, de “cachetes colorados”), frente a lo cual la respuesta de Carla cabe en la categoría de *ignorar*. Pese a que ella reconoce que no comparte estas apreciaciones, su reacción resulta pasiva y, más bien, evita la confrontación, con lo cual termina siendo condescendiente con la manera en que se expresa el menosprecio. Incluso, se refiere a la ayuda de los amigos como “tomarse la molestia” de llevarla hasta su casa, lo que evidencia la interiorización de la ideología de la distancia. No obstante, su discurso está atravesado por una postura que cuestiona toda forma de discriminación, pues varias veces señala que ella no ve las diferencias sociales, raciales ni sectoriales que caracterizan la estigmatización del *Sur*.

Finalmente, al retomar tangencialmente la cuestión de su origen en la zona Sur, su sentido de nostalgia aflora con más desinhibición:

- Entrevistador: ¿Y no extrañas un poco la vecindad, el contacto con más gente?
- Carla: Sí se extraña, sí, bastante se extraña, porque [uno] es un ente social y por naturaleza busca comunicarse con las personas, hacer amistades, hacer amigos. Y en los tiempitos libres, por lo general, acá uno se siente solo, encerrado en la casa, frío, hace bastante frío, pero yo... sí, bastante se extraña.

La desvinculación del lugar aparece como un sacrificio en pos de gozar de las oportunidades que identifica en el *Norte*. Esto se ha definido como un *abandonar*, que en este caso es físico, no emocional. Indirectamente, la conversación ubica el matrimonio como el punto de quiebre básico para haber negociado su comodidad con el anterior barrio, lo que deja entrever el peso de la desigualdad de género en las decisiones residenciales.

- Entrevistador: Ah, una cosa se me pasó, Carla: ¿a tu esposo también lo conociste en el Sur? ¿O vivía antes en el Norte?
- Carla: A mi esposo lo conocí en la Universidad Central del Sur.
- Entrevistador: También era del Sur... ¿Y para él qué significó venirse acá, al Norte, o estar buscando acá algo contigo, de pareja, en el Norte?
- Carla: A él sí le gusta el Norte. Como era de la Villa Flora, se creía del Norte de entrada. Es que, según él, la Villa Flora era mejor que mi barrio.
- Entrevistador: Y él hablaba mal de la Vencedores [de Pichincha].
- Carla: Claro, el que más: la Villa Flora es mejor, es añiñada la Villa Flora, es de más categoría...
- Entrevistador: ¿Y le da importancia a esto?

- Carla: ¿Un poco buscar un sector que represente categorías? Sí, yo creo, porque él siempre dice que “si compro una casa, tiene que ser en el Norte”, que ni loco se iría al Sur, porque es la forma de pensar de él, que en el Norte es mejor socialmente. Yo, si estuviera más cerca de mi familia, mejor, pero los hombres odian a los suegros.

Esta parte del diálogo revela cuestiones muy personales en cuanto a la relación entre su familia y su esposo, y aporta un sentido de malestar que tiene, de alguna manera, una referencia espacial relacionada con el habitar. Carla reconoce que su vinculación con el *Norte* tiene mucho de pragmatismo, pues en este espacio está en juego una apuesta de realización social, al punto de descartar completamente la opción de “volver al Sur”, por verlo como un “retroceso”. Sin embargo, en este nuevo espacio identifica temas como la “soledad” y la “tristeza”, que representan un empobrecimiento respecto a su entorno anterior, el cual no ha logrado restituir.

María

María es una abogada de 45 años. Desde hace una década dejó de ejercer la abogacía y se ha dedicado al campo de los estudios de mercado y las ventas. Actualmente trabaja en una cadena que distribuye tecnología y electrodomésticos. Tiene dos hijos, ya profesionales, y desde que enviudó, a los 36 años, se encargó de todos los gastos de estudios y manutención. Es procedente del barrio de Chimbacalle, al Sur, pero a los 19 años se casó y se mudó a una ciudad pequeña llamada La Maná, en la provincia de Cotopaxi, por las actividades económicas de su esposo. Ahí tuvo su primer hijo, pero menciona que no se sintió conforme con la vida de ama de casa, por lo que, junto con su familia, optó por volver a Quito y radicarse en el Valle de los Chillos, donde pasó con sus hijos jóvenes los años de colegio. La familia se mudó a Quito propiamente cuando ellos ingresaron a la universidad, por facilidades de movilidad, en tanto fueron a una institución privada que se encuentra en el centro-Norte. Para esto, adquirieron el departamento en el que María vive ahora, ubicado en la zona de La Mariscal, en el que dice sentirse a gusto.

- Entrevistador: ¿Te acomodaste a ese lugar? ¿Ese barrio?
- María: Sí, estoy cerca de los muchachos. Ya el uno es ingeniero industrial. Ya no viven conmigo.
- Entrevistador: Centrándonos en Quito, ¿en cuál de los lugares que has vivido te has sentido más cómoda?
- María: Acá donde vivo [risas]. Uno hay que adaptarse a la situación que le toca vivir en el momento; si no te adaptas, vives infeliz. Entonces yo me adapto, en el trabajo estoy haciendo una cosa que no es... y estoy feliz en lo que hago.

Su conformidad con el lugar donde vive se debe a razones estrictamente prácticas. No se refiere a los temas vecinales ni tampoco expresa una vinculación afectiva mayor. Su narración hace énfasis en la adaptación como medio para enfrentar situaciones que no salieron como ella hubiera esperado, pero gracias a esta actitud se puede vivir satisfactoriamente.

Al describir cómo mira las diferencias entre *Norte* y *Sur* en la ciudad, se remite, sobre todo, a su experiencia en el campo de las ventas, que es su trabajo actual. Cuenta con mucha experticia en temas empresariales, como los nichos de consumidores y la valoración de las condiciones económicas de las personas “a simple vista”. Con estas habilidades, su caracterización del *Sur* se centra en la paradoja de las personas que poseen mucho dinero pero que carecen de otros capitales, como el gusto para seleccionar lo que van a comprar.

- María: A nivel de clientes, en el Sur hay más efectivo, hay más dinero efectivo, la gente compra más al contado. En el Norte la gente compra más a crédito, hay más tarjetas de crédito. [...] La calidad de los productos es diferente, yo sé de la comida por mi hijo. Nosotros [se refiere a la empresa] a nivel de nuestros productos son iguales en todos lados, los precios son iguales en todos lados. No se manejan precios diferenciados, solamente en uno de los almacenes, porque nosotros vendemos productos de segunda [...]. A nivel de los productos en los centros comerciales, hablo por lo que sé de mi hijo, la carne que se vende en el

Supermaxi es de menos calidad en el Sur. Yo estoy acostumbrada a otro tipo de productos que yo no encuentro en el Megamaxi⁹ del Sur. Yo les pregunto y me dicen: “Aquí no compran”, “eso aquí no lo conocen”, “váyanse a comprar por el del Estadio o al Jardín”. O sea, los productos de mejor calidad del Supermaxi están en El Jardín. Como que se les diferencia: productos de primera, segunda, tercera... ahí no te dicen, pero los mejores productos no están en El Recreo. Los productos de primera están en el Megamaxi y los productos de tercera están en el Megamaxi de El Recreo. [...] En cambio, te vas a otros lados y no encuentras ciertos productos, en El Recreo no hay, en verdad no hay. “Es que no compran, señora...”

- Entrevistador: ¿Hay otros gustos?
- María: Hay otros gustos. Verás, yo tengo un hijo que es muy especial y te voy a decir: “O sea, la gente del Sur no se sabe tratar... la gente del Norte, o sea nosotros, escogemos”. Es lo que él dice, es un muchacho joven que tiene 26.
- Entrevistador: Pero hay esta idea de que es lo mismo, pero más barato.
- María: No es, no es... yo encuentro una ropa muy barata pero tiene marca, acá. [...] Bueno, ahí que yo me fui a buscar por diferentes lados; por ejemplo, estas blusas [señala la que lleva puesta] no las encuentro en el Sur, ¡por más que quiero! [...] Y allá no hay, hay otras blusas, pero no me gustan, la calidad no es la misma. Y aparte que hay otra situación: la ropa del Sur como que sale mucho, de esa camisa que tú tienes [señala la camisa del entrevistador] sacan 3000; en cambio de esta [señala su blusa] las sacan unas 10. Tú no encuentras esta blusa a 10 personas... están muy uniformados todos... hay gente que no le importa eso. Te vas allá, ves a alguien más con esa ropa y te dan ganas de sacarte ese rato y no volverte a poner más. Yo no me vuelvo a poner si yo veo a alguien puesto lo mismo. Son esas situaciones que pensamos los del Norte con los del Sur. Y los del Sur no tienen ese problema,

⁹ Supermaxi y Megamaxi forman parte de una cadena local de supermercados.

ellos mejor, siguen lo que hacen al otro. “Ah, eso me gustó, entonces voy y me compro”. En cambio, acá no, tenemos una forma de ser más exclusivos en determinadas cosas. Los del Sur no tienen esa situación.

Su relato presenta una gran cantidad de detalles de diferenciación social relacionados con el gusto, el diseño o la novedad de los productos. Así, define a la gente del *Sur* como práctica en sus gustos, mientras que los habitantes del *Norte* “buscan algo más”, lo que se traduce en una valoración de la exclusividad como elemento diferenciador. En esta descripción, María asume directamente la posición del *Norte* como identidad narrativa, al decir “nosotros, los del Norte”.

- Entrevistador: ¿Tú dirías que te sientes muy identificada con el Norte? Con la gente, los ambientes, los gustos...
- María: Yo sí, de verdad. Y te voy a decir otra cosa: yo siempre he dicho que el Sur es un cuello de botella, y yo soy de las personas que tienen muy poco tiempo para todo. Entonces, alguna vez que me toca ir, porque todavía mis papás tienen la casa ahí, no me gusta, a mí no me gusta, y voy cuando me toca irme a Machachi. Y como en el momento estoy sola, entonces voy, a veces yo sí voy, pero ya la regresada es un problema. Hasta el clima, en el Sur llueve mucho, hace mucho frío. En el Norte no se tiene mucho problema del agua, que en el Sur había; ahora no mucho, todos los servicios básicos del Municipio, que ahora está descentralizado y está en el Sur... La gente tiene una forma de pensar muy especial, parece que no se educa. En el Norte la gente se educó: ya no botan fuera, ya tenemos dónde [botar] las cosas... en el Sur no. Imagínate solamente los basureros, en Cotocollao [barrio del Norte] que es una clase baja, tú ves los basureros no están pintados, no están puesto grafiti, ándate al Sur a ver si es que encuentras eso de una forma limpia... No encuentras. De educación, la cultura... como que no acata. Como que la gente del Sur es más rebelde, los muchachos... no sé... en el Norte se cuida mucho la imagen de las personas. A mí siempre me enseñaron a cuidar mi imagen, toda: “Cuidado, ¿cómo vas a votar así?”, “Chicas, cuidado”. Los muchachos [del Norte]... yo veo... yo no les veo que botan, ellos buscan dónde poner, la gente

cuida un poco más. En el Sur no, no les importa, lo que es cultura, educación y esas cosas, parece que... estos grafitis encuentras más en el Sur que en el Norte.

Al hablar del *Sur*, María nuevamente se remite a características con las cuales no solo no está de acuerdo, sino que rechaza, y las identifica con un diferencial en educación. Así, su relación con el *Sur* se corresponde con los tipos de *abandono*. En el plano físico, además de haberse desplazado, y pese a que sus padres aún viven en Chimbacalle, ella siente molestia cuando visita el lugar. En el plano afectivo, su vinculación es aún menor, pues no identifica situaciones de interés ni reconoce virtudes en el lugar y/o su gente, a pesar de que, por su trabajo como supervisora de ventas, conoce los territorios en los que están las sucursales de la empresa. Incluso es clara en desmitificar la asociación del *Sur* con la pobreza, al resaltar el poder adquisitivo de sus habitantes, pero ubica una diferencia radical en los gustos como cualidades morales que sobrepasan lo económico. Señala que incluso los sectores pobres de la zona Norte, por el contacto directo con la población “educada”, compartirían los criterios de distinción y, por tanto, forman parte del *Norte* figurativo.

Al abordar el tema del menosprecio, surge una narración que tiende a ubicarse en el lugar de quien desestima al *Sur*, antes que en la posición receptora del agravio.

- Entrevistador: Estas bromas, esta manera de menospreciar un poco al Sur... a mí me interesa escuchar las voces que se recogen en torno a eso, qué se dice, en dónde se dice, frente a quién, cómo... De tus hijos, hermanos, trabajo...
- María: A ver, familiares, decían: “Los pobres del Sur...”. Yo les quedaba viendo la cara y decía: “¿Los pobres del Sur?, pero si en el Sur hay mucho dinero”. “Si yo te digo que me saques que [cuánto dinero] tienes en el bolsillo, yo tengo más que el otro tiene, que los pobres del Sur, ¿sí en el Sur hay dinero?”. “Eh... es que no puede ser, o sea, todo puede ser, pero ya el Sur no...”. “¿Por qué no? No sé, es una forma...”, y eso te dicen, delante de todos, los muchachos jóvenes. “Es que no, así

viva en el Comité del Pueblo,irme al Sur [gesto de mirar por debajo del hombro], yo soy del Norte”. Es como una forma de subir el estatus, el Sur es el estatus más bajo. Yo he oído, y lo dicen delante de todos: el Sur le baja el estatus a las personas. Sigue y es muy fuerte, yo puedo decir esto porque no creo que en cuatro años haya cambiado tanto. Cuando yo hacía investigación de mercado, yo llamaba a la gente y ¿qué pasaba? Yo pedía, clase baja, media-baja, media-típica, media-alta, y alta, que jamás allá, allá eso es imposible. O sea, la clase alta la considerábamos por la educación, que tiene que ser profesional, el trabajo y en dónde vives. Una clase alta, difícilmente...

- Entrevistador: No me queda muy claro esto que decías tú, en los jóvenes, las amistades...
- María: Que te dicen que la gente del Sur es pobre, es de menor clase social, eso es lo que siempre te dicen. Las palabras exactas no me voy a acordar...era una muchacha que vive en el Comité del Pueblo y ella dijo: “Oh, no,irme al Sur, imposible”, y no es que tiene dinero ni nada... normal, el papá trabaja y la mamá también. “Oh, no, todo puede ser, peroirme al Sur no, ni a comprar”. “Cómo me voy a ir a comprar en El Recreo, qué feo”. Si mis hijos dicen lo mismo, ¡por Dios!, estoy en el Sur, trabajando en un almacén: “Te quiero invitar a comer, tienes que venir al Recreo”... “Pero es que me pueden ver”, “¿Y qué te va a pasar que te vean?”, yo les digo, yo soy muy fresca. “No, es que, imagínate... qué van a decir, que yo compro, que estoy metiéndome ahí”. Entonces, esas son... eso piensa la mayoría de gente que está en el Norte. Tú anda coge a un muchachito, verás, decente y dile: “Ándate a comprar en el Sur”, y te va a decir: “No, imposible, me van a ver, van a decir que soy del Sur, qué vergüenza”. Eso es una situación y en todo lado hay delincuencia, no es que en el Sur haya más. Yo he visto a los brujos vendedores de droga en La Michelena y en Cotocollao, están de la misma manera, entonces ladrones, donde sea.

Resulta muy sugerente la recreación de las conversaciones con sus hijos, quienes encarnan el punto de vista de rechazo a ir al *Sur*, pero no por cuestiones de distancia ni por temor a ser víctimas de robo, sino por un temor

quizás mayor: el de ser vistos en los centros comerciales de este sector y sus posibles significados. Según las coordenadas que traza María, cualquier “muchachito decente” que pertenece al *Norte* comparte el sentimiento de vergüenza que implica ser visto en los centros comerciales del Sur, en tanto puede pasar por residente. O, en el caso de que no se ponga en duda su residencia, podría ser identificado como persona que vive en el sector Norte, pero va al Sur a comprar para aprovechar los precios más bajos, lo que, en definitiva, cuestiona su tenencia de privilegios.

Más adelante, la conversación se direcciona hacia los efectos del menosprecio en la población del Sur. En este punto, María hace énfasis en un conflicto en la autoestima, pero lo ubica en los otros, en tanto ella no se siente, en ningún sentido, aludida por el campo semántico estigmatizante.

- Entrevistador: ¿Tú has conocido gente que se avergüence de vivir en el Sur? ¿Que lo oculta? ¿En qué situación? ¿En qué ambiente?
- María: Sí. En alguna reunión que tuve en alguna casa, yo sabía que ellos vivían en el Sur, y yo les pregunté y dijeron que vivían en otro lado, y me quedé pensando y pregunté por qué: “No, es que ya no vivimos allá, ya nos pasamos”, y es lo que yo no sé, eso que tú también quieres averiguar. Ahorita mi amigo, mi compañero, él vivía en La Forestal, [barrio del Sur], ¿tú sabes cuál es? En ese sí que matan, ese sí que es terrible, y [...] hablabamos y él se quedó en esa situación. Él sabe que yo sé, y yo le regresé a ver y yo le dije así: “Y usted vivía en ese sector”, entonces como yo soy la única que sé de los sectores, me preguntaron y qué es, y yo dije: “Nada”, no quise hacerlo sentir mal; me hizo ojitos. Él se avergüenza completamente de vivir en el Sur y sabe que es un barrio malo y demás. Y él no te dice que él ha vivido ahí, jamás te dice y se le fue, por algo, ¿por qué? Es un tipo que ahora es un supervisor, que gana mucho, tiene carro... ¿cómo va a decir que va a vivir en el Sur? Yo no me avergüenzo, pero él sí, se avergüenza completamente y él vivió mucho tiempo allá, primero porque es del Sur y por La Forestal en sí misma [...]. Muchas personas que viven en el Norte te dicen que jamás vivieron en el Sur. Mi hermana mismo, ella vivió en la casa de mis papás pero ella jamás, jamás vivió en el Sur. Yo digo, ¿por qué se avergüenza?

- Entrevistador: Parecería un tema de antes, pero en las nuevas generaciones, ¿tú crees que todavía se mantiene? Bueno, con tus hijos nos has hecho entender que sí...
- María: Sí hay, la muchacha del Comité [del Pueblo] tenía 15 años, hace dos años contó eso; y no solo ella, tres amigos de ella, yo creí que todos habían vivido en el Norte, cuando de pronto son del Sur; entonces decían: “Pueden decir que seremos del Comité del Pueblo pero los de acá somos plásticos”, todo puede ser pero los de acá... y te hacen estos gestos que yo estoy haciendo [gesto de desprecio]. Yo todavía sigo viendo eso... En colegios, una vez, cada que yo iba a visitarle a mi mami [al Sur], yo iba donde una señora a arreglarme las uñas de las manos y los pies, y yo le digo: “¿Y su niña? La puede poner en el colegio que está aquí abajo”, “Cómo cree, ella tiene que estar allá, ¿qué va a decir la gente? Que ella estudió aquí”. El tío de mis hijos es fiscal, tercer puesto después del general, ellos viven en el Valle, cuando de pronto... se graduó en el Colegio Quito [ubicado en el Sur], pero jamás dice esa situación; es muy buen colegio, es uno de los mejores... Y el otro día dijeron algo: “En el Colegio Quito hay las mujeres más bonitas”, y ellos me decían burlándose: “Son para los muchachos de clase muy baja, no son bonitas”, y yo me quedé pensando... O sea que lo peor en gustos de mujeres está en el Colegio Quito. Yo me quedé pensando: el Colegio Quito es muy bueno, pero como está en el Sur, lo tienen como lo peor [...]. En la universidad pasó una cosa: “¿Colegio Quito?”, “No” [gesticulación de mirar por debajo del hombro], la gente te mira por el hombro... como un racismo al Sur. Esta muchacha que es esposa del señor jamás te dice que se graduó en el Colegio Quito.
- Entrevistador: ¿Y vivía en el Sur?
- María: Sí, ella vivía por Guajaló. Ella no te dice eso, porque la niña es de Estados Unidos y tan tan, es una niña muy especial... ¡Mentira! Y ella jamás te dice eso. Entonces que ahora, según nosotros, esta situación ya ha pasado, y llegas y le preguntas y ella te dice que no. Entonces, ¿qué está pasando? Que todavía sigue esa brecha entre Norte y Sur. Estamos viendo que eso todavía sigue; imagínate, las hijas están en el [colegio] Spellman y les dicen “al Sur”, y ellas dicen: “No, cómo crees...”, y son niñas de ocho, 10 años, que los papás les meten esa situación en la cabeza.

El relato de María contiene la mayor cantidad de situaciones de *negar* el lugar. Los personajes que aparecen en su testimonio tienen en común que construyen la negación como mecanismo para responder a la presión social de la asignación de estatus a partir de la localización. Al igual que en otras entrevistas, María relata situaciones en las que referirse a la procedencia del *Sur* implica un motivo de condena, pero añade que la negación no solo es utilizada para dignificar el presente, sino también para rechazar un origen, incluso remoto, asociado con las clases subalternas. Así, la negación se aplica como mecanismo para “blanquear” un pasado, con miras a construir una idea de pertenencia a una clase impoluta. Además, el relato de María evidencia que la negación no solo se aplica al barrio de residencia, sino que se despliega sobre otros lugares que podrían delatarlo, como algún colegio ubicado en el Sur.

En este testimonio se aprecia que esta presión es transversal en distintas generaciones, como lo refleja el caso de los jóvenes de 15 años que señalan que vivir en el Comité del Pueblo –un barrio popular del Norte que durante algunas temporadas incluso ha sido definido como “zona roja”– es preferible a pertenecer al *Sur*. Aunque María sostiene que ella no ha recurrido a estas estrategias, habla de un caso muy cercano: el de su propia hermana, quien se presenta como parte de las personas que niegan su origen señalando que “ella nunca vivió en el Sur”.

En términos generales, el relato de María puede ser leído como la voz que expresa el nortecentrismo que es cuestionado en los relatos de agravio. Si bien su testimonio no difiere de lo expresado en el resto de entrevistas en cuanto a las formas de menosprecio, se puede apreciar un contraste en el lugar de enunciación del discurso. Aunque el diálogo se mantiene apegado a las preguntas que le piden compartir lo que ha escuchado en torno a la diferencia *Norte-Sur*, no se cuestiona el “racismo hacia el Sur”, como ella define el menosprecio al inicio de la entrevista. La manera en que detalla el rechazo al *Sur* y el hecho de poner ejemplos de su propia familia –hijos, hermana, cuñado– la hacen, de algún modo, condescendiente con este discurso, lo que no sucede en el resto de testimonios.

Este lugar de enunciación sirve como punto de referencia para reconstruir la puesta en marcha de las distintas estrategias de diferenciación que

conforman la base del imaginario binario. En el relato de María se pueden ubicar las variadas formas en que, actualmente, las élites recurren al capital cultural como un recurso de diferenciación, más claro y contundente que el capital económico. El sentido de búsqueda de homogeneidad social que se desprende de su testimonio relaciona directamente el nivel de educación y las preferencias en el campo del consumo. Esta combinación de atributos construye su idea del *Norte* y, desde este punto, se juzga al *Sur* como un lugar carente de virtudes. Precisamente, a este tipo de miradas se hace referencia en el resto de testimonios y en las respuestas de la encuesta, con expresiones como “engreída”, “especial”, “se creen más”, etc.

El repertorio de habitar en el juego lingüístico

Resulta curioso que, a pesar de ser un tema de tanta relevancia en la historia de la ciudad de Quito, no existan testimonios de cómo se vive, personal y grupalmente, lo que la literatura llama “los imaginarios del Sur”, en referencia a los estereotipos estigmatizantes. Este vacío se produce ya que, con frecuencia, los imaginarios son considerados construcciones mentales inocuas, por su carácter fantasioso, y, por tanto, se asume que su estudio se debe concentrar en sacar a la luz su existencia, sin recaer en las experiencias concretas que se desprenden de las construcciones mentales. El trabajo sobre las narrativas colectivas e individuales, justamente, permite conocer tanto la manera en que se ejecuta la estigmatización en la vida cotidiana, como las respuestas que condensan la construcción del sentido de habitar.

Siguiendo la mecánica que caracteriza los rituales públicos de degradación, la humillación por la procedencia responde a estructuras de interacción plenamente codificadas. El siguiente esquema de interacción lingüística sirve como prototipo para entender la ritualidad performática en que se desarrolla la respuesta al menosprecio.

- “¿Dónde vives?”
- “En el barrio X” [ubicado en el Sur].

- “Uuuuy” / “Tan lejos” / “En ese frío” / “Allá no hay Dios” / “¿Eso existirá?” / “Con qué se come” / “¿Será Quito?” / “¿Sí habrá buses?” / “Donde vive la chusma”, entre lo más común.
- Respuesta (que *enfrenta*, *ignora*, *niega*, *abandona* o *utiliza* la pertenencia al *Sur*).

El ritual parte de inquirir sobre el lugar de residencia, lo cual abre un campo semántico que excede la simple precisión de información, pues, directa o indirectamente, la localización opera como un referente que ubica al informante en unas coordenadas imaginarias. La pregunta inicial lleva al paso dos, en el que se despliega un campo de respuestas posibles, en función de lo que esté en juego en cada contexto: se puede responder de manera veraz, nombrando un barrio del Sur (como en el ejemplo), sea con orgullo o con cierta disculpa (“sin eco”); se puede adulterar el nombre del barrio, para que suene “menos feo”, generalmente dentro del mismo territorio del Sur (el barrio la Villa Flora es referenciado varias veces con este propósito); o, directamente, se puede mentir y mencionar un barrio del Norte. El ritual continúa según la respuesta que se escoja. En el tercer paso se presenta la variedad de asociaciones peyorativas con el lugar, en función de cómo se haya presentado la referencia a la localización en el paso 2. Es interesante que, a pesar de que existe un consenso en torno a las virtudes morales del *Sur*, este campo semántico positivo no aparece en las reacciones a la exposición del lugar de residencia. No se ha obtenido evidencia de que ante la presentación del Sur, en el paso 2, se reciban comentarios apologeticos señalando la solidaridad de la gente, el pago en efectivo, el menor costo de bienes y servicios, y otras cualidades que aparecen en la información de campo. Esta omisión, intencional o no, hace que en el intercambio lingüístico, la referencia al *Sur* remita siempre a una situación desfavorable, lo que obliga a emplear alguna táctica de respuesta frente al agravio. De esta manera, en el cuarto paso, las respuestas se estructuran en torno a una variedad limitada de lógicas, a las que se puede recurrir en función de circunstancias concretas o de intereses bien definidos. Estas lógicas, en conjunto, constituyen un repertorio que va desde la negación flagrante del lugar de procedencia, hasta

la confrontación directa para disputar su sentido como señal de orgullo. Además, se incluyen lógicas intermedias, como no prestar atención a los comentarios descalificadores o participar del juego satírico sin confrontarlo directamente.

Este repertorio está constituido por las lógicas de: *enfrentar*, *ignorar*, *negar*, *abandonar* y *utilizar*, pero no como una taxonomía excluyente entre sí, ni como un conjunto de lógicas representativas de poblaciones (los que enfrentan, los que ignoran, etc.). Aunque pueden diferenciarse, únicamente como estrategia para el análisis, en la práctica tienden a combinarse, según la intención de los sujetos. De este repertorio, las opciones de las que existe cierto conocimiento común son la *negación* y el *abandono* físico, aunque generalmente aparecen caricaturizadas como un complejo psicológico personal, por no admitir la procedencia socioespacial. Esta lectura asume que dicho complejo se expresa tanto al mentir sobre el lugar de residencia –presente o pasado–, como en la opción de mudarse para alcanzar los beneficios, sobre todo simbólicos, que ofrece el *Norte*.

En este escenario, el análisis desarrollado apuntó, en primer lugar, a ubicar estas opciones dentro de un contexto social con una profunda raíz histórica de segregación urbana, que en el presente se expresa como “escasez de respeto”. La presunción de un conflicto de personalidad es otra manifestación de violencia simbólica, en tanto encubre un orden social estigmatizante, naturalizándolo; y, al situar las prácticas de búsqueda de reconocimiento fuera de este contexto, las define como situaciones individuales en las que se cuestiona la integridad psicológica del sujeto. Así, esta omisión contribuye a la caricaturización del “sureño” bajo el estereotipo del arribismo por alcanzar el *Norte*.

En segundo lugar, las estrategias de *negar* y *abandonar* no son las únicas opciones frente al problema del menosprecio sistemático del *Sur*. Si se mira el repertorio de opciones desde una perspectiva política, no es casual que las que contienen un cuestionamiento directo al nortecentrismo –sobre todo *enfrentar*, *utilizar* y, de cierta forma, también *ignorar*– no se visibilicen socialmente. Estas opciones invisibilizadas no son excepcionales; por el contrario, constituyen el grueso de los mecanismos de significación del lugar estigmatizado y, en gran medida, sostienen la construcción de un

lugar de enunciación desde el *Sur*, en el que se cuestionan los sesgos de la mirada nortecéntrica hegemónica.

Este repertorio muestra la agencia, expresada en las formas de manipular simbólicamente la localización, que excede la fijación de las coordenadas geográficas. Tanto la manera en que se nombra el lugar de residencia (paso 2) como la respuesta que se da al menosprecio (paso 4) revelan el juego por la significación del lugar, en un contexto de déficit de reconocimiento que ha ritualizado la humillación como parte de las relaciones intersubjetivas.

En contextos como las ciudades latinoamericanas, el orden simbólico hegemónico es desafiado en la medida en que se construyen formas de revaloración simbólica de los lugares estigmatizados. Esta revaloración no solo sigue la lógica de “convertir el estigma en emblema”, según lo propuesto por Goffman ([1963] 2006), sino que aparecen esfuerzos por desmontar, al menos parcialmente, la naturalización del orden estigmatizante. En el caso estudiado, como contraparte de la imagen estigmatizada del *Sur*, aparece una mirada apologética, que antepone las virtudes morales comunitarias y que las imagina inexistentes en quienes se ubican en el lugar de enunciación del menosprecio. Esta construcción contrahegemónica también expresa varias necesidades de diferenciación que disputan lo que se considera apreciable en el lugar. Si bien la dotación de servicios e infraestructura es vista como fundamental para el bienestar, a las cualidades materiales del espacio se le añaden otras inmateriales, que lo vuelven habitable. Gracias a este recurso, no solo se dignifica al *Sur*, sino que se logra relativizar el estatus del *Norte*, que es visto como “frío”, “encerrado”, “desanimado”, “individualista”, etc. Estas características configuran un lugar empobrecido, desde un punto de vista que valora la sociabilidad como elemento clave de la calidad de la vida urbana. Con base en esta carencia, el *Norte* no es, necesariamente, el lugar anhelado para vivir de todas las clases sociales.

Finalmente, cabe decir que el consenso para la construcción del *Sur* como lugar virtuoso en sociabilidad sugiere una agenda de investigación para explorar el contenido material de este discurso. Se vuelve necesario profundizar en el conocimiento de las redes de solidaridad que hacen que

habitar en el *Sur* sea una experiencia gratificante, como alternativa a los privilegios que, idealmente, caracterizan al *Norte*. Las redes de vecindad, como canales por los que circulan bienes, servicios, favores, información, afectos, etc., que fueron el principal hallazgo del trabajo clásico de Adler de Lomnitz ([1975] 2006), aparecen en los relatos como soportes de la vida urbana no solo en condiciones de marginalidad. En gran medida, estas relaciones están mitificadas como estrategia para enfrentar la “escasez de respeto”, por lo que ameritan una investigación pormenorizada que permita conocer el vínculo entre su representación como ideal alternativo de vida urbana y su materialidad como capital social emplazado en el territorio.



Festividades -Carnaval de Guaranda en Quito

Una fiesta que lleva el nombre de la ciudad donde se desarrolla: Guaranda, capital de la provincia de Bolívar, en el centro del callejón interandino. Se recrea anualmente en el barrio El Rocío, gracias a la iniciativa de la organización Fuerza Bolivarenses. Su gran acogida tiene que ver con el origen inmigrante de gran parte de la población del Sur de la ciudad (foto de Martina León).

Conclusiones

Quito: el poder simbólico de lo atípico

En 2014 se utilizó un eslogan de campaña política para las elecciones municipales que decía: “el sur también es Quito”. La frase se refiere a la intención de reforzar la atención a esta zona, debido a la historia de segregación que caracteriza a la ciudad; no obstante, no es original del *marketing* político, sino que data de mucho antes de la campaña electoral. En varios eventos culturales y festividades documentados durante el trabajo exploratorio identificamos la presencia de esta frase, utilizada muchas veces como arenga en encuentros masivos. Su significado remite a la demanda de más inversión pública y atención municipal, pero es sintomático que se exprese bajo la idea de “pertenencia” a Quito. ¿En qué circunstancias se duda de ella?

La investigación desarrollada arrojó información en torno a la vigencia de la frontera imaginada entre el *Norte* y el *Sur* de Quito. Siguiendo las pistas de los trabajos previos que identifican esta construcción como un “mapa mental” que se mantiene vigente, los datos obtenidos, tanto de la encuesta aplicada como de la combinación de técnicas cualitativas (grupos focales y entrevistas en profundidad), ayudan a dar forma a esta oposición. Así, podemos plantear que ahora esta tiene varias connotaciones nuevas. La más importante es que la asociación histórica del *Norte* con el bienestar y el *Sur* con las privaciones se ha complejizado, al punto de que ambas zonas se han vuelto ambivalentes. Sobre el *Norte* se mantiene

la idea tradicional de que es una zona de privilegios sociales, que alberga a las clases altas y medias de la ciudad; pero esto es deslegitimado por el cuestionamiento a su población, que es considerada carente de virtudes morales. En el caso de la imagen del *Sur*, la asociación negativa con la precariedad en cuanto a servicios urbanos es una gran arena en disputa: se mantiene su sentido de espacio diferente y, al mismo tiempo, se lo reconoce como una “nueva ciudad”, a partir de la dotación de servicios e infraestructura. En contraste, su población es mayoritariamente asociada con virtudes morales.

Esta ambivalencia constituye el actual sistema de representación *Norte-Sur*, que se caracteriza por alimentar permanentemente una lógica binaria en su construcción. En este contexto, lo que se vuelve inadmisibile para la población de Quito es la indiferenciación de ambas zonas. Al mismo tiempo que se reconocen los cambios acaecidos en la ciudad en el proceso de isotropía de las dos últimas décadas, se profundiza la mirada que maximiza las diferencias y minimiza las semejanzas, y que vuelve a estas áreas dos “mundos distintos” según la percepción ciudadana. Esta manera de percibir y representar la estructura de una ciudad heterogénea es el resultado de un potente imaginario –en el sentido teórico que le da Silva a este concepto–, que está ligado a la existencia del fantasma urbano.

La interpretación que sostenemos acerca del fantasma en el caso de Quito es que se origina en el sentido que se da a la coexistencia de grupos desiguales y distintos en el mismo espacio. La disputa simbólica por la caracterización de ambas zonas se construye sobre la base de múltiples necesidades de diferenciación social; es decir que el recurso de la diferenciación no es exclusivo de las élites, sino que opera, de manera transversal, en toda la estratificación social. Esta disputa recrea un proceso histórico de larga duración: el juego por establecer los límites de la ciudad, en el cual se discute quiénes pertenecen a Quito de manera legítima y quiénes no. En esta polémica, aparece claramente el recurso simbólico de recortar la ciudad, volviéndola más pequeña de lo que señala su morfología, bajo la expresión “Quito solo llega hasta...”. El recorte no implica desconocer la expansión/densificación de la ciudad, sino que se produce por la intención de mantener una lógica restrictiva en el acceso.

Pese a la gran cantidad de cambios territoriales que ha experimentado Quito en las últimas décadas, la concentración del reconocimiento social no se ha modificado, sin contar con la situación del proceso de los valles de Cumbayá y Tumbaco. Este celo profundo para reconocer la pertenencia legítima hace que *Norte y Sur*, a más de lugares figurativos, funcionen, también, como lugares de enunciación. El menosprecio puede efectuarse desde diversas posiciones geográficas; por ejemplo, desde el Sur central o el Norte periférico, asumiendo la posición del *Norte* figurativo.

Ante esta disputa, nos ocupó la pregunta: ¿cómo se vive la posición de quedar fuera de la ciudad reconocida? La respuesta se teje en dos pasos. El primero consiste en mostrar que la exclusión simbólica no es inocua, sino que se vive efectivamente como segregación. Los testimonios grupales e individuales evidencian el desprestigio sistemático del hábitat –generalmente a través del humor–, a pesar de que las condiciones materiales hayan dejado de ser precarias. Con esta base, el segundo paso es identificar las respuestas al menosprecio que genera el estigma. Estas, en algunas ocasiones, son afirmativas o reivindicativas del *Sur*, lo que provoca situaciones cotidianas de conflicto por la valoración del lugar; pero en otras ocasiones se recurre a negar o encubrir el lugar de residencia, como formas de sobrellevar las tensiones que genera el estigma, lo que es usado en función de circunstancias particulares.

Para entender esta dinámica en la actualidad, se debe tomar en cuenta que la disputa por la pertenencia a Quito no es reciente, sino que tiene sus orígenes en los procesos de modernización de la ciudad, en las primeras décadas del siglo XX. Historiadores de los cambios en la cultura urbana quiteña, como Hernán Ibarra y Eduardo Kingman, han dado cuenta fehaciente de los conflictos en torno a los cambios en las clasificaciones sociales y, sobre todo, al procesamiento conflictivo del crecimiento demográfico de la ciudad, que, a los ojos de las élites, se llena de “extraños”. En una breve nota al pie, Ibarra (1998, 55) menciona un hecho anecdótico: alrededor de los años 50, la preocupación de las élites quiteñas por la “pérdida de identidad” que supuestamente vivía la ciudad, debido al incremento de los “afuerreños”, se tradujo en la broma de que se debía constituir la “Colonia de quiteños residentes en Quito” para preservar la “quiteñidad” amenazada.

Esta broma, en el fondo, resulta sintomática. Ante el desafío de aprehender el proceso de crecimiento de la población y de la ciudad física en una nueva construcción simbólica abarcativa, la apuesta se direcciona hacia restringir la ciudad reconocida, de tal modo que fuera posible distinguir el espacio de los propiamente quiteños y el de los otros. Este antecedente lleva a pensar que la noción de que “el Norte es Quito” deviene de la misma lógica excluyente; en ambos casos está presente, de algún modo, el componente del humor. La revisión histórica ayuda a entender la paradoja que marca el proceso actual: el *Norte* es el área atípica de la ciudad y, sin embargo, se define como su parte representativa a través de la concentración del reconocimiento, en la forma de estatus. Es así que se instituye el marco de significación a través del cual se pone en duda la pertenencia a la ciudad de los lugares no reconocidos, particularmente el *Sur*.

El repertorio de respuestas identificado no es pasivo frente a la violencia simbólica. Los relatos producidos, sin dejar de cuestionar las asimetrías en la dotación de servicios, ponderan una idea de bienestar respecto al lugar basada, principalmente, en el ambiente y la sociabilidad, como componentes fundamentales de la “calidad de vida”. Sin embargo, queda pendiente reflexionar cómo darle a este elemento un sentido político, capaz de disputar la tradición restrictiva en la construcción de una pertenencia legítima a Quito.

Finalmente, vale decir que la risa es un elemento permanente en todas las conversaciones individuales y colectivas y, por lo tanto, cabe dedicarle mucha atención. La investigación, sin proponérselo, resultó un acercamiento al humor. Incluso, al mostrar ciertos fragmentos de los relatos en eventos académicos, en los últimos meses, en Quito, los testimonios expuestos impregnan el ambiente de hilaridad. Por un lado, esto puede asumirse favorablemente, como una evidencia del fantasma urbano, que se pone en juego al hablar de las fronteras urbanas, ya que solo pueden resultar graciosas como exteriorizaciones de temas velados. Pero, por otro lado, se corre el riesgo de banalizar el conflicto latente, que está detrás, al relegarlo al plano de lo anecdótico. Ante esta situación, vale tomar precauciones en torno a cómo hablar de la violencia simbólica sin reproducirla

(Bourgeois 2010). Por lo tanto, el propósito de la estrategia de presentación de los testimonios en este libro es producir una empatía que permita criticar la deshonra que se expresa en son de broma.

El paradigma del reconocimiento en la teoría urbana

El estudio de este caso permite un diálogo con la producción teórica más amplia sobre los procesos de significación de la ciudad en general, y, particularmente, sobre los estigmas territoriales. Sus aportes pueden definirse en las posibilidades que ofrece el estudio del campo cultural como insumo para acercarse al tema del reconocimiento, un componente de las luchas urbanas muy poco trabajado.

Curiosamente, el aporte de las ciencias sociales a la comprensión de los fenómenos relativos a las metrópolis de inicios del siglo XX fue introducir el tema cultural como elemento fundamental de la dinámica urbana. Desde los trabajos pioneros de la Escuela de Chicago o la Escuela de Manchester, pasando por las preocupaciones de autores como Chombart de Lauwe –acerca de las periferias de París en la década de los 60–, hasta los estudios de marginalidad urbana desarrollados en América Latina, se hizo énfasis en la importancia de lo cultural como agente de la construcción de espacialidad.

Sin embargo, la preocupación por la cultura quedó relegada a partir de la irrupción del pensamiento marxista en los estudios urbanos, en la década de los 70. Desde entonces, la fórmula de explicación de las dinámicas urbanas se centró en la relación entre el modo de acumulación capitalista y sus necesidades de urbanización. Esta nueva aproximación abrió un horizonte de temas que habían sido omitidos por las explicaciones centradas en la “cultura urbana”, y recuperó, sobre todo, la relación entre la economía política y la espacialidad. Pero esta tradición no aportó una comprensión más exhaustiva de los procesos culturales como factores importantes de la dinámica de las ciudades; más bien, tendió a relegarlos como temas de segundo orden o, en el mejor de los casos, como fenómenos ideológicos derivados mecánicamente de los procesos económicos.

Actualmente, la convergencia de intereses y agendas de investigación en temas urbanos permite construir un diálogo interdisciplinario e integrar aportes de distintos paradigmas de pensamiento de manera más horizontal. En este libro, hemos intentado hacer una lectura de los procesos culturales, sin desapegarnos de aquellos relacionados con la economía política de la ciudad, y, de esta forma, comprobar que las diversas aproximaciones pueden ser complementarias, antes que contrapuestas. Así, el caso de estudio alimenta dos debates teóricos. Por un lado, las posibilidades del marco conceptual de los imaginarios urbanos para entender fenómenos que, tradicionalmente, han sido objetos de la sociología urbana, como la segregación socioespacial. Y por otro lado están los debates en torno a la experiencia subjetiva de la segregación, donde la estigmatización se presenta como un campo de fuerza férreo, ante el cual no hay mayores posibilidades de resistencia.

A partir del caso de Quito, se puede afirmar que la teoría de los imaginarios urbanos constituye un recurso conceptual valioso para comprender cómo se expresan los conflictos sociales, tomando en cuenta que esta forma de expresión es constitutiva de la realidad conflictiva que nombra. Si bien los estudios sobre segregación actuales incluyen la dimensión simbólica en su abordaje (Sabatini et al. 2010), la conceptualización de los imaginarios permite exceder la idea de una simetría entre exclusión material y exclusión simbólica. Es posible captar las contradicciones y desfases entre ambos campos, sin que esto implique su desarticulación.

La información empírica provista permite hablar de una situación de *segregación imaginaria*, en tanto la estigmatización del *Sur* funciona a través de su representación como lugar desfavorecido, lo que, en parte, contradice el proceso de desarrollo urbano seguido en las dos últimas décadas. Sin embargo, los efectos concretos en la población son semejantes a lo que documentan los estudios que enfatizan en el déficit de las condiciones materiales como causa de la estigmatización. Así, el caso de estudio aporta elementos para pensar que tal estigmatización también puede originarse en componentes ficcionales, considerando que la fantasía es una construcción atravesada por los elementos que estructuran lo social.

En cuanto a los debates sobre el sentido de habitar espacios estigmatizados, la investigación también ha aportado datos que permiten ampliar es-

tas teorizaciones. La literatura sobre el tema presenta dos escenarios comunes: uno que podría definirse como pasivo, donde los sujetos interiorizan la dominación social que se expresa en su confinamiento espacial; y otro más activo, donde los sujetos reivindican y disputan la imagen del barrio estigmatizado a través de la organización, en pro de atender sus demandas. Según los resultados obtenidos, ambas lógicas no resultan excluyentes, sino que pueden coexistir, y su uso puede estar atravesado por distintas estrategias, en busca de beneficios materiales o simbólicos muy variados, como conseguir empleo u obtener prestigio.

El énfasis del libro está en la construcción del sentido de habitar en la vida cotidiana, antes que en el plano de la organización y racionalización de demandas específicas que caracteriza el juego político. Así, aporta información empírica que permite ampliar el campo de las demandas sociales, considerando que lo que está en disputa es el reconocimiento, y no únicamente la redistribución. Actualmente, como crítica al avance del neoliberalismo en las ciudades latinoamericanas, se ha repotenciado el concepto de “derecho a la ciudad”, propuesto originalmente por Lefebvre (1973), como categoría útil para la práctica política de los movimientos sociales urbanos.

A partir de los hallazgos derivados del caso estudiado, es posible reforzar la importancia de la subjetividad en las demandas sociales urbanas, pues se demuestra que el menosprecio constituye una afectación concreta, que implica un despliegue de estrategias para responder a la estigmatización espacial. Esta reflexión nos permite problematizar la situación en que las personas se inclinan a encubrir su hábitat o falsear en distintos grados su lugar de residencia, para evitar el desprestigio. Como bien señala la literatura teórica utilizada para este trabajo, de autores como Sennett y Honneth, es necesario pensar que el reconocimiento es una necesidad en sí misma y que prevenir la humillación es una tarea social. Este aporte amplía el sentido de categorías como la justicia espacial, de tal forma que se abra lugar no solo para las demandas de redistribución sino también para las de reconocimiento.

Glosario

aniñado. Término usado para referirse a la posesión de comodidades, relacionada con la idea de “niños bien”.

brujo. Vendedor de drogas al menudeo.

chocha. Chismosa.

cholo. Término de connotación racial, que hace referencia al mestizaje en el que predominan rasgos indígenas.

choro. Ladrón.

chuta. Se utiliza generalmente como exclamación previa a expresar situaciones de inconformidad, preocupación o malestar.

de una. De inmediato.

gomelo. Persona de un nivel socioeconómico alto, con sus gustos y valoraciones particulares.

guambra. Niño-joven.

hacer ojitos. Se refiere a una señal visual de complicidad.

hacer vaca. Hacer una colecta de dinero.

loco. Amigo.

man. Persona.

metal. Variante musical del género *rock*.

pana. Amigo.

parar bola. Hacer caso.

que da miedo. Expresión para indicar gran crecimiento.

quedarse loca/co. Sorprenderse.

quemeimportista. Que no acata las normas de urbanidad.
simón. Término que se utiliza para expresar consentimiento.
zafado. De poca cordura.
zona (La). Nombre común del sector de La Mariscal, la mayor área de bares, discotecas y restaurantes de Quito.

Referencias

- Achig, Lucas. 1983. *El proceso urbano de Quito. Un ensayo de interpretación*. Quito: Centro de Investigaciones CIUDAD.
- Adler de Lomnitz, Larissa. (1975) 2006. *Cómo sobreviven los marginados*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores.
- Aguirre, Milagros, Fernando Carrión y Eduardo Kingman. 2005. *Quito imaginado*. Bogotá: FLACSO Ecuador / Taurus / Universidad Nacional de Colombia / CAB.
- Ander-Egg, Ezequiel. 1995. *Técnicas de investigación social*. Buenos Aires: Lumen.
- Arfuch, Leonor. 2002. *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Augé, Marc. 2001. *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Ayala, Pablo. 2008. *El mundo del rock en Quito*. Quito: Corporación Editora Nacional / Instituto de Estudios Avanzados.
- Bachelard, Gaston. (1957) 2010. *La poética del espacio*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Bermúdez, Nury, Santiago Cabrera, Andrea Carrión, Santiago del Hierro, Julio Echeverría, Henry Godard y Raúl Moscoso. 2016. “La investigación urbana en Ecuador 1990-2015: cambios y continuidades”. En *La cuestión urbana en la región andina: miradas sobre la investigación y la formación*, editado por Pascale Metzger, Julien Rebotier, Jérémy Robert, Patricia Urquieta y Pablo Vega Centeno, 117-173. Quito: PUCE.

- Blum-Kulka, Shoshana. 2005. "Pragmática del discurso". En *El discurso como interacción social. Estudios sobre el discurso II. Una introducción multidisciplinaria*, compilado por Teun van Dijk, 67-99. Barcelona: Gedisa.
- Bourdieu, Pierre. 1988. *La distinción: criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Altea.
- 1999. "Efectos de lugar". En *La miseria del mundo*, dirigido por Pierre Bourdieu, 119-124. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bourgois, Philippe. 2010. *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Burneo, Nancy. 2008. "Agrupaciones juveniles y co-creación cultural: historia del hip hop en Quito". Tesis de licenciatura, PUCE.
- Capello, Ernesto. 2009. "Identidad colectiva y cronotopos del Quito de comienzos del siglo XX". En *Historia social y urbana. Espacios y flujos*, compilado por Eduardo Kingman, 125-38. Quito: FLACSO Ecuador / Ministerio de Cultura.
- Carman, María, Neiva Vieira da Cunha y Ramiro Segura, coords. 2013. *Segregación y diferencia en la ciudad*. Quito: FLACSO Ecuador / CLACSO / MIDUVI.
- Carrión, Diego, Alfredo Rodríguez, Fernando Carrión, Handel Guayasamín y Jorge García. 1978. *Quito. Renta de suelo y segregación urbana*. Quito: CAE.
- Carrión, Fernando. 1987. *Quito, crisis y política urbana*. Quito: El Conejo / CIUDAD.
- 2012. "La forma urbana de Quito: una historia de centros y periferias". *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 41 (3): 503-22.
- Cervio, Ana Lucía. 2008. "'Vecinos vs. villeros': la lucha por la definición de los modos socialmente legítimos de vivir (en) la ciudad". *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas* 19 (3): 207-23. <http://webs.ucm.es/info/nomadas/19/anacervio.pdf>.
- Chiriboga, Manuel. 2009. *Quito, identidad, innovación y competitividad*. Quito: Instituto de la Ciudad.
- Corporación Instituto de la Ciudad. 2009. *Quito, un caleidoscopio de percepciones: midiendo la calidad de vida*. Quito: Instituto de la Ciudad.

- Cravino, María Cristina. 2012. "Habitar nuevos barrios de interés social en el área metropolitana de Buenos Aires: el espacio construido por el Estado y vivido por los vecinos". En *Dimensiones del hábitat popular latinoamericano*, coordinado por Teolinda Bolívar y Jaime Erazo, 101-120. Quito: FLACSO Ecuador / CLACSO / Instituto de la Ciudad.
- Cuervo, Luis Mauricio. 2003. "Ciudad y complejidad: los rumbos". En *Ciudad y complejidad*, editado por Fabio Giraldo, 94-129. Bogotá: Creación Humana.
- De Certeau, Michel. 1996. *Artes de hacer*. Vol. 1 de *La invención de lo cotidiano*. Ciudad de México: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente / Universidad Iberoamericana.
- De Maximy, René. 1992. "Jerarquización socio-económica del espacio quiteño". En *Atlas infográfico de Quito: socio-dinámica del espacio y política urbana*, editado por Instituto Geográfico Militar, Instituto Panamericano de Geografía e Historia Sección Nacional del Ecuador y L'Institut français de recherche scientifique pour le développement en coopération, lámina 38. Quito: IGM / IPGH / ORSTOM.
- De Maximy, René, y Karine Peyronnie. 2000. *Gente de Quito*. Quito: IRD / Abya-Yala / CEDIME.
- 2002. *Quito inesperado. De la memoria a la mirada crítica*. Quito: IFEA / Abya-Yala.
- De Maximy, René, y Marc Souris. 1992. "Tentativa de definición de zonas urbanas homogéneas". En *Atlas infográfico de Quito: socio-dinámica del espacio y política urbana*, editado por Instituto Geográfico Militar, Instituto Panamericano de Geografía e Historia Sección Nacional del Ecuador y L'Institut français de recherche scientifique pour le développement en coopération, lámina 34. Quito: IGM / IPGH / ORSTOM.
- Dirección Metropolitana de Gestión de la Información. 2011. *Estadísticas Censales 2010 para el DMQ*. Quito: Alcaldía del DMQ.
- Duhau, Emilio, y Ángela Giglia. 2008. *Las reglas del desorden: habitar la metrópoli*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores / UAM.
- Durand, Gilbert. 2003. *Mitos y sociedades. Introducción a la mitología*. Buenos Aires: Biblos.
- 2012. "La mitocrítica paso a paso". *Acta sociológica*, 57: 105-18.

- Durán, Gustavo, Marc Martí-Costa y Juan Mérida. 2016. “Crecimiento, segregación y mecanismos de desplazamiento en el periurbano de Quito.” *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, 56: 123-46.
- Erazo, Jaime. 2015. “¡Pobres entre dos tierras! Producción popular de suelo urbano y vivienda en el sur de Quito”. Tesis de maestría, FLACSO Ecuador.
- Escalante, Eduardo. 2009. “Perspectivas en el análisis cualitativo”. *Theoría*, 18: 55-67.
- Follari, Roberto. 2011. “Algunos problemas en torno a la investigación cualitativa”. En *Aproximación al análisis de datos cualitativos: aplicación en la práctica investigativa*, compilado por Eduardo Escalante y María de los Ángeles Páramo, 55-79. Mendoza: Universidad de Aconcagua.
- Foucault, Michel. 1997. “Los espacios otros”. *Astrágalo*, 7 (septiembre): <http://textosenlinea.blogspot.com/2008/05/michel-foucault-los-espacios-otros.html>.
- Garzón, Natalia. 2013. *Pérdida de población en el centro histórico de Quito: un análisis desde la incidencia de las políticas de vivienda (2003-2012)*. Quito: FLACSO Ecuador.
- Giglia, Ángela. 2012. *El habitar y la cultura. Perspectivas teóricas y de investigación*. Barcelona: Anthropos / UAM.
- Girola, Lidia. 2012. “Representaciones e imaginarios sociales. Tendencias recientes en la investigación”. En *Tratado de metodología de las Ciencias Sociales: perspectivas actuales*, editado por Enrique de la Garza y Gustavo Leyva, 402-431. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica / UAM Iztapalapa.
- Godard, Francis. 1996. *Uso de las historias de vida en las ciencias sociales*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia / CIDS.
- Godard, Henry. 2004. “Viaje al final del Atlas... (1985-2005): de un balance a medias tintas a un éxito indiscutido”. En *Balance de los estudios urbanos (1985-2005): la cooperación IRD-Municipio de Quito*, editado por Nury Bermúdez y Henry Godard, 63-87. Quito: IFEA / MDMQ / IRA.
- Godard, Henry y Luis Andrade. 2017. “Mejoramiento de las infraestructuras y de la calidad de vida en el Distrito Metropolitano de Quito-DMQ. Pero... persistencia de las desigualdades socioespaciales (1983-2017)”. Ponencia, Quito.

- Goffman, Erving. (1963) 2006. *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gorelik, Adrián. 2002. “Imaginarios urbanos e imaginación urbana: para un recorrido por los lugares comunes de los estudios culturales urbanos”. *EURE* 83 (28): 125-36.
- Gravano, Ariel. 2003. *Antropología de lo barrial: estudios sobre la producción simbólica de la vida urbana*. Buenos Aires: Espacio.
- Heidegger, Martin. 1951. “Construir, habitar, pensar”, acceso el 18 de julio de 2018, <http://www.farq.edu.uy/estetica-diseno-ii/files/2013/05/Heidegger-Construir-Habitar-Pensar1.pdf>.
- Hernández, Katty, Mónica Maldonado y Jefferson Calderón. 2012. *Entre crisis y crisis: experiencias de emigración y retorno. El caso de los barrios populares del nororiente de Quito*. Quito: Abya-Yala / Centro de Planificación y Estudios Sociales / Cooperativa FONDVIDA.
- Hiernaux, Daniel. 2007. “Los imaginarios urbanos: de la teoría y los aterrizajes en los estudios urbanos”. *EURE* 99 (33): 17-30.
- Honneth, Axel. 2010. *Reconocimiento y menosprecio. Sobre la fundamentación normativa de una teoría social*. Madrid: Katz / CCCB.
- 2011. *La sociedad del desprecio*. Madrid: Trotta.
- Ibarra, Hernán. 1998. *La otra cultura. Imaginarios, mestizaje y modernización*. Quito: Marka / Abya-Yala.
- IGM, IPGH y ORSTOM (Instituto Geográfico Militar, Instituto Panamericano de Geografía e Historia e Instituto Francés de Investigación Científica y Técnica para el Desarrollo). 1992. *Atlas infográfico de Quito: socio-dinámica del espacio y política urbana*. Quito: IGM / IPGH / ORSTOM.
- Instituto de la Ciudad. 2009. *Quito, un caleidoscopio de percepciones: midiendo la calidad de vida*. Quito: Instituto de la Ciudad.
- Katzman, Rubén. 2001. “Seducidos y abandonados: el aislamiento social de los pobres urbanos”. *Revista de la CEPAL*, 75: 171-89.
- Kingman, Eduardo. 1992. “Ciudades de los Andes: homogeneización y diversidad”. En *Ciudades de los Andes*, dirigido por Eduardo Kingman, 9-54. Lima: Institut français d'études andines. doi: 10.4000/books.ifea.2234.

- Kingman, Eduardo. 2006. *La ciudad y los otros. Quito 1860-1940: higienismo, ornato y policía*. Quito: FLACSO Ecuador / Universitat Rovira i Virgili.
- Lacarrieu, Mónica. 2007. "La 'insoponible levedad' de lo urbano." *EURE* 99 (33): 47-64.
- Larrea, Carlos. 2009. "Atlas social para Quito urbano". En *Quito, desarrollo para la gente. Tomo II. Metrópolis. Dinámicas. Actores. Indicadores*, coordinado por Cristina Jarrín Morán, 103-10. Quito: Instituto de la Ciudad.
- Leeds, Anthony, y Elizabeth Leeds. 1977. *A sociologia do Brasil urbano*. Río de Janeiro: Hahar.
- Lefebvre Henri. (1972) 1983. *La revolución urbana*. Madrid: Alianza.
- 1973. *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Ediciones 62.
- 2013. *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.
- Lindón, Alicia. 2005. "El mito de la casa propia y las formas de habitar". *Scripta Nova*, 194: 741-98. <http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-194-20.htm>
- 2007. "Los imaginarios urbanos y el constructivismo geográfico: los hologramas espaciales". *EURE* 99 (33): 31-46.
- 2008. "Los giros de la geografía urbana: frente a la pantópolis, la microgeografía urbana". *Scripta Nova*, 270: 741-98.
- 2012. "La concurrencia de lo espacial y lo social". En *Tratado de metodología de las ciencias sociales: perspectivas actuales*, editado por Enrique de la Garza y Gustavo Leyva, 585-622. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica / UAM Iztapalapa.
- López, Noemí. 2012. "Nayón, entre lo rural y lo urbano: segregación socioespacial y conflictos entre pobladores". Tesis de maestría, FLACSO Ecuador.
- Martí-Costa, Marc, Gustavo Durán y Alejandra Marulanda. 2016. "Entre la movilidad social y el desplazamiento. Una aproximación cuantitativa a la gentrificación en Quito". *INVI* 31 (88): 131-60.
- Martínez, Miguel. 2004. "Los grupos focales de discusión como método de investigación". *Heterotopía* 10 (26): en línea. <http://miguelmartinez.mtspace.com>
- Mayol, Pierre. 1996. "Habitar". En *Habitar, cocinar*. Vol. 2 de *La invención de lo cotidiano*, editado por Michel de Certeau, Luce Giard y Pierre Mayol, 3-127. Ciudad de México: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente / Universidad Iberoamericana.

- Miguel, Jesús de, y Omar Ponce de León. 1994. "Para una sociología de la fotografía". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* (84): 83-124.
- Naranjo, Marcelo. 1999. "Segregación espacial y espacio simbólico: un estudio de caso en Quito". En *Antigua modernidad y memoria del presente: culturas urbanas e identidad*, editado por Ton Salman y Eduardo Kingman, 327-35. Quito: FLACSO Ecuador.
- Ortiz, Santiago y Elvira Martínez. 1999. "La propiedad, un sueño realizado: relato oral de los pobladores de La Argelia". En *Antigua modernidad y memoria del presente: culturas urbanas e identidad*, editado por Ton Salman y Eduardo Kingman, 337-52. Quito: FLACSO Ecuador
- Ospina Lozano, Oscar Raúl. 2010. *Dolarización y desarrollo urbano. Mercado de vivienda nueva en Quito*. Quito: Abya-Yala / FLACSO Ecuador.
- Park, Robert. 1999. *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*. Traducido por Emilio Martínez. Barcelona: El Serbal.
- Peña, Luis. 2011. *Algunos elementos metodológicos para pensar espacialmente en ciencias sociales*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia / CIDS.
- Pinto, Vanessa y Lucía Ruiz. 2008. *Migración, remesas y vivienda: una mirada desde las administraciones zonales Eloy Alfaro y Calderón del Distrito Metropolitano de Quito*. Quito: Centro de Investigaciones CIUDAD.
- Regalado, Fabián. 2015. "Origen estructural de la segregación espacial en Quito: una hipótesis". *Revista Cuestiones Urbanas* 3 (1): 73-91.
- Restrepo, Mariluz. 2010. "En memoria de la tarjeta postal". *Comunicación y Ciudadanía*, 4: 32-49.
- Rivas, Patricio. 2014. "Política de representación de una organización popular en Quito: desarrollo de una foto-etnografía coproducida". Tesis de maestría, FLACSO Ecuador.
- Rusque, Ana María. 1998. "Paradigmas cuantitativos (sociología estandar) y paradigma cualitativo (sociología interpretativa). ¿Un continuo o una polarización?". En *Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales*. Vol. 1, coordinado por Thierry Lulle, Pilar Vargas y Lucero Zamudio, 297-322. Barcelona: Anthropos / CIDS.
- Sabatini, Francisco. 2006. *La segregación social del espacio en las ciudades de América Latina*. Washington D.C.: BID.

- Sabatini, Francisco, Rodrigo Salcedo, Gonzalo Cáceres y Guillermo Wormald. 2010. *Tendencias de la segregación en las principales ciudades chilenas. Análisis censal 1982-2002*. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile / Instituto Nacional de Estadísticas.
- Santillán, Alfredo. 2012. "Quito: Metrópoli imaginada y diversidades en tensión". En *Kitu. Territorio solar en la mitad del tiempo*, editado por Mónica León, 107-27. Quito: Gobierno Autónomo Descentralizado de Pichincha.
- 2019. "Imaginar fronteras, representar desigualdades. Reflexiones a propósito de Quito". En *Ciudades (in)descifrables. Imaginarios y representaciones sociales de lo urbano*, editado por Paula Vera, Ariel Gravano y Felipe Aliaga, 107-120. Buenos Aires y Bogotá: UNICEN / USTA.
- Santillán, Alfredo y Marialina Villegas. 2016. "Imágenes para repensar las urbes latinoamericanas. Reflexiones a propósito de las postales sobre Quito". *Chasqui: Revista Latinoamericana de Comunicación*, 130: 107-26.
- Segato, Rita. 2006. "En busca de un léxico para teorizar la experiencia territorial contemporánea". *Politika: Revista de Ciencias Sociales*, 2: 129-48.
- Sennett, Richard. 2009. *El respeto. Sobre la dignidad del hombre en un mundo de desigualdad*. Barcelona: Anagrama.
- Silva, Armando. 2004. *Imaginarios urbanos: hacia el desarrollo de un urbanismo desde los ciudadanos. Metodología*. Bogotá: Convenio Andrés Bello / Universidad Nacional de Colombia.
- 2013. *Imaginarios, el asombro social*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Simbaña, Freddy. 2011. "La yumbada de La Magdalena y su violencia ritual". Tesis de maestría, FLACSO Ecuador.
- Tapia, Medardo. 1997. "El espacio íntimo en la construcción intersubjetiva". En *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*, coordinado por Emma León y Hugo Zemelman, 153-70. Barcelona: Anthropos / UNAM.
- Tarrés, María Luisa. 2001. "Lo cualitativo como tradición". En *Observar, escuchar y comprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social*, coordinado por María Luisa Tarrés, 37-60. Ciudad de México: FLACSO México.

- Tuan, Yi-Fu. 2007. *Topofilia. Un estudio de las percepciones, actitudes y valores sobre el entorno*. Madrid: Melusina.
- Unda, Mario. 1992. "Quito, o las dos caras de Dios". *Ciudad Alternativa*, 8: 19-32.
- Valera, Sergi. 1994. "El concepto de identidad social urbana: una aproximación entre la psicología social y la psicología ambiental". *Anuario de psicología*, 62: 5-24.
- Velasco Gómez, Ambrosio. 2012. "Hermenéutica y Ciencias Sociales". En *Tratado de metodología de las ciencias sociales: perspectivas actuales*, editado por Enrique de la Garza y Gustavo Leyva, 199-228. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica / UAM Iztapalapa.
- Vera, María Pía. 2012. *Más vale pájaro en mano: crisis bancaria, aborro y clases medias*. Quito: FLACSO Ecuador / Abya-Yala.
- Villegas, Marialina. 2014. "Graffiti y street art como prácticas corporales (o de cómo la experiencia de la ciudad pasa por el cuerpo)". Tesis de maestría, FLACSO Ecuador.
- Viteri, Juan Pablo. 2011. *Hardcore y metal en el Quito del siglo XXI*. Quito: FLACSO Ecuador / Abya-Yala.
- Vizuete, Carlos. 2015. "Quedaba lejos y no había nada: sentidos y significados en la organización vecinal de Turubamba". Tesis de maestría, FLACSO Ecuador.
- Wacquant, Loïc. 2001. *Parias urbanos: marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires: Manantial.
- 2007. *Los condenados de la ciudad: gueto, periferias y Estado*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- 2010. *Castigar a los pobres: el gobierno neoliberal de la inseguridad social*. Barcelona: Gedisa.
- Wacquant, Loïc. 2017. "Bourdieu viene a la ciudad: pertinencia, principios, aplicaciones". *EURE* 43 (129): 279-304.
- Wacquant, Loïc, Tom Slater y Virgilio Borges. 2014. "Estigmatización territorial en acción". *INVI* 82 (29): 219-40.

Este libro se terminó de
imprimir en mayo de 2019
en V&M Gráficas
Quito-Ecuador